

FOUCHÉ
El Genio Tenebroso

STEFAN ZWEIG



INTRODUCCIÓN

Joseph Fouché fue uno de los hombres más poderosos de su época y uno de los más extraordinarios de todos los tiempos. Sin embargo, ni gozó de la simpatía de sus contemporáneos ni se le ha hecho justicia en la posteridad. A Napoleón en Santa Elena, a Robespierre entre los jacobinos, a Carnot, Barrás y Talleyrand en sus respectivas Memorias y a todos los historiadores franceses —realistas, republicanos y bonapartistas— la pluma les rezuma hiel cuando escriben su nombre. Traidor de nacimiento, miserable, intrigante, de naturaleza escurridiza de reptil, tráfuga profesional, alma baja de esbirro, abyecto, amoral... No se le escatiman las injurias. Y ni Lamartine, ni Michelet, ni Luis Blanc intentan seriamente estudiar su carácter, o, mejor dicho, su admirable y persistente falta de carácter. Por primera vez su figura aparece con sus verdaderas proporciones en la biografía monumental de Luis Madelins, al que este estudio, lo mismo que todos los anteriores, tiene que agradecerle la mayor parte de su información. Por lo demás, la Historia arrinconó silenciosamente en la última fila de los comparsas sin importancia a un hombre que, en un momento en que se transformaba el mundo, dirigió todos los partidos y fue el único en sobrevivirlos, y que en la lucha psicológica venció a Napoleón y a Robespierre. De vez en cuando su figura ronda aún por algún drama o opereta napoleónicas; pero entonces, casi siempre, reducido al papel gastado y esquemático de un astuto ministro de la Policía, de un precursor de Sherlock Holmes. La crítica superficial confunde siempre un papel del foro con un papel secundario.

Sólo uno acertó a ver esta figura única en su propia grandeza, y no precisamente el más insignificante: Balzac. Espíritu elevado y sagaz al mismo tiempo, sin limitarse a observar lo aparente de la época, sabiendo mirar entre bastidores, descubrió con certero instinto en Fouché el carácter más interesante de su siglo. Habitado a considerar todas las pasiones — las llamadas heroicas lo mismo que las calificadas de inferiores— como elementos completamente equivalentes en su química de los sentimientos; acostumbrado a mirar igualmente a un criminal perfecto —un Vautrin— como a un genio moral —un Luis Lambert—, buscando (más que la diferencia entre lo moral y lo inmoral) el valor de la voluntad y la intensidad de la pasión, sacó de su destierro intencionado al hombre más



desdeñado, al más injuriado de la Revolución y de la época imperial. "El único ministro que tuvo Napoleón", lo llama, "singulier génie", "la plus forte tête que je connaisse", "una de esas figuras que tienen tanta profundidad bajo la superficie y que permanecen impenetrables en el momento de la acción, y a los que sólo puede comprenderse con el tiempo". Esto ya suena de manera distinta a las depreciaciones moralistas. Y en medio de su novela "Une ténébreuse affaire", dedica a este genio grave, hondo y singular, poco conocido, una página especial. "Su genio peculiar —escribe—, que causaba a Napoleón una especie de miedo, no se manifestaba de golpe. Este miembro desconocido de la Convención, uno de los hombres más extraordinarios y al mismo tiempo más falsamente juzgado de su época, inició su personalidad futura en los momentos de crisis. Bajo el Directorio se elevó a la altura desde la cual los hombres de espíritu profundo saben prever el futuro, juzgando rectamente el pasado; luego —como esos cómicos mediocres que se convierten en excelentes actores por una inspiración instantánea— dio pruebas de su habilidad durante el golpe de estado del 18 Brumario. Este hombre de cara pálida, educado bajo una disciplina conventual, que conocía todos los secretos del partido de la Montaña, al que perteneció primero, lo mismo que los del partido realista, en el que ingresó finalmente; que había estudiado despacio y sigilosamente a los hombres, las cosas y las prácticas de la escena política, se adueñó del espíritu de Bonaparte, dándole consejos útiles y proporcionándole valiosos informes... Ni sus colegas de entonces ni los de antes podían imaginar el volumen de su genio que era, sobre todo, genio de hombre de Gobierno, que acertaba en sus vaticinios con increíble perspicacia". Estos elogios de Balzac atrajeron por primera vez mi atención sobre Fouché, y desde hace años he considerado ocasionalmente la personalidad a la que Balzac atribuye el "haber tenido más poder sobre los hombres que el mismo Napoleón". Pero Fouché parecía haberse propuesto, lo mismo en la vida que en la historia, ser una figura de segundo orden, un personaje a quien no le agrada que lo observen cara a cara, que le vean el juego. Casi siempre está sumergido en los acontecimientos, dentro de los partidos, entre la envoltura impersonal de su cargo, tan invisible y activo como el mecanismo de un reloj. Y rara vez se consigue captar, en el tumulto de los sucesos, su perfil fugaz en las curvas pronunciadas de su ruta. ¡Y más extraño todavía!: ninguno de estos perfiles de Fouché, tomados al vuelo, coinciden entre sí a primera vista. Cuesta



trabajo imaginarse que el mismo hombre que fue sacerdote y profesor en 1790 saquease iglesias en 1792, fuese comunista en 1793, multimillonario cinco años después y Duque de Otranto algo más tarde. Pero cuanto más audaz lo veía en sus transformaciones, tanto más interesante se me revelaba el carácter, o mejor, la carencia de carácter de este tipo maquiavélico, el más perfecto de la época moderna. Cada vez me parecía más atractiva su vida política, envuelta toda en lejanía y misterio, cada vez más extraña, más demoníaca su figura. Así me decidí a escribir, casi sin proponérmelo, por pura complacencia psicológica, la historia de Joseph Fouché, como aporte a una biología que estaba sin hacer y que era necesaria; la biología del diplomático, la más peligrosa casta espiritual de nuestro contorno vital, cuya exploración no ha sido realizada plenamente.

Me doy cuenta de que no va con el gusto de la época una biografía así, de una naturaleza perfectamente amoral, aunque sea, como la de Joseph Fouché, tan singular y significativa. Nuestra época quiere biografías heroicas, porque la propia pobreza de cabezas políticamente productivas hace que se busquen ejemplos más altos en los tiempos pasados. No desconozco de ninguna manera el poder de las biografías heroicas, que amplifican el alma, aumentan la fuerza y elevan espiritualmente. Son necesarias, desde los días de Plutarco, para todas las generaciones en fase de crecimiento, para toda juventud nueva. Pero precisamente en lo político albergan el peligro de una falsificación de la Historia, es decir: es como si siempre hubiesen decidido el destino del mundo las naturalezas verdaderamente dirigentes. Sin duda una naturaleza heroica domina por su sola existencia, incluso durante décadas y siglos, la vida espiritual, pero únicamente la espiritual. En la vida real, verdadera, el radio de acción de la política rara vez determinan algo —y esto hay que decirlo como advertencia ante cualquier fe política— las figuras superiores, los hombres de puras ideas; la verdadera eficacia está en manos de otros hombre inferiores, aunque más hábiles: en las figuras de segundo orden. De 1914 a 1918 hemos visto cómo las decisiones históricas sobre la guerra y la paz no emanaron de la razón y la responsabilidad, sino del poder oculto de hombres anónimos del más equívoco carácter y de la inteligencia más precaria. Y todos los días vemos de nuevo que en el juego inseguro y a veces insolente de la política, a la que las naciones confían aún crédulamente sus hijos y su porvenir, no vencen los hombres de clarividencia moral, de convicciones inquebrantables, sino que



siempre son derrotados por esos jugadores profesionales que llamamos diplomáticos, esos artistas de manos ligeras, de palabras vanas y nervios fríos. Si verdaderamente la política, como dijo Napoleón hace ya cien años, es "la fatalité moderne", la nueva fatalidad, vamos a intentar conocer a los hombres que alientan detrás de esas potencias, y de esa manera, el secreto de su peligroso poder. Que la historia de la vida de Joseph Fouché sea un aporte a la tipología del hombre político.



CAPÍTULO I

ASCENSO (1759-1793)

El 31 de mayo de 1759 nace Joseph Fouché — ¡ todavía le falta mucho para ser Duque de Otranto!— en el puerto de Nantes. Marineros y comerciantes sus padres y marineros sus antepasados, nada más natural que él continuara la tradición familiar; pero bien pronto se vio que este muchacho delgaducho, alto, anémico, nervioso, feo, carecía de aptitud para un oficio tan duro y verdaderamente heroico en aquel tiempo. A dos millas de la costa se mareaba, al cuarto de hora de correr o jugar con los chicos se cansaba. ¿Qué hacer, entonces, con una criatura tan débil?, se preguntarían los padres no sin inquietud, porque en la Francia de 1770 no hay todavía lugar adecuado para una burguesía ya despierta y con empuje impaciente. En los tribunales, en la administración, en cada cargo, en cada empleo, las prebendas substanciosas quedan para la aristocracia; para el servicio de Corte se necesita escudo condal o buena baronía; hasta en el ejército un burgués con canas apenas llega a sargento. El Tercer Estado no se recomienda aún en ninguna parte de aquel reino tan mal aconsejado y corrompido; no es extraño, entonces, que un cuarto de siglo más tarde exija con los puños lo que se le negó demasiado tiempo a su mano implorante. No queda más que la Iglesia. Esta gran potencia milenaria, que supera infinitamente en sabiduría mundana a las dinastías, piensa más prudente, más democrática, más generosamente. Siempre encuentra sitio para los talentos y recoge al más humilde en su reino invisible. Como el pequeña Joseph se destaca ya, estudiando en el colegio de los oratorianos, le ceden con gusto la cátedra de Matemática y Física para que desempeñe en ella los cargos de inspector y prefecto. A los veinte años adquiere en esta Orden —que desde la expulsión de los jesuitas prevalece en toda Francia— la educación católica, honores y cargo. Un cargo pobre, sin mucha esperanza de ascenso; pero siempre una escuela en la que él mismo aprende a la vez que enseña. Podría llegar más alto: ser fraile un día, tal vez obispo o Eminencia, si profesara. Pero cosa típica en Joseph Fouché: ya en el escalón inicial, en el primero y más bajo de su carrera, resalta un rasgo característico de su personalidad: la antipatía a ligarse completamente, de manera irrevocable, a alguien



o a algo. Viste el hábito de clérigo, está tonsurado, comparte la vida monacal de los demás padres espirituales, y durante diez años de oratoriano en nada se diferencia, ni exterior ni interiormente, de un sacerdote. Pero no toma las órdenes mayores, no hace voto; como en todas las situaciones de su vida, se deja abierta la retirada, la posibilidad de variación y cambio. A la Iglesia se entrega temporalmente y no por entero, lo mismo que más tarde al Consulado, al Imperio o al Reino. Ni siquiera con Dios se compromete Joseph Fouché a ser fiel para siempre.

Durante diez años, de los veinte a los treinta, anda este pálido y reservado semisacerdote por claustros y refectorios silenciosos. Da clase en Niort, Saumur, Vendôme, París, pero casi no siente el cambio de lugar, pues la vida de un profesor de seminario se desarrolla igual en todas partes: pobre, callada e insignificante, lo mismo en una ciudad como en otra, siempre detrás de muros sigilosos, siempre apartado de la vida. Veinte, treinta, cuarenta discípulos, a los que enseña latín, matemáticas y física; muchachos pálidos, vestidos de negro, a los que lleva a misa y a los que vigila en el dormitorio. Lectura solitaria en libros científicos, comidas pobres y sueldos mezquinos. Una existencia conventual, humilde. Anquilosados, irreales, al margen del tiempo y del espacio, estériles y humillantes parecen estos diez años silenciosos y sombríos de la vida de Fouché. Sin embargo, aprende durante ellos lo que ha de ser, más tarde, infinitamente útil al diplomático: el arte de callar, la ciencia magistral de ocultarse a sí mismo, la maestría para observar y conocer el corazón humano. Si este hombre, aun en los momentos de mayor pasión de su vida, llega a dominar hasta el último músculo de su cara; si es imposible percibir una agitación de ira, de amargura, de emoción en su rostro inmóvil, como emparedado en silencio, si con la misma voz apagada sabe pronunciar lo cotidiano y lo terrible, y si puede cruzar con el mismo paso furtivo los aposentos del Emperador y la frenética asamblea popular, eso se debe a la disciplina incomparable de dominio sobre sí mismo aprendida en los años de religión; a su voluntad domada en los ejercicios de Loyola, y a su expresión educada en las discusiones de la retórica eclesiástica secular. Ese es el aprendizaje de Fouché antes de poner el pie en el podio de la escena mundial. Quizás no sea casualidad que los tres grandes diplomáticos de la revolución francés —Tayllerand, Sieyès y Fouché—, salieran de la escuela de la Iglesia convertidos en maestros en el arte humano mucho antes de pisar la tribuna. El



mismo lastre religioso imprime un sello especial a sus caracteres —por lo menos contradictorios—, dándole, en los minutos decisivos, un cierto parecido. A esto suma Fouché una autodisciplina férrea, casi espartana, una resistencia interior extraordinaria contra el lujo y la fastuosidad y el arte sutil de saber ocultar la vida privada y el sentimiento personal. No, estos años de Fouché a la sombra de los claustros no fueron perdidos. Aprendió enseñando.

Detrás de muros de conventos, en aislamiento severo, se educa y desarrolla este espíritu singularmente elástico e inquieto, llegando a alcanzar una verdadera maestría psicológica. Durante años enteros sólo puede actuar invisiblemente en el círculo espiritual más estrecho; pero ya en 1778 comienza en Francia esa tempestad social que inunda hasta las mismas paredes del convento. En las celdas de los oratorianos se discute sobre los derechos del hombre igual que en los clubes de los francmasones.

Una extraña curiosidad empuja a estos sacerdotes jóvenes hacia lo burgués, curiosidad que hace derivar también la atención del profesor de Física y Matemáticas hacia los descubrimientos sorprendentes de la época: las primeras aeronaves —los montgolfiers— y los grandiosos inventos en el terreno de la electricidad y la medicina. Los religiosos buscan contacto con los círculos intelectuales, y este contacto lo facilita en Arras un círculo extraño, llamado de los "Rosatis", una especie de "Schlaraffia", en la que los intelectuales de la ciudad se reúnen en animadas veladas. El ambiente es modesto. Pequeños burgueses, gente insignificante, recitan poesías o pronuncian discursos literarios; los militares se mezclan con los paisanos. Joseph Fouché, el profesor religioso, es muy bien recibido en estas veladas, porque sabe mucho sobre los nuevos descubrimientos de la Física. Allí, en amigable reunión, escucha, por ejemplo, cómo un capitán de ingenieros llamado Lázaro Carnot, recita versos satíricos compuestos por él mismo, o atiende el florido discurso que pronuncia el pálido abogado de labios finos, Maximiliano de Robespierre (entonces todavía daba importancia a su nobleza) en honor de los "Rosatis". Aún disfruta la provincia con los últimos soplos del "Dixhuitième" filosofante. Reposadamente el señor de Robespierre escribe graciosos versos en lugar de sentencias de muerte; el médico suizo Marat, en lugar de crueles manifiestos comunistas, escribe una novela dulzona y sentimental, y en algún



rincón de provincia el pequeño teniente Bonaparte intenta imitar al Werther con una novela. Las tempestades están todavía invisibles en el horizonte.

Parece un juego del destino: precisamente con este abogado pálido, nervioso, de orgullo inconmensurable, llamado Robespierre, hace amistad el tonsurado profesor de seminario, y sus relaciones están en el mejor camino de transformarse en parentesco, porque Carlota Robespierre, la hermana de Maximiliano, quiere curar al profesor de los oratorianos de sus achaques místicos, y se murmura sobre este noviazgo en todas las mesas. Por qué se deshace al fin esta relación es algo que no se ha sabido nunca; pero quizá se oculte aquí la raíz del odio terrible, histórico, entre estos dos hombres, tan amigos en un principio y que más tarde lucharon a vida o muerte. Entonces, nada saben aún de jacobinismo y de rencor. Al contrario: cuando mandan a Maximiliano de Robespierre como delegado a los Estados Generales, a Versalles, para trabajar en la nueva Constitución de Francia, es el tonsurado Joseph Fouché quien presta al anémico abogado las monedas de oro necesarias para que se pague el viaje y se pueda mandar hacer un traje nuevo. Es simbólico que en esta ocasión, como en tantas otras, tenga los estribos para que otro inicie su carrera histórica, para ser después también él quien, en el momento decisivo, traicione y derribe por la espalda al amigo del comienzo.

Poco después de la partida de Robespierre a la Asamblea de los Estados Generales, que va a hacer temblar los fundamentos de Francia, también los oratorianos tienen su pequeña revolución en Arras. La política ha penetrado hasta los refectorios, y el perspicaz oteador que es Joseph Fouché, hincha sus velas con este viento. Por propuesta suya, mandan un diputado a la Asamblea Nacional, para demostrar al Tercer Estado las simpatías de los clérigos. Pero esta vez, el hombre, tan precavido en otras ocasiones obra con indudable precipitación porque sus superiores como medida correctora, lo envían a la institución filial de Nantes, al mismo puesto donde aprendió de niño los fundamentos de la ciencia y el arte del conocimiento humano —lo cual no constituye un verdadero castigo, porque carece de fuerza para serlo— Pero ya es adulto y experto, y no le seduce enseñar a los muchachos Geometría y Física. El sutil oteador presiente que se cierne sobre el país una tempestad social, que la política domina el mundo... Y a la política se lanza. De golpe, arroja la sotana, hace desaparecer la tonsura y en lugar de pronunciar sus discursos políticos ante los niños,



lo hace ante los buenos burgueses de Nantes. Se funda un club —siempre empieza la carrera de los políticos en un escenario, prueba de la elocuencia—; y un par de semanas después ya es Fouché presidente de los "Amis de la Constitution" de Nantes. Alaba el progreso, aunque con precaución y tolerancia, porque el barómetro de la honesta ciudad señala una temperatura moderada. A los ciudadanos de Nantes no les gusta el radicalismo, temen por su crédito; sobre todo quieren hacer buenos negocios. Ellos, que obtienen de las colonias opulentas prebendas, no quieren proyectos tan fantásticos como el de la manumisión de los esclavos. Joseph Fouché, certero observador, redacta un documento patético contra la abolición de la trata de esclavos que, aunque le proporciona una severa reprimenda por parte de Brissot, no disminuye su reputación en el estrecho círculo de los burgueses.

Para asegurar su posición política entre ellos (¡los futuros electores!), se casa muy pronto con la hija de un rico comerciante, una muchacha fea, pero de buena posición, porque quiere convertirse rápidamente en un perfecto burgués; es el tiempo en que —bien lo presente— el Tercer Estado va a tener en sus manos la dirección, el predominio. Estos son ya los preliminares del verdadero fin que se propone. Apenas se convocan elecciones para la Convención, el antiguo profesor de seminario se presenta como candidato. ¿Y qué es lo que hace todo candidato?; promete, por lo pronto, a sus buenos electores todos lo que pueda halagarles. Así jura Fouché proteger el comercio, defender la propiedad, respetar las leyes; como en Nantes sopla más el viento de la derecha que el de la izquierda, truena con mayor elocuencia contra los partidarios del desorden que contra el viejo régimen. Y, efectivamente, en 1792, es elegido diputado de la Convención, y la cocarda tricolor sustituye, para largo tiempo, a la tonsura oculta y silenciosa.

En la época de su elección, Joseph Fouché tiene treinta y dos años. No tiene presencia agradable, ni mucho menos: cuerpo seco, casi espectralmente esmirriado; cara de huesos finos y líneas aguzadas; afilada la nariz; afilada y estrecha también la boca, siempre cerrada; ojos fríos de pez, bajo párpados pesados, casi adormecidos, con las pupila de un gris felino, como de cristal. Todo en esta cara, todo en este hombre, está, por decirlo así, provisto de una menguada y fina materia vital. Parece un personaje visto con luz de gas, pálido y verdoso: sin brillo en los ojos, sin sensualidad en el gesto, sin metal en la voz,



lacio y revuelto el pelo, rojizas y apenas visibles las cejas, de una palidez grisácea las mejillas. Jamás se colorea ese rostro con un rubor; este hombre tenaz, inauditamente duro para el trabajo, produce siempre el efecto de una persona cansada, enferma, convaleciente. Todos los que lo ven reciben la impresión de un hombre sin sangre ardiente, roja, pulsante. Y, efectivamente, también en lo psíquico pertenece a la raza de los flemáticos, de los temperamentos fríos. No conoce pasiones recias, avasalladoras; no lo tientan las mujeres, ni el juego; no bebe vino, no se deja llevar por el despilfarro, no mueve sus músculos, no vive más que en su estudio, entre documentos y papeles. Nunca se enoja de manera evidente, nunca vibra un nervio en su cara. Sólo para una leve sonrisa, cortés, mordaz, se contraen estos labios afilados, anémicos; bajo esa máscara gris, terrosa, aparentemente desmadejada, nunca se observa una verdadera tensión; bajo los párpados pesados los ojos nunca delatan su intención; ni revela sus pensamientos un solo gesto.

Esta sangre fría, imperturbable, constituye la verdadera fuerza de Fouché. Los nervios no lo dominan, los sentidos no lo seducen, toda su pasión se carga y se descarga detrás de su frente impenetrable. Deja jugar las fuerzas y acecha despierto las faltas de los demás. Espera pacientemente que se agote la pasión de los otros o que aparezca en ellos un momento de flaqueza para dar, entonces, el golpe inexorable. Esta superioridad de su paciencia sin nervios es terrible: el que puede esperar así y ocultarse, bien puede engañar hasta al más sagaz. Obedecerá tranquilamente, sin pestañear. Sonriente y helado, soportará las ofensas más duras, las más viles humillaciones: ninguna amenaza, ningún gesto de rabia conmoverá a este monstruo de la frialdad. Tanto Robespierre como Napoleón se estrellarán contra esta calma pétrea, como el agua contra la roca. Tres generaciones, toda una época, fluyen y refluyen en mareas apasionadas mientras él persiste insensible y glacial.

En esta imperturbable frialdad de su temperamento radica el verdadero genio de Fouché. Su cuerpo no le pone trabas, no le arrastra; está casi siempre al margen de todo. Su sangre, sus sentidos, su alma, todos estos elementos que perturban los sentimientos de un hombre normal, están ausentes en este enigmático "hasardeur", cuya pasión es íntegramente cerebral. Este seco personaje de escritorio ama viciosamente la aventura, la intriga es su única pasión; pero sólo la sabe gozar en la esfera del espíritu, y nada oculta mejor y más genialmente su lúgubre placer de lo caótico, del complot, que el disfraz de fiel y honesto



burócrata que lleva toda la vida. Tender los hilos desde su aposento, parapetado detrás de expedientes y documentos; asestar el golpe criminal, inesperado e inadvertido, ésa es su táctica. Hay que mirar profundamente la historia para percibir en la ráfaga de la revolución, en el resplandor legendario de Napoleón, la figura de Fouché, de apariencia humilde y subalterna, pero en realidad omnímoda, definidora de una época. Durante toda una vida actúa en la sombra sobre tres generaciones. Patroclo cayó como cayeron Héctor y Aquiles, mientras prevaleció Ulises, el astuto. Su talento excede al genio; su sangre fría perdura por encima de todas las pasiones.

La mañana del 12 de setiembre hace su entrada en la sala la Convención recién elegida. El saludo ya no es tan solemne y pomposo como hace tres años, en la primera Asamblea Constitucional. Entonces, en el centro, todavía había un magnífico sillón de damasco bordado con blancas flores de lis: el sitial del Rey; y cuando entró, la Asamblea se levantó respetuosamente y recibió al Monarca con vivas y ovaciones. Ahora están inválidos sus castillos, la Bastilla y las Tullerías; ya no hay Rey en Francia; hay sólo un hombre gordo, a quien sus duros guardianes y jueces llaman Luis Capeto, que se aburre como impotente burgués en el Temple y espera su sentencia. En su lugar, mandan ahora en el país los setecientos cincuenta instalados en su propia casa. Tras la mesa presidencial se yerguen, en letras gigantescas, las nuevas tablas mosaicas de las leyes, el texto original de la Constitución, y las varas de los lictores y el hacha mortífera ¡símbolo amenazador!, adornan las paredes del salón.

En las galerías se reúne el pueblo y contempla curioso a sus representantes. Setecientos cincuenta miembros de la Convención entran a paso lento en la Casa Real, extraña mezcla de todos los estados y profesiones: abogados cesantes con ilustres filósofos, sacerdotes fugitivos con militares célebres, aventureros fracasados con afamados matemáticos y poetas galantes. Como en un vaso agitado con violencia, en Francia todo se ha mezclado, todo ha quedado invertido por la revolución. Es tiempo de aclarar el caos.

Ya la disposición de los asientos indica un primer ensayo de orden. En el salón anfiteatral, donde se mezclan los alientos y chocan las frases hostiles, abajo, están colocados los tranquilos, los serenos, los cautos: el "marais", el pantano, como llaman irónicamente a los que, en todas las decisiones, carecen de pasión. Los turbulentos, los impacientes, los



radicales, toman asiento arriba, en los bancos más altos, en la "montaña", que casi tocan con sus últimas filas las galerías, como para indicar simbólicamente que a su espalda tienen a la masa, al pueblo, al proletariado.

Estas dos potencias sostienen la balanza. Entre ellas se tambalea, en flujo y reflujo, la revolución. Para los ciudadanos, para los moderados, es ya perfecta la República con la Constitución conquistada, con la aniquilación del Rey y de la nobleza, con el traspaso de los derechos al Tercer Estado; ahora quisieran más bien poner diques y retener la marea removida desde el fondo, retener lo seguro. Condorcet, Roland, los girondinos son los cabecillas, representantes del clero y de la clase media. Pero los de la "montaña" quieren seguir empujando la ola hasta que arrastre todo lo que permanece de otros tiempos, todo lo anticuado; quieren a Marat, a Danton y a Robespierre como jefes del proletariado, "la révolution intégrale" radical hasta el ateísmo y el comunismo. Después del Rey quieren echar por tierra a las demás potencias viejas del Estado: dinero y Dios. Inquieta, la balanza oscila entre los dos partidos. Si vencen los girondinos, los moderados, la revolución se debilitará poco a poco con una reacción primero liberal y luego conservadora. Si vencen los radicales, navegarán por las profundidades y los torbellinos de la anarquía. Por eso la solemne armonía de las primeras horas no engaña a ninguno de los presentes en el salón predestinado: cada uno sabe que aquí comenzará pronto una lucha de vida

o muerte, por el espíritu y por el Poder. Y el lugar donde se sienta un diputado, abajo, en el llano, o arriba, en la montaña, indica ya de antemano su decisión.

Con los setecientos cincuenta que entran solemnemente en el salón del Rey destronado entra también, silencioso, con la banda tricolor de representante del pueblo cruzada sobre el pecho, Joseph Fouché, el diputado de Nantes. Desaparecida la tonsura y olvidado ya el traje de sacerdote, como todos los demás, usa sencilla ropa de ciudadano.

¿Cónde se sentará Joseph Fouché: entre los radicales de la "montaña", o entre los moderados del "llano"? Joseph Fouché no vacila durante mucho tiempo. No conoce más que un partido, al que es leal y al que permanecerá fiel hasta el fin: al más fuerte, al de la mayoría. Así pesa y cuenta también esta vez interiormente los votos y ve que el Poder se inclina hacia el lado de los girondinos, los moderados. Con ellos están Condorcet, Roland,



Servan, los hombres que tienen en sus manos los Ministerios, que influyen en todos los nombramientos y que reparten las prebendas. Allí puede estar seguro. Y allí se sienta.

Pero cuando casualmente levanta los ojos hacia donde han tomado posiciones los adversarios, los radicales, se cruza su mirada con otra mirada severa, desdeñosa. Su amigo Maximiliano Robespierre, el abogado de Arras, ha reunido allí, a su alrededor, a sus partidarios. Irónico y glacial, orgullosos de la propia terquedad, que no perdona en los demás vacilaciones y flaquezas, observa con crueldad, a través de sus impertinentes, al oportunista Fouché. En este momento se rompe el último lazo de la amistad entre estos dos hombres. Desde entonces, Fouché siente a su espalda, detrás de sus ademanes y sus actos, la mirada de frío examen y severa observación del eterno acusador, del implacable puritano ¡Hay que tener cuidado!

Nadie tiene más cuidado que él. En los protocolos de las sesiones de los primeros meses, el nombre de Joseph Fouché no aparece jamás. Mientras todos se precipitan con ímpetu y presunción hacia la tribuna para hacer proposiciones, para declamar latiguillos, para acusarse y enemistarse, el diputado de Nantes nunca pone los pies en el púlpito. La insuficiencia de voz (ésta es su excusa ante sus amigos y electores) le impide hablar públicamente. Y como todos los demás se quitan ávidamente la palabra de la boca, el silencio de esta aparente modestia se destaca con simpatía. Pero en realidad no es modestia, sino cálculo. El exfísico estudia primero el paralelogramo de las fuerzas, observa, duda antes de formular su opinión, porque ve oscilar continuamente la balanza. Precavido, reserva su voto decisivo para el momento en que comience a inclinarse definitivamente hacia un lado o hacia el otro. ¡Por nada del mundo gastarse demasiado pronto; por nada del mundo someterse antes de tiempo; por nada del mundo comprometerse para siempre! Aun no se ve con claridad si la revolución va a comenzar

o a retroceder y, como buen hijo de marinero, espera que el viento sea favorable para lanzarse al lomo de la ola, y mientras tanto mantiene su nave en el puerto.

Además, ya en Arras, detrás de los muros del convento, había observado qué pronto en una revolución se gasta la popularidad, cómo el grito popular de "Hossanna" se convierte en el grito de "Crucifige". Todos o casi todos los que durante la época de los Estados Generales y de la Asamblea Constitucional se habían destacado, eran víctimas del olvido o del odio. El



cadáver de Mirabeau, todavía ayer en el panteón, había sido exhumado vergonzosamente de aquel lugar; Lafayette, celebrado hacía sólo algunas semanas como padre de la Patria, era considerado traidor; Custine, Pethion, ovacionados poco antes, se arrastraban en la sombra, lejos de la publicidad. No. No había que salir precipitadamente a la luz, no había que comprometerse con demasiado ligereza; que se inutilicen, que se gasten los demás. Una revolución —lo sabe muy bien este hombre de sutileza precoz— nunca pertenece al primero, al que la inicia, sino al último, al que la culmina aferrándose a ella como a una presa.

Así se agazapa taimada e intencionadamente en la oscuridad. Se acerca a los poderosos, pero evita todos los Poderes públicos y visibles. En lugar de escandalizar en la tribuna y en los periódicos, prefiere ser elegido en las Comisiones, donde, en la sombra, conquista conocimiento de la situación e influencia sobre los acontecimientos sin ser visto ni odiado. Y en efecto, su manera tenaz y rápida de trabajar le gana simpatías; su invisibilidad lo protege contra toda evidencia. Desde su despacho, puede observar cómo se ensañan los tigres de la "montaña" y las panteras de la Gironde, cómo los grandes apasionados, las grandes figuras destacadas de un Vergniaud, Condorcet, Desmoulins, Danton, Marat y Robespierre se hieren a muerte. Él mira y espera, porque sabe que hasta que no se aniquilen los apasionados, no empieza la época de los que supieron esperar, de los prudentes. Sólo se decidirá cuando vislumbre que la batalla está ganada. Esta espera en la oscuridad es la actitud de Joseph Fouché durante toda su vida. No ser nunca el objeto visible del Poder y, sin embargo, dominarlo por completo; tirar de todos los hilos eludiendo siempre la responsabilidad. Parapetarse detrás de una figura importante, empujarla hacia adelante y, en cuanto avance demasiado, en el instante decisivo, traicionarla de manera rotunda. Este es su papel preferido. Lo interpreta como el más perfecto intrigante de la escena política, con veinte disfraces, en innumerables episodios bajo los republicanos, los reyes o los emperadores, siempre con el mismo virtuosismo.

A veces se le presenta la oportunidad y, con ella, la tentación de representar el rol principal, el papel de héroe en el drama mundial. Pero es demasiado perspicaz para desearlo seriamente. Tiene plena conciencia de su rostro feo y repulsivo, que no es adecuado para medalla o emblemas, para el lujo y la popularidad: nada heroico podría ofrecer con una



corona de laurel sobre la frente. Sabe que su voz delgada y enfermiza sólo puede susurrar, sugerir, insinuar, pero nunca arrastrar a las masas con elocuencia inflamada. Sabe que su fuerza reside en el aposento de burócrata, en la habitación cerrada en la sombra. Allí puede acechar y explorar cómodamente, observar y convencer, tirar de los hilos y enredarlos mientras permanece impenetrable, hermético.

Este es el último secreto de la fuerza de Joseph Fouché, que, aunque anhela el poder, la mayor cantidad posible de poder, se conforma con la conciencia de su posición; no necesita sus emblemas ni su investidura. Fouché tiene amor propio desmesurado, pero no anhelo de gloria; es ambicioso sin vanidad. La vara de lictor, el cetro de rey, la corona de emperador pueden ser de otros; él cede gustoso el brillo y la dicha dudosa de la popularidad. A él le basta con enterarse de las cosas, con tener influencia, con ser él quien verdaderamente manda sobre quien sólo tiene la apariencia de mando, y sin exponer su persona, hacer el juego emocionante, el juego tremendo de la política. Mientras los demás se comprometen fuertemente con sus convicciones, con sus palabras y gestos oficiales, él queda tenebroso y escondido, interiormente libre; es lo que permanece en el proceso constante de apariciones. Los girondinos caen, Fouché queda; los jacobinos son jaqueados, Fouché queda; el Directorio, el Consulado, el Imperio, el Reino y otra vez el Imperio zozobran y desaparecen; pero siempre queda él, el único, Fouché, gracias a su refinado retraimiento y a su valor incomparable para perseverar en la falta absoluta de vanidad.

Pero llega un día en el proceso mundial de la revolución, un día que no admite vacilaciones, un día en el que cada cual tiene que dar su voto terminante, concreto, con un "sí" o un "no": el 16 de enero de 1793. El reloj de la revolución señala mediodía. La mitad del camino está andado. Palmo a palmo se ha arrancado el poder a la Monarquía. Pero aún vive el Rey, Luis XVI, aunque ahora está prisionero en el Temple. No ha sido posible dejarle huir, como esperaban los moderados, ni tampoco se ha conseguido que encontrara la muerte en aquel asalto al palacio llevado adelante por la furia del pueblo, como secretamente deseaban los radicales. Lo han humillado, le han quitado libertad, nombre y rango; pero todavía por su solo aliento, por su sangre heredada, es Rey, es el nieto de Luis XIV, y aunque ahora sólo se lo llame desdeñosamente Luis Capeto, sigue siendo un peligro para la joven República., Por eso la convención formula la pregunta de vida o muerte. Los indecisos, los cobardes,



los cautos, las personas del carácter de Joseph Fouché habían esperado inútilmente poder escapar de emitir su juicio definitivo a través de una votación secreta. Robespierre exige terminantemente que cada representante de la nación francesa pronuncie su "sí" o "no", su Vida o Muerte, en medio de la Asamblea, para que sepa el pueblo y la posteridad el lugar que a cada uno corresponde: a la derecha o a la izquierda, en la bajamar o en la pleamar de la revolución.

Ya el 15 de enero Fouché ha definido con claridad su propósito. Pertenece a los girondinos, y el deseo de sus electores, netamente moderados, le obliga a pedir clemencia para el Rey. Pregunta a sus amigos, sobre todo a Condorcet, y ve que están todos dispuestos a evitar una medida tan irrevocable como la ejecución del Rey. Y como la mayoría está en contra de la sentencia, Fouché se pone, naturalmente, de su parte; la noche anterior, la del 15 de enero, lee a un amigo el discurso que piensa pronunciar para justificar su deseo de clemencia. Sentarse en los bancos de los moderados lo obliga a ser así.

Pero entre aquella noche del 15 de enero y la mañana del 16, transcurre una noche intranquila y agitada. Los radicales no han estado ociosos: han puesto en marcha la máquina de la rebelión en las masas que saben dominar tan magistralmente. En los arrabales, se escuchan los cañones del escándalo; las secciones llaman con sus tambores a la gente del pueblo; todos los batallones irregulares de la revuelta (a los que siempre recurren los terroristas invisibles, que los mueven para alcanzar por la fuerza decisiones políticas) se ponen en acción en pocas horas con un gesto del cervecero Santerre. Estos batallones de agitadores de barrio, de pescaderas y aventureros, son conocidos desde la gloriosa conquista de la Bastilla; se los conoce desde la hora vil de los asesinatos de setiembre. Cuando hay que romper el dique de las leyes, siempre se revuelve a la fuerza esta gigantesca ola del pueblo, que arrastra todo consigo, irresistible, incluso a los que ha hecho surgir de sus bajos fondos.

Ya al mediodía, miles y miles cercan la Escuela de Equitación y las Tullerías; hombres en mangas de camisa, amenazantes con el pecho desnudo y pica en mano; mujeres vociferantes, insultadoras, con caramañolas de rojo fuego; guardia ciudadana y gente callejera. Entre ellos, se multiplican los provocadores de la religión: Fournier, el americano; Guzmán, el español; Theroigne de Mericour, esa caricatura histórica de Juana de Arco. Si



pasan diputados sospechosos de votar por la clemencia, arrojan sobre ellos un diluvio de insolencias como cubos de basura, se alzan puños, se profieren amenazas contra los representantes del pueblo. Con todos los medios del terrorismo y de la fuerza bruta trabajan los amedrentadores para conseguir que la cabeza del Rey sea puesta bajo la cuchilla.

Y esta intimidación hace su efecto en todos los espíritus apocados. Con miedo los girondinos se aprietan en sus asientos, a la luz oscilante de las velas, en esa noche gris de invierno. Los que ayer todavía esperaban decididos a votar contra la muerte del Rey para evitar la guerra con toda Europa, están intranquilos y desunidos bajo la enorme presión de la rebelión del pueblo. Por fin, ya bien entrada la noche, se verifica la primera citación de nombre, y —¡qué ironía!— le toca precisamente al jefe de los girondinos, a Vergniaud, otras veces orador apasionado, cuya voz resuena siempre como un martillo sobre la madera vibrante de las paredes. Pero ahora teme no ser considerado suficientemente republicano, como jefe de la república, si perdona la vida del Rey. Y él, que siempre ha sido bravío e iracundo, se acerca a la tribuna lento, pesado, con la cabeza poderosa vergonzosamente inclinada, y dice en voz baja: "La mort".

La palabra suena como un diapasón en toda la sala. El primero de los girondinos ha fallado. De los demás, permanecen firmes la mayor parte: trescientos entre setecientos votos se inclinan al perdón, a pesar de que saben que una actitud de moderación política requiere en este ocasión mil veces más audacia que una firmeza aparente. La balanza oscila mucho: un par de votos pueden decidir. Por fin es llamado el diputado de Nantes, Joseph Fouché, el mismo que aseguró ayer a los amigos que defendería la vida del Rey con palabras inflamadas, el que hace diez horas se manifestaba como el más decidido entre los decididos. Pero mientras tanto, el antiguo profesor de Matemáticas ha contado los votos y, buen calculador, Fouché ha visto que daría un paso en falso, ligándose al único partido al que nunca habría de pertenecer: al partido de la minoría. Ya no duda. Con sus pasos sigilosos sube ligeramente a la tribuna, y de sus labios pálidos se escapa, tenues, estas dos palabras: "La mort".

El Duque de Otranto escribirá y pronunciará más tarde cien mil palabras para excusar, como una equivocación, estas dos palabras que lo estigmatizan como "régicide", como asesino del Rey. Pero estas dos palabras están dichas públicamente y, anotadas en el



"Moniteur" no se las puede borrar de la historia ni de su vida, en la que serán memorables porque significan su primera caída oficial. Ha traicionado alevosamente a sus dos amigos Condorcet y Daunou, se ha burlado de ellos, los ha engañado. Pero no tiene que avergonzarse por eso ante la historia: otros más fuertes, como Robespierre y Carnot, Lafayette, Barras y Napoleón, los más poderosos de su tiempo, serán burlados por él en la hora de la desgracia.

En este momento se descubre por primera vez en el carácter de Joseph Fouché otro rasgo muy marcado: su osadía. Si deja a traición un partido, no lo hace nunca despacio y con cautela, nunca se desliza de las filas pretendiendo disimularlo. Lo hace a la luz del día, con fría sonrisa. Con asombrosa naturalidad se pasa directamente al antiguo adversario y acepta todas sus palabras y argumentos. Lo que creen y dicen los partidarios anteriores, lo que piensa la masa, el público, lo deja completamente frío. Le importa una sola cosa: estar siempre con el vencedor, nunca con el vencido. En la rapidez de rayo de este cambio, en el cinismo sin medida de su transmutación, demuestra una dosis de osadía que involuntariamente anonada y provoca admiración.

Le bastan veinticuatro horas, a veces una hora sola, a veces un solo minuto, para arrojar la bandera de sus convicciones y desplegar con estrépito la contraria. No va con una idea, va con el tiempo, y mientras más ligero corra, más ligero le seguirá.

Sabe que sus electores de Nantes se indignarán cuando al día siguiente lean en el "Moniteur" su voto. Entonces, hay que arrollarlos, en lugar de convencerlos. Y con esa vertiginosa audacia, con esa osadía que, en esos momentos le confiere casi una aureola de grandeza, no espera la indignación, sino que se adelanta al asalto con un ataque. Al día siguiente de la votación manda imprimir un manifiesto, en el que proclama ruidosamente, como si fuera su convicción más leal y sincera, lo que en realidad le ha dictado el miedo a caer en desgracia ante el parlamento: no quiere dejar a sus electores tiempo para pensar y calcular, quiere aterrorizarlos dando el golpe con rápida brutalidad.

Ni Marat ni los más acalorados jacobinos son capaces de escribir de manera más sangrienta que este hombre, ayer aún tan moderado, a sus bravos, a sus buenos electores burgueses: "Los crímenes del tirano han sido descubiertos y llenan de indignación todos los corazones. Si no cae su cabeza en seguida bajo la espada, pueden caminar tranquilamente con las suyas



erguidas todos los ladrones y asesinos, y el caos más terrible nos amenazará. Los tiempos están con nosotros y contra todos los reyes de la tierra". Así proclama la ejecución como necesidad inevitable la misma persona que, el día anterior, llevaba preparado en el bolsillo un manifiesto contra la ejecución probablemente tan persuasivo como ése.

Y en efecto, el astuto matemático había calculado bien. Como buen oportunista, conoce la irresistible gravitación de la cobardía; sabe que en todos los momentos políticos de la masa, es la audacia el denominador decisivo de todo cálculo. Tiene razón: los buenos burgueses conservadores se agachan con timidez ante este manifiesto de inesperado descaro; confundidos y perplejos se apresuran a dar su consentimiento para una decisión con la que interiormente no están conformes en lo más mínimo. Ninguno se atreve a contradecir. Y desde aquel día Joseph Fouché tiene en su mano la dura y fría palanca con la que dominará las crisis más difíciles: el desprecio a la humanidad.

Desde esa fecha memorable, el 16 de enero, Joseph Fouché, con su carácter de camaleón elige (por el momento) el color rojo. El moderado se convierte de la noche a la mañana en archirradical y ultraterrorista. De un salto se encuentra en medio de sus adversarios, y una vez allí decide colocarse en el ala extrema de la izquierda, en la más radical. Con una rapidez fantástica, este espíritu frío, este reseco burócrata, para no quedarse atrás, adopta el lenguaje más sangriento de los terroristas. Hace proposiciones rigurosas contra los emigrados, contra los sacerdotes; azuza, truena, se enfurece, degüella con palabras y gestos. Verdaderamente, podría volver a hacerse amigo de Robespierre, volver a sentarse a su lado; pero este hombre de conciencia incorruptible, de rígido espíritu protestante, no quiere a los renegados; con doble desconfianza repele ahora al tráfuga cuyo expansivo radicalismo le resulta más sospechoso que su antigua moderación.

Fouché presiente, con agudo sentido atmosférico, el peligro de esa vigilancia y ve acercarse días críticos. Todavía la tormenta amenaza a la Asamblea y se insinúan en el horizonte político las luchas trágicas entre los jefes de la revolución, entre Dantón y Robespierre, entre Hébert y Desmoulins; habría que decidirse de nuevo dentro del mismo radicalismo; pero a Fouché no le gusta comprometerse antes de que la declaración esté exenta de peligros y sea propicia a la victoria. Sabe que, en los momentos decisivos, hay situaciones que un diplomático domina más sabiamente, eludiéndolas. Es por eso que prefiere



ausentarse del ruedo de la Convención durante la lucha y no volver a pisarlo hasta que se haya pronunciado el veredicto. Para justificar su retirada y poder fundamentarla, tiene la suerte de que se le presente oportunamente una excusa honorable: la Convención elige doscientos delegados de su seno para que mantengan el orden en las provincias. Fouché, que no se encuentra cómodo en la atmósfera volcánica del salón de sesiones, hace todo lo posible para ser uno de los enviados y consigue ser elegido. Se le concede así una tregua. Puede tomar aliento. ¡Que luchen mientras tanto unos con otros, que se aniquilen entre sí haciendo lugar, haciendo sitio, con su apasionamiento, para él, soberbio y ambicioso! ¡Pero ahora, alejarse, evadirse, no tomar partido entre los partidos! Unos meses, unas semanas son mucho en aquellos tiempos en que el reloj del universo corre frenéticamente. Cuando llegue el momento de volver, la suerte estará echada, y entonces podrá situarse tranquilamente y sin peligro al lado del vencedor, en su partido de siempre: el de la mayoría.

Se ha estudiado poco la historia provincial de la revolución francesa. Todas las descripciones concentran su atención en la esfera del reloj de París, donde sólo es visible el signo de la hora. Pero el péndulo que regulariza su marcha sostiene su eje en el país y en el ejército. París no es más que la palabra, la iniciativa, el motor; pero el país inmenso es la acción, la fuerza decisiva y continua.

Pronto reconoce la Convención que el "tempo" revolucionario de la capital y el del país no coinciden. Los lugareños, los habitantes de las aldeas y de las montañas no piensan con la misma rapidez que la gente de la capital. Absorben más despacio y con más cuidado las ideas y se apropian de ellas a su manera. Lo que en la Convención se convierte en ley en una hora, se filtra lentamente, gota a gota, por el país, y casi siempre adulterado y diluido por la realista burocracia provincial, por el clero, por los hombres del antiguo régimen. Por eso hay siempre una hora de atraso en las regiones respecto de París. Si gobiernan en la Convención los girondinos, la provincia todavía elige realistas; cuando los jacobinos triunfan, empieza el acercamiento espiritual de la provincia a la Gironde. Contra esto son inútiles los decretos patéticos, porque la palabra impresa sólo se abre paso lenta y tímidamente hasta la Auvergne y la Vendée.



Por eso, la Convención acuerda desplazarse en presencia activa a las provincias para avivar el ritmo de la revolución en toda Francia, para acelerar el "tempo" vacilante y casi antirrevolucionario de las comarcas rurales. Elige de su propio seno doscientos delegados que deben representar su voluntad y les da poder casi ilimitado. Quien lleva la banda tricolor y el sombrero de pluma rojo tiene derechos de dictador. Puede cobrar contribuciones, pronunciar sentencias, pedir reclutas, destituir generales: ninguna autoridad puede oponerse al que representa con su persona, santificada simbólicamente, la voluntad de la Convención Nacional íntegra. Su poder es ilimitado, como antiguamente el de los procónsules de Roma, que llevaron a todos los países sometidos la voluntad del Senado. Cada uno un dictador, un soberano, contra cuyo fallo no se puede apelar ni recurrir.

Enorme es el poder de estos embajadores escogidos; pero enorme también su responsabilidad. Dentro de la provincia que se les asigna parece cada uno un rey, un emperador, un autócrata. Pero detrás de su nuca manda su destello siniestro la guillotina.

La Comisión de la Salud Pública vigila cada queja y a cada uno pide implacablemente cuentas exactas sobre la administración de los fondos. Contra el que no muestre suficiente energía se aplicarán duras sanciones; el que, en cambio, se deje arrastrar por una furia excesiva también deberá esperar un castigo. Si prevalece el terrorismo, toda medida de este género se considerará acertada; si la balanza se inclina hacia la clemencia se juzgará, en cambio, como improcedente. Los que en apariencia son señores de todo un país, son en realidad siervos de la Comisión de la Salud Pública, sometidos a la tendencia que rige la hora. Por eso miran de soslayo, con el oído atento, las señales que llegan desde París. Mientras deciden sobre la vida y la muerte de los demás, deben estar atentos para conservar la propia vida. No es, ni mucho menos, un cargo fácil el que aceptan. Igual que los generales de la revolución ante el enemigo, saben todos que sólo una cosa los salva de la afilada cuchilla: el éxito.

En el momento en que Fouché es enviado como procónsul, la balanza se inclina hacia el lado de los radicales. Por eso, Fouché confiere a su acción en el departamento de la "Loire inférieure", en Nantes y Nevers y Moulins, un tono rabiosamente radical.



Truena contra los moderados, inunda el país con un diluvio de manifiestos, amenaza de la manera más cruel a los ricos, a los timoratos: pone en pie regimientos enteros de voluntarios bajo presión moral

o efectiva y los manda contra el enemigo. En fuerza organizadora, en rápido conocimiento de la situación iguala, por lo menos, a cada uno de sus compañeros; en audacia verbal, los supera a todos.

Por eso —y esto hay que anotar— Joseph Fouché no deja un margen de cautela (como los célebres campeones de la revolución, Robespierre y Danton), ante la cuestión de la propiedad eclesiástica y privada, que aquellos declaran aún respetuosamente "invulnerables". Fouché se traza decididamente un programa radical, socialista y comunista. El primer manifiesto comunista claro de la época moderna no es, por cierto, el célebre de Carlos Marx, ni el "Hessische Landbote", de Jorge Buechner, sino la desconocida "Instruction de Lyon", intencionadamente olvidada por la historiografía socialista, y que aunque lleva las firmas de Collot d'Herbois y Fouché, sin duda alguna fue redactada sólo por Fouché. Este documento enérgico, que por sus postulados se adelanta cien años a su época, —y que es uno de los más sorprendentes de la revolución— bien merece la pena que sea sacado de la oscuridad. Aunque más tarde, el Duque de Otranto pretenda atenuar su significado histórico negando desesperadamente las palabras escritas como el simple ciudadano Joseph Fouché, siempre definirán su credo de ese momento. Visto como documento de época, Fouché se nos presenta como el primer socialista verdadero, como el primer comunista de la revolución. Ni Marat, ni Chaumette han formulado los más audaces postulados de la revolución francesa: fue Joseph Fouché. Con mayor claridad y agudeza que la mejor descripción, ilumina su texto el retrato espiritual de Fouché; en otras ocasiones —casi siempre— parece diluirse en una zona de penumbra...

Esta "Instruction" comienza audazmente con una declaración de infalibilidad que justifica cualquier osadía: "Todo les está permitido a los que actúan en nombre de la República. Aún quien se excede en el cumplimiento, quien aparentemente atraviesa el límite, no ha llegado al fin ideal. Mientras quede sobre la tierra un solo desgraciado, debe proseguir el avance de la libertad".



Después de este preludio enérgico, en cierto sentido ya maximalista, de Fouché, la siguiente definición del espíritu revolucionario: "La revolución está hecha para el pueblo; pero no hay que entender por pueblo esa clase privilegiada por su riqueza, que ha acaparado todos los goces de la vida y todos los bienes de la sociedad. El pueblo es únicamente la totalidad de los ciudadanos franceses, y sobre todo esa clase social infinita de los proletarios que defienden las fronteras de nuestra patria y sustentan a la sociedad con su trabajo. La revolución sería un absurdo político y moral si no se ocupara más del bienestar de unos cuantos cientos de individuos y dejara perdurar la miseria de veinticuatro millones de seres. Por eso, sería un engaño insultante para la humanidad pretender hablar siempre en nombre de la igualdad, mientras separan aún a los hombres desigualdades tan tremendas en el bienestar". Después de estas palabras introductorias desarrolla Fouché su teoría preferida: que el rico, "mauvais riche", no será nunca un verdadero revolucionario, nunca un republicano leal; que toda revolución, nada más que burguesa, que deje persistir las diferencias de bienes, tendría que volver a degenerar inevitablemente en una nueva tiranía, "porque los ricos se tendrían siempre por otra clase de seres". Por eso exige Fouché del pueblo la energía más extremada y completa, la revolución "intégrale". "No os engaños: para ser un verdadero republicano, tiene que sufrir cada ciudadano en sí mismo una revolución parecida a la que ha cambiado la faz de Francia. No puede quedar nada en común entre los vasallos de los tiranos y los habitantes de un país libre. Por eso tienen que ser completamente nuevas, todas sus obras, sus sentimientos y sus costumbres. Estáis oprimidos y debéis aniquilar a vuestros opresores; habéis sido esclavos de la superstición eclesiástica, y no debéis tener otro culto que el de la Libertad... Todo el que permanece al margen de este entusiasmo, que conoce alegrías y tribulaciones ajenas a la felicidad del pueblo, abre su alma a intereses fríos, calcula lo que rentará su honor, su posición y su talento, y se aparta así por un momento del bien general; todo aquél cuya sangre no arde vindicadora ante la opresión y la opulencia; todo aquél que tenga una lágrima de compasión para un enemigo del pueblo, y aquel no guarda toda la fuerza de su sentimiento para los mártires de la Libertad, todos esos mienten si se atreven a llamarse republicanos. Que abandonen el país, si no quieren que se les desenmascare y que su sangre impura riegue el suelo de la Libertad. La República no quiere en su seno más que seres libres, está dispuesta



a aniquilar a los demás, y no reconoce como hijos, sino a los que quieren vivir, luchar y morir por ella. En el tercer párrafo de esta instrucción se convierte la confesión revolucionaria en un manifiesto comunista desnudo y franco (el primero explícito de 1793): "Todo el que posea más de lo indispensable ha de contribuir con una cuota igual al exceso a los grandes requerimientos de la patria. De modo que habéis de averiguar, de manera generosa y verdaderamente revolucionaria, cuánto tiene que desembolsar cada uno para la causa pública. No se trata aquí de la averiguación matemática, ni tampoco del método vacilante que en otros casos se emplea en la repartición de contribuciones; esta medida especial tiene que llevar el carácter de las circunstancias. Obrad, pues, generosamente, y con audacia: quitadle a cada ciudadano lo que no necesite, pues lo superfluo es una violación patente de los derechos del pueblo. Todo lo que tiene un individuo más allá de sus necesidades no lo puede utilizar de otra manera sino abusando de ello. No dejadle, pues, sino lo estrictamente necesario; el resto pertenece íntegro durante la guerra, a la República y a sus ejércitos".

Expresamente acentúa Fouché en este manifiesto que no hay que darse por satisfecho sólo con el dinero. "Todos los objetos —continúa— que se poseen en exceso y que puedan ser útiles a los defensores del país, los pide ahora la patria. Así, hay gente que tiene increíble abundancia en telas de hilo y camisas, en pañuelos y zapatos. Todas estas cosas tienen que ser objeto de la requisita revolucionaria". Igualmente pide la entrega del oro y de la plata, de los "métaux vils et corrupteurs", que desprecia el verdadero republicano, al tesoro nacional, para que allí "les sea acuñada la efigie de la República, y purificados por el fuego sirvan solamente a la Comunidad. No necesitamos sino acero y hierro, y la República triunfará". El llamamiento termina con una tremenda apelación a la violencia: "Administraremos con todo rigor la autoridad que nos ha sido encomendada, consideraremos y castigaremos como actos malvados todo lo que, bajo otra circunstancia, se llame descuido, debilidad y lentitud. Pasó la época de las decisiones tibias y de las consideraciones. ¡Ayudadnos a dar los golpes implacables o estos golpes caerán sobre vosotros mismos! ¡La libertad o la muerte! Podéis elegir".

La teoría de este documento nos da ya una idea de cómo será el procónsul Joseph Fouché en el desempeño de sus funciones. En el departamento de la "Loire inférieure", en Nantes,



Nevers y Moulins, se atreve a la lucha contra las potencias más fuertes de Francia, ante las cuales se habían retraído prudentemente el mismo Robespierre y Danton: contra la propiedad privada y contra la Iglesia. Obra rápida y decididamente en el sentido de la "Egalisation des fortunes", con la invención del llamado "Comité filantrópico", adonde los propietarios debían enviar voluntariamente sus dádivas, según la fórmula. Pero para evitar confusiones, agrega de antemano la suave encomienda de que "si el rico" no hace uso "de sus derechos, mostrándose propicio al régimen de la Libertad, la República tiene por su parte el derecho de apoderarse de su fortuna". No tolera el menor exceso en el uso de los bienes, y delimita con energía el concepto de lo "superfluo". "El republicano sólo necesita hierro, pan y cuarenta escudos de renta". Fouché saca los caballos de las cuadras, la harina de los sacos: hace responsables con su vida a los mismos arrendatarios, para que no se queden atrás en su prescripción; hace obligatorio el pan de guerra —como en la guerra europea el pan único— y prohíbe terminantemente el pan blanco de lujo. Pone en pie cinco mil reclutas por semana, equipados con caballos, calzado, ropa y fusiles, utiliza la violencia para poner en marcha las fábricas, y todo obedece a su energía férrea. El dinero afluye con las contribuciones, impuestos y dádivas, entregas y tributos. Después de dos meses de actividad, le escribe a la Convención con orgullo: "on rougit ici d'être riche". "Aquí da vergüenza ser rico". Pero, en verdad, debió decir: "Aquí da miedo ser rico".

Al mismo tiempo que como radical y comunista, Joseph Fouché (el futuro multimillonario Duque de Otranto, que se casará en segundas nupcias por la iglesia, piadosamente, bajo el patronato de un rey) se revela como el más feroz y fanático enemigo del cristianismo. "Este culto hipócrita tiene que ser reemplazado por la creencia en la República y en la moral", proclama en su carta flamante... Y caen como rayos las primeras disposiciones contra las iglesias y las catedrales. Ley sobre ley, decreto sobre decreto: "Ningún sacerdote podrá llevar los hábitos fuera del lugar destinado al culto", se le quitarán todos los privilegios, pues "ya es tiempo —argumenta— de que vuelva esta clase altanera a la pureza del cristianismo primitivo y se reintegre al estado civil". A Joseph Fouché no le resulta suficiente ser la cabeza del poder militar, ser el más alto funcionario de la justicia, dictador autónomo de la administración; se apodera también de todas las facultades eclesiásticas. Suprime el celibato, ordena a los sacerdotes que se casen en el plazo de un mes o que



adopten un niño; concierta matrimonios y los divorcia en la plaza pública. Sube al púlpito (donde han sido cuidadosamente retiradas todas las cruces y efigies religiosas) y pronuncia sermones ateos, en los que niega la inmortalidad y la existencia de Dios. Las ceremonias de entierro cristianas son suprimidas y como único consuelo se graba en los cementerios la inscripción: "La muerte es un sueño eterno". El nuevo Papa introduce en Nevers —dando a su hija el nombre de "Nièvre"—, según la denominación del departamento, por primera vez en el país, el bautismo civil. Hace salir a la guardia nacional con tambores y música y en la plaza pública, sin intervención eclesiástica, bautiza a la niña y le da nombre. En Moulins, precediendo a caballo a un pelotón por toda la capital, con un martillo en la mano, va destruyendo cruces y crucifijos, imágenes de santos, símbolos "vergonzosos" del fanatismo. Con las mitras y los paños de altar forman una hoguera, y mientras están ardiendo, el pueblo baila alrededor de este auto de fe ateo. Pero ensañarse únicamente con objetos muertos, contra figuras de piedra indefensas o contra frágiles cruces, hubiera sido para Fouché un triunfo a medias. El verdadero triunfo lo consigue cuando con su elocuencia logra que el cardenal François Laurent arroje los hábitos y se ponga el gorro frigio, y cuando entusiasmados por este ejemplo lo siguen treinta sacerdotes, alcanzando un éxito que se propaga como reguero de pólvora por todo el país. Así puede vanagloriarse con orgullo ante sus colegas ateos de haber acabado con el fanatismo y de haber aniquilado tanto el cristianismo como la riqueza en el territorio que le había sido confiado.

¡Se diría que se trata de los hechos de un loco, del fanatismo desatado de un ente fantástico! Pero Joseph Fouché, detrás de estos fingidos apasionamientos sigue siendo el frío calculador de siempre, el realista impasible. Sabe que debe arreglar cuentas con la Convención, sabe que las frases patrióticas y las cartas han bajado de valor y que, para suscitar admiración, hay que hablar con el lenguaje positivo de las monedas sonantes. Y mientras los regimientos levantados marchan hacia la frontera, envía a París todo el producto del saqueo de las iglesias. Cajones y cajones son llevados a la Convención llenos de custodias de oro, de velones de plata rotos y fundidos, crucifijos y joyas de metales preciosos y pedrerías. Sabe que la República ante todo necesita dinero, riquezas, y él es el primero, el único que envía desde la provincia botín tan elocuente a los diputados que, al principio, se asombran de esta nueva energía, y luego lo aplauden frenéticamente. Desde



este momento, el nombre Fouché se conoce en la Convención como el de un hombre férreo, como el más intrépido, el más violento republicano de la República.

Cuando Joseph Fouché vuelve de sus misiones a la Convención, ya no es el pequeño y desconocido diputado de 1792. A un hombre que levantó diez mil reclutas, que requisó de las provincias cien mil marcos de oro, mil doscientas libras en metálico, mil barras de plata, sin utilizar ni una sola vez el "rasoir national", la guillotina, la Convención no puede negarle verdadera admiración "pour sa vigilance", por "su celo". El ultrajacobino Chaumette publica un himno a sus hazañas. "El ciudadano Fouché —escribe— ha realizado los milagros que acabo de contar. Ha honrado a la vejez, ha ayudado a los débiles, respetado la desgracia, destruido el fanatismo y aniquilado el federalismo. Ha vuelto a poner en marcha la fabricación de hierro, ha arrestado a los sospechosos, ha castigado ejemplarmente los crímenes, ha perseguido y encarcelado a los explotadores". Un año después de haberse sentado cauteloso y titubeante en los bancos de los moderados, Fouché ha pasado a ser el más radical de los radicales. Y ahora, cuando la sublevación de Lyon requiere a un hombre sin miramientos ni escrúpulos, a un hombre capaz de llevar a cabo el edicto más terrible que inventó jamás una revolución, ¿quién más indicado que Fouché? "Los servicios que has prestado hasta ahora a la revolución", decreta la Convención en su lenguaje pomposo, "son garantía de los que has de prestar aún. De ti depende volver a encender en la Ville Affranchie (Lyon) el fuego agonizante del espíritu ciudadano. ¡ Concluye la revolución, termina la guerra de los aristócratas y que caigan sobre ellos y les aniquilen las ruinas que pretende levantar aquel Poder destruido!".

Y bajo esta figura de vengador, como el "Mitrailleur de Lyon", Joseph Fouché —que será más tarde multimillonario y Duque de Otranto— entra por primera vez en la historia.



CAPÍTULO II

EL "MITRAILLEUR DE LYON" (1793)

En los anales de la revolución francesa, rara vez se abre una página tan sangrienta como la de la sublevación de Lyon y, sin embargo, en ninguna capital, ni aún en París, se ha destacado tan claramente el contraste social como en esta patria de la fabricación de la seda, primera capital de industria de una Francia aún burguesa y agraria. Allí en medio de la revolución de 1792, los obreros por primera vez forman una masa proletaria visible, rígidamente separada de los fabricantes, realistas y capitalistas. No es un milagro que sea precisamente en este suelo ardiente donde los conflictos adquieren formas más sangrientas y fanáticas, tanto en la reacción como en la revolución.

Los partidarios de los jacobinos, las masas de los obreros y de los desocupados, se agrupan alrededor de unos de esos hombres singulares que surgen en todas las transformaciones mundiales, uno de esos seres puros, idealistas y creyentes, que con su fe suelen causar peores males y derramar más sangre con su idealismo, que los más brutales políticos y los tiranos más feroces. Siempre será justamente el hombre puro, religioso, extático, el reformador, quien, con la intención más noble, dará lugar a los asesinatos y desgracias que él mismo detesta. En Lyon se llamó Chalier, un sacerdote escapado y antiguo comerciante, para quien la revolución significó otra vez el cristianismo auténtico y verdadero, y se entregó a ella con amor desinteresado y supersticioso. Su filantropía fanática ve en la conflagración general la aurora de una humanidad nueva y eterna. Es un idealista conmovedor. cuando cae la Bastilla toma en sus manos una piedra del baluarte y, cargado con ella seis días y seis noches, la lleva de París a Lyon, donde la utiliza de ara para un altar. Venera como a un dios a Marat, a este experto en libelos de sangre caliente, fervoroso, en quien ve una nueva Pythisa. Aprende sus discursos escritos de memoria y con sus sermones, místicos e infantiles, arrebató a los obreros de Lyon. Instintivamente el pueblo ve en él una caridad cálida y comprensiva. Por otra parte, los reaccionarios de Lyon comprenden que es mucho más peligroso un hombre poseído con tanta pureza por el



espíritu revolucionario, que raya en las fronteras de la locura, más rebosante de amor al prójimo, que los jacobinos más estrepitosos y rebeldes. En él se concentra todo el amor y contra él se dirige todo el odio. Y al primer motín, encierran en la cárcel como presunto caudillo de los revoltosos a este idealista neurótico y un poco ridículo. Se le achaca una carta falsificada que lo compromete, para fundamentar una denuncia que permite condenarlo a muerte, para escarmiento de radicales y como un desafío a la Convención de París. Inútilmente la Convención, indignada, envía mensajero tras mensajero a Lyon para salvar a Chalier y amonesta, exige y amenaza al magistrado insubordinado. La municipalidad de Lyon se rehusa con arrogancia a intervenir, decidida a enseñarles los dientes a los terroristas de París. Hacía tiempo que habían recibido con repugnancia la guillotina, el instrumento del terror. Sin usarla, la tuvieron metida en un granero hasta este momento, cuando se preparan para dar una lección a los paladines del sistema terrorista, estrenando el filantrópico artefacto en la cabeza de un revolucionario. Y precisamente por la falta de uso de la máquina siniestra, y también por la torpeza del verdugo, la ejecución de Chalier se convierte en un cruel e infame suplicio. Tres veces cae el filo romo de la cuchilla sin decapitar al reo. El pueblo mira horrorizado el cuerpo atado y ensangrentado del caudillo retorciéndose todavía con vida, en medio de una espantosa tortura, hasta que el verdugo, compadecido, remata la obra de la guillotina enmohecida con un golpe certero de su sable. ¡Pero esta cabeza atormentada, horriblemente lacerada, será Palladium de Vindicta para la revolución y cabeza de Medusa para sus asesinos!

En la Convención la noticia de este crimen produce verdadero espanto. ¿Cómo se atreve una ciudad francesa, sola, a ejercer franca resistencia contra la Asamblea Nacional? Había que ahogar en sangre esa provocación insolente. Pero el Gobierno de Lyon sabe muy bien lo que le espera, y de la resistencia pasa abiertamente a la rebelión contra la Asamblea Nacional. Levanta tropas y prepara las obras defensivas necesarias para oponerse por la fuerza al ejército republicano. Las armas decidirán entre Lyon y París, entre reacción y revolución.

Es lógico que una guerra civil se considere en este momento como un verdadero suicidio para la joven República, porque jamás su situación fue más peligrosa y más desesperada. Los ingleses habían tomado Tolón, habían saqueado la flota y el arsenal y amenazaban a



Dunquerque, mientras que, por otra parte, avanzaban los prusianos y los austríacos en el Rin y la Vendée estaba en llamas. La contienda y la rebelión conmueven a la República de una a otra frontera. Pero son los días heroicos de la Convención francesa. Impulsada por un instinto siniestro, de predestinación decide responder al peligro con el reto como mejor manera de combatirlo, y es así que los jefes, después de la muerte de Chalier, rehusan cualquier pacto con sus verdugos. "Potius mori quam foedari", "Mejor sucumbir que pactar", mejor otra guerra sobre las siete guerras que se hacían que una paz que fuera síntoma de flaqueza. Y este irresistible ímpetu de la desesperación, esta pasión ilógica, furiosa, salvó a la revolución francesa lo mismo que a la rusa (amenazada en el exterior por los ingleses y los mercenarios de todo el mundo y en el interior por las legiones de Wrangel, de Denikin y de Koltschak) en el momento de mayor peligro. De nada les vale a los habitantes de Lyon echarse francamente en brazos de los realistas y confiar el mando de sus tropas a un general del Rey. De las granjas y de los suburbios surgen avalanchas de soldados proletarios, y el 9 de octubre las tropas republicanas conquistan la segunda capital de Francia. Este día es tal vez el más espléndido de la revolución francesa. Cuando en la Convención el Presidente se levanta solemnemente de su asiento y comunica la capitulación definitiva de Lyon, los diputados saltan de sus asientos y se abrazan de alegría; por un momento parece terminada toda discordia. La República está salvada; ha dado un magnífico ejemplo a todo el país, a todo el mundo, de la fuerza iracunda, de la pujanza irresistible del ejército popular republicano. Pero fatalmente el orgullo de la propia bravura arrastra a los vencedores a una soberbia incontenible, a un trágico deseo de convertir el triunfo en terror. Terrible como el ímpetu de la victoria, va a ser ahora la venganza contra los vencidos. "Hay que dar un escarmiento ejemplar, hay que hacer ver que la República francesa, que la joven revolución, reserva el más duro castigo para los que se levanten contra ella". Y así se rebaja ante el mundo entero la Convención, defensora de la Humanidad, con un decreto cuya pauta histórica parece dada por los Califas y por Barbarroja con su vandálica devastación de Milán. El 12 de octubre el Presidente de la Convención propone el documento tremendo en que se pide nada menos que la destrucción de la segunda capital de Francia. Este decreto, poco conocido, dice textualmente:



"1° La Convención Nacional nombra, a propuesta de la Comisión de la Salud pública, un Comité especial de cinco miembros para castigar sin demora, militarmente, la contrarrevolución de Lyon.

2° Todos los habitantes de Lyon serán desarmados y sus armas entregadas a los defensores de la República.

3° Parte de ellas serán entregadas a los patriotas que fueron oprimidos por los ricos y contrarrevolucionarios.

4° La ciudad de Lyon será devastada. Toda la parte habitada por los ricos será destruida; quedarán en pie las casas de los pobres, las viviendas de los patriotas asesinados o proscritos, los edificios industriales y los que sirven para fines benéficos y educativos.

5° El nombre de Lyon será borrado del índice de ciudades de la República. En adelante el conjunto de casas que quede en pie llevará el nombre de Ville Affranchie.

6° Sobre las ruinas de Lyon se erigirá una columna que anuncie a la posteridad los crímenes y el castigo de la ciudad realista, y que llevará esta inscripción: Lyon hizo la guerra contra la libertad. Lyon no existe.

Nadie se atreve a protestar contra esta petición delirante que pretende convertir a la segunda capital de Francia en un montón de escombros. Desde que la guillotina brilla como una amenaza sobre la cabeza de los que se atreven sólo a susurrar palabras de clemencia o compasión, se acabó el valor cívico en el seno de la Convención. Atemorizada del propio terror, del terror impuesto por ella misma, la Convención aprueba unánimemente el decreto vandálico y confía su ejecución a Couthon, el amigo de Robespierre.

Couthon, el antecesor de Fouché, reconoce en seguida el desatino, el suicidio que significa demoler voluntariamente, a través de un gesto amedrentador, la capital industrial de Francia y sus monumentos de arte. Desde el primer momento, está decidido interiormente a eludir el cumplimiento de su misión.

Pero para esto es indispensable adoptar una actitud de hipocresía llena de prudencia. Por eso, Couthon oculta su designio secreto de respetar la ciudad elogiando primero en forma desmesurada el disparatado decreto de total demolición. "¡Colegas ciudadanos — exclama— la lectura de vuestro decreto nos ha llenado de admiración! Sí; es preciso que la ciudad sea devastada para que sirva de ejemplo a los que pudieran llevar su atrevimiento a



levantarse contra la Patria. Entre todas las medidas grandes y fuertes que ha ordenado hasta ahora la Convención Nacional, faltaba una, a la que no se había llegado: la de la destrucción total; pero estad tranquilos, colegas ciudadanos, y asegurad a la Convención Nacional que los principios son los nuestros y sus decretos serán ejecutados al pie de la letra". Aunque Couthon recibe el mandato con palabras de panegírico, no piensa, en verdad, llevarlo a cabo. Se contenta con preparativos teatrales. Inválido de las dos piernas por una parálisis temprana, pero dotado de un espíritu inquebrantablemente resuelto, se hace conducir en una litera a la plaza de Lyon, designa con un martillo de plata simbólicamente las casas que deberán derribarse y anuncia la institución de terribles tribunales de venganza. Con esto se calman los espíritus más fogosos. En realidad, bajo el pretexto de la falta de obreros, se emplean sólo un par de mujeres y niños que, "pro forma", dan algunas indolentes golpes de pico en las casas. Y sólo se llevan a cabo contadas ejecuciones.

La ciudad respira, sorprendida por tan inesperada clemencia después de decretos tan fulminantes; pero los radicales están alerta, poco a poco se dan cuenta de los propósitos benévolos de Couthon e instigan a la Convención a la violencia. La cabeza destrozada y sangrienta de Chalier es llevada a París como reliquia, se la presenta con gran solemnidad a la Convención y es expuesta en Nôtre Dame para excitar al pueblo. Cada vez con mayor impaciencia se lanzan nuevos requerimientos contra el "cunctátor" Couthon. Se dice de él que es excesivamente flexible, indolente, demasiado tímido. En fin, que no es el hombre capaz de llevar a cabo una venganza tan ejemplar. Hace falta un revolucionario verdadero, dispuesto a todo, digno de la confianza que se le otorga; un hombre que no se asuste de la sangre, que se arriesgue; un hombre de hierro, un hombre de acero. Por fin la Convención cede ante tan ruidosas demandas y envía, como verdugo de la desdichada ciudad en lugar del excesivamente blando Couthon, a los más decididos de sus tribunos: al vehemente Collot d'Herbois (de quien circula la leyenda de que, por haber recibido una rechifla como actor en Lyon, es el verdadero hombre para castigar a sus habitantes) y al más radical de los procónsules, al más calificado de los jacobinos y ultra radicales, a Joseph Fouché.

¿En el caso de Fouché, designado de la noche a la mañana para la obra asesina, se trata de un verdadero verdugo, de un "ebrio de sangre", como se llamaba a los campeones del terror? Si atendemos a sus palabras, ciertamente. Ningún procónsul se ha conducido en su



provincia con mayor energía, con mayor espíritu revolucionario, con mayor radicalismo que Joseph Fouché. Nadie ha requisado con menos miramientos, nadie ha realizado más concienzudamente el saqueo de las iglesias ni se ha hecho desembolsar las fortunas y estrangulado toda resistencia con mayor eficacia. Pero, cosa muy característica en él: únicamente con palabras, con órdenes e intimaciones, ha instituido el terror. En las semanas que duró su poder en Nevers, Clamecy, no corre ni una gota de sangre. Mientras en París la guillotina se escucha como una máquina de coser, mientras Carrier ahoga en Nantes a centenares de sospechosos arrojándolos al Loire; mientras que todo el país tiembla por fusilamientos, crímenes y persecuciones, Fouché en su distrito no tiene una sola ejecución sobre su conciencia. Conoce muy bien —es el "leitmotiv" de su psicología— la cobardía de la gente; sabe que un gesto feroz y un ademán de terror evitan casi siempre el terror mismo. Y cuando más tarde, en lo más florido de la reacción, las provincias se levantan contra sus sojuzgadores, el distrito de Fouché no puede formular en su contra ninguna acusación más que la de la amenaza de muerte, pero nadie puede acusarlo de una ejecución efectiva. Vemos pues que Fouché, designado ahora como verdugo de Lyon, no tiene inclinaciones cruentas. En este hombre frío, ajeno a la sensualidad; en este calculador, en este malabarista mental, hay más de zorro que de tigre. No necesita el vino de la sangre para excitar sus nervios. Gesticula rabioso, pero sin fiebre interior, con palabras de amenaza. Jamás pedirá ejecuciones por el placer de asesinar, por monomanía de poder. Obedeciendo al instinto y a la prudencia —no por humanidad— respeta la vida de los demás mientras no peligre la suya.

Este es uno de los secretos de casi todas las revoluciones y del destino trágico de sus caudillos: sin tener sed de sangre, se ven obligados a derramarla. Desmoulins desde su pupitre burocrático pide frenéticamente el tribunal para los girondinos. Pero más tarde, en la sala de justicia, cuando oye caer la palabra "muerte" sobre los veintidós hombre que él mismo ha arrastrado ante los jueces, salta del asiento con palidez mortal, trémulo, y se precipita fuera de la sala colmado por la desesperación: ¡no, eso no es lo que él quería! Robespierre, que puso su firma bajo miles de decretos fatales, dos años antes combatió en la Asamblea Constitucional la pena de muerte, y condenó la guerra como un crimen. Dantón, a pesar de que el terrible tribunal es creación suya, llegó a gritar estas palabras de



sufrimiento con el alma atribulada: "Ser guillotinado antes que guillotinar". Hasta Marat, que desde su periódico pide públicamente trescientas mil cabezas, hace todo lo posible por salvar a los que están sentenciados a caer bajo la cuchilla. Todos los que más tarde van a aparecer como bestias sangrientas, como asesinos frenéticos, ebrios, con el olor de los cadáveres, todos en su interior detestan (lo mismo que Lenin y los jefes de la revolución rusa) las ejecuciones. Empiezan por tener a raya a sus adversarios políticos con la amenaza de muerte; pero la simiente del dragón del crimen surge violentamente del consentimiento teórico del crimen mismo. La revolución francesa no pecó por embriaguez de sangre, sino por haberse embriagado con palabras sangrientas. Para entusiasmar al pueblo y para justificar el propio radicalismo, se cometió la torpeza de crear un lenguaje cruento; se empezó a hablar constantemente de traidores y patíbulos. Y después, cuando el pueblo, emborrachado, poseído por estas palabras brutales y excitantes, pide efectivamente las "medidas enérgicas" anunciadas como necesarias, entonces a los caudillos les falta el valor de resistir: tienen que guillotinar para no desmentir sus frases de constante alusión a la guillotina. Los hechos fatalmente van a seguir a las palabras frenéticas. Así se inicia una desenfundada carrera, en la que nadie se atreve a quedar atrás en la persecución de la aureola popular. Siguiendo la irresistible ley de la gravedad, viene una ejecución detrás de otra; lo que empezó como un sangriento juego de palabras, se convierte en puja feroz de cabezas humanas. Se hacen así miles de sacrificios, no por placer, ni siquiera por pasión, y mucho menos por energía, sino simplemente por indecisión de los políticos, de los hombres de partido que carecen de coraje para resistir al pueblo; por cobardía, en último término. Por desgracia, la historia no es siempre, como nos la cuentan, historia del valor humano; es también historia de la cobardía humana. Y tampoco la política (como se quiere hacer creer a todo trance) es guía de la opinión pública, sino inclinación humillante de los caudillos precisamente ante la instancia que ellos mismos han creado e influido. Así nacen siempre las guerras: de un juego con palabras peligrosas, de una superexcitación de las pasiones naciones; lo mismo que los crímenes políticos; ningún vicio y ninguna brutalidad en la tierra han vertido tanta sangre como la cobardía humana. Entonces, si Joseph Fouché llegar a ser en Lyon el verdugo de las masas, no será por pasión republicana (él no conoce ninguna pasión) sino únicamente por miedo a caer en desgracia como moderado. Pero en la



historia no deciden los pensamientos, sino los hechos, y aunque se haya defendido mil veces la expresión del "mitrailleur de Lyon", quedará estigmatizado como tal. Y ni siquiera la capa ducal podrá ocultar la huella de sangre de sus manos.

El 7 de noviembre llega Collot d'Herbois a Lyon y el 10 llega Joseph Fouché . Inician su trabajo inmediatamente. Pero antes de la verdadera tragedia, el ex cómico y el ex sacerdote ponen en escena una breve comedia satánica que constituye tal vez la farsa más cínica y provocativa de la revolución francesa: una especie de misa negra en pleno día. Los funerales por Chalier, el mártir de la libertad, sirven de pretexto para esta desenfadada orgía atea. Como preludio, a las ocho de la mañana se arrancan de las iglesias las últimas insignias religiosas; los crucifijos caen de los altares; se las despoja de paños y casullas. Se organiza después una procesión imponente por toda la ciudad hacia la plaza de Torreaux. Cuatro jacobinos llegados de París llevan en una litera, cubierta con tapices tricolores, el busto de Chalier materialmente cubierto de flores. Al lado, una urna con sus cenizas y en una pequeña jaula, una paloma que, según se dice, consoló al mártir en la prisión. Solemnes y graves caminan detrás de la litera los tres procónsules, en servicio del culto nuevo que debe mostrar al pueblo de Lyon pomposamente la deidad del mártir de la Libertad, Chalier, el "dieu sauveur mort pour eux". Pero esta ceremonia patética, de por sí desagradable, se rebaja aún con otros estúpidos excesos del peor gusto; una horda estrepitosa arrastra, en triunfo, entre danzas salvajes, cálices, custodias e imágenes de santos; detrás trota un burro, al que le han puesto, artísticamente, sobre las orejas una mitra cardenalicia y que lleva atado al rabo un crucifijo y una Biblia. ¡Así se arrastra el Evangelio, para risa de la chusma alborotada, colgando de la cola de un asno, por la calle embarrada.

El son de trompetas marciales ordena alto. En la gran Plaza, donde se ha erigido un altar de ramaje, se coloca solemnemente el busto de Chalier y la urna, y los tres representantes del pueblo se inclinan respetuosamente ante el nuevo santo. Primero Collot d'Herbois con la rutina del acto hace un discurso; luego habla Fouché. Quien supo callar tan tenazmente en la Convención, ha recobrado de pronto su voz y lanza su declaración desmesurada sobre el busto de yeso: "Chalier, Chalier, no existes ya. Los asesinos te han inmolado a ti, mártir de la Libertad; pero sus propias sangres serán el único sacrificio capaz de apaciguar tu espíritu airado. ¡ Chalier, Chalier!: juramos ante tu efigie vengar tu martirio; sangre de aristócratas



te servirá de incienso". El tercer delegado del pueblo, menos elocuente que el futuro aristócrata, que el futuro Duque de Otranto, besa la frente del busto y grita estentóreamente en medio de la Plaza: "¡Muerte a los aristócratas!"

Después del triple homenaje se hace una gran hoguera. Muy serio Joseph Fouché —hasta hace poco tiempo todavía tonsurado— con sus dos colegas, observa cómo desatan el Evangelio de la cola del burro y lo echan al fuego donde ya se consumen paños de iglesia, misales, hostias e imágenes santas. Luego el asno es obligado a beber en un cáliz consagrado como premio por sus servicios, y como final de acto, sobre los hombros de los cuatro jacobinos, llevan el busto de Chalier a la iglesia, donde es colocado solemnemente en el lugar de Cristo derribado. Para eterna memoria del solemne festejo se acuña, en los días sucesivos, una moneda conmemorativa, de la que no se encuentran ejemplares, tal vez porque quien se convirtió después en Duque de Otranto adquirió todas las existentes y las hizo desaparecer, lo mismo que a los libros que describían demasiado claramente las ferocidades brutales de su época ultrajacobina y atea. El tenía buena memoria; pero no quería, sin duda, que los demás pudieran recordarle la misa negra de Lyon y todos los demás excesos: hubiera sido demasiado violento y desagradable para "Son Excellence Monseigneur le Sénateur Ministre" de un cristianísimo rey.

Por repugnante que sea este primer día de Joseph Fouché en Lyon, no hay, sin embargo, en él más que farsa y mascarada banal: la sangre aun no ha corrido. Pero al día siguiente los cónsules se recluyen inaccesibles en una casa apartada, guardada por centinelas armados, defendida de intrusos, con la puerta simbólicamente cerrada a toda clemencia, a todo ruego, a toda tolerancia. Se constituye un tribunal revolucionario, y de la tremenda noche de San Bartolomé, que preparan estos monarcas del pueblo que se llaman Fouché y Collot, puede darnos una idea la carta que dirigen a la Convención: "Cumplimos —escriben— nuestra misión con la energía de republicanos puros y no descenderemos de la altura en que nos ha colocado el pueblo para ocuparnos de los miserables intereses de unas cuantas personas más o menos culpables. Hemos apartado a todo el mundo de nosotros porque no tenemos tiempo que perder ni favores que otorgar. Sólo tenemos presente a la República, que nos ordena una acción ejemplar, una lección diáfana y evidente. No oímos sino el grito del pueblo que pide venganza por la sangre vertida de los patriotas, venganza rápida y



tremenda, para que la humanidad no vuelva a verla correr. Convencidos de que en esta ciudad infame no hay más inocentes que los oprimidos por los asesinos, los encerrados por ellos en los calabozos, mantenemos nuestra desconfianza ante las lágrimas del arrepentimiento. Nada podrá desarmar nuestra severidad. Hemos de confesarlo, colegas ciudadanos: consideramos la benevolencia como debilidad peligrosa, apropiada tan sólo para volver a encender esperanzas criminales, en el momento preciso en que hay que apagarlas para siempre. Tratar a un solo individuo con benevolencia, nos obligaría a seguir la misma conducta con todos, haciendo con ello ineficaz el éxito de vuestra justicia. Se trabaja demasiado despacio en las demoliciones: la impaciencia republicana requiere medios más rápidos, como la explosión de las minas, la acción devastadora de las llamas... Medios que pongan en evidencia el poder del pueblo. Su voluntad no debe ser contenida como la de los tiranos: ha de producir el efecto de una tempestad."

La tempestad descarga, como anuncia el programa, el 4 de diciembre, y su eco, terrible, rueda pronto por toda Francia. De madrugada, sesenta jóvenes son sacados de la prisión atados de dos en dos. No se les lleva a la guillotina que, según las palabras de Fouché, trabaja "demasiado despacio", sino afuera, al llano de Brotteaux, al otro lado del Ródano. Dos fosas paralelas, cavadas de prisa, dejan prever a las víctimas su suerte. Los cañones, colocados a diez pasos de ellos, indican con siniestra claridad el método de la matanza colectiva. Amontonan y atan a los prisioneros en un pelotón de desesperación humana que chillaba, se estremece, llora, enloquece y resiste inútilmente. Una voz de mando y las bocas de los cañones, tan próximas que el aliento los roza, truenan mortíferas, vomitando plomo sobre la gente sacudida por el miedo. La primera descarga no acaba con todas las víctimas: a algunas sólo les ha sido arrancado un brazo o una pierna, otras enseñan los intestinos y aun queda alguna ilesa. Y mientras la sangre fluye en fuentes a las fosas, se oye una nueva orden y carga la caballería con sables y pistolas sobre los que quedan, entrando a tiros y sablazos en medio de este rebaño humano que se estremece, gime y grita, sin poder huir, hasta que se acaba la última voz agonizante. Como premio por la matanza, se les permite a los verdugos despojar a los sesenta cadáveres, aun calientes, de ropas y calzados, antes de enterrarlos desnudos y destrozados en las fosas.



Esta es la primera de las célebres "mitraillades" de Joseph Fouché, del que fue más tarde ministro de un cristianísimo rey, que se muestra orgulloso de su obra, a la mañana siguiente, en una encendida proclama: "Los representantes del pueblo proseguirán fríamente la misión a ellos encomendada. El pueblo ha puesto en sus manos el rayo de su venganza y no han de abandonarlo hasta que hayan perecido todos los enemigos de la Libertad. No les importará pasar sobre hileras interminables de tumbas de conspiradores para llegar, a través de ruinas, a la felicidad de la nación y a la renovación del mundo". Incluso el mismo día se confirma, criminalmente, este triste "valor" de los cañones de Brotteaux, y con un grupo de personas aún más numeroso. Esta vez son doscientas diez las víctimas que con las manos atadas a la espalda, quedan tendidas a los pocos minutos por el plomo de la metralla y por las descargas de la infantería. La operación es la misma que la primera vez, sólo que se facilita la incómoda tarea de los verdugos no obligándolos, después de la matanza, a ser además los sepultureros de sus víctimas. ¿Para qué abrir tumbas? Se les quitan los zapatos ensangrentados de sus pies rígidos y sencillamente los cadáveres desnudos se arrojan a las aguas agitadas del Ródano, que serán su tumba.

Pero pretende Fouché esconder este horror, cuyo vaho repugnante se extiende por todo el país, detrás de las palabras de un himno. Que el Ródano se envenene con estos cadáveres desnudos, le parece un acto político digno de alabanza, porque llegarán flotando a Tolón, y allí darán testimonio palpable de la venganza republicana inflexible y tremenda. "Es necesario —escribe— que los cadáveres ensangrentados que hemos arrojado al Ródano naveguen a lo largo de sus orillas y lleguen a su desembocadura en el infame Tolón, para que intensifiquen ante los ojos de los cobardes y crueles ingleses la impresión de horror y la sensación de poder del pueblo." En Lyon, queda claro, ya no es necesaria una intensificación tal, pues las ejecuciones y las matanzas suceden sin interrupción. Para celebrar la conquista de Tolón, que Fouché recibe con "lágrimas de alegría", arrastra a "doscientos rebeldes ante los cañones". Inútiles son todos los llamados a la clemencia. Dos mujeres, que habían implorado compasión para sus maridos ante el tribunal de sangre, son atadas al lado de la guillotina. Nadie puede llegar ni a las cercanías de la casa de los delegados para pedir moderación. Pero tanto como las detonaciones de los fusiles, se escuchan las palabras de los procónsules: "Si, nos atrevemos a decirlo, hemos vertido



mucha sangre impura; pero únicamente por humanidad y por deber... No dejaremos el rayo que habéis puesto en nuestras manos hasta que no lo manifestéis por vuestra voluntad. Hasta entonces seguiremos, sin interrupción, la lucha contra nuestros enemigos de la manera más radical, terrible y rápida, hasta aniquilarlos.

Mil seiscientas ejecuciones en pocas semanas dan fe de que, por una vez, Joseph Fouché dijo la verdad.

Con la organización de estas carnicerías y las comunicaciones llenas de autoalabanzas, no olvidan Joseph Fouché y sus colegas otro triste encargo de la Convención; ya el primer día hicieron llegar a París la queja de que la demolición ordenada se llevaba a cabo, bajo su antecesor, "demasiado despacio". "Ahora —escriben— las minas apresurarán su obra de destrucción. Ya han comenzado a trabajar los zapadores y dentro de dos días volarán los edificios de Bellecourt." Estas fachadas célebres, comenzadas bajo Luis XVI, obra de un discípulo de Mansard, fueron las primeras condenadas a la demolición por ser las más bellas. Con brutalidad se expulsa a los habitantes de esta hilera de casas y se da ocupación a centenares de hombres y mujeres sin trabajo que, en unas semanas de insensata destrucción, derrumban estas magníficas obras de arte. La desdichada ciudad, está llena de suspiros y de quejas, de cañonazos y de muros que caen; mientras el comité de "justice" se dedica a tumbar hombres y el comité de "démolition" a derribar casas, el comité "des substances" lleva a cabo una implacable requisa de víveres, telas y objetos de arte. Se hacen los registros casa por casa, desde el sótano hasta el tejado, en busca de personas escondidas y de joyas; nada se libra del terror de Fouché y Collot, los dos hombres que, invisibles e infranqueables, protegidos por centinelas, viven ocultos en una casa a la que nadie consigue llegar. Se han demolido los palacios más bellos; están medio vacías las cárceles —aunque vuelven a llenarse constantemente— saqueados los comercios, regados con la sangre de mil personas los prados de Brotteaux. Es entonces cuando al fin, algunos ciudadanos arriesgados deciden (aunque su decisión pueda costarles la cabeza) acudir a París y presentar a la Convención una solicitud para pedir que la ciudad no quede totalmente arrasada. Naturalmente, el texto de la súplica es muy cauto. No están ausentes el tono marcial ni la inclinación cobarde ante el decreto destructor, "que parece dictado por el genio del Senado romano", pero luego ruegan "perdón por el franco arrepentimiento, para



la debilidad coaccionada; perdón —nos atrevemos a decirlo— para los inocentes a quienes se ha desconocido".

Sin embargo, los cónsules han sido informados a tiempo de la denuncia sigilosa, y Collot d'Herbois, el más elocuente de los dos, vuela a París en posta acelerada para parar el golpe. Al día siguiente tiene la osadía, en la Convención y ante los jacobinos, de defender la matanza colectiva como una forma de "humanidad". "Queríamos —dice— librar al mundo del espectáculo tremendo de ejecuciones constantes, ininterrumpidas." Por eso acordaron los comisarios aniquilar en un mismo día y de una vez a todos los condenados y traidores, debiendo buscarse el origen de este propósito en una "véritable sensibilité". Ante los jacobinos se entusiasma con mayor fervor aún por el nuevo sistema "humanitario". "Sí, hemos tumbado doscientos condenados con un sola descarga, y esto es lo que se nos reprocha. ¡Pero esto es, en realidad, un acto de moderación! Si se arrastra a la guillotina a veinte condenados, puede decirse que los últimos mueren veinte veces. Con nuestro sistema caen veinte traidores de una vez. " Y, efectivamente, estas frases gastadas, sacadas precipitadamente del tintero sangriento de la jerga revolucionaria, hacen su efecto: la Convención y los jacobinos aprueban las declaraciones de Collot y dan a los procónsules plenos poderes para continuar las ejecuciones. El mismo día París celebra la inhumación de Chalier en el Panteón —un honor que hasta entonces sólo se había concedido a Juan Jacobo Rousseau y a Marat—, y su concubina recibe, como la de Marat, una pensión. Oficialmente es declarado el mártir santo nacional y así queda tácitamente aprobada, como justa venganza, cualquier violencia por parte de Fouché y Collot.

Sin embargo, cierta incertidumbre se apodera de ellos, porque la situación empieza a ser peligrosa en la Convención, donde se vacila entre Danton y Robespierre, entre la moderación y el terror. Hay que obrar con cautela entonces, y los dos deciden repartirse los papeles: Collot d'Herbois se queda en París para vigilar la opinión en los comités y en la Convención, para rechazar cualquier posible ataque con la fuerza brutal de la elocuencia, mientras que el seguimiento de las matanzas queda confiado a la "energía" de Fouché. No debemos olvidar que durante aquella época Joseph Fouché fue señor único y omnipotente, porque después, de manera hábil, intentará cargar sobre su colega —de espíritu más abierto— todas las violencias cometidas. Los hechos demuestran que en la época en que



Fouché manda solo no trabaja menos mortíferamente la guadaña. Cincuenta y cuatro, sesenta, cien personas por día caen durante la ausencia de Collot. Y se siguen derribando muros, saqueando las casas y vaciando las cárceles con las continuas ejecuciones. E incluso alardea Joseph Fouché y elogia sus hazañas con sanguinario entusiasmo: "Si las sentencias de este tribunal infunden pavor a los delincuentes, en cambio tranquilizan y consuelan al pueblo, que les presta oído y las aprueba. Se cree de nosotros, sin razón, que hemos concedido, en alguna ocasión, a un culpable el honor del indulto: ¡y no hemos concedido ni uno solo!

Pero, ¿qué sucede?... Fouché cambia repentinamente de tono. Con su fino olfato presente que en la Convención van a soplar los vientos de un cambio brusco. Hace algún tiempo que no es el mismo eco el que responde a la fanfarria estridente de sus ejecuciones. Sus amigos jacobinos, sus correligionarios ateos Hébert, Chaumette, Ronsin, han enmudecido de pronto... y para siempre, porque la garra implacable de Robespierre les aprieta inesperadamente la garganta. Con hábiles cambios de postura, pasando del campo de los enardecidos al campo de los tibios, inclinándose a la derecha o a la izquierda, este tigre de la moralidad ha saltado de repente desde la sombra sobre los ultrarradicales. Han conseguido que Carrier, que ahogaba en el Nantes a sus víctimas con la misma meticulosidad con que Fouché fusilaba a las suyas en Lyon, fuera citado ante la Asamblea para rendir cuentas; ha arrastrado a la guillotina, por medio de SainJust, en Strasburgo, al feroz Eulogio Schneider; ha calificado oficialmente los espectáculos ateos populares, como los celebrados por Fouché en Lyon, de verdaderas estupideces y los ha suprimido en París. Y como siempre, los diputados obedecen temerosos su gesto.

A Fouché le sobrecoge el temor de siempre: el temor de no estar con la mayoría. Los terroristas han sido desplazados, ¿para qué, entonces, seguir en sus filas? Lo mejor será pasarse pronto a los moderados, con Danton y Desmoulins, que piden un "tribunal de indulgencia"; desplegar sin tardanza la capa para que la hinche de nuevo el viento. Bruscamente, el 6 de febrero, manda suspender las "mitraillades", y sólo la guillotina (de la que decía en sus libelos que trabajaba demasiado despacio) sigue cortando, vacilante, dos o tres cabezas miserables por día. Verdaderamente una pequeñez, comparada con las antiguas fiestas nacionales sobre el llano de Brotteaux. En cambio, con toda energía, inicia un ataque



repentino contra los radicales, contra los organizadores de sus fiestas y los ejecutores de sus órdenes. Del Saulo revolucionario surge de pronto un humano San Pablo. En forma rotunda se pasa al lado contrario. Califica a los amigos de Chalier de "anarquistas y rebeldes"; disuelve bruscamente una o dos docenas de comités revolucionarios, y sucede algo muy extraordinario: los habitantes de Lyon, amedrentados, mortalmente asustados, ven de pronto en el héroe de las "mitraillades", en Fouché, a su salvador. Los revolucionarios de Lyon, en cambio, escriben, una tras otra, cartas enfurecidas en las que lo culpan de flojedad, de traición y de "opresión de los patriotas".

Estos cambios audaces, este pasarse osadamente, en pleno día, al campo contrario, estas fugas detrás del vencedor, son el secreto de Fouché en la lucha, de la que sólo de esta manera ha podido salir con vida. Ha hecho juego doble. Y si ahora lo acusan en París de benevolencia exagerada, puede señalar las mil tumbas y las fachadas demolidas de Lyon. Si lo acusan, en cambio, de sanguinario, puede apoyarse en las acusaciones de los jacobinos que lo culpan de su "moderación exagerada". Según sople el viento, puede sacar del bolsillo derecho una prueba de inflexibilidad y del izquierdo una prueba de humanidad; puede presentarse lo mismo como verdugo que como salvador de Lyon. Y en efecto, con este truco hábil de prestidigitador consigue, más tarde, echar toda la responsabilidad de las matanzas sobre su colega, más franco y más recto, sobre Collot d'Herbois. Pero no a todos consigue engañarlos así: inflexible, vela en París Robespierre, el enemigo que no le perdona haber suplantado a su amigo Couthon en Lyon. Desde la Convención, Robespierre había advertido la duplicidad de este hombre y asiste, incorruptible, a todas sus vueltas y cambios, aunque Fouché quiera agazaparse furtivamente ante la tempestad. Y la desconfianza tiene en Robespierre garras de hierro: nadie se libra. El 12 de Germinal logra que la Comisión de la Salud pública expida un decreto amenazante para Fouché, en el que se lo obliga a presentarse inmediatamente en París para justificar los acontecimientos de Lyon. El que durante tres meses sentenció cruelmente, tiene ahora que aparecer ante el tribunal.

Ante el tribunal ¿por qué? ¿Porque hizo degollar con saña durante tres meses a dos mil franceses, como colega de Carrier y de los otros verdugos colectivos? Pero aquí se pone en evidencia la genialidad de esta última maniobra, cínica y descarada, de Fouché: no, no tiene



que justificarse por haber oprimido a la "société populaire" radical, ni por haber perseguido a los patriotas jacobinos. El "mitrailleur de Lyon", el verdugo de dos mil víctimas, está acusado —inolvidable farsa de la historia— de la falta más noble que conoce la humanidad: de piedad excesiva.



CAPÍTULO III

EL DUELO CON ROBESPIERRE (1794)

El 3 de abril se entera Joseph Fouché de que ha sido llamado a París por la Comisión de la Salud pública para justificarse, y el día 5 toma el coche de viaje. Dieciséis golpes sordos acompañan a la partida, dieciséis golpes de la guillotina que por última vez cumple con su siniestro objetivo. E incluso en el último momento se verifican, ese mismo día, dos ejecuciones más, hechas a toda prisa; dos, muy extrañas. Los dos rezagados de la gran matanza que tienen que "escupir sus cabezas a la cesta", según el dicho jovial de la época, son el verdugo de Lyon y su ayudante. Los mismos que por orden de la reacción guillotinaron a Chalier y a sus amigos, y que luego, por orden de la revolución, guillotinaron fríamente a los reaccionarios por centenares, también caen al cabo bajo la cuchilla. ¿Qué clase de crimen se les atribuye? No se adivina ni con la mejor voluntad. Probablemente, son sacrificados únicamente para que no cuenten más de lo indispensable a los sucesores de Fouché y a la posteridad: saben demasiadas cosas sobre Lyon. Y nadie sabe callar como los muertos.

El carruaje empieza a andar. Fouché tiene bastante en qué pensar durante el viaje a París. Pero debió consolarse: todavía no había perdido nada. Le quedaba más de un amigo influyente en la Convención y quizá consiguiera tener a raya a Robespierre, el terrible contrincante. Pero ¿cómo podría sospechar Fouché que en esta hora predestinada de la revolución los acontecimientos ruedan con mucha mayor rapidez que las ruedas de una diligencia entre Lyon y París? ¿Cómo va a pensar que desde hace dos días está encarcelado su íntimo Chaumette; que la enorme cabeza de león de Dantón fue empujada ayer mismo por Robespierre bajo la guillotina; que el mismo día, por las inmediaciones de París, vaga hambriento Condorcet, el jefe espiritual de la derecha, que al día siguiente se envenenará para evadir a la justicia? A todos los ha derribado un solo hombre, y este hombre es Robespierre, su adversario político más encarnizado. Hasta que no llega, a las ocho de la



noche, a París, no se entera en toda su magnitud del peligro en que se ha metido. Dios sabrá lo poco que debió dormir el procónsul Joseph Fouché en esa primera noche en París.

A la mañana siguiente, va Fouché a la Convención y espera impacientemente la apertura de la sesión. Pero ¡cosa extraña!: el enorme salón no se llena; la mitad, más de la mitad de los asientos están vacíos. Supone que gran cantidad de diputados estarán en misiones o ausentes por otras causas. Pero, con todo, ¡qué vacío más llamativo allí, a la derecha, donde antes se sentaban los jefes, los girondinos, los magníficos oradores de la Revolución! ¿Dónde estarán? Los veintidós más audaces, Vergniaud, Brissot, Pethion... han acabado en el patíbulo o por suicidio, o fueron destrozados en su fuga por los lobos. Sesenta y tres de sus amigos, que se atrevieron a defenderlos, han sido desterrados. De un solo golpe tremendo Robespierre se ha desembarazado de un centenar de sus adversarios de la derecha. Pero no menos enérgicamente ha golpeado su puño en las propias filas de la "montaña": a Danton, Desmoulins, Chabot, Hébert, Fabre d'Eglantine, Chaumette y dos docenas más, a todos los que se sublevaban contra su voluntad, contra su presunción dogmática, los ha tirado al fondo del abismo. Este hombre de presencia menguada, pequeño, delgado, de cara pálida y biliosa, de frente obtusa y ojos pequeños, acuosos, miopes, este hombre tanto tiempo eclipsado por las figuras gigantescas de sus antecesores los ha hecho desaparecer a todos. La guadaña del tiempo le ha dejado el camino libre. Desde que desaparecieron aniquilados de la joven República el tribuno Mirabeau, el rebelde Marat, el caudillo Danton, el literato Desmoulins, el orador Vergniaud y el pensador Condorcet, Robespierre lo es todo: "Pontifex Maximus", dictador y triunfador. Desconcertado, Fouché mira a su adversario. A su alrededor se apiñan con respeto todos los diputados serviles, cuyo homenaje acepta con impasibilidad inquebrantable, envuelto en su "virtud" como una armadura, inaccesible, impenetrable, observando el campo con su mirada miope, con la orgullosa seguridad de que ya nadie se levantará contra su voluntad. Sin embargo, hay uno que se atreve a hacerlo. Uno que ya no tiene nada que perder: Joseph Fouché, que pide la palabra para justificar su actuación en Lyon. El hecho de justificarse ante la Convención es ya provocar a la Comisión de la Salud pública, porque no fue la Convención, sino la Comisión la que pidió explicaciones. Pero él acude, como a la más alta, como a la verdadera última instancia, a la Asamblea de la nación. Y el presidente le



concede la palabra. Ahora bien: Fouché no es un cualquiera, demasiadas veces ha sonado su nombre en esta sala, todavía no han sido olvidados sus méritos, sus relatos y sus hechos. Fouché sube a la tribuna y lee un informe complicado. La Asamblea lo escucha sin interrumpirlo, sin una señal de aprobación o de desagrado. Pero al final del discurso no se mueve ni una mano. La Convención está atemorizada. Un año de guillotina ha enervado a todos estos hombres. Los que antes se entregaban a sus convicciones apasionadamente, los que se lanzaban a la lucha de palabras ruidosos, audaces y francos, no sienten ahora deseos de manifestarse. Porque el verdugo oprime con su garra en sus propias filas, como Polifemo, a veces a la izquierda, a veces a la derecha; porque la guillotina se yergue amenazante como una sombra azul detrás de sus palabras. Prefieren callar. Se esconden uno detrás de otro; atisban en todas direcciones antes de hacer un gesto. Como una niebla pesada gravita el miedo gris sobre sus caras. Y nada rebaja tanto al hombre, y particularmente a la masa, como el miedo de lo que no se ve.

Por eso, tampoco se permite esta vez una opinión. ¡No mezclarse por nada del mundo en el dominio de la Comisión, del Tribunal invisible! La justificación de Fouché no es refutada, no es aceptada, simplemente se la envía a la Comisión para su examen; es decir, que va a parar a las manos que Fouché con tanta precaución quiso evitar. Su primera batalla está perdida.

Ahora sí que a él también lo sobrecoge el miedo. Ve que se ha adelantado demasiado sin conocer el terreno, y le parece mejor una retirada rápida. Antes capitular que luchar solo contra el más poderoso. Y Fouché, arrepentido, dobla la rodilla y humilla la cabeza. Aquella misma noche va a casa de Robespierre a entrevistarse con él para rogar su perdón. Nadie fue testigo de esta entrevista. Únicamente se conoce su desenlace. Se la puede uno imaginar por analogía con aquella visita que Barras describe en sus Memorias tan terriblemente plásticas. Antes de subir la escalera de madera de la pequeña casa burguesa de la calle SaintHonoré, donde Robespierre exhibe su virtud y su pobreza como un escaparate, Fouché tendría también que soportar el examen de los caseros que vigilan a su dios y huésped como a una presa sagrada. También a él lo recibiría Robespierre, lo mismo que a Barras, en la habitación pequeña y estrecha sólo presuntuosamente adornada con retratos suyos. Apenas lo invitaría a sentarse, erguido y glacial; lo trataría



intencionadamente con insultante altanería, como a un miserable criminal. Porque este hombre, que ama exaltadamente la virtud y que está apasionado y pecaminosamente enamorado de la suya propia, no conoce la indulgencia ni el perdón para quien haya tenido alguna vez una opinión contraria a la suya. Intolerante y fanático, como un Savonarola del racionalismo y de la "virtud", rechaza cualquier pacto, cualquier capitulación ante sus adversarios; incluso en los momentos en que la política aconsejaba el acuerdo, su odio endurecido y su orgullo dogmático se resistían. De lo que le puede haber dicho Fouché a Robespierre en aquella ocasión y de lo que Robespierre como juez, le puede haber contestado, nada sabemos. Ciertamente, no debe haberlo recibido bien: sólo reproches duros e inclementes, amenazas frías, desnudas, como una sentencia de muerte. Y cuando Joseph Fouché, temblando de ira, baja la escalera de la casa de la rue de SainHonoré, humillado, rechazado, amenazado, sabe que sólo podrá salvar su cabeza si consigue que caiga antes en la cesta la de Robespierre. El duelo a muerte entre Robespierre y Fouché ha comenzado.

Este duelo es, sin duda, uno de los episodios más interesantes y más emocionantes desde el punto de vista psíquico de la historia y de la revolución. Los contendientes —el que ha desafiado y el que ha sufrido el desafío— son inteligentes y políticos pero, sin embargo, caen ambos en el mismo error: se desconocen mutuamente porque creen conocerse desde hace tiempo. Para Fouché, Robespierre es todavía el abogado delgaducho y agotado que, en su provincia, en el casino de Arras, junto con él gastaba pequeñas bromas y componía breves poesías dulzonas, a la manera de Grécourt, y que luego aburría a la Asamblea de 1789 con sus discursos enfáticos. Fouché no se daba cuenta, o se dio cuenta demasiado tarde, de que con un trabajo duro y tenaz, empujado por el ímpetu de su propia obra, el demagogo Robespierre se había transformado en hombre de Estado; el suave intrigante, en político de inteligencia aguda; el retórico, en orador. Casi siempre la responsabilidad eleva al hombre a la grandeza; así creció Robespierre en la conciencia de su misión. En medio de ambiciosos y alborotadores, siente la salvación de la República como el problema de su vida impuesto por la Providencia. Como sagrada misión para la humanidad, experimenta la necesidad de realizar su concepción de la República, de la revolución, de la moral, y hasta de la divinidad. Esta rigidez de Robespierre constituye al mismo tiempo la belleza y la



debilidad de su carácter, porque embriagado con su propia incorruptibilidad, apasionado por su dureza dogmática, considera cualquier opinión opuesta a la suya, no sólo como algo diferente, sino como una traición. Y con el puño frío de un inquisidor, empuja como a herejes a todos los que piensan de otra manera a la nueva hoguera: la guillotina. Sin duda alguna, una idea grande y pura anida en el Robespierre de 1794. Pero se anquilosa en su espíritu. Ni él crece con su idea, ni ésta germina en él (es el destino de todas las almas dogmáticas), y esta ausencia de calor comunicativo, de humanidad, priva a su obra de verdadera fuerza creadora. Su fuerza está únicamente en la rigidez, en la dureza de su poder; lo dictatorial es para él sentido y forma de su vida. La revolución va a llevar su imagen o a agrietarse hasta volverse una ruina.

Un hombre así no tolera contradicción ni opinión contraria a la suya en las cosas del espíritu. No tolera a nadie a su lado y menos frente a él. Sólo soporta a los hombres si reflejan, como espejos, sus propias opiniones; si son sus esclavos espirituales como Saint-Just y Couthon; a los demás, los elimina sin clemencia con la terrible corrosión de su temperamento bilioso. Persiguió a los que se apartaron de su criterio, pero sobre todo —y terriblemente— a los que se opusieron a su voluntad, a los que no respetaron su infalibilidad. Y esto es lo que ha hecho Joseph Fouché. Nunca le pidió consejo, nunca se doblegó ante el amigo de otros tiempos, se sentó en los bancos de sus enemigos; transgredió con audacia los límites de un socialismo moderado y razonable señalados por Robespierre, predicando el comunismo y el ateísmo. Pero hasta ahora Robespierre no se había ocupado seriamente de él; le parecía demasiado pequeño. Este diputado no era para él más que el pequeño profesor de Seminario que conoció aún con la sotana y luego como pretendiente de su hermana; un pequeño y ruin ambicioso que traicionó a su Dios, a su novia, y a todas sus convicciones. Y lo despreciaba con todo el odio de la rigidez contra la flexibilidad, de la convicción sin reserva contra el afán de éxito; con la desconfianza de la naturaleza religiosa contra la profana. Pero este odio todavía no se ha concentrado en la persona de Fouché. Sólo lo incluye en la especie, lo considera una variedad. Es demasiado altanero para reparar en él. ¿Para qué molestarse con un intrigante de esa calaña, que podría aplastar con el pie siempre que quisiera? Como hacía tanto tiempo que lo despreciaba,



Robespierre sólo se había dignado observar a Fouché, pero no lo había combatido seriamente.

Ahora empiezan a darse cuenta de hasta qué punto era excesivo el mutuo desprecio que se tenían. Fouché reconoce el poder inmenso que ha llegado a tener Robespierre durante su ausencia. Todas las instituciones se le someten: el Ejército, la Policía, la Justicia, los Comités, la Convención y los jacobinos. Luchar contra él le parece inútil. Pero Robespierre lo ha obligado a la lucha y Fouché sabe que está perdido si no vence. Siempre de una desesperación surge una última fuerza, y así, a dos pasos del abismo, Fouché se vuelve repentinamente contra su perseguidor como un ciervo exhausto que ataca al cazador desde la última maleza donde se ha refugiado, sólo con el valor de la desesperación.

Las primeras hostilidades las inicia Robespierre. Por ahora sólo quiere darle una lección al impertinente, un aviso, un puntapié. El motivo para ello se lo ofrece aquel discurso célebre del 6 de mayo, en el que invita a todos los intelectuales de la República "a reconocer la existencia de un Ser Supremo y de la inmortalidad como potencia conductora del Universo". Nunca ha pronunciado Robespierre un discurso más impetuoso, más bello que éste, que escribió, según se dice, en la finca de Juan Jacobo Rousseau. En él el dogmático se convierte casi en poeta; el idealista turbio, en pensador. Separar la creencia de la no creencia y también de la superstición:: crear una religión que se eleve, por un lado, sobre el cristianismo corriente, adorador de imágenes, e igualmente sobre el puro materialismo y el ateísmo; o sea mantenerse en un término medio, como trata de hacerlo siempre en todas las cuestiones espirituales, ésa es la idea fundamental de su discurso que, a pesar de su retórica rimbombante, demuestra una verdadera ética y una voluntad apasionada de humana elevación. Pero ni en esta esfera elevada se puede librar de lo político; incluso en las ideas eternas se mezclan su rencor y sus ataques personales. Con odio recuerda a los muertos que él empujó a la guillotina y se burla de las víctimas de su política, de Danton y de Chaumette, como de ejemplos despreciables de inmoralidad y ateísmo. Y de repente, con un golpe que pega en el corazón, se vuelve contra el único de los predicadores ateos que ha sobrevivido a su ira, contra Joseph Fouché: "Dinos, ¿quién te ha encomendado la misión de anunciar al pueblo que no hay ninguna deidad? ¿Qué ventajas ves en inculcar a los hombres que una fuerza ciega decide su destino, que castiga por pura casualidad tanto la virtud como



el pecado, y que su alma no es más que débil aliento que se apaga en el umbral de la tumba? Desagradable sofista, ¿con qué derecho te atreves a arrancar a la inocencia el cetro de la razón, para ponerlo en manos del pecado? ¿A echarle encima a la Naturaleza un manto mortuario, a hacer más desesperante la desgracia, disculpar el crimen, oscurecer la virtud y rebajar la humanidad?... Sólo un criminal despreciable ante sí mismo, repugnante a los demás, puede creer que la Naturaleza no nos puede ofrecer nada más bello que la nada". Inmenso aplauso premia al grandioso discurso de Robespierre. Por una vez, la Convención se siente elevada sobre las bajezas de la lucha cotidiana y unánimemente acuerda la fiesta propuesta por Robespierre en honor del Ser Supremo. Únicamente Joseph Fouché queda mudo y se muerde los labios. Ante un triunfo así de su adversario es mejor callar. Sabe que no se puede medir públicamente con este retórico magistral. Sin palabras, pálido, recibe esta derrota en pública asamblea, decidido sólo a vengarse, a desquitarse.

Durante días, durante semanas no se oye nada de Fouché. Robespierre cree que ha acabado con él; el puntapié parece haber bastado al insolente. Pero cuando Fouché no se deja ver, cuando no se oye ni se sabe nada de él, es porque trabaja subterráneamente, obstinado, metódico, como un topo. Hace visitas a los Comités, busca amistades entre los diputados, es amable y afectuoso con todo el mundo y a todo el mundo procura atraerse. Se mueve intensamente entre los jacobinos, donde la palabra hábil y suave vale mucho, donde sus proezas de Lyon lo han favorecido bastante. Nadie sabe claramente qué quiere, qué proyecta, qué va a hacer este hombre insignificante y atareado, que urde y trama por todas partes.

Y de pronto en forma inesperada se hace la claridad para todo el mundo, y más que para nadie, para Robespierre. El 18 de Prairial Joseph Fouché por gran mayoría de votos, es elegido presidente del club de los jacobinos.

Robespierre se estremece; ni él ni nadie esperaba algo así. Ahora reconoce con qué contrincante astuto y audaz tiene que entenderse. Hacía dos años que no le pasaba nada parecido: que un hombre atacado públicamente por él se atreviera a sostenerse. Todos habían desaparecido rápidamente, apenas su mirada los rozaba. Danton se había fugado a su finca; los girondinos había huido a las provincias; otros, se quedaban en sus casas y no daban señales de vida. ¡Y este cínico, públicamente señalado por él en la Asamblea



Nacional como impuro, se refugia en el santuario, en el sagrario de la revolución, en el club de los jacobinos y gana allí subrepticamente la más alta dignidad que puede ser otorgada a un patriota! No debe olvidarse la fuerza moral gigantesca que tiene en sus manos este club, precisamente en el último año de la revolución. La prueba decisiva, la piedra de toque del patriota consiste en que el club de los jacobinos lo honre con su admisión. El que es expulsado de su seno, en cambio, el que queda excluido, ése siente la amenaza de la cuchilla sobre su cabeza. Generales, caudillos populares, políticos, todos doblan la cerviz ante este Tribunal en última instancia de la ciudadanía. Los miembros de este club vienen a ser una especie de pretorianos de la revolución, la Guardia de Corps de la casa sagrada. Y estos pretorianos, los más severos, los más fieles, los más inflexibles de los republicanos, han elegido como jefe a Joseph Fouché. La ira de Robespierre no tiene límites. Es demasiado fuerte que este canalla entre en sus dominios, se instale precisamente en el sitio adonde él recurre contra sus enemigos, donde intensifica su propia fuerza, en el círculo de los fieles. ¿Y ahora habrá que pedirle permiso a ese Joseph Fouché, cuando quiera pronunciar un discurso? ¿Tendrá que someterse él, Maximiliano Robespierre, al capricho favorable o adverso de un Joseph Fouché?

Robespierre concentra toda su energía. Esta derrota tiene que ser vengada con sangre. ¡Fuera con él inmediatamente, no sólo de la silla presidencial, sino de la sociedad de los patriotas! En seguida, le echa encima a Fouché a unos ciudadanos de Lyon que se quejan contra él, y cuando Fouché, sorprendido, cobarde como siempre en la disputa pública, se defiende con torpeza, Robespierre interviene y advierte a los jacobinos "que no se dejen engañar por impostores". Ya con esto casi consigue derribar a Fouché al primer golpe. Pero todavía Fouché tiene la Presidencia en sus manos y ésa es la manera de terminar el debate antes de tiempo. Con poca gallardía, corta la discusión y se retira a la oscuridad para preparar un nuevo ataque.

Sin embargo, Robespierre ya sabe con quién trata. Ha sorprendido el método de lucha de Fouché; sabe que es hombre que no da la cara en el desafío, que se retira siempre para preparar desde la sombra sus ataques traicioneros. No es suficiente fustigar a un intrigante tan tenaz, hay que perseguirlo hasta su última guarida, y aplastarlo con el pie; hay que cortarle la respiración, hay que inutilizarlo definitivamente y para siempre.



Por eso Robespierre se echa sobre él. Repite su acusación pública contra él ante los jacobinos y pide que aparezca Fouché en la próxima sesión para justificarse. Naturalmente, Fouché no va. Conoce demasiado bien su lado fuerte y su lado flaco; no quiere darle a Robespierre la satisfacción de que se complazca en rebajarlo ante tres mil personas. Mejor volver a la oscuridad, mejor dejarse vencer y mientras tanto ganar tiempo. Tiempo precioso. Por eso escribe muy amable a los jacobinos que siente tener que renunciar a excusarse públicamente. Hasta que no hayan decidido las dos Comisiones sobre su actitud, ruega sea aplazado el juicio sobre él.

Sobre esta carta se echa Robespierre como sobre una presa. Ha llegado el momento de atraparlo, de aniquilarlo, definitivamente. El discurso que pronunció el 23 de Mesidor (11 de junio) contra Joseph Fouché es el ataque más encarnizado, el más peligroso, el más lleno de bilis que Robespierre pronunció contra un adversario.

Ya desde las primeras palabras se ve que Robespierre no quiere herir a su enemigo: quiere matarlo. No quiere humillarlo, sino aplastarlo. Comienza con tranquilidad fingida. La primera declaración suena todavía muy tibia. El "individuo" Fouché no le interesa en absoluto. "Tenía antes con él ciertas conexiones, porque lo consideraba patriota; pero si ahora acuso aquí es, más que por sus crímenes, porque se esconde para cometer otros y porque lo considero jefe del "complot" que tenemos que deshacer. Ante la carta que acaba de ser leída, digo que ha sido escrita por un hombre que, estando acusado, se niega a justificarse ante sus conciudadanos. Esto supone el principio de un sistema de tiranía, porque el que se niega a justificarse ante la comunidad popular a la que pertenece como miembro, ataca a la autoridad de esta organización. Es asombroso que el mismo que antes se esforzaba por alcanzar la benevolencia de la sociedad, la desprecie cuando se ve acusado, y que se presente implorando, en cierto modo, la ayuda de la Convención contra los jacobinos". Súbitamente surge el odio personal; hasta en la fealdad física de Fouché encuentra motivo para denigrarlo. "¿Teme acaso —dijo sarcástico— los ojos y los oídos del pueblo? ¿Teme que su triste presencia delate demasiado claramente su crimen? ¿Teme que seis mil miradas enfocadas sobre él descubran toda su alma en sus pupilas, a pesar de que la Naturaleza las haya dotado de falsía y disimulo? ¿Teme que su lengua descubra la confusión y la contradicción del culpable? Toda persona razonable ha de reconocer que el



miedo es el único motivo de su actitud, y todo el que teme las miradas de sus conciudadanos es culpable. Yo requiero aquí a Fouché ante el tribunal. Que se justifique y diga quién ha mantenido más dignamente los derechos de la representación del pueblo, él o nosotros, y quién de nosotros aniquiló más bravamente las parcialidades". Aún lo llama "bajo y despreciable impostor", cuya actitud es la confesión de sus crímenes, y habla con insinuaciones pérfidas de "hombres cuyas manos están llenas de botín y de crímenes". Termina con estas palabras amenazadoras: "Fouché se ha caracterizado lo bastante a sí mismo; he hecho esta advertencia únicamente para que sepan los conspiradores, para siempre, que no van a escapar a la vigilancia del pueblo".

Aunque estas palabras anuncian claramente una sentencia de muerte, la Asamblea obedece a Robespierre. Y sin vacilación expulsa, como indigno del club de los jacobinos, a su antiguo presidente.

Ya está Joseph Fouché predestinado a la guillotina como un tronco de árbol que espera el golpe del hacha. La exclusión del club de los jacobinos supone el estigma y la acusación de Robespierre, y tan enconada actitud equivale a una condena segura. Fouché está amortajado en pleno día. Todos esperan a cada momento su detención, y él más que nadie. Ya no duerme en su casa, en su propia cama, por miedo de que a media noche lleguen los gendarmes, como sucedió con Danton y Desmoulins.

Se oculta en casa de unos amigos valerosos, porque hay que tener valor para cobijar a un proscrito oficial, y hasta supone valor hablar públicamente con él. La Policía sigue cada uno de sus pasos, dirigida por Robespierre, y da cuenta de sus relaciones, de sus visitas. Invisiblemente está cercado, atado a cada movimiento, entregado ya al cuchillo.

De los setecientos diputados es Fouché el más amenazado, y no hay posibilidad de salvación para él. Ha probado una vez más agarrarse a alguna parte: a los jacobinos; pero el puño feroz de Robespierre le ha arrancada este asidero. En realidad lleva la cabeza prestada sobre sus hombros. Porque ¿qué puede esperar de la Convención, de esta cobarde y amedrentada horda de borregos, que bala parcialmente un "sí" en cuanto la Comisión pide una víctima de su seno para la guillotina? Ha entregado a todos sus antiguos jefes, sin resistencia, al Tribunal de la revolución: a Danton, a Desmoulins, a Vergniaud, sólo para no hacerse sospechosa con su resistencia. ¿Y por qué no a Fouché? Mudos, miedosos,



estupefactos, están en sus bancos los que antiguamente fueron tan bravos y apasionados. Ese veneno horrendo, enervante, que aniquila las almas, el miedo, paraliza su voluntad. Pero el secreto del veneno siempre ha sido encerrar virtud curativa si se lo sabe destilar, si se estrujan sus fuerzas ocultas. Paradójicamente, también esta vez lo es: y el miedo a Robespierre actúa como la salvación de los que lo temen. No se le perdona a un hombre que durante semanas, durante meses, imponga un miedo que destroza el alma con la incertidumbre y paraliza la voluntad; nunca ha podido soportar largo tiempo la humanidad, o una parte de la humanidad por lo menos, la dictadura de un solo hombre sin odiarlo. Y este odio de los sometidos fermenta subterráneamente en todos los círculos. Cincuenta, sesenta diputados que, como Fouché, ya no se atreven a dormir en su casa, se muerden los labios cuando Robespierre pasa junto a ellos; muchos cierran los puños detrás de la espalda, mientras vitorean sus discursos. Cuanto más duramente y más tiempo domina el incorruptible, más crece la antipatía contra la voluntad desmedida. Poco a poco los ha herido y ofendido a todos: al ala derecha, porque llevó al patíbulo a los girondinos; a la izquierda, porque echó al cesto las cabezas de los extremistas; a la Comisión de Salud pública, porque le impuso su voluntad; a los negociantes, porque amenazaba sus negocios; a los ambiciosos, porque obstruía su camino; a los envidiosos, porque gobierna, y a los oportunistas, porque no se alía con ellos. Si fuera posible reunir en una sola voluntad y en un solo puñal el odio de cien cabezas, esta cobardía dispersa en una daga cuyo golpe entrara en el corazón de Robespierre, estarían todos salvados: Fouché, Barras, Tallien, Carnot, todos sus enemigos secretos. Pero para alcanzar esto habría que llevar a muchas de estas mentes débiles la convicción de que están amenazadas por Robespierre; habría que agrandar aún la esfera de miedo y desconfianza, aumentar artificialmente la tensión. Habría que hacer pesar más aún el bochorno angustioso, esa presión de incertidumbre de los discursos tenebrosos de Robespierre sobre los nervios de cada uno, el terror más terrible, el miedo más miedoso; entonces quizá la masa sería lo bastante valiente como para acometer al solitario.

Aquí comienza la verdadera actividad de Fouché. Desde la madrugada hasta la alta noche se arrastra de un diputado a otro, murmurando acerca de las nuevas listas de conscripción misteriosas que prepara Robespierre, y a cada uno le susurra: "Tú estás en la lista", o "Tú



irás con la carga siguiente". Y en efecto, así poco a poco, subterráneamente, se propaga un miedo tremendo. Y es que ante un Catón como éste, ante una incorruptibilidad tan ilimitada, la mayor parte de los diputados no tienen la conciencia completamente limpia. Uno ha actuado en asuntos financieros; el otro, ha contradicho alguna vez a Robespierre; el tercero, se ha ocupado en exceso de mujeres (todos son crímenes a los ojos de este puritano de la República); el cuarto, ha cultivado alguna vez la amistad de Danton o de algún otro de los ciento cincuenta condenados; el quinto, ha ocultado a un condenado; el sexto, ha recibido una carta de un emigrado: en fin, todos tiemblan; todos temen su posible ataque; ninguno se siente lo bastante puro como para responder por completo a las exigencias demasiado severas que Robespierre pide a la virtud ciudadana. Fouché va de uno a otro, como lanzadera en el telar, tendiendo siempre nuevos hilos, anudando nuevos puntos, captando nuevos diputados en esta tela de araña de desconfianza y sospechas. Pero es un juego peligroso, porque es muy sutil la tela de araña, y un solo gesto brusco de Robespierre, una sola palabra de traición, puede romper su tejido.

Este papel misterioso, desesperado, peligrosos "y de segundo plano" que Fouché desempeña en la conspiración contra Robespierre, no ha sido suficientemente acentuado en la mayoría de las descripciones. En muchas, en las más superficiales, ni se lo nombra. La historia se escribe casi siempre según las apariencias, y los cronistas de aquellos últimos días emocionantes, sólo señalan el gesto entre dramático y patético de Tallien, que maneja en la tribuna el puñal con que se quiere herir, y la energía brusca de Barras, que reúne a las tropas, y la acusación de Bourdon; en fin, presentan a los actores del gran drama que se desarrolla el 9 de Termidor y no reparan en Fouché. Él no ha trabajado, en efecto, durante aquellos días sobre el escenario de la Convención. Su trabajo se desarrolló entre bastidores; fue el más difícil, el de "regisseur", de director de escena en este juego audaz y peligroso. Ha delineado las escenas y entrenado a los actores; ha ensayado, invisible, en la oscuridad, y ha dado réplica en la oscuridad también. Ha estado en su verdadero papel. Pero si su actuación pasó inadvertida para los historiadores, hubo alguien consciente de su presencia y de su actividad: Robespierre. A la luz del día lo designó con su verdadero nombre: "Chef de la Conspiration".



Que algo se prepara en secreto contra él lo presiente muy bien este espíritu desconfiado y receloso, por la resistencia repentina de las Comisiones, y más claramente quizá por la amabilidad y sumisión extrema de algunos diputados que sabe que son sus enemigos. Algún golpe, desde la sombra, siente Robespierre que se prepara; conoce también la mano que va a dirigirlo; conoce al "Chef de la Conspiration" y está sobre aviso. Cautelosamente exploran sus tentáculos: una policía propia, espías particulares, que le comunican, paso por paso, las gestiones, las reuniones, las conversaciones de Tallien, de Fouché y de los demás conspiradores. Cartas anónimas lo previenen o lo animan a apropiarse pronto de la dictadura y a derribar enemigos antes de que puedan reunirse. Y para confundirlos y engañarlos a su vez, se pone repentinamente la máscara de la indiferencia contra el poder político. No se presenta ya en la Convención, ni en la Comisión. Acompañado por su gran perro de terranova se lo ve solo, con un libro en la mano, los labios apretados, vagando por la calle o por los cercanos bosques, ocupado, en apariencia únicamente, con sus amados filósofos e indiferente al poder. Pero cuando regresa de noche a su habitación trabaja durante horas enteras en su gran discurso. Infinitamente lo escribe: el manuscrito muestra innumerables correcciones y añadidas. Porque este discurso decisivo y grande, con el que quiere estrellar a todos sus enemigos de una vez, debe surgir en forma inesperada, afilado como un hacha, lleno de ímpetu retórico, brillante de ingenio y pulido por el odio. Con esta arma quiere atacar repentinamente a los sorprendidos antes de que se puedan entender y reunir. Todo es poco para darle mayor filo a su corte y envenenarlo mortalmente, y sobre este trabajo macabro pasan largos y preciosos días.

Pero no hay que perder más tiempo; cada vez con más urgencia los espías secretos le comunican conciliábulos. El 5 de Termidor cae en manos de Robespierre una carta de Fouché, dirigida a su hermana, en la que dice misteriosamente: "No tengo que temer nada de las calumnias de Maximiliano Robespierre... dentro de poco oirás el desenlace de este asunto, el que espero resulte ventajoso para la República". "Dentro de poco": Robespierre está prevenido. Hace venir a su amigo SaintJust y se encierra con él en su estrecha buhardilla de la rue SaintHonoré. Allí se determina el día y modo del ataque. El 8 de Termidor Robespierre debe sorprender y paralizar a la Convención con su discurso, y el 9,



Saint-Just debe pedir las cabezas de sus enemigos, de los obstinados de la Comisión y, sobre todo, la de Joseph Fouché.

La expectativa es ya casi insoportable. También los conspiradores sienten el rayo en las nubes. Pero aún vacilan en atacar al hombre más poderoso de Francia, que tiene en sus manos todas las potencias: la administración municipal y el ejército, los jacobinos y el pueblo, la gloria y la fuerza de un nombre intachable. Aún no se sienten bastante seguros, bastante numerosos, bastante decididos, bastante audaces como para atacar a este gigante de la revolución en batalla abierta. y se van enfriando algunos y hablan de retirada y reconciliación. La conspiración, trabajosamente tramada, amenaza deshacerse.

En este momento, la Providencia, más genial que todos los poetas, pone un peso decisivo en el platillo de la balanza oscilante. Y es precisamente Fouché el predestinado que hará explotar la mina. En estos días a este perseguido hasta la desesperación, amenazado a cada momento por el rayo del cuchillo, le ocurre una última y extrema desgracia en su vida privada, más fuertes que las desdichas de su suerte política. Duro, frío, intrigante y poco comunicativo en público y en la política, este hombre singular es, en el hogar, el esposo más afectivo, el padre de familia más tierno. Ama apasionadamente a su mujer, horriblemente fea, y ama sobre todo a su hijita, nacida en los días del preconsulado, bautizada por su propia mano en la plaza de Nevers, con el nombre de "Nièvre". Este niña, tierna, pálida, su ídolo, enferma repentinamente en aquellos días de Termidor, y a las preocupaciones por su propia vida en peligro se suma la zozobra por la vida de su hijita. Prueba cruel: saber que su hija querida, débil, enferma del pecho, está sola con su mujer, y acosado por Robespierre, no poder velar junto al lecho de su hija moribunda. Debe ocultarse en hogares extraños, en buhardillas. En lugar de dedicarse a ella y respirar su aliento expirante, debe correr sobre brasas, ir de un diputado a otro, mentir, implorar, conjurar, defender su propia vida. Con el espíritu atribulado, con el corazón roto: así vaga el infeliz en los días ardientes de julio (el más caluroso desde hace muchos años) incansable, de un lado a otro por el escenario político, sin ver cómo sufre y muere su niña amada.

El 5 o el 6 de Termidor acaba esta dura prueba. Fouché acompaña un pequeño ataúd al cementerio: la niña ha muerto. Estas pruebas endurecen. Presente en la imaginación la



muerte de su hija, no teme por su propia vida. Una nueva audacia, la audacia de la desesperación, fortalece su voluntad. Y cuando los conspiradores titubean aún y quieren aplazar la lucha, entonces él, Fouché, que ya no tiene nada que perder más que su vida, dice por fin la frase decisiva: "Mañana hay que dar el golpe". Y esta frase fue pronunciada el 7 de Termidor.

La mañana del 8 de Termidor comienza. Día histórico. Desde la madrugada, ya pesa el cielo despejado de julio, ardiente, sobre la ciudad despreocupada. Y únicamente en la Convención reina, desde muy temprano, una actividad extraña: en los rincones se juntan los diputados y murmuran; nunca se había visto tanta gente extraña y tanto curioso en los corredores y en las tribunas. El misterio y la expectativa fluyen incorpóreos por el espacio; de manera inexplicable se ha divulgado el rumor de que hoy Robespierre va a ajustar cuentas con sus enemigos. Quizás alguien acechó a SaintJust y observó cómo regresaba de noche a la habitación cerrada; en la Convención se conoce bien el efecto de estos consejos secretos. ¿O es que, Robespierre tiene por otra parte noticias de los proyectos bélicos de sus adversarios?

Todos los conjurados, todos los que saben que están amenazados, examinan con miedo las caras de sus colegas: ¿Habrà revelado alguno —¿quién?— el secreto peligroso? ¿Se les adelantará Robespierre o lo podrán aplastar antes de que tome la palabra? ¿Los abandonará o los protegerá la masa insegura y cobarde de la mayoría, "le marais"? Todos vacilan y se sobrecogen. Igual que el bochorno del cielo grisplomo sobre la ciudad, pesa la inquietud psíquica, amenazante, sobre la Asamblea.

Y efectivamente, apenas se abre la sesión, Robespierre hace uso de la palabra. Se ha ataviado solemnemente, como para la fiesta aquella del Ser Supremo. Lleva el ya histórico traje celeste con las medias blancas de seda, y despacio, con solemnidad intencionada, sube a la tribuna. Sólo que esta vez no lleva en la mano una antorcha sino, como los lictores el mango de su hacha, un voluminoso rollo de papel: su discurso. Que alguno sepa que su nombre está en estas hojas cerradas equivale a saber su propia perdición. Por eso cesan repentinamente, como cortados, charlas y murmullos en los bancos. Desde el jardín, desde las tribunas, se apresuran a entrar los diputados a tomar asiento en sus lugares. Cada uno examina con temor la expresión de esta cara delgada, tan conocida. Pero glacial, encerrado



en sí mismo, impenetrable a toda curiosidad, Robespierre despliega lentamente su discurso en la tribuna. Antes de empezar a leer con sus ojos miopes, levanta la mirada para aumentar la expectativa, la dirige de derecha a izquierda, de arriba a abajo, de abajo a arriba, despacio, frío, amenazante sobre la Asamblea casi narcotizada. Allí están sentados sus pocos amigos, la muchedumbre numerosa de los indecisos y el montón cobarde de los conjurados que acecha su perdición. Los mira cara a cara. Pero hay uno a quien no ve. Uno solo de sus enemigos falta en esta hora decisiva: Joseph Fouché.

Y cosa extraña: sólo el nombre del ausente, el nombre de Joseph Fouché, se menciona en el debate, y en su nombre precisamente se enciende la lucha postrera; la decisiva.

Robespierre habla largo tiempo, extensamente, fatigosamente; según su antigua costumbre, deja gravitar el hacha siempre sobre los innominados, habla de conspiraciones y conjuraciones, de indignos y de criminales, de traidores y maquinaciones; pero no pronuncia ningún nombre. Le basta con hipnotizar a la asamblea: el golpe mortal lo dará mañana SaintJust contra las víctimas paralizadas. Durante tres horas deja alargarse en el vacío su discurso vago y retórico. Y cuando, por fin, termina, la Asamblea está más enervada que asustada.

Por lo pronto no se mueve ni una mano. La incertidumbre pesa sobre todos. Nadie puede decir si este silencio afirma una derrota o una victoria; la discusión habrá de decidirlo.

Por fin uno de sus satélites pide que la Convención acuerde la impresión del discurso y, de esa manera, se dé su aprobación. Nadie se opone. Cobarde, sumisa y, en cierto modo, satisfecha de que hoy no le hayan pedido nuevas cabezas, nuevas reducciones, la mayoría aprueba. Pero en el último momento se lanza uno de los conspiradores —su nombre pertenece a la historia: Bourdon de l'Oise— y habla contra la impresión del discurso, y esta sola voz desentumece a las demás. Los cobardes se agrupan poco a poco, se agavillan y se unen en un acto de valor desesperado; uno tras otra culpan a Robespierre por haber formulado sus declaraciones y sus amenazas demasiado confusamente: que diga de una vez, con claridad, a quién acusa en realidad. En un cuarto de hora ha variado la escena; Robespierre, el agresor, se reduce a defenderse, debilita su discurso en vez de reforzarlo, declara no haber acusado ni culpado a nadie.



En este momento suena repentinamente una voz, la de un diputado insignificante, que grita: "Et Fouché?" —¿Y Fouché?— Se ha pronunciado el nombre: el nombre de quien ha sido señalado como jefe de la conspiración, como traidor de la revolución. Ahora podría, ahora debiera dar el golpe Robespierre. Pero, cosa extraña, inexplicablemente extraña, Robespierre elude la respuesta: "No quiero ocuparme ahora de él, obedezco solamente la voz de mi conciencia".

Esta contestación evasiva de Robespierre pertenece a los secretos que se llevó a la tumba. ¿Por qué, en este momento de vida o muerte, respeta a su enemigo más cruel? ¿Por qué no lo deshace, por qué no ataca al ausente, al único ausente? ¿Por qué de esa manera no libra de la opresión del miedo a todos los demás que se sienten atemorizados y que sin duda entregarían a Fouché para salvarse ellos? La misma noche —así afirma SaintJust— Fouché había intentado acercarse nuevamente a Robespierre. ¿Es un ardid o es verdad? Varios testigos pretenden haberlo visto en esos días sentado en un banco con Carlota Robespierre, su antigua novia: ¿ha intentado verdaderamente una vez más persuadir a la solterona para que intercediera frente a su hermano? ¿Quiso en realidad el desesperado traicionar a los conspiradores para salvar su propia cabeza? ¿O para que Robespierre se confíe y la conspiración quede protegida, quiso fingir ante él arrepentimiento y sumisión? ¿Ha hecho también esta vez, como mil veces, doble juego este tahur? ¿Y tal vez, con tal de sostenerse, el incorruptible y amenazado Robespierre estaba dispuesto a respetar en aquella hora a su más odiado enemigo? ¿Fue esta negativa a acusar a Fouché señal de un acuerdo secreto o fue sólo un recurso?

No se sabe. Alrededor de la figura de Robespierre se cierne todavía hoy, al cabo de tantos años, una sombra de misterio. Nunca la historia adivinará por completo a este hombre impenetrable. Nunca se sabrán sus últimos pensamientos: si quiso verdaderamente la dictadura para él o la República para todos; si quiso salvar la República o heredarla, como Napoleón. Nadie conoció sus pensamientos más secretos, los pensamientos de su última noche: del 8 al 9 de Termidor.

Porque es, efectivamente, su última noche: en ella decide la suerte. A la luz de la luna de la noche sofocante de julio brilla, pulida, la guillotina. ¿Mañana su frío helado quebrará las vértebras del triunvirato Tallien, Barras y Fouché o caerá sobre Robespierre? Ni uno solo



de los seiscientos diputados se acuesta esa noche. Ambos partidos preparan la lucha final. Robespierre ha ido desde la Convención a los jacobinos; ante velas de cera oscilantes, temblando de emoción, les lee su discurso, rechazado por los diputados. Un frenético aplauso lo rodea nuevamente, por última vez; pero él, lleno de presentimiento amargo, no se deja engañar por el entusiasmo de los tres mil que lo rodean y califica de testamento a su discurso. Mientras tanto, su escudero SaintJust lucha en la Comisión hasta la madrugada, como un desesperado, contra Collot, Carnot y los demás conjurados, al mismo tiempo que se teje en los pasillos de la Convención la red que ha de apresar mañana a Robespierre. Dos, tres veces, como la lanzadera en el telar, van los hilos de derecha a izquierda, del partido de la "montaña" a la vieja reacción; hasta que por fin, al amanecer, se ha tramado, firme, irrompible, el pacto. Aquí aparece repentinamente Fouché, pues la noche es su elemento, la intriga su verdadero escenario. Su cara color plomo, blanqueada aún más por el miedo, pulula espectralmente por los salones poco iluminados. Susurra, adula, promete, asusta, amedrenta y amenaza aquí y allá, y no descansa hasta que no cierra el pacto. A las dos de la madrugada, por fin, todos los adversarios están de acuerdo para aniquilar al enemigo común: Robespierre. Fouché ya puede descansar.

También está ausente Fouché de la sesión del 9 de Termidor. Pero puede descansar, puede faltar; su obra está hecha, la red anudada, y decidida por fin la mayoría a no dejar escapar con vida al demasiado peligroso, al demasiado fuerte. Apenas SaintJust, el escudero de Robespierre, empieza la discusión mortífera preparada contra los conspiradores, lo interrumpe Tallien, porque han acordado no dejar hablar a ninguno de los oradores peligrosos: ni SaintJust ni Robespierre. Hay que estrangularlos antes de que puedan hablar, antes de que puedan acusar. Y así los oradores se apresuran, hábilmente dirigidos por el propicio presidente, uno tras otro, a la tribuna, y cuando Robespierre quiere defenderse, gritan, chillan y patalean, ahogando su voz. La cobardía contenida de seiscientas almas inseguras, el odio y la envidia acumulados durante semanas y meses, se echan ahora contra el hombre ante quien todos temblaron. A las seis de la tarde todo está decidido. Robespierre ha sido proscrito y es conducido a la cárcel. Es inútil que sus amigos, los verdaderos revolucionarios que ven en él el alma apasionada y dura de la República y lo admiran, quieran librarlo y le busquen refugio en el Ayuntamiento: por la noche las tropas de la



Convención conquistan esta Acrópolis de la revolución y a las dos de la madrugada — veinticuatro horas después de haber sellado Fouché y los suyos el pacto de su aniquilación— Maximiliano Robespierre, el enemigo de Fouché y, ayer aún, el hombre más poderoso de Francia, estaba tendido, ensangrentado, con la mandíbula destrozada, sobre dos sillones de la Convención. Se ha dado caza a la pieza mayor. Fouché está salvado. A la tarde siguiente rueda el carro camino de la plaza del suplicio. El terror ha terminado; pero el espíritu fogoso de la revolución se ha apagado también: pasó la era heroica. Ha llegado la hora de la herencia, la hora de los aventureros, de los ambiciosos, de los ansiosos de botín, de las almas equívocas, de los generales y de los negociantes; la hora de los nuevos gremios. Puede esperarse que haya llegado también la hora de Joseph Fouché.

Mientras el carro conduce lentamente a la guillotina a Maximiliano Robespierre y los suyos por la rue SaintHonoré, el camino trágico de Luis XVI, de Cantón y Desmoulins, y de seis mil víctimas más, la curiosidad de la multitud se manifiesta con estrépito y entusiasmo. Las ejecuciones vuelven a ser fiestas populares: banderas y gallardetes ondean sobre los tejados, desde balcones y ventanas salen gritos de alegría, una ola de júbilo brama sobre París. Cuando cae en el cesto la cabeza de Robespierre truenan la plaza gigantesca en un grito único, extático, de júbilo. Los conjurados se asombran: ¿por qué se alegra el pueblo tan apasionadamente con la ejecución de este hombre al que París, al que Francia adoraba hasta ayer como a un Dios? Y se admiran aún más cuando, a la entrada de la Convención, una multitud alborotada recibe a Talliens y Barras con exclamaciones y admiración como verdugos del tirano, como vencedores del terror. Y esto los sume en la perplejidad, porque, al aniquilar a este hombre superior, sólo han querido desembarazarse de un modelo de virtud incómodo, que los espiaba demasiado; pero nadie había pensado en dejar enfriar la guillotina, en terminar con el terror. Pero ante la repugnancia que han llegado a inspirar las matanzas colectivas, y conscientes los conspiradores de las simpatías que pueden atraerse convirtiendo a posteriori su impulso íntimo de venganza contra Robespierre en un acto de humanidad, deciden, con súbito acuerdo, aprovechar esta falsa interpretación popular. Sostendrán en adelante que todos los desafueros de la Revolución los tiene sobre la conciencia únicamente Robespierre, que desde los fosos de cal no puede defenderse, y que



ellos fueron siempre apóstoles de la dulzura, enemigos de toda dureza y exageración.

No es la ejecución de Robespierre, sino la actitud cobarde y mentirosa de sus sucesores la que le da al 9 de Termidor su sentido histórico, porque hasta aquel día la Revolución había reclamado para sí todos los derechos, había tomado sobre sí tranquilamente toda la responsabilidad... A partir de este día, en cambio, confiesa haber cometido también equivocaciones. Sus caudillos comienzan a negarla. Pero todo credo espiritual, toda concepción vital queda rota en sus más íntimas potencias tan pronto como se niega su derecho absoluto, su infalibilidad. Y cuando los tristes vencedores Tallien y Barras ultrajan los cuerpos sin vida de sus grandes antecesores, Danton y Robespierre, como cadáveres de asesinos, y cuando se sientan miedosamente en los bancos de la derecha, de los moderados, con los enemigos secretos de la República, no traicionan solamente la historia y el espíritu de la Revolución, sino a sí mismo.

Todos esperan ver a su lado a Fouché, el conjurado principal, el enemigo más cruel de Robespierre, el más amenazado, el "Chef de la Conspiration", porque bien había ganado el derecho a una sustanciosa parte del botín. Pero, cosa extraña, Fouché no se sienta con los otros en los bancos de las derechas, sino en su antiguo sitio, en la "montaña", con los radicales. Y se envuelve en silencio. Por primera vez, es sorprendente, no va con la mayoría.

¿Por qué actúa Fouché con semejante obstinación?, se preguntaron muchos entonces, y se han preguntado más tarde algunos. La contestación es sencilla: porque piensa más razonable y perspicazmente que los demás; porque su inteligencia superior de político prevé con más profundidad la situación que la frágil mentalidad de un Tallieu o un Barras, a los que únicamente el peligro confiere una energía momentánea. El antiguo profesor de Física conoce la ley kinética, según la cual una onda no puede mantenerse rígida en el aire. Sabe muy bien que debe seguir un movimiento de flujo o de reflujo. Si ahora comienza, entonces, el reflujo, es porque se inicia una reacción que no podrá detener su impulso, como no puedo detenerlo antes la revolución; irá, lo mismo que aquella, hasta lo último, hasta el extremo, hasta la violencia. Pero entonces se romperá inevitablemente este pacto anudado a toda prisa; si vence, pues, la reacción, están perdidos todos los paladines de la



revolución. Con las ideas nuevas cambia también peligrosamente la medida del juicio para los hechos de ayer. Lo que ayer era deber y atributo de virtud republicana —por ejemplo, matar a tiros a mil seiscientos hombres y saquear las iglesias— será entonces necesariamente considerado como un crimen; los acusadores de ayer serán los acusados de mañana. Fouché, que tiene bastante sobre su conciencia, no quiere compartir el enorme error de los demás termidoristas (así se llaman los aniquiladores de Robespierre), que se agarran temerosamente a la rueda de la reacción... sabe que de nada va a servirles; si la reacción se pone en movimiento nuevamente, los arrastrará a todos consigo. Únicamente por prudencia y perspicacia permanece Fouché fiel a las izquierdas, a los radicales. Ve muy claramente que precisamente la cabeza de los más audaces pronto estará amenazada.

Y Fouché tiene razón. Para hacerse populares, para afirmar una humanidad que no existió nunca, los termidoristas sacrifican a los más enérgicos de los procónsules; hacen ejecutar a Carrier, que ahogó a seis mil personas en el Loire; a Joseph Lebón, el tribuno de Arras, y a Fouquier-Tinville. Hacen volver —para complacer a las derechas— a los setenta y tres miembros expulsados de la Gironda y se dan cuenta demasiado tarde de que con este refuerzo de la reacción quedan ellos mismos aprisionados por ella. Ahora obedientemente tienen que acusar a sus propios coadjutores contra Robespierre, a Billaud-Varenne y a Collot d'Herbois, el colega de Fouché en Lyon. Cada vez se cierne más amenazadora la sombra de la reacción sobre Fouché. Por esta vez logra salvarse negando cobardemente toda complicidad en lo de Lyon (aunque no había una sola hoja en la que su firma no estuviera junto a la de Collot) y afirmando con igual falsedad haber sido perseguido sólo por su excesiva benevolencia por el tirano Robespierre. Con esto en efecto el astuto engaña a la Convención por algún tiempo. Puede permanecer en su sitio sin que lo moleste nadie, mientras Collot es mandado a la "guillotina seca", es decir, a las islas contaminadas por la fiebre de la India occidental, donde sucumbe a los pocos meses. Pero Fouché es demasiado listo para sentirse seguro después de este primer rechazo; conoce la inflexibilidad de las pasiones políticas; sabe que una reacción, lo mismo que una revolución, no deja de encarnizarse con los hombres hasta que se les rompen los dientes; que no parará en su deseo de venganza hasta que el último jacobino sea llevado ante el Tribunal y la República quede convertida en escombros. De esta manera sólo ve una salvación para la revolución, a



la que está ligado indisolublemente con lazos sangrientos: reproducirla. Y sólo ve una salvación para él: la caída del Gobierno. Otra vez el más amenazado de todos, lo mismo que hace seis meses, inicia solo la lucha desesperada por su vida contra fuerzas superiores. Cuando hay que luchar por el Poder o por la vida es cuando Fouché desarrolla fuerzas asombrosas. Ve que por el camino leal ya no se puede impedir que la Convención persiga a los terroristas de otros tiempos; no queda entonces más remedio que el experimentado tantas veces durante la revolución: el terror. Ya una vez, cuando la sentencia de los girondinos, cuando la sentencia del Rey, se intimidó a los diputados cobardes y vacilantes (entre ellos al entonces todavía conservador Joseph Fouché) movilizándolo a la muchedumbre de la calle contra el Parlamento, sacando de los suburbios los batallones de trabajadores con su fuerza proletaria, con su ímpetu irresistible, izando la bandera roja de la rebelión en el Ayuntamiento. ¿Por qué no lanzar nuevamente contra la Convención acobardada a esta vieja guardia de la Revolución, a los conquistadores de la Bastilla, a los hombres del 10 de agosto, para que destrocen su poder con los puños?

Claro que para ir a los arrabales y pronunciar allí discursos fogosos, revolucionarios o, como Marat, bajo peligro de muerte, arrojar folletos que exciten al pueblo, para eso Fouché es demasiado cauto. No le gusta exponerse, prefiere evitar la responsabilidad; su maestría no es la del discurso ampuloso y arrebatador, sino la del susurrar y esconderse detrás de otro. Y también esta vez encuentra al hombre propicio que, adelantándose audaz y decididamente, lo cubre con su sombra.

Por París vaga entonces, proscrito y humillado, un verdadero y apasionado republicano: Francisco Baboeuf, que se llama a sí mismo Graco Baboeuf.

Tiene un corazón desbordante y una inteligencia mediocre. Proletario de las entrañas del pueblo, antiguo agrimensor e impresor, tiene pocas ideas y primitivas; pero las alimenta con pasión varonil y las enardece con el fuego de la verdadera convicción republicana y social. Los republicanos burgueses y hasta el mismo Robespierre habían eludido con cautela las ideas socialistas y a veces comunistas de Marat sobre la nivelación de la propiedad; pero les pareció preferible hablar muchísimo de libertad y de fraternidad... y poco de igualdad en cuanto se refería al dinero y a la propiedad. Baboeuf recoge las ideas de Marat, olvidadas y reprimidas, las aviva con su aliento y las lleva como una antorcha por



los barrios proletarios de París. Esta llama puede elevarse de repente, convertir en ceniza en un par de horas a todo París y al país entero, porque poco a poco el pueblo va comprendiendo la traición que cometen los termidoristas en su propia ventaja contra su Revolución, contra la Revolución proletaria. Detrás de Graco Baboeuf se oculta Fouché. No se exhibe republicánamente como él; pero lo aconseja en secreto en su tarea de excitar al pueblo. Le hace escribir folletos violentos y él mismo corrige las pruebas. Fouché piensa que sólo así, bajo la presión de la materia proletaria y de las turbas de los barrios con sus picas y sus tambores, despertará esa cobarde Convención. Únicamente por terror, por miedo, puede ser salvada la República; sólo un tirón enérgico hacia la izquierda podrá eliminar la inclinación a la derecha. Y para este ataque audaz y verdaderamente peligroso, le sirve de coraza este hombre honrado, puro, de buena fe, maravillosamente íntegro. Tras su ancha espalda de proletario uno se puede esconder bien. Baboeuf, a su vez, que orgullosamente se titula Graco y tribuno del pueblo, se siente honradísimo de que el célebre diputado Fouché lo aconseje. Sí, él es todavía de los últimos y verdaderos republicanos, cree, uno de los que permanecieron en los bancos de la "montaña", que no ha hecho pacto con la "Jeunesse dorée" y con los proveedores del ejército. De buena gana se deja aconsejar, e impelido por esta mano hábil, ataca a Tallien, a los termidoristas y al Gobierno. Pero Fouché únicamente consigue engañarlo a él, al bonachón y recto Baboeuf. El Gobierno reconoce pronto la mano que carga el fusil contra él y en pública sesión Tallien culpa a Fouché de ser el consejero de Baboeuf. Como siempre, niega Fouché francamente a su aliado (lo mismo que a Chaumette frente a los jacobinos, los mismo que a Collot en Lyon). No, no conoce a Baboeuf más que de vista, condena sus exageraciones... Se bate en retirada con la mayor celeridad. Nuevamente cae el golpe sobre su escudero; pronto será detenido Baboeuf y no tardarán en fusilarlo en el patio de un cuartel. ¡Siempre paga otro con su sangre por las palabras y la política de Fouché!

Este golpe audaz de Fouché se ha frustrado, con él sólo ha conseguido atraer la atención sobre su persona, y eso no le conviene, porque le trae el recuerdo de Lyon y de los campos regados de sangre de Brotteaux. Nuevamente, y con más energía que nunca, la reacción azuza a los acusadores de las provincias en las que mandó. Apenas se ha quitado de encima las imputaciones que le hace Lyon, se presenta Nevers y Clamecy. Cada vez en voz más



alta, cada vez más estrepitosamente, Joseph Fouché es acusado de terrorismo ante el Tribunal de la Convención. Se defiende astutamente, con energía y no sin suerte. El mismo Tallien, su contrincante, se esfuerza en protegerlo, porque empieza a atemorizarlo la preponderancia de la reacción y a temer por su propia cabeza. Pero ya es tarde: el 22 de Termidor de 1795, un año y doce días después de la caída de Robespierre, se formula, después de largo debate, la acusación por actos terroristas contra Joseph Fouché. Y el 23 de Termidor se decide su detención. Igual que sobre Robespierre la sombra de Dantón, parece levantarse sobre Fouché, vengativa, la sombra de Robespierre.

Pero estamos —y esto lo ha calculado bien el político inteligente— en el Termidor del cuarto año de la República y no del tercero. En 1793 la acusación equivalía a la orden de detención, y la detención a la muerte; si se ingresaba por la noche en la "conciergerie", se era sometido a interrogatorio al día siguiente, y a la tarde del mismo día ya se estaba en el carro. Pero en 1794 ya no es el puño férreo del "incorruptible" el que sostiene las riendas de la justicia; las leyes se han aflojado, uno se puede escapar entre ellas si es escurridizo. Y Fouché no sería Fouché si fuera incapaz de pasar (él, que tantas veces estuvo en peligro, acorralado) por tan elásticas redes. A través de pasadizos y escaleras secretas se escurre y consigue que no lo detengan en seguida, que se le deje tiempo para preparar una réplica, para una contestación, para una justificación; y el tiempo es todo. Hay que replegarse en la oscuridad, hay que procurar que se olviden de uno; hay que permanecer en silencio, mientras los demás gritan, para pasar inadvertido. Siguiendo la célebre receta de Sièyes, que durante los años del terror asistió a la Convención sin desplegar los labios y que, cuando le preguntaron qué había hecho durante todo ese tiempo, dio, sonriente, la contestación genial: "J'ai vécu", He vivido, Fouché, como algunos animales, se finge muerto para que no lo maten. Si salva su vida ahora, durante el breve plazo de transición, estará libre definitivamente, porque el experto oteador presiente que toda la grandeza y toda la fuerza de esta Convención no durarán más que un par de semanas, que un par de meses, a lo sumo.

Así Joseph Fouché salva su vida; y esto es mucho en aquel tiempo. Es decir, sólo la vida; pero no su nombre y posición, porque en la nueva Asamblea no vuelven a elegirlo. El enorme esfuerzo ha sido inútil, como lo ha sido el derroche de pasión y de astucia, de



audacia y de traición; sólo salva su vida. Ya no es el Joseph Fouché de Nantes, diputado del pueblo; ya no es el profesor del Oratorio; no es sino un hombre olvidado, despreciado, sin rango, sin fortuna, insignificante: una sombra miserable a la que únicamente protege la oscuridad.

Durante tres años nadie en Francia pronuncia su nombre.



CAPÍTULO IV

MINISTRO DEL DIRECTORIO Y DEL CONSULADO

(17991802)

¿Se ha compuesto el himno del destierro, esa potencia creadora del Destino, que levanta al hombre en su caída y en la dura opresión de la soledad, concentra nuevamente y en un orden nuevo, las fuerzas conmovidas del alma? Los artistas siempre culparon al destierro de ser un aparente obstáculo del ascenso, un inútil intervalo una interrupción cruel. Pero el ritmo de la Naturaleza quiere estas censuras forzadas. Porque sólo el que sabe de esa caída conoce íntegra la vida. El impulso de reacción es lo que comunica al hombre toda la fuerza de su pujanza.

El genio creador, sobre todo, necesita por un tiempo este aislamiento forzado para medir desde la profundidad de la desesperación, desde la lejanía del destierro, el horizonte y la altura de su verdadera misión. Los mensajes más altos de la humanidad, han llegado desde el destierro; los creadores de las grandes religiones, —Moisés, Cristo, Mahoma, Buda— tuvieron que entrar en el silencio del desierto, en "no estar entre los hombres" antes de poder pronunciar la palabra decisiva. La ceguera de Milton, la sordera de Beethoven, la cárcel de Dostoievski, la prisión de Cervantes, el encierro de Lutero en la Wartburg, el destierro de Dante y la expatriación voluntaria de Nietzsche a las zonas heladas de la Engadina, fueron exigencias del propio genio, ordenadas secretamente contra la voluntad despierta del hombre mismo.

Pero también en el terreno bajo y más firme de la política, una ausencia temporal confiere al hombre de Estado nueva lozanía en la mirada y mayor tranquilidad para pensar y calcular el juego de las fuerzas políticas. Nada más propicio para una carrera que su transitoria interrupción, porque el que ve el mundo siempre desde arriba, desde la nube imperial, desde la altura de la torre de marfil del poder, no conoce otra cosa más que la sonrisa de los subordinados y su peligrosa complacencia; el que siempre sostiene en las manos la medida, olvida su verdadero valor. Nada debilita tanto al artista, al general, al hombre de poder, como el éxito permanente a voluntad y deseos. Es en el fracaso donde el artista conoce su



verdadera relación con la obra; en la derrota, el general sus faltas, y en la pérdida del valor, el hombre de Estado la verdadera perspectiva política. La riqueza permanente debilita; el aplauso constante hace insensible; únicamente la interrupción procura al ritmo que trabaja en el vacío nueva tensión y elasticidad creadora. Únicamente la desgracia provee de mirada profunda y extensa para la realidad del mundo. Enseñanza dura, pero enseñanza y aprendizaje es todo destierro; al débil le vertebra de nuevo la voluntad, al indeciso lo hace enérgico; al duro, más duro aún. Para el que es verdaderamente fuerte el destierro nunca debilita: es siempre un tónico de su fuerza.

El destierro de Joseph Fouché dura más de tres años, y la isla solitaria e inhóspita adonde es enviado se llama la pobreza. Ayer procónsul, colaborador en el destino de la Revolución, para caer desde los tramos más altos del Poder en una oscuridad tal, en tanta suciedad y tanto lodo, que sus huellas se borran y pierden. El único que entonces pudo verla, Barras, ofrece una descripción conmovedora de la miserable buhardilla bajo las nubes donde Fouché vive con su fea mujer y sus dos hijos malsanos y pelirrojos, albinos, de fealdad excepcional. En el quinto piso, en un cuarto sucio, sin ventilación, que el sol achicharra de manera horrible, se esconde el caído ante cuya palabra temblaron miles de seres y que, al cabo de algunos años, va a levantarse nuevamente como Duque de Otranto y a tener en su mano el timón del destino europeo... El mismo que ahora no sabe con qué dinero podrá comprar al día siguiente la leche para sus hijos, ni cómo pagar el mísero alquiler y menos aún cómo defender su vida destrozada ante enemigos innumerables e invisibles, ante los vengadores de Lyon.

Nadie, ni su biógrafo más fiel y concienzudo, Madelin, puede realmente decirnos de qué fue viviendo en esos años de miseria. Ya no cobra su sueldo como diputado: ha perdido su fortuna personal en una rebelión de Santo Domingo; nadie se atreve a colocar públicamente, a dar trabajo al "mitrailleur de Lyon"; todos los amigos lo han abandonado; evitan su encuentro. Se ocupa de los negocios más extraños y oscuros y, según dicen (no es una fábula, sino un hecho verídico), el futuro Duque de Otranto se dedicó por entonces a cebar cerdos. Pero no tarde en ocuparse de un negocio mucho menos limpio: el de espía de Barras, el único de los nuevos poderosos que, con una extraña compasión, sigue recibiendo al desgraciado. Naturalmente, no en la sala de audiencia del Ministerio, sino en cualquier



parte, a oscuras; allí de vez en cuando le echa al pordiosero pertinaz, como si fuera una limosna, un pequeño negocio sucio: un aprovisionamiento al ejército, un viaje de inspección; siempre un diminuto beneficio que sostiene a flote durante quince días al hombre que se ha convertido en un engorro. Pero a través de estas múltiples pruebas descubre en Fouché su verdadero talento. Barras tiene ya entonces una serie de proyectos políticos, desconfía de sus colegas y para eso puede muy bien utilizar a un soplón que no pertenezca a la política oficial: una especie de detective particular. Para eso Fouché sirve divinamente. Escucha y espía, entra en las casas por las escaleras de servicio, obtiene de todos los conocidos el chismorre del día y con esta baba sucia del público, va secretamente adonde está Barras. Y cuanto más ambicioso se va haciendo Barras, mientras más ávidamente vislumbran sus proyectos un golpe de Estado, le resulta más preciso Fouché. Hace ya mucho tiempo que lo estorban en el Directorio (el Consejo de los cinco, que domina ahora en Francia) las dos únicas personas honradas —Carnot, sobre todo, el hombre recto de la Revolución Francesa— y trata de desembarazarse de ellos. Pero quien proyecta un golpe de Estado y trama conspiraciones necesita, sobre todo, hombres "a tout faire", "bravis" y "bulos", como los llaman los italianos; personas sin carácter y en quienes, no obstante, se puede confiar; para eso Fouché sirve como nadie. El destierro es su escuela para la carrera, y allí desarrolla su talento futuro como maestro de la Policía.

Por fin, después de una larga, interminable noche de existencia aterida, de oscuridad, de miseria, Fouché otea un aire matinal. Un nuevo señor se instala en el país, un nuevo poder nace. Fouché decide servirle. Este nuevo poder es el dinero. Apenas Robespierre y los suyos reposan sobre las duras tablas, el dinero surge omnipotente, y cuenta nuevamente con miles de vasallos y esclavos. Magníficos coches con caballos cuidadosamente estribados y con arreos nuevos, ruedan por las calles otras vez; adentro, medio desnudas, como diosas griegas, van encantadoras mujeres, envueltas en preciosas sedas y muselinas. En el "Bois" pasea a caballo la "jeunesse dorée", con ceñidos pantalones blancos de nanquin y fracs amarillos, marrones y rojos. En las manos, llenas de sortijas, llevan fustas con puños de oro, que también usan con gusto contra los terroristas de otros tiempos; se hacen buenos negocios en las tiendas de perfumes y en las joyerías; se abren como por arte de magia quinientos, seiscientos salones de baile y cafés; se construyen chalets y se compran casas;



se va al teatro, se juega a la Bolsa y se hacen apuestas de compra y se vende y se juega por miles detrás de las cortinas de damasco del Palais Royal. El dinero ha vuelto, soberano, insolente y audaz.

¿Pero dónde estaba el dinero en Francia entre 1791 y 1795? En el mismo lugar de siempre... Sólo que escondido. Lo mismo que en Alemania y en Austria durante el período del miedo comunista, en 1919; los ricos se fingieron repentinamente muertos; los ricos franceses se escondieron, porque bajo el régimen de Robespierre cualquiera que tolerara a su alrededor el más mínimo lujo (es más: cualquiera que tan sólo se le acercara) era considerado como "mauvais riche" (para hablar como Fouché) y se lo miraba como sospechoso; era desagradable que lo tomaran a uno por rico. Pero hoy de nuevo sólo vale el rico. Afortunadamente, ésta es la época (como siempre en el caos) para hacer dinero. Las fortunas cambian de dueño; las fincas se venden y así se gana; se subasta la propiedad de los emigrados, y así se gana; se les confiscan los bienes a los condenados, y así se gana; los asignados bajan diariamente; una fiebre frenética de inflación conmueve al país, y así se gana. En todo se puede ganar, si se tienen manos hábiles y osadas y relaciones en el Gobierno. Pero sobre todo hay una fuente que mana con abundancia sin igual, magnífica: la guerra. Ya en 1791, cuando empezó, unos cuantos habían hecho el descubrimiento (como lo hicieron también unos cuantos en 1914) de que se puede sacar muy buen provecho de la guerra, que devora a los hombres y destruye los valores; pero en aquel entonces se echaron con saña al cuello de los "accapareurs" Robespierre y SaintJust, los incorruptibles. Sin embargo, ahora, gracias a Dios, esos Catones han sido liquidados, la guillotina se oxida en el granero y los "accapareurs" y proveedores del ejército ven llegar una época de oro. Ya se pueden vender tranquilamente zapatos malos por dinero bueno, ya se pueden llenar bien los bolsillos con anticipos y requisas. Naturalmente, bajo la condición de que uno reciba los pedidos. Por eso estos asuntos siempre requieren un mediador a propósito, un corredor bien acreditado y sensible a la moneda, que les abra desde adentro a los especuladores la puerta del establo que conduce al pesebre abundante del Estado y de la guerra.

Para estos negocios sucios Joseph Fouché es el hombre ideal. La miseria le ha arrebatado por completo la conciencia republicana; su odio al dinero ya es una idea arrumbada; se le puede comprar barato al medio muerto de hambre. Y, por otra parte, tiene las mejores



"relaciones", porque entra y sale (como espía) de la antesala de Barras, el presidente del Directorio. Así, de la noche a la mañana, el comunista radical de 1793, el que quiso mandar amasar a toda costa el "pan de la igualdad", se convierte en el íntimo de los nuevos banqueros republicanos, en el que cumple y arregla, por una buena comisión, todos sus deseos y asuntos. Por ejemplo, el "accapareur" Hinguerlot, uno de los más audaces y desalmados agiotistas de la República (a quien Napoleón odiaba), es públicamente acusado; ha obrado con demasiada osadía y, como proveedor, ha llenado su bolsa con excesivo entusiasmo y lo han metido en un pleito que le puede costar mucho dinero y quizá la cabeza. ¿Qué hacer en esas circunstancias, entonces como ahora? Uno se dirige a alguna persona que tenga buenas relaciones "arriba", que tenga influencia política o privada y que pueda "arreglar" el enojoso asunto. Se dirige, pues, a Fouché, al moscardón de Barras, que en seguida engrasa sus botas y corre a casa del omnipotente (la carta se encuentra impresa en sus Memorias) y, en efecto, el asunto, poco limpio, queda ahogado silenciosamente sin dolor. A cambio de esto Hinguerlot lo interesa en las provisiones del ejército y en los negocios bursátiles. "L'appetit vient en mangeant". Fouché descubre en 1797 que el dinero huele mucho mejor que la sangre de 1793 y gracias a sus nuevas relaciones por una parte con los nuevos grandes financieros, y por la otra con el Gobierno corrupto, funda una nueva compañía de aprovisionamiento para el ejército de Scherer. Los soldados del buen general recibirán un calzado detestable, pasarán frío con sus abrigos delgados y serán batidos en los llanos de Italia; pero es más importante que la Compañía FouchéHinguerlot, y seguramente que el mismo Barras, obtengan una sustanciosa ganancia. Ha desaparecido el asco ante el "metal despreciable y nocivo" que proclamaba aún hace tres años con tanta elocuencia el ultrajacobino y supercomunista Fouché y han sido olvidados también los ataques de odio contra los "malos ricos" y aquello de que "el buen republicano sólo necesita al día pan, hierro y cuarenta escudos". Ahora su lema es ser, al fin, también rico. En el destierro Fouché ha conocido el poder del dinero y se rinde ante él para servirle, como ante todo poder. Demasiado tiempo, demasiado dolorosamente ha sufrido el horrible "estar abajo", en la suciedad del desprecio y de la miseria... Ahora se empina con todas sus fuerzas hacia ese mundo donde el poder se compra con dinero, porque desde el poder el dinero se acuña nuevamente. El trabajo de zapa ha excavado ya la primera galería en la más pródiga de las



minas; ha dado el primer paso en el camino fantástico que va desde la miserable buhardilla de un quinto piso a la residencia ducal; desde la nada, a una fortuna de veinte millones de francos.

Desde que Fouché arrojó el desagradable peso de los principios revolucionarios, se ha vuelto muy ágil; súbitamente se encuentra otra vez con el pie en el estribo. Su amigo Barras no sólo hace transacciones financieras oscuras, sino también negocios políticos sucios. Con toda cautela quiere vender la República por un título de Duque y un montón de dinero a Luis XVIII. En esto únicamente le estorba la presencia de colegas decentes, republicanos como Carnot, que siguen creyendo en la República y que no quieren comprender que los ideales sólo sirven para lucrar con ellos. Y en el golpe de Estado que dio Barras el 18 de Fructidor, que lo desembaraza de este molesto vigilante, Fouché sin duda alguna ayudó a su compañero de negocios minando el terreno, porque apenas su protector Barras se convierte en señor ilimitado del Consejo de los Cinco, del Directorio renovado, el enemigo de la luz se abre camino impetuosamente y pide su premio. ¡Que Barras lo ubique en la política, en el ejército, en algún sitio, en alguna misión donde se pueda llenar bien los bolsillos y donde se pueda uno reponer de los años de miseria! Barras, que necesita a este hombre, apenas puede negarse al mediador de sus negocios sucios. Sin embargo, el nombre de Fouché, el "mitrailleur de Lyon" todavía apesta demasiado a sangre como para comprometerse con él públicamente en París, durante la luna de miel de la reacción. Por eso, Barras por lo pronto lo manda como representante del Gobierno a Italia, al ejército, y luego a la República bávara, a Holanda, para llevar a cabo negociaciones secretas, porque Barras sabe muy bien que es maestro en el juego de intrigas subterráneas; pero va a sentirlo pronto, intensamente, en carne propia. En 1798, Fouché es entonces embajador de la República francesa: otra vez tiene el pie en el estribo. Lo mismo que antes en su misión sangrienta, desarrolla ahora, en la diplomacia, la misma energía glacial; particularmente en Holanda alcanza rápidos éxitos. Envejecido en experiencias trágicas, madurado en épocas tempestuosas, suavizado en la forja dura de la miseria, Fouché demuestra su antigua energía aliada ahora a una nueva precaución. Pronto ven los de "arriba", los nuevos señores, que es un hombre que se puede utilizar, que baila al son que le tocan y brinca con el dinero; atento hacia los de arriba, sin miramientos para los de abajo, es el verdadero y hábil navegante en aguas movidas. Y



como la nave del Gobierno se tambalea cada vez con más peligro y amenaza estrellarse en su rumbo inseguro, el Directorio, el 3 de Termidor del año 1799, toma una decisión inesperada: Joseph Fouché, en misión secreta en Holanda, es nombrado Ministro de Policía de la República Francesa.

¡Joseph Fouché, ministro! París se estremece como si escuchara un tiro de cañón. ¿Comienza otra vez el terror, para que suelten de la cadena a este perro de presa, al "mitrailleur de Lyon", al profanador de hostias y saqueador de iglesias, al amigo del anarquista Baboeuf? ¿Traerán ahora también — ¡Dios nos libre!— a Collot d'Herbois y a Billaud de las islas infectas de las Guayanas y volverán a instalar la guillotina en la Plaza de la República? ¿Se amasará, por último, otra vez el "pan de la igualdad? ¿Volverán a instituirse los "comités filantrópicos" que le sacan el dinero a la gente rica? París, que lleva ya algún tiempo tranquilo, con sus mil quinientos salones de baile, con sus magníficas tiendas y su "jeunesse dorée" se asusta. Los ricos y los burgueses tiemblan de nuevo como en 1792. Sólo los jacobinos están contentos, los últimos republicanos. ¡Por fin se pondrá en jaque a la reacción, y la República quedará limpia de realistas y conspiradores!

Pero ¡cosa extraña! unos y otros se preguntan a los pocos días: ¿se llama este Ministro de Policía verdaderamente Joseph Fouché? Otra vez la experiencia prueba la máxima de Mirabeau (aún hoy válida para los socialistas) que los jacobinos, como ministros, dejan de ser jacobinos. Y así, los labios que en otra época goteaban sangre, ahora expresan un bálsamo de palabras conciliadoras. Orden, calma, seguridad; estas palabras se repiten constantemente en las proclamas políticas del ex terrorista. Combatir el anarquismo es su principal divisa. La libertad de la prensa tiene que ser limitada, hay que terminar con los eternos discursos de excitación. Orden, orden, calma y seguridad... Ni Metternich, ni Seldnitzki, ni el mayor archirreaccionario del Imperio austríaco, han escrito decretos más conservadores que Joseph Fouché, el "mitrailleur de Lyon".

Los burgueses respiran: ¡qué "Paulus" ha salido de este "Saulus"! Pero los verdaderos republicanos hierven de indignación en sus juntas. Han aprendido poco en estos años, todavía pronuncian discursos y más discursos enfurecidos, amenazan al Directorio, a los ministros y a la Constitución con frases de Plutarco. Se manifiestan con los mismos feroces ademanes que harían si vivieran aún Dantón y Marat, como si igual que entonces pudieran



agrupar, tocando a rebato, a cientos de miles de hombres de los arrabales. Sin embargo, sus enredos molestos finalmente consiguen intranquilizar al Directorio.

¿Qué se puede hacer contra ellos?, preguntan sus colegas al recién elegido Ministro de Policía.

—"Cerrar el club" —contesta Fouché, impávido. Incrédulos, los demás lo miran y le preguntan cuándo va a tomar esta medida audaz. "Mañana", contesta tranquilamente Fouché.

Y efectivamente, a la noche siguiente Fouché, que fue presidente de los jacobinos, se dirige al club radical de la rue du Bac. En este círculo durante todos estos años ha latido el corazón de la revolución. Son los mismos hombres antes quienes Robespierre, Danton y Marat, ante los que él mismo pronunciaron discursos apasionados. Después de la caída de Robespierre, después de la derrota de Baboeuf, en el club de Manège sólo vive el recuerdo de los días tumultuosos de la revolución.

Pero el sentimentalismo no es cosa de Fouché; cuando quiere puede olvidar su pasado de manera fantásticamente rápida. El antiguo profesor de Matemáticas del Oratorio mide siempre únicamente el paralelogramo de las fuerzas reales. Sabe que la idea republicana está aniquilada; los mejores caudillos, los hombres de acción, están bajo tierra: así se han ido degradando todos los clubes desde hace tiempo hasta convertirse en casinos de charlatanes, que se quitan la palabra de la boca. En 1799 ya se han devaluado las frases de Plutarco y las palabras patrióticas, lo mismo que los asignados. Se ha hablado demasiado y se han impreso demasiados billetes. Francia está harta (¿quién va a saberlo mejor que el Ministro de Policía?) de abogados, oradores y renovadores, cansada de decretos y leyes; no quiere más que tranquilidad, orden, paz y una clara situación económica; igual que después de unos años de guerra, después de unos años de revolución y de éxtasis colectivo, el egoísmo irresistible del individuo, de la familia, reclama su derecho.

En el momento preciso en que uno de esos republicanos pronuncia un discurso fogoso, se abre la puerta y, con su uniforme de ministro, entra Fouché acompañado por los gendarmes. Con mirada fría observa asombrado la reunión; todos se apresuran a levantarse de sus asientos: ¡qué adversarios tan miserables! Hace tiempo sucumbieron los hombres de acción, los hombres de espíritu de la Revolución, sus héroes y sus fanáticos; únicamente quedaron



los charlatanes, y contra los charlatanes basta un gesto enérgico. Sin vacilar sube a la tribuna; por primera vez, al cabo de seis años, los jacobinos oyen su voz fría y sobria, pero esta vez no para excitar, en nombre de la Libertad, el odio contra los déspotas: el hombrecito desmedrado declara sencillamente la disolución del club. La sorpresa es tan grande que nadie opone resistencia. No se indignan ni se arrojan con los puñales contra el aniquilador de la Libertad, como siempre juraron. Balbucean nada más, se repliegan y desalojan estupefactos el salón. Fouché calculó bien: contra hombres hay que luchar; a los charlatanes se les derriba con un gesto.

Ahora que está desalojado el salón avanza despacio hacia la puerta, la cierra y se mete la llave en el bolsillo. Y con esta vuelta de llave termina, efectivamente, la Revolución francesa.

Un cargo cambia según quien sea el hombre que lo desempeña. Cuando Joseph Fouché toma posesión del ministerio de Policía, admite con esto el desempeño de una función absolutamente subalterna, una especie de subprefectura del Ministerio del Interior. Debe vigilar e informar, recoger el material para la política exterior e interior, con el que luego operan, como reyes, los señores del Directorio. Pero apenas Fouché tiene tres meses el poder en sus manos, sus protectores, advierten asustados, asombrados y ya indefensos, que no vigila solamente hacia abajo, sino también hacia arriba; que el Ministro de Policía vigila a los demás ministros, al Directorio, a los generales y a toda la política. Su red se extiende sobre todos los cargos y funciones, a sus manos llegan todas las noticias, hace política al margen de la política, guerra al margen de la guerra y ensancha en todas direcciones los límites de su poder. Hasta que por fin Talleyrand define, con enojo, el cargo de Ministro de Policía: "El ministro de policía es un hombre que se ocupa, en primera línea, de todos los asuntos que le importan, y en segundo lugar, de todos los que no le importan".

Esta máquina complicada, este aparato de vigilancia de todo un país está magníficamente montado. Mil noticias llegan todos los días a la casa del Quai Voltaire. Al cabo de un par de meses ha llenado el país de espías, de agentes secretos y moscardones. Pero no hay que imaginar a sus espías como detectives burgueses corrientes y vulgares que atisban el chismorreo del día con los porteros, en los tabernas, en los burdeles y en las iglesias. Los agentes de Fouché llevan galones de oro, levita de diplomático y sutiles trajes de encaje;



charlan en los salones del Faubourg SaintGermain y también se introducen disfrazados de patriotas en las sesiones secretas de los jacobinos. En la lista de sus mercenarios se encuentran marqueses y duquesas con los nombres más ilustres de Francia. Y hasta puede alardear (caso fantástico) de tener a su servicio a la mujer más preeminente del país, a Josefina Bonaparte, la futura Emperatriz. En el despacho de su señor y futuro Emperador está, vendido a Fouché, el secretario; en Hartwell ha sobornado al cocinero del Rey Luis XVIII. No hay charla de la que no tenga referencia, no hay carta que no se abra para él.

En el ejército, entre los comerciantes, entre los diputados, en las tabernas y en las asambleas, a todas partes llega el oído vigilante del Ministro de Policía, invisible, y cada día todas esas noticias van a parar a su mesa de burócrata. Allí se examinan las denuncias, en parte auténticas y trascendentes, en parte insignificantes, y se estudian y comparan hasta que surge, entre mil claves, la noticia clara.

La información lo es todo, en la guerra y en la paz, en la política y en la economía. El poder en la Francia de 1799 no se funda en el terror, sino en la información. La información en torno de estos tristes termidoristas, para saber cuánto dinero acepta cada uno, por quién es sobornado, por cuánto se le compra. Así se lo puede tener a raya, en una situación de dependencia respecto del superior; la información sobre las conspiraciones, en parte para derrotarlas y en parte para acelerarlas, permite guiar la maniobra política siempre hacia el lado favorable. Saber, por adelantado, las noticias del teatro de la guerra y de la negociaciones de la paz, permite operar en la Bolsa con financieros complacientes y, finalmente, hacernos de un capital. Así, esta máquina de noticias en manos de Fouché, produce constantemente dinero, y el dinero, a su vez, sirve como lubricante para mantenerla rodando silenciosamente. Desde las casas de juego, desde los burdeles, desde las casas de banca, fluyen contribuciones discretas que ascienden a millones, que van a parar a las manos de Fouché para transformarse allí en soborno; el soborno, a su vez, trae nuevas informaciones... Así no se detiene ni falla jamás esta maquinaria enorme y refinada de la Policía, que un solo hombre creó de la nada en pocos meses, gracias a su inmensa energía y a su genio psicológico.

Pero lo más genial de esta maquinaria incomparable de Fouché es que sólo funciona regida por su mano. En algún sitio tiene un tornillo secreto que, en caso de ser retirado, hace que



se detenga súbitamente la rotación vertiginosa. Fouché lo previene todo desde el primer momento, por si algún día cayera en desgracia. Sabe que, si lo despiden, basta una simple manipulación para paralizar en seguida la máquina construida por él. Porque no ha creado el servicio para el Estado, ni para el Directorio, ni para Napoleón. Este déspota crea su obra únicamente para su propia utilidad. No piensa dar cuenta, como es su deber, del resultado de todas las informaciones que sedimenta químicamente en su retorta policíaca; sólo comunica lo que quiere comunicar, con egoísmo, sin miramientos; ¿para qué volver más listos a los imbéciles del Directorio y dejarles ver sus cartas? De su laboratorio sólo sale lo que le es útil, lo que es imprescindible necesario para su propia ventaja; los dardos y los venenos eficaces los guarda cuidadosamente en su arsenal particular para su venganza personal, para sus asesinatos políticos. Siempre Fouché sabe más de lo que creen que sabe en el Directorio, y por eso es peligroso e imprescindible a la vez para todos. Conoce las negociaciones de Barras con los realistas, las pretensiones a la corona de Bonaparte, las maquinaciones de los jacobinos o de los reaccionarios; pero nunca descubre esos secretos cuando se acerca a ellos, sino cuando le parece ventajoso descubrirlos. A veces acelera las conspiraciones, a veces las refrena, a veces las provoca artificialmente, a veces las descubre ruidosamente (y al mismo tiempo avisa a los interesados para que se pongan a salvo a tiempo); siempre hace doble, triple, cuádruple juego, y engañar y burlarse en todas direcciones se convierte poco a poco en una pasión. Para eso se necesita, naturalmente, total consagración de fuerzas y tiempo: esto no lo escatima Fouché, cuya jornada de trabajo es de diez horas. Antes de permitir que otro eche una ojeada en sus secretos policíacos, prefiere estar sentado desde la mañana hasta la noche en su despacho. Examina todos los papeles y despacha cada acta personalmente. A cada acusado importante le toma declaraciones solo en su gabinete, con las puertas cerradas, para que nadie se entere —ni siquiera sus subalternos— de los pormenores decisivos; y así, poco a poco, como confesor voluntario de todo el país, tiene los secretos de todos en sus manos. Otra vez reina por terrorismo, como antes en Lyon; pero ya no utiliza la tosca hacha mortífera, sino el veneno psíquico del miedo, de la conciencia intranquila, de sentirse espiado y saberse descubierto. Así, les corta la respiración a millares de seres. La máquina de 1792, la guillotina inventada para suprimir toda resistencia contra el Estado, es una herramienta torpe comparada con la



maquinaria policíaca refinada que funciona inspirada en la superioridad espiritual del Joseph Fouché de 1799.

Este instrumento, que él mismo se ha construido a la medida de su mano, Joseph Fouché lo usa como artista consumado. Conoce el más alto secreto del poder, que consiste en disfrutar su posición secretamente, y utilizarlo con tacto administrador. Ya han pasado los tiempos de Lyon en los que feroces guardias de la Revolución con bayonetas desenvainadas prohibían la entrada a las habitaciones del omnipotente. Ahora se reúnen en su antesala las señoras del Faubourg Saint Germain y él las recibe con gusto. Sabe lo que quieren: una le ruega que tachen de la lista de emigrados a un pariente, otra quiere conseguir una colocación buena para un primo, la tercera, acallar un pleito fatal. Con todas Fouché se muestra igualmente amable. ¿Para qué volverse poco grato a cualquiera de los partidos, los jacobinos o los realistas, los moderados o los bonapartistas, si no se sabe quién va a gobernar mañana? Así, el que fue terrorista temido se muestra como el hombre más suave y conciliador. Públicamente ruge en sus discursos y se indigna contra realistas y anarquistas; pero, en secreto, bajo la manga, les avisa o los soborna. Evita procesos ruidosos, sentencias de muerte crueles; a él le basta el ademán de la violencia, en lugar de la violencia misma; el verdadero poder subterráneo en el Estado, en lugar de los símbolos vanos que Barras y sus colegas ostentan en sus sombreros de plumas.

De manera que, a los pocos meses, el demonio de Fouché se ha convertido en el ídolo de todos; porque ¿qué ministro o estadista será en cualquier tiempo y en todas partes el más estimado, sino el que deja que hablen con él, el que vea tranquilamente cómo se gana dinero o incluso ayuda a ganarlo, o a alcanzar cargos, el que haga concesiones a todos y que cierre benévolamente los ojos severos, siempre que uno no meta demasiado la nariz en política o que no lo estorbe en sus propios proyectos? ¿No es mejor comprar las convicciones o conseguir las por adulación, que sacar los cañones a la calle? ¿No es mejor llamar a los intranquilos al gabinete secreto y mostrarles allí, en un cajón, su sentencia a muerte firmada, antes que hacerla ejecutar verdaderamente? Claro que sin contemplaciones, sabe ejercitar la mano dura cuando advierte verdadera rebelión. Pero para el que está quieto y no se levanta contra el mando, el viejo terrorista desarrolla su tolerancia sacerdotal, más vieja todavía. Conoce la debilidad de la gente por el dinero, por el lujo, por los pequeños



vicios, por lo placeres íntimos... Bueno, "¡habeant!" Pero que se queden quietos... Los grandes banqueros, perseguidos a muerte hasta este momento bajo la República, pueden ahora acaparar y ganar dinero tranquilamente; Fouché les proporciona noticias y ellos a él, parte de la ganancia. La prensa, que bajo Marat y Desmoulins era una fiera rabiosa y sanguinaria, ¡qué solícita le lame los pies! También ella prefiere las golosinas al látigo. En poco tiempo, a la gritería de los patriotas privilegiados, sigue un reposo bienhechor; Fouché le ha tirado a cada uno un hueso o los ha ahuyentado, con un par de azotes fuertes, a un rincón. Y ya saben sus colegas, ya saben todos los partidos que es tan agradable y fructífero tener a Fouché como amigo, como desagradable es hacerle sacar las uñas de las zarpas de terciopelo, y aunque es el hombre más despreciado de todos, por lo mismo que todas están agradecidos por su silencio, tiene, por esta misma razón, un sin fin de buenos amigos. Aun no se ha reedificado la ciudad destruida del Ródano, y ya se han olvidado las "mitraillades" de Lyon, ya Joseph Fouché es un hombre bien querido.

Sobre todo lo que ocurre en el país tiene Joseph Fouché las primeras, las mejores noticias. Nadie conoce tan detalladamente, gracias a una vigilancia de mil cabezas y de dos mil oídos, hasta los últimos pliegues de los acontecimientos; nadie conoce la fuerza o la fragilidad de los partidos y de las personas mejor que este observador de nervios fríos, a través de su aparato registrador, que marca las más pequeñas oscilaciones de la política.

De esta manera, bien pronto Joseph Fouché advierte claramente que el Directorio está perdido. Sus cinco miembros están en desacuerdo; uno actúa a espaldas del otro y sólo espera el momento de quitarlo del medio. Los ejércitos vencidos, la economía revuelta, el país intranquilo... Así no se puede seguir. Fouché husmea que pronto cambiará el viento. Sus agentes le informan que Barras ya negocia secretamente con Luis XVIII para vender por una corona ducal la República a la dinastía de los Borbones. Sus colegas, en cambio, coquetean con el Duque de Orleáns o sueñan con la reconstitución de la Convención. Pero todos, todos saben que así no se puede seguir. La nación está conmovida por rebeliones interiores, los asignados se deshojan en papeles sin valor, los soldados niegan ya el servicio. Si no se reúnen en una fuerza nueva las energías dispersas, se derrumbará la República.



Sólo un dictador puede salvar la situación, y todas las miradas se pierden en el vacío en busca de uno. "Necesitamos una cabeza y un sable", le dice Barras a Fouché, considerándose a sí mismo secretamente la cabeza y buscando un sable a propósito. Pero Hoche y Joubert, los victoriosos, murieron muy a destiempo para su carrera; Bernadotte todavía es jacobino, y el único del que todos saben que sería las dos cosas al mismo tiempo, el sable y la cabeza, Bonaparte, el héroe de Arcole y Rivoli, de ése se han desembarazado por miedo, mandándolo bien lejos, a hacer maniobras infructuosas en la arena del desierto egipcio. Con él, separado por tantas millas de distancia, no hay que contar.

De todos los ministros, Fouché es el único que ya sabe entonces que el general Bonaparte, al que los demás creen a la sombra de las pirámides, no está tan lejos, y que pronto desembarcará en Francia. Lo habían destinado a Egipto porque era demasiado ambicioso, demasiado popular y dominante; lo habían destinado a algunos miles de millas de París. Quizás alguno respiró secretamente cuando Nelson destruyó la flota en Abukir, porque ¿qué les importa a los intrigantes y políticos un par de miles de muertos, si así se quitaban de encima a un contrincante? Ahora duermen tranquilos; saben que está atado al ejército y se cuidan bien de no volverle a llamar. Ni por un momento suponen que pudiera tener la osadía de entregar arbitrariamente el mando a otro general y venir a sacarlos a ellos de sus blandos divanes; cuentan con todas las posibilidades, menos con Bonaparte.

Pero Fouché sabe más y de la mejor fuente. Porque quien le confía todo y le lleva la carta, cada medida, su mejor espía pago, el más informado, el más leal, es nada menos que... la propia mujer de Bonaparte, Josefina Beauharnais. Corromper a esta criolla frívola no significa de por sí un acto grande, porque despilfarradora y loca como es, está constantemente en una situación económica difícil, y aunque Napoleón espléndidamente le da cientos de miles de los fondos del Estado, se filtran como gotas de agua en los gastos de una mujer que se compra en un año trescientos sombreros y setecientos vestidos, que no sabe ahorrar ni su dinero, ni su cuerpo, ni su buena reputación, y que, además, en este momento está bastante apesadumbrada. Mientras el pequeño general fogoso estaba en su campaña en el aburrido país de los mamelucos —adonde se la quiso llevar— se ha dedicado a dormir con un Charles guapo y encantador, y quizá con algún otro más; probablemente con su antiguo amante Barras. José y Luciano, los hermanos estúpidos e



intrigantes, se han tomado esto a mal y no han vacilado en comunicárselo al marido, vehemente y celoso como un turco. Necesita, entonces, alguien que la ayude, y controle a los hermanos espías, vigilando toda la correspondencia. Por eso, y además por un rollo de ducados —él mismo dice claramente en sus Memorias: "mil luises de oro",— la futura emperatriz entrega a Fouché todos los secretos, y sobre todo, el más importante y más peligroso: el del próximo regreso de Napoleón.

A Fouché le basta estar informado. Naturalmente, el ciudadano Ministro de Policía no piensa informar a sus superiores. Por lo pronto, no hace más que estrechar su amistad con la esposa del pretendiente, utiliza las noticias silenciosamente y aguarda los acontecimientos que, como ahora sabe, no van a dejarse esperar mucho tiempo.

El 11 de octubre de 1799 el Directorio manda llamar apresuradamente a Fouché. El heliógrafo anuncia una novedad increíble: Bonaparte ha regresado de Egipto y ha desembarcado en Fréjus arbitrariamente, sin haber recibido orden de regresar. ¿Qué van a hacer ahora? ¿Detener en seguida al general, que abandonó su ejército sin permiso, como un desertor, o recibirlo amablemente? Fouché, que se finge más sorprendido de lo que en realidad está, aconseja condescendencia. ¡Esperar, esperar! Aún no ha decidido si estará en pro o en contra de Bonaparte; por lo tanto, quiere esperar a que se desarrollen tranquilamente los hechos. Pero mientras las cinco cabezas descabezadas del Directorio discuten acaloradamente si se debe detener a Bonaparte o perdonarlo a pesar de su desertión, la voz del pueblo decidió. Evignon, Lyon, París, lo reciben como triunfador; en su camino todas las ciudades están iluminadas; desde el escenario de los teatros se comunica la noticia al público jubiloso; no regresa un subalterno, sino un señor, una gran potencia. Apenas llega a París, en su casa de la rue Chantierine (pronto se llamará, en su honor, rue Victoire), lo visitan todos los amigos y también aquellos que comprenden que es útil hacerse pasar pronto por amigos. Generales, diputados, ministros, hasta Talleyrand, ofrecen al hombre del sable sus respetos. Y no tarda mucho el Ministro de Policía, que se encamina personalmente hacia la rue Chantierine. Se presenta en casa de Bonaparte. Pero a Napoleón este señor Fouché le parece una visita bastante indiferente e insignificante, y lo deja esperar una hora larga en la antesala como a un suplicante molesto. Fouché: este nombre no le dice mucho; no lo conoce personalmente; recuerda quizá que un hombre



llamado así jugó un papel triste en los años de terror en Lyon; quizá lo encontró también como pequeño espía de Policía, mal vestido y hambriento, en la antesala de su amigo Barras. De todas maneras, nadie de importancia; algún pequeño comerciante que ha conseguido ahora un Ministerio sin importancia. A gente de esta clase se la hace esperar en la antecámara. Y en efecto Joseph Fouché espera pacientemente durante una hora en la antecámara del general, y habría esperado dos e inclusive tres allí, sentado en el sillón que le llevó un criado compasivo, si uno de los conjurados de Bonaparte en el futuro golpe de Estado real no hubiera descubierto por casualidad en esa situación desdichada al omnipotente, al que todo París pide audiencia. Asustado por el descuido involuntario, corre a la habitación del general y le explica, exaltado, la enorme falta de haber hecho esperar de manera tan ofensiva precisamente a este hombre que, con un solo movimiento de su mano, puede hacer volar como una bomba todo el complot. Bonaparte se apresura a salir, y ruega muy amable e insistentemente que Fouché pase con él, se excusa y se entrevistan durante dos horas sin testigos.

Por primera vez están cara a cara los dos; cuidadosamente uno y otro se examinan y se miden y calculan si podrán ser mutuamente útiles para sus fines personales. Las personalidades superiores se identifican al vuelo. En seguida Fouché reconoce en la inaudita dinámica de este hombre de poder, el genio invencible del dominio; en seguida Bonaparte reconoce en Fouché, con su mirada aguda de fiera, al ayudante utilísimo que comprende todo con rapidez y lo convierte enérgicamente en hechos. Nadie — cuenta en Santa Elena— le informó entonces tan precisa y claramente toda la situación de Francia y del Directorio como Fouché en esta conversación de dos horas. Y que Fouché, entre cuyas virtudes no suele brillar la franqueza, le diga en seguida la verdad al pretendiente de la corona, muestra que también él estaba dispuesto a ponerse a su disposición. Inmediatamente, en la primera hora, se reparten los papeles de señor y de criado, de reformador del mundo y de político de la época; puede empezar el juego.

Fouché se confía a Bonaparte con extraordinaria solicitud desde su primer encuentro; pero no se pone en sus manos. No toma parte públicamente en la conspiración que hace caer al Directorio y convierte a Bonaparte en dictador; él es demasiado precavido. Para eso está atado demasiado fuerte, demasiado fielmente a su norma de vida: no decidirse nunca de



manera definitiva mientras la victoria no esté decidida. Sólo le pasa algo extraño. En las siguientes semanas, al Ministro de Policía de Francia, siempre de oído tan fino y de vista tan aguda, lo ataca un defecto fatal: se queda ciego y sordo. No oye nada de los rumores que se murmuran por la ciudad sobre un inminente golpe de Estado; no ve nada en las cartas que se deslizan entre sus manos. Todas sus informaciones, que siempre funcionaban con seguridad intachable, parecen fallar de manera mágica y, mientras de los cinco miembros del Directorio ya dos están en el complot y el tercero ganado a medias, el Ministro de Policía no sospecha en lo más mínimo la existencia de una conspiración militar. O mejor dicho, finge no sospecharlo. Sus comunicaciones diarias al Directorio no contienen una línea sobre el general Bonaparte ni sobre la "clique" que agita con impaciencia los sables. Pero desde luego, tampoco envía una línea, ni una palabra escrita de su mano al otro lado, a Bonaparte. Únicamente con silencio traiciona al Directorio; únicamente con silencio se empeña con Bonaparte y espera, espera. En esos momentos de expectativa, dos minutos antes de la hora decisiva, su naturaleza anfibia se siente en su elemento. Ser temido por dos partidos, lisonjeado por ambos y mientras sentir que en la propia mano vacila el fiel de la balanza: para este intrigante apasionado esto constituye el goce de los goces. Es el más maravilloso de todos los juegos, incomparable en emoción con el tapete verde o con el de Eros, cuando se ve llegar a su desenlace la gran pantomima de la fuerza. Saber en esos minutos que se pueden acelerar o retardar los acontecimientos y que precisamente este conocimiento lo obliga a dominarse, y aunque le queme las manos el deseo de intervenir, no hacer nada, sólo observar con la curiosidad cosquilleante, alborozada, casi viciosa del psicólogo... Sólo un placer así enardece a este genio frío; le excita esta sangre turbia, débil, casi aguada. Sólo esta clase de placer, psicológicamente perverso, espiritualmente voluptuoso, puede embriagar al hombre seco, sin nervios, que es Joseph Fouché. Y en esos momentos de alta tensión, antes del tiro decisivo, da alas a su siempre hosca severidad, una especie de deleite cruel y cínico. Porque, ¿cómo se puede resolver un placer del espíritu mejor que con la alegría de una broma inocente o cruel? Y así bromea Fouché, precisamente cuando otros se sienten más amenazados por el peligro; bromea como el juez de Raskolnikow, de manera ingeniosa y verdaderamente diabólica, en el mismo momento en que al culpable le corre un escalofrío por la espalda. En esos



momentos es cuando le gusta la mixtificación, y así esta vez, en el instante de más peligro, arregla una comedia amable, cuyas bambalinas están colocadas, como quien dice, sobre barriles de pólvora. Pocos días antes del golpe de Estado, cuya fecha naturalmente conoce, organiza una pequeña reunión. Bonaparte, Real y los demás conspiradores son invitados a esta soiree íntima, y cuando ya están sentados a la mesa, se dan cuenta de que toda su lista está completa y de que el Ministro de Policía del Directorio ha invitado a su casa a toda la camarilla que conspira contra el Directorio, precisamente. ¿Qué significa esto? Intranquilos, Bonaparte y los suyos se miran. ¿Tal vez los gendarmes están ya ante la puerta para apresar de una vez a los conspiradores? Quizá alguno recuerde la historia del banquete terrible que dio Pedro el Grande a los "Strélizes", cuyas cabezas el verdugo sirvió de postre. Pero nada cruel sucede en casa de Fouché... Al contrario: cuando, por fin, para mayor sorpresa de los conjurados entra otro invitado, nada menos (la broma está ideada, en verdad con imaginación diabólica) que precisamente aquel presidente Gohier, contra quien se dirige la conspiración, todos son testigos estupefactos de un diálogo asombroso. El presidente pregunta al Ministro de Policía por los acontecimientos más recientes: "Bah, siempre lo mismo", contesta Fouché subiendo cansado los párpados, para mirar a nadie. "Siempre los rumores de conspiración; pero bien sé yo el caso que hay que hacerles. Si hubiese verdaderamente alguna, pronto tendríamos la prueba en la plaza de la Revolución". Esta alusión suave a la guillotina los conspiradores asustados la sienten como un cuchillo frío por la espalda. ¿Con cuál de ellos bromea? ¿A quién engaña? No lo saben; probablemente no lo sabe el mismo Fouché, porque sólo una cosa en la tierra le hace falta: el deleite de la duplicidad, el encanto ardiente y el peligro punzante del doble juego.

Después de esta bromita animada el Ministro de Policía, hasta la hora de dar el golpe, vuelve a caer en un extraño letargo; permanece ciego y sordo mientras está sobornada la mitad del senado, ganado el ejército. Y ¡cosa rara!, conocido como madrugador, como primero en su despacho, Joseph Fouché, precisamente el 18 de Brumario, precisamente el día del golpe de Estado de Napoleón, tiene un sueño profundo. Hubiera querido dormir todo el día; pero dos mensajeros del Directorio lo sacuden de la cama y le participan al hombre asombrosamente asombrado los acontecimientos extraños del Senado, la acumulación de las tropas y el golpe de Estado que ya se ha hecho público. Joseph Fouché



se frota los ojos sorprendido por completo (aunque la noche antes había conferenciado durante largo rato con Bonaparte). Pero, por desgracia, ya no puede dormir más ni fingir que duerme. El Ministro de Policía debe vestirse e ir al Directorio, donde el presidente Gohier le recibe con brusquedad, sin dejarlo representar por más tiempo la comedia de la sorpresa. "Usted tenía el deber —le grita— de darnos cuenta de un complot semejante: muy bien pudo haberse enterado de él la policía". Fouché se traga con calma la grosería y pide órdenes, como si fuese el servidor más fiel. Pero Gohier rehusa con aspereza: "Si el Directorio tiene que dar órdenes, se las transmitirá a quienes sean dignos de su confianza". Fouché se sonríe por dentro: "¡Este imbécil no sabe aun que su Directorio no tiene ya nada que mandar, que dos de los cinco lo han abandonado y que el tercero se ha vendido!" Pero, ¿para qué enseñar a los imbéciles? Se inclina con frialdad y va a su puesto.

¿Dónde está su puesto? Eso es lo que Fouché no sabe con certeza; no sabe si es Ministro de Policía del viejo o del nuevo Gobierno. Eso dependerá de que la victoria sea de uno o de otro. Las próximas veinticuatro horas decidirán entre el Directorio o Bonaparte. El primer día se presenta propicio para Bonaparte; el Senado fuertemente espoleado con promesas y sobornado mejor aún con dinero, cumple todos los deseos de Bonaparte, lo hace jefe de las tropas y traslada la sesión de la Cámara de los Comunes, desde el Consejo de los Quinientos a SaintCloud, donde no hay batallones de trabajadores, ni opinión pública, ni "pueblo", sino únicamente un hermoso parque que se puede cerrar herméticamente con dos compañías de granaderos. Pero con esto no está ganada aún la partida, porque entre estos quinientos hombres hay todavía unas docenas de personas molestas que no se dejan sobornar ni intimidar; quizás alguno, ¿quién lo sabe? que defenderá la República con puñal o pistola contra el pretendiente a la corona. Hay que dominar los nervios y no hay que dejarse llevar por simpatías hacia una parte ni hacia otra, ni por pequeñeces como un juramente, sino permanecer quieto, esperar, estar sobre aviso hasta que llegue la decisión.

Y Fouché domina sus nervios. Apenas Bonaparte ha salido a la cabeza de su caballería en dirección a SaintCloud, apenas lo han seguido en carrozas los grandes conjurados Talleyrand, Sieyès y un par de docenas más, cuando de pronto, por orden del Ministro de Policía, se cierran las barreras de la periferia de París. Nadie puede alejarse de la capital y nadie puede entrar en ella, excepto los mensajeros del Ministro de Policía. Ninguna de las



ochocientas mil personas podrá saber, entonces, si el golpe tiene éxito o ha fracasado; únicamente este hombre decidido. Cada media hora un mensajero le trae noticias sobre el desarrollo del golpe de Estado. Pero tarda en decidirse. Si vence Bonaparte, entonces naturalmente, Fouché será su ministro y fiel servidor; si fracasa, seguirá siendo fiel servidor del Directorio; estará dispuesto a detener al "rebelde" con ademán frío y complaciente. Las noticias que recibe son bastante contradictorias. Mientras Fouché domina a la perfección sus nervios, Bonaparte, el más fuerte de los dos, pierde los suyos por completo; este 18 de Brumario, que le da a Bonaparte el dominio de toda Europa es, por extraña ironía quizá el día más débil en la vida personal de este gran hombre. Decidido ante los cañones, Bonaparte se desconcierta siempre que debe ganar a la gente con palabras. Acostumbrado a mandar durante años enteros, ha olvidado el arte de pedir. Puede agarrar una bandera y montar a la cabeza de sus granaderos; puede aniquilar ejércitos; pero lo que este soldado férreo no consigue, en cambio, es amedrentar desde la tribuna a un par de abogados republicanos. Muchas veces ha sido descrita la escena de cómo el invencible general, nervioso por las interrupciones de los diputados, balbucía frases estúpidas y vacías como "El dios de las batallas está conmigo...", y se equivocaba tanto cuando hablaba que sus amigos tienen que bajarlo apresurado de la tribuna. Sólo las bayonetas y sus soldados salvan al héroe de Arcole y Rívoli de una derrota vergonzosa ante un par de abogadetes estrepitosos. Pero cuando vuelve a montar en su caballo, señor y dictador, ordena a sus soldados desalojar por asalto el salón, desde la empuñadura del sable fluye otra vez la fuerza a sus sentidos aturridos.

A las siete de la tarde todo está decidido: Bonaparte es cónsul y autócrata de Francia. Si hubiera sido vencido o desbordado en el acto, Fouché hubiera mandado pegar en todos los muros de París una proclama patética: "Una conspiración infame ha sido descubierta", etc. Pero como venció Bonaparte, se apropia rápidamente de la victoria. Y no es Bonaparte, sino el señor Ministro de Policía, Fouché, quien al día siguiente informa a París del final efectivo de la República y del comienzo de la dictadura napoleónica. "El Ministro de Policía comunica a sus conciudadanos —dice el relato falaz— que el Consejo estuvo reunido en SaintCloud para resolver sobre los intereses de la República, cuando el general Bonaparte, quien se había presentado en el Consejo de los Quinientos para descubrir las



maquinaciones revolucionarias, estuvo a punto de ser víctima de un asesino. Pero el genio de la República salvó al general. Todos los republicanos pueden tranquilizarse... pues sus deseos se cumplirán ahora... Los débiles pueden estar tranquilos: están con los fuertes... y únicamente tienen que temer los que provocan disturbios, introducen la confusión en la opinión pública y preparan el desorden. Han sido tomadas todas las medidas para impedirlo".

Una vez más Fouché ha desplegado las velas a favor del viento. Y la deserción al campo del vencedor tiene lugar con tanta audacia, con tal ausencia de reserva, tan a plena luz del día que, poco a poco, en los círculos más alejados se empieza a conocer a Fouché. Unas semanas más tarde se representa en un teatro de barrio de París una comedia graciosa: La veleta de SaintCloud; para que todos entiendan y aplaudan, con nombre apenas disimulados, se parodia lo más graciosamente su comportamiento voluble; Fouché, como censor, hubiera podido prohibir una parodia de su persona; pero poseía bastante ingenio como para no hacerlo. No oculta de ninguna manera su carácter, o mejor: que no tiene carácter. Todo lo contrario: recalca incluso su veleidad e inconstancia, porque esto le crea una aureola especial. Que se rían de él, siempre que lo obedezcan y lo teman.

Bonaparte es el héroe del día; Fouché, el colaborador secreto, el tráfuga; la víctima efectiva, Barras, el amo del Directorio, que este día recibe una lección, ya histórica, sobre la ingratitud. Porque estos dos hombres que lo derriban y lo despachan con una propina de varios millones, como a un pordiosero molesto, fueron hace dos años sus criaturas, sus deudores rescatados de la nada. Bonachón, ligero, un bon homme al que le gusta disfrutar, a quien gusta dejarle a cada uno su parte, ha recogido literalmente de la calle a Bonaparte, a este oficial pequeño y cetrino expulsado y casi desterrado y en la casaca militar, todavía sin pagar y remendada le ha prendido los galones de general; de la noche a la mañana lo ha nombrado por encima de todos comandante de París; le ha cedido su propia amante; le ha llenado los bolsillos de dinero: ha conseguido que le dieran el mando sobre el ejército de Italia; le ha tendido, en fin, el puente de la inmortalidad. De la misma manera ha sacado a Fouché de su buhardilla sucia del quinto piso, lo ha salvado de la guillotina, ha sido el único que lo ha ayudado en la época del hambre, cuando todos se apartaban de él, y por fin, lo ha colocado en el sitio y le ha llenado los bolsillos de oro. Y los dos —que le deben la



vida— dos años más tarde se unen y lo empujan al mismo barro de donde él los sacó... La historia, que no es precisamente un código de moral, no conoce un ejemplo más claro de perfecta ingratitud que la actitud de Napoleón y Fouché frente a Barras el 18 de Brumario. Pero la ingratitud de Napoleón contra su protector tiene al menos la justificación del genio. Su fuerza le da derecho especial, porque el camino del genio, de cara a las estrellas, si es necesario puede pasar sobre vidas humanas, puede utilizar con heroísmo los fenómenos más diversos, obedeciendo sólo al sentido profundo, al imperativo invisible de la historia. La ingratitud de Fouché, en cambio, es sólo la ingratitud vulgar del amoral perfecto que, con la mayor ingenuidad, busca únicamente la propia ventaja. Si quiere, Fouché puede olvidar todo su pasado de manera asombrosa y vertiginosamente rápida, y de esta maestría singular dará pruebas sorprendentes en su carrera futura. Quince días después le manda a Barras, al hombre que lo libró de la "guillotina seca" y que lo salvó del destierro, la orden formal de expatriación y le hace quitar todos los papeles: es probable que entre ellos se encontraran sus propias cartas implorantes y sus mensajes de espía. Barras mortalmente ofendido, aprieta los dientes, que todavía hoy parecen rechinar en su memoria cuando nombra a Bonaparte y a Fouché. Y sólo lo consuela que Bonaparte se lleve a Fouché. Como una profecía, presiente que uno de ellos lo vengará en el otro y que no serán amigos por mucho tiempo.

Por lo pronto, claro, en los primeros meses de su conspiración, el ciudadano Ministro de Policía se pone devotamente al servicio del ciudadano cónsul, porque la palabra "ciudadano" se imponer aún en los documentos oficiales. Todavía al amor propio de Napoleón le alcanza con ser el primer ciudadano de una República. Frente a una misión gigantesca que superaría la fuerza de todos los demás, demuestra en aquellos años la magnitud y multiplicidad de su genio juvenil; nunca la figura de Bonaparte nos parece más grandiosa, creadora y humana que en aquella época del nuevo régimen. Establecer la Revolución, mantener sus resultados y reducir al mismo tiempo su hipertrofia; terminar la guerra victoriosamente y, fiel al auténtico sentido de esa victoria, cerrarla con una paz consistente y verdadera, constituye la idea sublime a la que se consagra el nuevo héroe, con la clarividencia aguda del genio y con la energía recia y laboriosa de un trabajador apasionado de diez horas diarias. No son precisamente los años que siempre celebra la



leyenda, para la que no hay hechos más altos que los ataques de caballería, ni resultados más evidentes que los países conquistados; no son Austerlitz, Eylau y Valladolid los verdaderos trabajos hercúleos de Napoleón Bonaparte, sino los años en que se vuelve a estructurar la Francia desordenada, desgarrada por los partidos, dentro de un Estado con fuerza vital, en el que los asignados desvalorizados son substituidos por verdaderos valores, los años en que el nuevo Código napoleónico da forma severa y humana al mismo tiempo, al derecho y a las costumbres; años en los que este alto genio político impone su acción saludable en todos los terrenos de la administración del Estado y apacigua a Europa. No son los años guerreros, sino estos otros, los verdaderamente creadores y nunca trabajaron sus ministros más concienzudamente, con mayor intensidad y fidelidad a su lado que en esa época. También en Fouché encuentra un servidor perfecto, completamente conforme con él en la convicción de que es preferible terminar la guerra civil con negociaciones y condescendencias que por la fuerza y con ejecuciones. En pocos meses, Fouché restablece la tranquilidad completa en el país, desaloja los últimos nidos de terroristas y realistas, limpia las calles de asaltos, y su energía burocrática, tan exacta en los pormenores, se subordina solícitamente a los grandes proyectos políticos de Bonaparte. Las obras grandes y útiles unen siempre a los hombres: el criado ha encontrado a su amo y el amo a su criado. El momento en que se inicia la desconfianza de Bonaparte hacia Fouché puede precisarse con exactitud —cosa rara— hasta en el día y la hora, aunque el episodio quedó casi oculto en medio de la abundancia de acontecimientos de aquellos años tan activos. Sólo la agudísima mirada psicológica de Balzac, acostumbrada a reconocer en lo insignificante lo esencial, en el "petit detail" el golpe que lo impulsa, ha podido advertirlo (aunque adornándolo un poco poéticamente). La pequeña escena se desarrolla durante la campaña italiana que va a decidir entre Austria y Francia. El 20 de enero de 1800 están reunidos en París los ministros y consejeros, con un extraño estado de ánimo. Desde el campo de batalla de Marengo ha llegado un mensajero con malas noticias; trae el mensaje de que Bonaparte ha sido derrotado y el ejército francés se encuentra en plena retirada. Todos los reunidos piensan secretamente lo mismo: es imposible que un general derrotado siga como primer cónsul; y piensan enseguida en un sucesor. Hasta qué punto declararon todos esta necesidad, no se ha sabido nunca; pero hubo preparativos para una subversión y hubo, sin



duda, consultas en voz baja. Los hermanos de Napoleón se dieron cuenta. Carnot fue seguramente quien más se adelantó, quien quiso restaurar con más rapidez el viejo comité de seguridad. De Fouché se puede suponer, conociendo su carácter, que en lugar de ponerse de parte del cónsul derrotado, según las últimas noticias, permanecía cautelosamente mudo, para volver con el antiguo amo si fuera preciso, o para quedarse con el nuevo, según el caso. Pero al día siguiente, llega una segunda estafeta y anuncia precisamente lo contrario: trae noticias de la victoria brillante de Marengo; a última hora, el general Desaix, con genial intuición militar, llegó en ayuda de Bonaparte, convirtiendo la derrota en triunfo. Cien veces más fuerte de lo que se fue, y completamente seguro de su poder, a los pocos días regresa Bonaparte, el primer Cónsul. Sin duda alguna supo en seguida que todos sus ministros y confidentes, a la primera noticia, estaban dispuestos a dejarlo de lado. Como primera víctima paga Carnot, que fue quien más se precipitó, y pierde el ministerio. Los demás, incluso Fouché, permanecen en sus puestos: a éste, siempre cauto, no se le puede probar su infidelidad, aunque, por supuesto, tampoco su fidelidad. No se ha comprometido, pero tampoco se ha destacado en el cumplimiento de su deber; ha demostrado una vez más lo que siempre fue: fiel en el éxito, infiel en el fracasado. Bonaparte no lo despidió, ni le hace reproches ni lo castiga. Pero desde ese momento pierde la confianza en él.

Este pequeño episodio, casi envuelto en olvido en la historia de la época es, por otra parte, de una notable evidencia psicológica. Porque nos recuerda muy claramente que una República basada sólo en las bayonetas y la victoria bélica, se derrumba a la primera derrota, y que todo Soberano a quien le falta la legitimidad natural de la sangre y de los antepasados, ha de crearse imprescindiblemente y con tiempo una nueva. Bonaparte mismo, con plena conciencia de su fuerza, lleno de ese optimismo inflexible que siempre poseen las naturalezas geniales, en su época ascendente puede llegar a olvidar esta admonición tácita; pero no sus hermanos. Napoleón —esto suele olvidarse con mucha frecuencia— no llegó solo a Francia: llega rodeado de un clan familiar hambriento, ambicioso de poder. Al principio, a la madre y a los cuatro hermanos desocupados, les hubiera bastado con que Napoleón, el protector de todos ellos, se casara con la hija de un fabricante rico para poder vestir a sus hermanas. Pero ahora, que inesperadamente ha llegado a un nivel tan alto de poder, todos se aferran a él, con súbito impulso, para que eleve con él a toda su familia;



también quieren ascender al esplendor, quieren hacer de toda Francia, y luego de todo el mundo, un usufructo familiar de los Bonaparte, y la piratería sucia, insaciable, de todos ellos, sin la excusa del resplendor del genio, acosa al hermano para que tome la resolución de transformar su poder, comprometido con la voluntad popular, en un poder independiente y duradero, en una monarquía hereditaria. Le piden la institución de una dinastía familiar, le piden que se proclame Rey o Emperador; quieren que se divorcie de Josefina para casarse con una princesa de Bade (aún nadie se atreve a pensar en la hermana del Zar

o en la hija del Habsburgo). Y con sus intrigas constantes lo separan cada vez más de sus antiguos camaradas, de sus viejas ideas, lo apartan de la República y de la Libertad: lo empujan a la reacción y al despotismo.

Frente a este clan instigador, insaciable y antipático, Josefina, la esposa del Cónsul, se encuentra

bastante sola y desamparada. Sabe que cada paso de Bonaparte hacia la altura, hacia la soberanía, lo separa de ella, porque ella no puede darle al Rey o Emperador lo que la idea dinástica pide como primer y único requisito: un heredero del trono y, con él, la perpetuidad de la dinastía. Pocos de los consejeros de Napoleón están de su parte (porque ella no tiene dinero para repartir, sino que, por el contrario, está llena de deudas), y el más fiel, en este momento, es Fouché. Con desconfianza, Fouché observa desde hace tiempo que el orgullo de Napoleón se hincha con los éxitos inesperados en proporciones igualmente inesperadas; advierte con qué obstinación elimina y hace perseguir como anarquistas y terroristas a todos los que tienen ideas verdaderamente republicanas. Con su mirada aguada y suspicaz, ve con claridad que, como decía Víctor Hugo; "déja Napoleón perçait sous Bonaparte", surgía amenazante el Emperador detrás del general, el Monarca detrás del ciudadano. Pero a Fouché, ligado a vida o muerte a la República por su voto contra el Rey, sólo le interesa la prosperidad de la República y de la forma de estado republicana. Por eso teme a todo lo monárquico, por eso lucha secreta y abiertamente del lado de Josefina.

Esto el clan no se lo perdona. Con odio corso espían todos sus pasos, dispuestos a hacer a un lado en la primera ocasión al hombre molesto que les estorba los negocios.



Esperan, impacientes, mucho tiempo. Hasta que, al fin, se presenta la ocasión de echarle la zancadilla a Fouché. El 24 de diciembre de 1800 Bonaparte va a la Opera para asistir a la primera representación en París de la "Schoepfung", de Haydn; de pronto en la estrecha rue Nicaise, inmediatamente detrás de su coche, estalla un géiser de explosivos de pólvora y plomo, con tanta violencia que la explosión arroja escombros hasta por encima de las casas: se trata de un atentado, la famosa y temida máquina infernal. Sólo la marcha vertiginosa que lleva su cochero — borracho, según dicen— salvó al primer Cónsul; pero cuarenta víctimas se revuelcan con los cuerpos destrozados llenando la calle de sangre, y el coche se alza, como un animal herido, levantado por la presión del aire. Pálido, con la cara como mármol, Bonaparte sigue camino a la Ópera para demostrar su sangre fría al público entusiasmado. Mientras Josefina a su lado es víctima de un ataque de nervios y no puede ocultar sus lágrimas, Bonaparte, con aire glacial, escucha las suaves melodías del padre Haydn y agradece con rígida indiferencia las aclamaciones frenéticas.

Pero muy pronto sus ministros y sus consejeros de estado, en las Tullerías —a la vuelta de la Ópera— advierten que esta sangre fría era sólo ficción. Contra Fouché, sobre todo, se desencadena su ira; se lanza como un loco contra el hombre pálido e inmóvil; él, como Ministro de Policía, estaba en la obligación de descubrir el complot con mucho tiempo de anticipación, pero en lugar de esto ampara con una benevolencia criminal a sus amigos, a sus antiguos cómplices, los jacobinos. Con serenidad, Fouché da su opinión de que no puede probarse que el atentado proceda de los jacobinos; él, personalmente, está convencido de que aquí representan el principal papel los conspiradores realistas y el dinero inglés. Pero la calma con que Fouché lo contradice enfurece más al primer Cónsul: —"Son los jacobinos, los terroristas, esos canallas en rebelión permanente, en masa compacta contra todos los Gobiernos. Son los mismos malvados que, para asesinarne, no repararon en sacrificar miles de víctimas. Pero quiero hacer con ellos una justicia ejemplar". Fouché se atreve a manifestar, por segunda vez, sus dudas. Entonces, el curso de sangre ar

diente se arroja casi sobre el ministro; tanto, que tiene que intervenir Josefina y tomar el brazo de su marido, con además apaciguador. Pero Bonaparte, como un torrente, se desata en palabras y le echa en cara a Fouché todos los crímenes y asesinatos de los jacobinos, los días de diciembre en París, las bodas republicanas de Nantes, las matanzas de



los presos en Versalles... Clara alusión para que el "mitrailleur de Lyon" se dé cuenta de que se acuerda perfectamente de su pasado. Pero mientras más grita Bonaparte, más tenazmente se calla Fouché. Ni un músculo se estremece en su máscara de piedra, mientras las acusaciones se sacan chispa en presencia de los hermanos de Napoleón y de los cortesanos, que observan con miradas sarcásticas al Ministro de Policía que, por fin, ha dado un mal paso. Frío como una piedra rechaza Fouché todas las sospechas, frío como la piedra abandona las Tullerías.

Su caída parece inevitable, porque Napoleón se cierra a toda intervención de Josefina en favor de Fouché. "¿Pero no ha sido él mismo uno de sus caudillos? ¿Ignoro yo acaso lo que hizo en Lyon y en el Loire? Sólo Lyon y el Loire me explican la conducta de Fouché" —grita enfurecido. Y en seguida comienzan las conjeturas en torno del nom

bre del futuro Ministro de Policía. Los cortesanos ya vuelven la espalda al caído; como tantas veces parece ya que Joseph Fouché está definitivamente aniquilado.

En los días siguientes la situación no mejora. Bonaparte no cambia su opinión de que los jacobinos prepararon el atentado; exige que se tomen medidas, que se impongan castigos severos. Y cuando Fouché insinúa ante él o ante otros que sigue otra pista, lo tratan con ironía y desprecio. Todos los imbéciles se ríen y se burlan del ingenuo Ministro de Policía que no quiere poner al descubierto un asunto tan claro; todos sus enemigos lo miran con aire de triunfo porque insiste tenazmente en su error. Fouché no le contesta a nadie. No discute, se calla. Se calla durante quince días, se calla y obedece sin réplica cuando le ordenan hacer una lista de ciento treinta radicales y antiguos jacobinos destinados a la deportación a Guayana, a la "guillotina seca". Sin pestañear, despacha el decreto que acaba con los últimos "montagnards", los últimos de la "montaña", con los apóstoles de su amigo Baboeuf, con Topino y Arena, que no cometieron otro delito más que decir públicamente que Napoleón había robado en Italia un par de millones para comprarse con

ellos la autocracia. Contra su convicción ve que unos son deportados y los otros ejecutados. Se calla como un sacerdote que, obligado por secreto de confesión, asiste a la ejecución de un inocente con los labios sellados. Hace ya mucho tiempo que Fouché está sobre la pista, y mientras los otros se burlan de él, mientras el mismo Bonaparte se echa en cara irónicamente su ridícula obstinación en su gabinete infranqueable se reúnen pruebas



definitivas de que, en efecto, el atentado estaba preparado por Chouans, del partido realista. Y mientras en el Consejo de Estado y en las antecámaras de las Tullerías muestra una fría, displicente indiferencia frente a todas las alusiones, en su gabinete secreto trabaja febrilmente con los mejores agentes. Se ofrecen recompensas de dinero en enormes cantidades; todos los espías y esbirros de Francia trabajan activamente; se obliga a la ciudad entera a declarar como testigo. Ya se sabe la procedencia de la yegua que estaba enganchada a la máquina infernal y que fue destrozada en cien pedazos, y ha sido encontrado su antiguo dueño; ya se tiene la descripción exacta de los hombres que la compraron; ya se han averiguado, gracias a la magistral "biographie chouannique" (ese lexicón inventado por Fouché, con los datos perso-

nales de los emigrados realistas, de todos los "chouans"), los nombres de los autores del atentado... y Fouché se sigue callando. Todavía heroicamente deja que se rían de él y que triunfen sus enemigos. Cada vez con mayor rapidez se tejen los últimos hilos hasta formar una red irrompible. Un par de días más y la araña venenosa estará presa en ella. ¡Sólo por un par de días! Fouché excitado en su amor propio, humillado en su orgullo, no se conforma con una victoria pequeña y mediocre sobre Bonaparte y sobre todos los que les reprochan carencia de información... También él quiere un Marengo, un triunfo completo, arrollador.

Quince días después, de repente, da el golpe. El complot ha sido completamente aclarado, todas las pistas fueron comprobadas. Como lo había previsto Fouché, había sido el jefe, el más temido de todos los "chouans", Cadoudal. Sus ejecutores habían sido realistas juramentados, comprados con dinero inglés. La noticia cae como un trueno sobre sus enemigos, porque ven qué inútil e injustamente han sido sentenciadas ciento treinta personas. Se apresuraron demasiado, con osadía excesiva, a reírse del hombre impenetrable. Y más fuerte, más estimado, más temido que nunca aparece ante el público el in-

falible Ministro de Policía. Con una mezcla de ira y admiración, Bonaparte mira al calculador férreo, que una vez más se lleva la razón con sus deducciones de sangre fría. Contra su voluntad tiene que confesar: "Fouché ha juzgado mejor que muchos otros. Tiene razón. Hay que estar alerta con los emigrados, con los repatriados, con los «chouans» y con



todas las gentes de ese partido." Pero con este asunto Fouché gana sólo en consideración ante Napoleón, no en afecto, porque los autócratas nunca agradecen que se les llame la atención sobre una falta o error. Es inmoral la historia de Plutarco del soldado que en la batalla salvó la vida amenazada del Rey, y en lugar de huir en seguida, como le aconsejó un sabio, contó con la gratitud del Rey y así perdió la cabeza. Los reyes no quieren bien a las personas que los vieron en un momento de debilidad, y a las naturalezas despóticas no les gustan los consejeros que hayan demostrado ser más sabios que ellos, aunque sea una sola vez.

En un círculo tan estrecho como el de la Policía, Fouché ha logrado el mayor triunfo que es posible alcanzar. Pero ¡qué pequeño es en comparación con los triunfos alcanzados por Bonaparte en los dos últimos años del Consulado! El dictador ha corona

do una serie de victorias con la más hermosa, con la paz definitiva con Inglaterra, con el concordato con la Iglesia: las dos potencias más poderosas del mundo, gracias a su energía y a la superioridad fecunda de su genio, ya no son enemigas de Francia. El país tranquilizado, ordenada la economía, terminada la discordia de los partidos, suavizadas las oposiciones, la riqueza vuelve a florecer, la industria se desarrolla de nuevo, las artes despiertan; comienza una época gloriosa, y no está lejana la hora en que Augusto también podrá llamarse César. Fouché, que conoce cada nervio, cada pensamiento de Bonaparte, advierte perfectamente hacia dónde se dirige la ambición del corso: ya no le basta con representar el papel en la República, sino que quiere tomar posesión vitalicia y eterna, para él y su familia, del país salvado por él. Claro que quien es cónsul de la República oficialmente no demuestra ambiciones tan poco republicanas; pero bajo cuerda deja traslucir a sus confidentes su deseo de que el Senado le exprese su gratitud con un acto especial de confianza, con un témoignage éclatant. En lo más recóndito de su corazón desea un Marco Antonio, un servidor fiel y seguro que pida para él la corona imperial. Y

Fouché, rico en astucia, flexible, podría asegurarse ahora para siempre su gratitud.

Pero Fouché se niega a ese papel. Mejor dicho, no es que se niegue con franqueza, sino que desde la sombra, con complacencia aparente, trata de oponerse a estas intenciones. Está contra los hermanos, contra el clan de los Bonaparte y del lado de Josefina, que tiembla de miedo e intranquilidad ante este último paso de su esposo hacia la Monarquía,



porque sabe que entonces no será mucho tiempo su esposa. Fouché le aconseja no demostrar franca resistencia: "Manténgase tranquila —le dice— se atraviesa usted inútilmente en el camino de su esposo. Sus temores lo aburren, mis consejos lo molestarían." Prefiere entonces, fiel a su estilo, deshacer en forma subterránea los deseos ambiciosos y cuando Bonaparte, con falsa modestia, no quiere franquearse y, por otra parte, quiere efectivamente proponerle al Senado un *témoignage élatant*, Fouché es de los que susurran a los senadores que el gran hombre, como fiel republicano, sólo desea que le sea prolongado el puesto de primer Cónsul por diez años. Los senadores, convencidos de honrar y satisfacer a Bonaparte, toman solemnemente esta resolución. Pero Bonaparte, penetrando en este juego de intrigas,

reconoce claramente a los autores y hierve de ira cuando le entregan este regalo de pordiosero. Con palabras frías despacha a la Comisión. Cuando se siente trémulo, áurea sobre las sienes una corona imperial, son diez años miserables una nuez vana que se aplasta despectivamente con el pie.

Por fin, Bonaparte arroja la careta de la modestia y hace saber claramente su voluntad: ¡Consulado de por vida! Y bajo el fino envoltorio de estas palabras, reluce con claridad para los perspicaces la futura corona de Emperador. Y tan fuerte es ya entonces Bonaparte que el pueblo, por mayoría de millones, hace ley su deseo y lo elige soberano (tanto él como el pueblo así lo esperan) para toda su vida. La República ha terminado: empieza la Monarquía.

Que Joseph Fouché se atreviera a poner trabas a los deseos del pretendiente a la corona en su propósito decisivo, es algo que no olvida la prole de hermanos y hermanas, es algo que no olvida el clan familiar corso. Asedian con impaciencia a Bonaparte. ¿Qué sentido tiene mantener el molesto obstáculo cuando él ya está firme en su silla? ¿Para qué, cuando el país ha demostrado de forma unánime su conformidad con el Consulado perpetuo, cuando la oposición se ha allanado felizmente y se han elimi

nado las discordias? ¿Para qué tener a un lado a un vigilante implacable que vigilará no sólo al país, sino sus propias y oscuras maquinaciones? ¡Fuera con él! ¡Hay que aniquilar, hay que sustituir a este eterno forjador de enredos, a este intrigante! Sin descanso, impacientes, tenaces, asedian al hermano, todavía indeciso.



Bonaparte, en el fondo, comparte su opinión. También a él le estorba este hombre que sabe demasiado y que quiere saber siempre más; esta sombra gris, que se arrastra detrás de su luz. Pero precisamente para despedir al ministro que ganó tantos méritos, que disfruta en el país de respeto ilimitado, se necesitaría un pretexto. Y además, este hombre se ha hecho fuerte con él; más vale, pues, no provocar su franca enemistad. Tiene en sus manos todos los secretos y está fatalmente familiarizado con todas las intimidades, no muy limpias, del clan corso; por eso no se lo puede agraviar tan bruscamente. Por eso se inventa una salida hábil, diplomática, que no evidencia ante el mundo que se despide a Fouché con malevolencia; y no se lo despide como ministro, sino que se declara que ha cumplido tan magistralmente su deber, que resulta completamente superflua una vigilancia de los ciudadanos, un ministerio

de Policía. No se despide, entonces, al ministro, sino que suprimiendo el ministerio de Policía, al mismo tiempo se desembarazan de él disimuladamente.

Para ahorrar a este hombre susceptible el duro golpe con que lo ponen en la puerta de calle, le endulzan en lo posible la despedida, lo indemnizan por la pérdida de su puesto con un asiento en el Senado, y en una carta con la que Bonaparte le anuncia este ascenso, dice textualmente: "El ciudadano Fouché, Ministro de Policía, durante las situaciones más difíciles, ha cumplido siempre, por su talento y su energía, por su fidelidad al Gobierno, con los deberes que le imponían los acontecimientos. Y dándole un puesto en el Senado, sabe el Gobierno que, si en una nueva época tuviera necesidad de un Ministro de Policía, no encontraría otro que fuera más digno de su confianza." Además Bonaparte, que ha visto hasta qué punto el antiguo comunista se ha reconciliado con su viejo enemigo, el dinero, le facilita la retirada tendiéndole un magnífico puente de oro. Cuando el ministro, en el momento de hacer la liquidación, le entrega dos millones cuatrocientos mil francos como resto del capital liquidado de la Policía, Napoleón le regala sencillamente la mitad, o sea

un millón doscientos mil francos. Además el "enemigo converso del dinero" —que hace apenas un decenio tronaba furioso contra "el metal sucio y corruptor"—, recibe con su título de senador, la posesión de Aix, un pequeño principado que se extiende desde Marsella a Tolón, y cuyo valor se calcula en diez millones de francos. Bonaparte lo conoce; sabe que Fouché tiene manos de intrigante, inquietas y ávidas, y como no se las puede atar,



se las carga de oro. Por eso es difícil encontrar en el transcurso de la historia el caso de un ministro a quien se haya despedido con más honores y, sobre todo, con más precauciones que a Joseph Fouché.



CAPÍTULO V

MINISTRO DEL EMPERADOR (18041811)

En 1802, Joseph Fouché —es decir, su Excelencia el señor senador Joseph Fouché— obedeciendo a la presión suave y obstinada del primer Cónsul, se retira a la vida privada, de la que había salido diez años antes. Década increíble, predestinada y cruenta, siniestra y fecunda. Pero ha sabido aprovechar bien este tiempo. No se refugia, como en 1794, en una buhardilla miserable, fría: se compra una hermosa casa, bien equipada, en la rue Cerutti, una casa que debió pertenecer a un "aristócrata ruin" o a un "infame rico". En Ferrières, la residencia futura de los Rothschild, instala la más preciosa finca de ve

rano, y su principado en la Provenza, la senaduría de Aix le envía buenas rentas. Por lo demás, también ejerce con maestría el noble arte del alquimista, el de convertirlo todo en oro. Sus protegidos en la Bolsa le dan participación en sus negocios y aumenta ventajosamente sus posesiones; al cabo de un par de años, el hombre del primer manifiesto comunista será el segundo capitalista de Francia y el primer terrateniente del país. El tigre de Lyon se ha convertido en roedor paciente, capitalista cauto, prestidigitador del tanto por ciento. Pero esta enorme riqueza del parvenu político no cambia en nada su innata sobriedad, cultivada con tenacidad en la disciplina conventual. Con quince millones de capital Joseph Fouché no vive de manera muy distinta que cuando buscaba trabajosamente los quince sous diarios que necesitaba en su buhardilla; no bebe, no fuma, no juega, no gasta dinero en mujeres ni en presunciones. Como un buen hidalgo provinciano, pasea con sus hijos (le nacieron tres después de perder dos en la miseria) por sus prados silenciosos, ocasionalmente ofrece pequeñas reuniones, escucha cuando los amigos de su mujer hacen música, lee libros y se recrea en conversaciones intelectuales; profundamente, de manera inaccesible, en este burgués frío y seco se oculta el placer demoníaco por el juego de azar de la política, por las tensiones y peligros del drama mundial. Sus vecinos no ven nada de todo esto; sólo ven al buen administrador, al excelente padre de familia, al esposo cariñoso. Y nadie que no lo conozca de antes sospecha la pasión contenida, cada vez con menos



tranquilidad detrás de su calma aparente, su ansia de volver a situarse en primera fila, de volver a intervenir en los asuntos de la política.

¡Oh, mirada de Medusa del poder! Quien una vez fijó la vista en su rostro, jamás la puede apartar: queda encantado y hechizado. Quien una vez disfrutó el placer embriagador de dominar y mandar, ya no puede renunciar a él. Hojeemos la historia en busca de algún ejemplo de renuncia voluntaria; excepto Sila y Carlos V, entre millares y decenas de millares de figuras se encuentra apenas una docena que, con el corazón satisfecho y el sentido claro, renuncien al deleite casi pecaminoso de representar a la Providencia ante millones de seres. Como el jugador no puede dejar el juego; el bebedor la bebida o el cazador furtivo la caza, Joseph Fouché no puede dejar la política. El reposo lo martiriza, y mientras tranquilamente, con bien fingida indiferencia hace de Cincinato en el arado, le cosquillean los dedos y le vibran los nervios para volver a tener en sus manos los naipes de la política. Aunque está separado del servicio activo, continúa voluntariamente la tarea policíaca, y para ejercitar la pluma y no caer completamente en el olvido, semanalmente manda al primer Cónsul informaciones secretas. Con esto se divierte y entretiene, sin compromiso, su genio intrigante; pero no le satisface plenamente. En realidad, su aparente aislamiento no es más que una espera febril, dominada por el deseo de volver a tomar las riendas, de tener poder sobre las vidas humanas, sobre el destino del mundo. ¡Poder!

Bonaparte advierte síntomas evidentes de la vibrante impaciencia de Fouché, pero decide no hacerle caso. Mientras pueda tener apartado a este hombre fantásticamente inteligente, fantásticamente trabajador, lo dejará en la sombra. Como se conoce la fuerza obstinada de este hombre subterráneo, nadie lo toma a su servicio si no lo necesita absolutamente en el trance del mayor peligro. El Cónsul le demuestra considerable protección: lo utiliza para diversos negocios; le agradece las buenas informaciones; lo invita, de cuando en cuando, al Consejo de Ministros y, sobre todo, lo deja ganar, deja que se enriquezca para que se mantenga tranquilo; sin embargo, sólo a una cosa se niega con tenacidad todo el tiempo que puede: a restituirlo en su puesto y a volver a crear el ministerio de Policía. Mientras Bonaparte es poderoso, mientras no comete faltas, no necesita un criado tan equívoco, tan excesivamente inteligente.



Pero afortunadamente para Fouché, Bonaparte comete faltas. Sobre todo la gran falta histórica, imperdonable; ya no le alcanza ser Bonaparte; además de la seguridad de sí mismo, además del triunfo de su personalidad única, pretende el brillo pálido de la legitimidad, la fastuosidad de un título. El que no temió a nadie, precisamente por su fuerza, por su personalidad poderosa, se atemoriza ante las sombras del pasado, ante la aureola impotente de los Borbones proscritos. Se deja convencer por Tayllerand y, enfrentando la ruptura del Derecho internacional, manda traer entre gendarmes al Duque de Enghien desde territorio neutral y lo hace fusilar. Para este hecho Fouché tuvo la frase ya célebre: "Fue peor que un crimen: fue una equivocación." Esta ejecución crea alrededor de Bonaparte un vacío de miedo y de terror, de protesta y odio, y pronto le parecerá aconsejable volver a ponerse bajo la protección del Argos de mil ojos, bajo la protección de la Policía.

Además, y sobre todo en 1804, el cónsul Bonaparte necesita nuevamente un ayudante hábil y sin escrúpulos para su ascensión postrera. Necesita otra vez alguien que le sostenga el estribo. Lo que dos años antes le parecía el colmo de su ambición, el consulado vitalicio, ya no le parece suficiente, elevado como se siente por todas las alas del éxito. Ya no quiere ser el primer ciudadano entre los ciudadanos, ambiciona ser señor y soberano sobre sus súbditos, desea calmar el calor febril de su frente con el anillo áureo de una corona imperial. Pero el futuro César necesita un Antonio; y aunque Fouché hizo durante largo tiempo el papel de Bruto (y antes también el de Catilina), está hambriento después de dos años de ayuno político. Y está dispuesto a tender el anzuelo para pescar la corona imperial en el lodo del Senado. De cebo sirven el dinero y las buenas promesas; y así, el mundo asiste al espectáculo curioso del antiguo presidente del club de los jacobinos, hoy Excelencia, por los pasillos del Senado dando apretones de mano sospechosos, asediando a intrigantes hasta conseguir que, por fin, un par de bizantinos complacientes propongan que "se cree una institución que destruya para siempre las esperanzas de los conspiradores, garantizando la permanencia del Gobierno más allá de la vida de su jefe". Si se elimina la hinchazón tumoral de esta frase, aparecerá, como contenido, la intención de transformar al cónsul vitalicio Bonaparte en el emperador dinástico Napoleón. Y probablemente de la pluma de Fouché (que lo mismo escribe con bálsamo que con sangre) procede la petición



vil y sumisa del Senado con que se invita a Bonaparte "a completar su obra, dándole forma inmortal". Pocos habrán cavado más laboriosamente la tumba definitiva de la República que Joseph Fouché, el de Nantes, el ex diputado de la Convención, el ex presidente de los jacobinos, el "mitrailleur de Lyon", el enemigo de los tiranos, en otra época el más republicano de todos los republicanos.

El premio no se hace esperar. Así como el ciudadano Fouché fue nombrado ministro por el ciudadano cónsul Bonaparte, ahora, en 1804, después de dos años de destierro dorado, otra vez su Excelencia el señor senador Fouché vuelve a ser nombrado por Su Majestad el Emperador Napoleón. Por quinta vez, Joseph Fouché presta juramente —el primero lo prestó al gobierno realista; el segundo, a la República; el tercero, al Directorio; el cuatro, al Consulado— Pero Fouché sólo tiene cuarenta y cinco años. ¡Cuánto tiempo todavía para nuevos juramentos, nuevas fidelidades e infidelidades! Con fuerza acumulada se arroja nuevamente al viento y las olas, obligado por juramento al nuevo Emperador, pero impulsado, en realidad, sólo por el deleite que le produce la inquietud.

Durante una década sobre la escena mundial — mejor dicho, entre bastidores— las figuras de Napoleón y Fouché se enfrentan, ligadas por el destino, a pesar de una evidente resistencia mutua. Napoleón no quiere a Fouché, ni Fouché quiere a Napoleón. Llenos de antipatía secreta, cada uno utiliza al otro, únicamente por la fuerza de atracción de polos opuestos. Fouché conoce a la perfección la potencia demoníaca, la fuerza magnífica de Napoleón; sabe que el mundo no creará un genio superior a él en décadas, que no tendrá un amo tan digno de ser servido. Napoleón, en cambio, siente que nadie lo comprende con tan vertiginosa rapidez como Fouché con su mirada sobria, clara, luminosa y perspicaz, talento político, laborioso, que puede utilizarse de la misma manera para lo mejor y para lo peor, a quien sólo le falta una cosa para ser el perfecto servidor: la consagración incondicional, la fidelidad.

Porque Fouché no será jamás servidor de nada ni de nadie, y mucho menos lacayo. Jamás sacrificará totalmente su independencia espiritual, su propia voluntad a una causa ajena. Al contrario, cuanto más se atan los antiguos republicanos, disfrazados de nuevos aristócratas, a la gloria del Emperador, cuanto más se rebajan, convirtiéndose en sus consejeros y aduladores, más se endereza y se yergue la espalda de Fouché. Claro que en



contradicción abierta, en franca oposición, ya no se puede sacar nada del Emperador, cada vez más en el papel del César. En el palacio de las Tullerías ya no existe la confraternidad franca, el debate libre entre ciudadano y ciudadano; el Emperador Napoleón, que se hace llamar Sire por sus viejos compañeros de guerra y hasta por sus propios hermanos (cómo deben reírse todos) y a quien nadie tutea, excepto su mujer, no quiere que sus ministros lo aconsejen. El ciudadano ministro Fouché ya no entra, como antes, en el gabinete del ciudadano cónsul Bonaparte con el liviano jabot de cuello escotado y paso ligero y sigiloso, sino con el cuello alto y tieso, bordado en oro y ceñido a la garganta, envuelto en el pomposo uniforme de Corte, con medias negras de seda y zapatos deslumbrantes, con el pecho cuajado de condecoraciones, sombrero en mano. Ahora el ministro Joseph Fouché es recibido en una especie de audiencia por el Emperador. Napoleón. El "señor" Fouché primero tiene que inclinarse respetuosamente ante su antiguo conjurado y camarada, y no hablar sin haber obtenido licencia de "Su Majestad". Debe hacer una reverencia cuando entra y otra cuando se despide; debe recibir sin contradecirlo las órdenes que se le dan bruscamente, en lugar de entablar una conversación íntima. Contra la opinión tempestuosa de este hombre de férrea voluntad, no hay resistencia posible.

Por lo menos resistencia franca, abierta. Fouché conoce a Napoleón demasiado bien para querer persuadirlo, cuando sus opiniones son distintas. Deja que le ordene, que le mande como hace con todos los demás aduladores y ministros serviles del Imperio; pero con la pequeña diferencia de que no siempre obedece las órdenes recibidas. Si le manda hacer detenciones que él no aprueba, hace avisar secretamente a los amenazados y, cuando tiene que castigar, no deja de insinuar en todas partes que lo hace por orden expresa del Emperador, no por su propia voluntad. Los favores y las amabilidades, en cambio, los hace valer siempre como benevolencias propias. Cuanto más dominante se muestra Napoleón — y es verdaderamente sorprendente cómo su temperamento, siempre voluntarioso, se va haciendo cada vez más libre y autocrático a medida que crece su poder— más amable y más conciliador es Fouché. Y así, sin una palabra contra el Emperador, únicamente con pequeño gestos, sonrisas y silencios, él solo forma una oposición visible, pero incorpórea, contra el nuevo amo "por la gracia de Dios". Hace ya tiempo que no se toma la molestia peligrosa de decirle las verdades, sabe que reyes o emperadores, aunque antes se hayan



llamado Bonaparte, no lo quieren a uno para eso. Sólo disimuladamente introduce a veces, con mala intención, algunas verdades de contrabando en sus comunicados cotidianos. En lugar de decir "creo" o "me parece" y hacerse reprender por su opinión y su pensamiento propios, escribe en sus reportes: "se cuenta" o "un embajador ha dicho". De esta manera casi siempre en el pastel de frutas cotidiano de las novedades picantes mete un par de granos de pimienta sobre la familia imperial. Con labios pálidos Napoleón tiene que leer toda la suciedad, toda la deshonra de sus hermanas, como rumores malignos, y a veces, conceptos mordaces sobre él mismo, noticias agudas, con las que la mano hábil de Fouché adereza intencionadamente el boletín. Sin pronunciar una palabra, el taimado servidor ofrece de vez en cuando a Bonaparte verdades desagradables y antipáticas y, amable e indiferente, advierte que, cuando escucha la lectura, el duro señor las traga con dificultades. Esa es la venganza que se toma Fouché con el teniente Bonaparte que, desde que se puso la levita imperial, sólo quiere ver ante él a sus antiguos consejeros temblando, con la espalda curvada.

Es evidente que entre estos dos hombres no se respira un clima amable. Ni Fouché es un servidor agradable para Napoleón, ni Napoleón un amo agradable para Fouché. Ni una sola vez se deja poner sobre la mesa, displicente y confiado, un informe de Policía. Examina cada línea con su mirada de halcón en busca de la más pequeña falta, del más pequeño descuido; si lo encuentra, descarga la tormenta, le hace reproches a su ministro como a un colegial, se entrega por completo a su temperamento corso. Los ujieres, los que acechan, los colegas del Ministerio manifiestan con unanimidad que precisamente lo que enfurecía al Emperador era la indiferencia con que Fouché se le resistía. Pero también sin su testimonio (porque todas las memorias de aquella época deben leerse con lupa) nos podríamos dar cuenta de la situación, porque hasta en las cartas se oye resonar la voz de mando dura y aguda. "Creo que la Policía no lleva a cabo la vigilancia sobre la Prensa con la severidad necesaria", le reprocha al viejo, al experto maestro, o lo amonesta: "Se podría creer que nadie sabe leer en el ministerio de Policía; allí no se ocupan de nada en absoluto". O, "le aconsejo mantenerse dentro del margen de su campo de acción y no mezclarse en asuntos ajenos". Napoleón —es cosa sabida— lo agravia sin compasión ante testigos, ante sus ayudantes y ante el Consejo de Ministros, y cuando la ira le contrae la boca, no vacila



en recordarle Lyon y su época terrorista, en llamarlo regicida y traidor. Pero Fouché, el observador frío como el cristal, después de diez años conoce perfectamente los matices de estas explosiones de ira (que si a veces como un producto de la sangre, son hijas del carácter violento de este hombre incapaz de dominarse, otras, las administra él sabia y teatralmente, buscando el efecto y con clara conciencia de su histrionismo), Fouché no se deja intimidar ni por las tormentas auténticas ni por las teatrales, y permanece igualmente impasible ante la ira falsa como ante el verdadero enojo del Emperador; con su rostro blanquecino, incoloro, de careta, aguarda tranquilamente sin pestañear, sin demostrar con un solo nervio emoción alguna bajo el diluvio de palabras encendidas. Recién cuando sale del gabinete quizás asoma a sus labios delgados una sonrisa irónica o maligna. Ni siquiera tiembla cuando el Emperador grita: "Es usted un traidor, debería hacerlo fusilar". Ante eso, contesta sin balbucear: "No soy de esa opinión, Sire". Cien veces se deja despedir, amenazar con el destierro y la sustitución en el cargo, y sin embargo, sale tranquilo de la habitación, completamente seguro de que el Emperador lo llamará al día siguiente. Y siempre tiene razón. Porque a pesar de su desconfianza, de su ira y de su odio secreto, Napoleón no se puede desembarazar del todo de Fouché, durante una década, hasta último momento.

Este poder de Fouché sobre Napoleón, que resulta un enigma para todos los contemporáneos, no tiene nada de mágico o de hipnótico. Es un poder adquirido con laboriosidad, habilidad y observación sistemáticas, un poder calculado. Fouché sabe mucho, sabe demasiado. Conoce, gracias a las comunicaciones del Emperador, y aun en contra de la voluntad imperial, todos los secretos imperiales y así, tiene en jaque al Imperio entero y también a su señor. Por la propia esposa del Emperador, por Josefina, conoce los detalles más íntimos del lecho nupcial; por Barras, cada paso dado en la escalera de caracol de su ascensión. Gracias a sus propias relaciones con hombres de dinero, vigila la situación económica particular del Emperador. No le pasa inadvertido ni uno solo de los cien asuntos sucios de la familia Bonaparte: los asuntos de juego de sus hermanos, las aventuras escabrosas de Paulina. Tampoco se le ocultan los desvíos matrimoniales de su amo. Si Napoleón sale a las once de la noche envuelto en un abrigo extraño y completamente embozado por una puerta secreta de las Tullerías para visitar a una amante, Fouché, a la



mañana siguiente, sabe adónde se dirigió el coche, cuánto tiempo permaneció el Emperador en aquella casa, y cuándo regresó; incluso una vez consigue avergonzar al Soberano del mundo con el informe de que una favorita lo engañaba a él, a Napoleón, con un corista cualquiera de teatro. De cada escrito importante del gabinete del Emperador, Fouché recibe directamente una copia a través de un secretario sobornado; y varios lacayos, de alto y bajo rango, cobran un suplemento mensual de la caja secreta del Ministro de Policía, como recompensa por el soplo de todos los chismorreos de Palacio. De día y de noche, en la mesa y en la cama, Napoleón está vigilado por su extremado servidor. Imposible ocultarle un secreto; y de esa manera el Emperador está obligado a confiárselo todo, quiera o no. Y ese conocimiento de todo y de todos constituye el único poder de Fouché sobre los hombres que Balzac tanto admira.

Pero con el mismo cuidado con que Fouché vigila todos los asuntos, los proyectos, pensamientos y palabras del Emperador, se esfuerza en ocultarle los suyos propios. Fouché no confía jamás, ni al Emperador ni a nadie, sus verdaderas intenciones y sus trabajos. De su enorme arsenal de noticias sólo comunica lo que quiere. Todo lo demás, queda encerrado en el cajón del escritorio del Ministro de Policía: en este último reducto Fouché no deja que entre ninguna mirada. Pone su pasión, la única que lo domina por completo, en el deleite magnífico de ser hermético, impenetrable, algo de lo que nadie puede alardear. Por eso es inútil que Napoleón lo haga seguir por un par de espías: Fouché se burla de ellos e incluso los utiliza para reenviar al engañado remitente relatos completamente falsos y absurdos. Con los años, este juego de espionaje y contraespionaje entre los dos, cada vez más odioso y taimado, vuelve su relación totalmente falaz... No: no se respira un ambiente puro y transparente entre estos dos hombres; uno quiere en exceso ser el amo y el otro quiere demasiado poco ser servidor. Cuanto más fuerte se hace Napoleón, más molesto se le va volviendo Fouché. Cuanto más fuerte se hace Fouché, más odioso le resulta Napoleón. Detrás de esta enemistad particular de espíritus opuestos, poco a poco se introduce la tensión de la época, que crece hasta volverse gigantesca. Porque de año en año se evidencia cada vez más claramente, dentro de Francia, dos voluntades encontradas: el país al fin quiere la paz, y Napoleón quiere siempre, y siempre de nuevo, la guerra. El Bonaparte de 1800, heredero y ordenador de la Revolución, estaba aún completamente identificado con



su país, con su pueblo y con sus ministros; el Napoleón de 1804, el Emperador de la nueva década, ya no piensa en su país, ni en su pueblo, sólo piensa en Europa, en el mundo, en la inmortalidad. Después de haber cumplido magistralmente la misión que le confiaron, por la misma opulencia de su fuerza, se crea nuevos problemas cada vez más difíciles y así, el que pudo transformar el caos en orden, arrastra de nuevo violentamente al caos la propia obra, el orden propio. No queremos decir que se hubiera turbado su inteligencia clara y aguda como un diamante; nada de eso: el intelecto matemáticamente exacto de Napoleón —a pesar de su componente demoníaco— permanece siempre por completo despierto, hasta el último momento cuando, moribundo, escribe con mano temblorosa su testamento, esa obra entre sus obras. Pero este intelecto suyo llegó a perder la noción de la medida terrestre, ¡y cómo podría ser de otra manera después del logro maldito de lo inverosímil! Hasta en sus aventuras más locas, Napoleón está tan poco perturbado como Alejandro, Carlos XII y Cortés. Como ellos, sólo perdió la medida real de lo posible por victorias excepcionalmente extraordinarias, y este furor, unido a su inteligencia clarísima, produjo el grandioso fenómeno del espíritu, magnífico como un "mistral" bajo el cielo limpio —esas hazañas que son crímenes de un solo hombre entre cientos de miles y que, sin embargo, enriquecen legendariamente a la humanidad. La marcha de Alejandro desde Grecia a la India —aún hoy fantástica, si se la sigue en el mapa— la expedición de Cortés, la ruta de Carlos XII desde Estocolmo a Poltava, la caravana de seiscientos mil hombres que arrastra Napoleón desde España a Moscú. Estas hazañas del valor y de la temeridad equivalen en nuestra historia moderna a las luchas de Prometeo y de los titanes contra los dioses en la mitología griega: hybris y heroísmo, en todo caso el máximo, temerario ya, de lo humanamente accesible. Y hacia ese límite extremo tiende Napoleón, de manera irresistible, apenas siente su sien ceñida por la corona imperial. Con lo éxitos crecen sus designios; con las victorias, su atrevimiento, con los triunfos sobre el destino, el deseo de provocarlo cada vez con mayor audacia. Nada más natural, entonces, que el hecho de que las personas que lo rodean, cuando no están aturdidas por la fanfarria de los boletines victoriosos o cegadas por los éxitos, sobre todo los inteligentes, los cautos como Tayllerand y Fouché, comiencen a estremecerse. Tienen el pensamiento puesto en el tiempo en que viven, en el presente, en Francia... Napoleón sólo piensa en la posteridad, en la leyenda, en la historia.



Este contraste entre razón y pasión, entre los caracteres lógicos y los demoníacos, que se repite siempre en la historia, aparece en Francia poco después del cambio de siglo, detrás de las grandes figuras. La guerra ha hecho grande a Napoleón, lo ha elevado desde la nada a un trono imperial. ¿No es natural, entonces, que desee siempre nuevas guerras y siempre mayores y más poderosos contrincantes? Reducidas a cifras, sus empresas se elevan a números fantásticos. En Marengo, en 1800, venció con treinta mil hombres; cinco años más tarde pone en el campo de batalla trescientos mil hombres, y cinco años después arranca un millón de soldados al país desangrado y hastiado de guerras. Al último combatiente de su ejército, al más torpe gañan se le podría demostrar con los cinco dedos de la mano que esa afición a la guerra "courromanía" (Stendhal creó esta palabra) iba a conducirlo finalmente a la catástrofe. Con espíritu profético, Fouché dice una vez durante un diálogo con Metternich, cinco años antes de Moscú: "Cuando os haya vencido, no queda más que Rusia y China". Sólo hay uno que no comprende esto... o que se cubre los ojos con la mano: Napoleón. El hombre que vivió los días de Austerlitz, de Marengo y de Eylau, ya no podrá sentir la menor emoción, la más mínima satisfacción, recibiendo en los bailes de corte a los palatinos uniformados, o sentado en la Ópera en una velada de gala, oyendo hablar a los aburridos diputados... No, él sólo siente vibrar sus nervios cuando va a la cabeza de sus tropas, a marcha forzada, y arrolla países enteros; cuando destruye ejércitos; cuando quita o pone reyes con gesto displicente, como si fueran figuras de ajedrez; cuando el templo de los Inválidos se convierte en un bosque de rumores y banderas, y cuando la Tesorería recién fundada, se colma con el botín del saqueo de Europa entera., No piensa más que en regimientos, en divisiones, en ejércitos; ya considera a Francia, a todo el país, a todo el mundo, como campo de presa, como pertenencia, como propiedad suya ("La France c'est moi"). Pero en la intimidad algunos de los suyos persisten en la opinión de que Francia se pertenece a sí misma sobre todas las cosas y que sus hombres, sus ciudadanos, no van a servir para sacar reyes del clan corso y convertir a Europa en fondo bonapartista. Con creciente indignación año tras año ven cómo se fijan listas de conscripción en las puertas de las ciudades, cómo los jóvenes de dieciocho y diecinueve años son arrancados de sus casas para que mueran en las fronteras de Portugal o en los desiertos nevados de Polonia y de Rusia, sin ningún sentido o al menos con un sentido inconcebible. Pero entonces, entre el



hombre que mira las estrellas y los hombres clarividentes que advierten el cansancio y la impaciencia del país entero, surge una incompatibilidad cada vez más enconada. Y como su genio, cada día más dominante y autocrático ya no se deja aconsejar ni por los más íntimos, éstos, en secreto, empiezan a pensar cómo se puede parar la marcha vertiginosa de esta rueda sin eje, cómo se la puede librar de la caída inevitable en el abismo. Y entonces llegará el momento en que la razón y la pasión se dividan y se combatan abiertamente, y se desencadenará la lucha entre Napoleón y sus servidores más prudentes.

Esta resistencia secreta contra la pasión bélica y el desenfreno de Napoleón, consigue unir a los más encarnizados enemigos entre sus consejeros: Fouché y Talleyrand. Estos dos ministros, los más capaces de Napoleón, las figuras psicológicamente más interesantes de la época, no se quieren, tal vez porque se parecen demasiado. Los dos pasaron por la escuela de la Iglesia, por la escuela ardiente de la Revolución; los dos se conducen con la misma sangre fría, con igual desenvoltura en materia de dinero y de honor; los dos sirven con la misma frialdad, con la misma falta de escrúpulos a la República, al Directorio, al Consulado, al Imperio y al Rey... Constantemente encontramos a estos dos personajes veleidosos sobre el mismo escenario histórico disfrazados de revolucionarios, de senadores, de ministros o de servidores del Rey. Y precisamente por ser de la misma raza espiritual y por desempeñar los mismos papeles diplomáticos, se odian con el conocimiento frío y el buen despecho de rivales.

Los dos pertenecen a la misma clase moral; pero si su semejanza procede del carácter, su diferencia nace del origen. Talleyrand, Duque de Périgord, arzobispo de Autun, príncipe de rancia estirpe aristocrática, ya viste la toga violeta del señorío eclesiástico de toda una provincia francesa, cuando el hijo del pequeño mercader, el pobre Joseph Fouché, es todavía un ínfimo participante del seminario que pugna por enseñar matemáticas y latín a su docena de discípulos conventuales por un par de sous al mes. Talleyrand es ya Embajador de la República Francesa en Londres y orador afamado en los Estados Generales, cuando Fouché anda todavía por los clubes con trabajos y adulaciones a la pesca de su mandato. Talleyrand llega a la Revolución desde arriba; desciende, como un soberano de su carroza, es saludado con júbilo respetuoso, baja un par de escalones para entrar en el Tercer Estado, mientras que Fouché asciende hasta él trabajosamente y a fuerza de intrigas.



Esta diferencia de origen da a sus dotes esenciales un matiz particular. Talleyrand sirve como hombre de gran prestancia, tiene la elegancia indiferente y fría de un grand seigneur; Fouché, la laboriosidad celosa y astuta del burócrata ambicioso. Incluso en las mismas cosas en que se parecen son distintos; si los dos aman el dinero, por ejemplo, Talleyrand lo quiere a la manera aristocrática: para despilfarrarlo, para dejar que el oro corra en abundancia en la mesa de juego o con mujeres; Fouché, el hijo del mercader, para capitalizarlo y amontonarlo cuidadosamente. Para Talleyrand el poder es sólo un medio para el placer, algo que le provee la oportunidad más propicia y noble de apoderarse de todas las cosas sensuales de la tierra, el lujo, las mujeres, el arte, la buena mesa; mientras que Fouché, en cambio, como multimillonario sigue siendo un ahorrativo espartano y conventual. Ninguno de los dos podrá desprenderse nunca por completo de su origen social: nunca, ni en los días más feroces del terror, el príncipe de Perigord, Talleyrand, será un verdadero hombre de pueblo, un republicano; nunca, ni aun cuando lo nombren Duque de Otranto, Joseph Fouché, a pesar de su uniforme con galones de oro, será un verdadero aristócrata.

El más brillante, el más encantador, quizá también el más considerable de los dos es Talleyrand. Espíritu formado en una tradición refinada de cultura, pulido por la gracia del siglo XVIII, ama el juego diplomático como uno de los muchos juegos interesantes de la vida, pero odia el trabajo. De mala gana escribe él mismo una carta; lo que más le gusta a este auténtico vividor, a este catador refinado, es dejar que otro haga el trabajo pesado, para luego recoger él los resultados y resumirlos con su mano fina, llena de sortijas. Le basta siempre su intuición, que despeja con la rapidez del rayo las situaciones más enredadas. Psicólogo por nacimiento y por experiencia, penetra, como dice Napoleón, todos los pensamientos y sin titubear afirma, a cada uno, en su deseo más recóndito. Audaces virajes mentales, concepciones rápidas, rodeos elegantes en los momentos peligrosos: ésa es su fuerza. Desdeña profundamente el trabajo en cuanto exige de él el más pequeño esfuerzo. De su tendencia a lo mínimo, a la forma concentrada de las resoluciones espirituales, procede su talento especial para los juegos de palabras más brillantes, para el aforismo. No escribe extensos relatos: con una sola palabra cortante define una situación, a una persona. Fouché, en cambio, carece en absoluto de esta virtud de la rápida visión totalizadora.



Trajina como una hormiga, teje pacientemente su malla laboriosa con puntos incontables en un constante ir y venir a través de mil y mil observaciones que, sumadas y combinadas luego, dan resultados concienzudos, irrefutables. Su método es analítico; el de Talleyrand, visionario. Su talento es el trabajo; el de Talleyrand, la agilidad mental. Ningún artista podría inventar una pareja más contrapuesta y perfecta que la personificada por la historia de estas dos figuras, en ese improvisador vago y genial que es Talleyrand, y en Fouché, avizor despierto de mil ojos vigilantes para situarlos junto a Napoleón, el genio perfecto que reúne en sí las facultades de los dos: la mirada para el conjunto y para el detalle, la pasión y la laboriosidad, el saber y la visión universales. Pero en ninguna parte surgen odios más crueles que entre las especies distintas de la misma casta. Por eso se detestan, desde lo más hondo de su intimidad, instintivamente, con conciencia exacta, biológica, Talleyrand y Fouché. Desde el primer día al "gran seigneur" le resulta antipático el celoso y pedante acumulador de mensajes, el moscardón, el frío espía que es Fouché; y Fouché, por su parte, se enfurece ante la frivolidad, el despilfarro y la negligencia aristocrática y despectiva, indolente y afeminada de Talleyrand. Por eso, uno del otro hablan con palabras que son flechazos envenenados. Talleyrand dice, sonriente: "Fouché desprecia tanto a la humanidad porque se conoce demasiado bien a sí mismo". Fouché, en cambio, cuando Talleyrand es nombrado vicecanciller, dice sarcásticamente: "Il ne lui manqueait que ce vicela"¹ Con la mayor dedicación, procuran molestarse todo lo posible, y con obstinación no pierden la menor oportunidad de hacerse daño. El hecho de que ambos, el ágil y el laborioso, se completen así en sus facultades, vuelve útiles a Napoleón como ministros, y le conviene igualmente que se odien con tanto ahínco, porque gracias a ese odio se vigilan mutuamente mejor que cien espías. Fouché se apresura a comunicar las corrupciones, las bacanales, las negligencias de Talleyrand; en cambio, da cada nueva maquinación, de cada nueva martingala de Fouché, Talleyrand da cuenta rápidamente. De esta manera, Napoleón se siente a la vez servido y protegido por esta pareja singular. Como psicólogo estupendo, Napoleón utiliza la rivalidad de sus ministros de la manera acertada para estimularlos y al mismo tiempo para tenerlos a raya.

Con esta enemistad perpetua de los dos rivales, Fouché y Talleyrand, durante años se deleita todo París. Como en una escena de Molière pueden contemplar las variaciones



constantes de esta comedia representada en los escalones del trono, y regocijarse viendo cómo de nuevo se pinchan y se persiguen con bromas mordaces los dos servidores del Soberano, mientras su amo observa con superioridad olímpica esta pelea tan ventajosa para él. Pero cuando él —y todos— esperan que entre ellos continúe el juego del perro y el gato, los dos refinados actores cambian repentinamente los papeles e inician un juego serio. Por primera vez puede más el disgusto común contra Bonaparte, que su rivalidad. En 1808 Napoleón empieza una nueva guerra, la más inútil y absurda de sus guerras: la campaña contra España. En 1805 venció a Austria y Rusia; en 1807 aniquiló a Prusia y sometió a los Estados alemanes e italianos; y no existe el menor motivo de enemistad contra España. Pero José, el hermano ingenuo (algunos años después el mismo Napoleón confesará que "se había sacrificado para tontos"), también quiere una corona; y como no hay ninguna vacante se decide arrebatarla a la dinastía española, violando el derecho internacional. Otra vez suenan los tambores, otra vez marchan los batallones y el dinero reunido con tanto trabajo en las cajas corre a raudales y otra vez se embriaga Napoleón con el placer peligroso de las victorias. Esta indomable furia guerrera a la larga comienza a fatigar hasta a los más indiferentes. Tanto Fouché como Talleyrand desaprueban esta guerra inmotivada, en la que Francia va a desangrarse durante siete años; y como el Emperador no escucha ni a uno ni a otro, entre ellos tiene lugar una aproximación tácita. Saben muy bien que el Emperador no acepta sus consejos y tira enfurecido sus cartas a un rincón; hace tiempo ya que los hombres de Estado se sienten aplastados frente a mariscales, generales y espadones y, sobre todo, frente al clan corso, cuyos miembros están ansiosos por esconder un pasado miserable detrás del manto de armiño. Por eso intenta una protesta pública y como no pueden hablar libremente, acuerdan poner en escena una pantomima política, un verdadero y auténtico golpe teatral: aliarse ostensiblemente.

Quién dirige la escena con esta admirable dramaturgia, si Talleyrand o Fouché, es algo que no se sabe. Se desenvuelve de esta manera: mientras Napoleón lucha en España, París se divierte con fiestas y banquetes continuos; ya está acostumbrado a la guerra anual, como a la nieve del invierno y a la tormenta del verano... En la rue SaintFlorentin, en la mansión del gran canciller, una noche de diciembre de 1808 oscilan mil velas y suena la música. (Mientras, Napoleón en cualquier sucio alojamiento de Valladolid, escribe la orden



del día). Bellas mujeres, de las que tanto gusta Talleyrand; una sociedad deslumbrante de altos funcionarios de Estado, de Embajadores extranjeros, charla animadamente; se baila y se goza. De repente surge un susurro, un cuchicheo tenue en todos los rincones; el baile se interrumpe, los invitados se agrupan asombrados; acaba de entrar un hombre a quien jamás se hubiera esperado allí. Es Fouché, el Casio desmedrado, a quien, como todo el mundo sabe, Talleyrand odia y desprecia con encono y que jamás puso los pies en su casa. Pero lo inaudito es que, con cortesía afectada, acude, cojeando, el ministro de Negocios Extranjeros al encuentro del Ministro de Policía, lo saluda con cariño, como a un querido invitado y amigo, y lo toma amistosamente del brazo. Lo trata con afecto ostensible, y los dos entran en un gabinete contiguo, donde se sientan en un diván y conversan en voz baja... La curiosidad que se despierta entre los presentes es enorme. A la mañana siguiente todo París sabe la sensacional novedad. En todas partes, sólo se habla de esta reconciliación repentina, exhibida tan llamativamente, y todo el mundo comprende su sentido. Si el perro y el gato se unen con tanta pasión, no puede ser más que contra el cocinero: la amistad entre Fouché y Talleyrand equivale a la franca desaprobación de los ministros contra su señor, contra Napoleón. En seguida todos los espías se ponen en movimiento para averiguar lo que verdaderamente se intenta con este complot. En todas las Embajadas rasgúan las plumas sobre mensajes urgentes; Metternich manda un correo especial a Viena diciendo "que esta unión interpreta los deseos de una nación demasiado cansada"; pero también los hermanos y hermanas de Napoleón se alarman y por su parte envían el mensajero más rápido al Emperador con la noticia inaudita.

En un correo especial y urgente la noticia llega rápida a España; pero más ligero, si cabe, vuela Napoleón camino a París, como herido por un latigazo, cuando recibe la carta. Se muerde los labios y da órdenes inmediatas para el regreso. La aproximación entre Talleyrand y Fouché lo afecta más que una batalla perdida. Casi vertiginoso es el "tempo" de su viaje: el 17 parte de Valladolid, el 18 está en Burgos; el 19 en Bayona; no hace alto en ningún sitio; en todas partes se cambian rápidamente los caballos cansados; el día 22 irrumpe como una tempestad en las Tullerías y el 23 da la réplica a la ingeniosa comedia de Talleyrand con una escena igualmente teatral. Toda la multitud engalonada de cortesanos, ministros y generales es cuidadosamente ubicada como comparsa; debe verse públicamente



cómo el Emperador aniquila, con puño férreo, hasta la más insignificante oposición a su voluntad. A Fouché lo ha llamado el día antes y a puerta cerrada lo ha fustigado con enorme dureza; pero Fouché, acostumbrado a esta clase de luchas, ha respondido con su inmutable impavidez habitual, excusándose con palabras suaves y hábiles y escurriéndose a tiempo. El Emperador cree que para este hombre servil basta un puntapié al pasar. Pero Talleyrand, precisamente porque se considera el más fuerte, el más poderoso, debe pagar la cuenta en público. La escena, que ha sido narrada muchas veces, es una de las mejores del teatro de la historia. Primero, el Emperador expresa su descontento por la deslealtad de algunos en su ausencia con frases generales; pero luego, irritado por la fría indiferencia de Talleyrand, lo enfrenta con brusquedad mientras él, inmóvil, con actitud displicente, apoya el brazo sobre la cornisa de la chimenea. Y las frases, que sólo iban a ser burlescas, irónicas, se convierten de repente, ante los ojos de toda la corte, en un torrente de ira. El Emperador vuelca sobre el hombre mayor en edad y experiencia las injurias más bajas: lo llama ladrón, perjuro, renegado, mercenario; le dice que vendería por dinero a su propio padre; le echa la culpa del asesinato del Duque de Enghien y de la guerra de España. Ni una lavandera insultaría tan soezmente a su enemiga en pleno patio de un conventillo, como Napoleón insulta al Duque de Perigord, al veterano de la Revolución, al primer diplomático de Francia.

Todas las personas que ven y escuchan la escena están anonadadas, molestas; comprenden que el Emperador está haciendo un mal papel. Únicamente Talleyrand, que tiene piel de elefante para semejantes agresiones (se cuenta que una vez se durmió leyendo un libelo contra él) no contrae el rostro, demasiado orgulloso como para sentirse ofendido por tales injurias. Cuando termina la tormenta, sale silencioso, renqueando sobre el parquet brillante y al pasar por la antesala deja caer un de esas pequeñas frases envenenadas que hieren con filo mortal: "Qué lástima que un hombre tan grande esté tal mal educado", dice tranquilamente, mientras el criado lo ayuda a ponerse el paletó.

La misma noche Talleyrand es destituido de su dignidad de gentilhomme de cámara. Con curiosidad, durante los días siguientes los envidiosos despliegan el *Moniteur* para leer también, entre las noticias de Estado, el comunicado con la destitución de Fouché. Pero se equivocan. Fouché se queda. Como siempre, en su ataque se ha puesto detrás de



alguien que le sirvió de escudo. Se recordará que Collot, su cómplice de Lyon, es deportado a las islas infectas, y que Fouché se queda; que Baboeuf, su cómplice en la lucha contra el Directorio, es fusilado y que Fouché se queda. Y también esta vez cae únicamente el que va adelante, Talleyrand; Fouché se queda. Los Gobiernos, los sistemas, las opiniones, los hombres cambian; todo cae y desaparece en este torbellino vertiginoso del camino del siglo; sólo uno permanece siempre en el mismo sitio, en todos los cargos, bajo todas las ideas: Joseph Fouché.

Fouché queda en el poder, como siempre e incluso mejor que siempre. Además de haber desaparecido con Talleyrand el más peligroso de sus enemigos y de haber sido sustituido por un mero sacristán destinado a decir a todo que sí, Napoleón, el amo molesto, en 1809, como todos los años, hace una nueva guerra; esta vez con Austria.

La ausencia de Napoleón de París y de los negocios es lo mejor que puede ocurrirle a Fouché; y cuanto más lejos y por más tiempo (en Austria, en España, en Polonia), mejor. Fouché quisiera verlo partir nuevamente hacia Egipto... Su luz, demasiado potente, desplaza a todos hacia la sombra; su presencia, sobresaliente y creadora, con su superioridad dominante paraliza toda voluntad extraña.

Pero cuando está a cien leguas de distancia, dirigiendo batallas y planeando campañas, Fouché puede actuar de vez en cuando como gran señor providencial y no conformarse con ser únicamente marioneta de la mano dura y enérgica.

Para esto ¡por fin por primera vez! se le ofrece a Fouché una ocasión. El 1809 es un año fatal para Napoleón. Su situación militar nunca estuvo más amenazada, a pesar de los indudables éxitos exteriores. En la Prusia subyugada, en la Alemania mal dominada, en ciertas zonas, miles de franceses están casi indefensos, vigilando a cientos de miles que sólo esperan el llamado a las armas. Sería suficiente una nueva victoria de los austríacos como la de Aspern, para que desde el Elba hasta el Ródano se desencadenara la rebelión, el levantamiento de una nación entera. Tampoco en Italia es mejor la situación: el ultraje brutal al Papa ha indignado a toda Italia, como la humillación de Prusia a toda Alemania; y Francia misma está cansada. Si se lograra un nuevo golpe contra el poderío militar imperial extendido sobre Europa, desde el Ebro hasta el Vístula, ¡quién sabe si resistiría el coloso estremecido...! Este golpe lo proyectan los ingleses, enemigos jurados de Napoleón. Y



deciden avanzar directamente hacia el corazón de Francia mientras las tropas del Emperador están repartidas en Aspern, en Italia, en Lisboa; pero tratarán de apoderarse de los puertos, de Dunquerque, de conquistar Amberes y de obligar a los belgas a sublevarse. Napoleón —así calculan ellos— está lejos con las tropas más aguerridas, con sus mariscales y sus cañones; el país está indefenso ante ellos.

Pero Fouché está en su puesto; el mismo Fouché, que en 1793, bajo la Convención, aprendió a levantar diez mil reclutas en un par de semanas. Su energía no ha disminuido desde entonces; pero sólo podía utilizarla en la sombra, en pequeñas maquinaciones y ardidés sin importancia. Apasionadamente se impone la tarea de enseñar al mundo y a la nación entera que Joseph Fouché no es sólo un pelele de Napoleón y que, si es necesario, puede actuar con la misma energía y decisión que el Emperador. Por fin ha llegado el momento de demostrar claramente —ocasión maravillosa, como caída del cielo— que no todo el destino moral y militar depende de este hombre único. Con provocativa audacia recalca en sus proclamas que, en efecto, Napoleón no es indispensable. "Demostremos a Europa que, aunque el genio de Napoleón presta brillo a Francia, su presencia no es necesaria para rechazar al enemigo", escribe a los alcaldes. Y confirma estas palabras ambiciosas y atrevidas con los hechos. El 31 de agosto, apenas se entera del desembarco de los ingleses en la isla Walcheren, pide, como Ministro de Policía del Interior (puesto que ocupa provisionalmente), la incorporación a filas de los guardias nacionales que, desde los días de la revolución, se desempeñan en sus pueblos tranquilamente como sastres, herreros, zapateros o simples vagos. Los demás ministros de asustan. ¿Cómo, sin permiso del Emperador, bajo la propia responsabilidad, emitir una disposición de alcance tan enorme? En particular, el ministro de la Guerra está indignado de que un paisano se mezcle en el ámbito sagrado de su competencia, y se opone con toda su fuerza. Habría que acudir antes a Schoenbrunn a pedir permiso para la movilización. Habría que esperar las disposiciones del Emperador y no intranquilizar al país. Pero el Emperador, como de costumbre, está ausente; serían necesarios quince días de posta para llevar la pregunta y traer la respuesta. Y Fouché no tiene miedo de intranquilizar al país ¿No lo hace también Napoleón? En lo más íntimo quiere la intranquilidad, quiere la alarma. Y así actúa decididamente por su cuenta. Tambores y órdenes llaman a todos los hombres de las provincias amenazadas para la



defensa inmediata; en nombre del Emperador, que no sabe nada de estas disposiciones y de esta nueva audacia. Fouché nombra jefe de este improvisado ejército del Norte a Bernadotte, precisamente de todos los generales el hombre que más odia Napoleón a pesar de ser cuñado de su hermano; al hombre enjuiciado y desterrado por el Emperador. Fouché lo saca de su destierro haciendo caso omiso de Napoleón, de los ministros y de todos sus enemigos; le es indiferente que el Emperador no aprueba sus disposiciones; lo único que le importa es que el éxito le dé la razón contra todos.

Esta audacia en momentos decisivos confiere a Fouché algo de verdadera grandeza. Intranquilo, este genio nervioso y trabajador se consume por cumplir grandes misiones condenado como está a las pequeñas empresas, que son para él cosa de juego. Es natural que su energía restante busque desahogo y libertad en intrigas, casi siempre inútiles. Pero en el momento en que este hombre se encuentra ante una verdadera misión histórica, adecuada a su fuerza —lo mismo en Lyon que más tarde, después de la caída de Napoleón, en París— sabe cumplirla magistralmente. La ciudad de Flesinga, que Napoleón en sus cartas calificaba de inexpugnable cae, tal como lo preveía Fouché, tras pocos días en manos de los ingleses. Pero mientras tanto, el ejército formado sin permiso ha tenido tiempo de fortificar Amberes, deteniendo la invasión con una derrota completa y muy costosa para los ingleses. Por primera vez desde que manda Napoleón, un ministro se ha atrevido a levantar solo la bandera en el país, a desplegar la vela, a sostener un rumbo propio y, con esa misma independencia, a salvar a Francia en un momento crítico. Desde ese día, Fouché adquiere un nuevo rango y una nueva conciencia de su propio valor.

Entretanto, han llegado a Schoenbrunn las cartas acusadoras del canciller y del ministro de Guerra, y en forma de quejas reiteradas, el relato de las osadías que se permite ese ministro civil, que llamó a filas a la guardia nacional y puso en pie de guerra al país. Todos desean que Napoleón castigue esta arrogancia y despida a Fouché. Pero —¡cosa extraordinaria!— aún antes de saber el resultado brillante que dieron las disposiciones de Fouché, el Emperador le da la razón a su energía decidida y agresiva; se pone de su parte contra todos. El canciller recibe una fuerte admonición: "Estoy indignado de lo poco que ha sabido servirse de sus poderes en circunstancias tan extraordinarias. Debió usted, a la primera noticia, levantar enseguida veinte, cuarenta o cincuenta mil guardias nacionales. Y



textualmente escribe al ministro de Guerra: "Veo que sólo el señor Fouché hizo lo que pudo y que es el único que ha comprendido lo impropio de permanecer en una inactividad peligrosa y deshonrosa." De esta manera, Fouché no sólo ha derrotado a sus colegas miedosos, cautos e impotentes, sino que después se sienten intimidados por la aprobación de Napoleón. Y por encima de Talleyrand y del canciller, Fouché se encuentra en el primer puesto de Francia. Es el único que ha demostrado no sólo que sabe obedecer, sino que también sabe mandar. Fouché nos demuestra reiteradamente sus excelentes cualidades para proceder en los momentos de peligro. Enfrentado a la más difícil situación, la dominará con su energía activa y clara. El nudo más enredado, él sabrá desenredarlo. Pero si conoce magníficamente el momento de poner su mano y actuar, desconoce en absoluto el mayor arte de todas las artes políticas: la de retirarse, la de abandonar a tiempo. No puede quitar su mano de donde la ha puesto una vez. Y justo cuando ha desenredado el nudo, se siente arrastrado por el placer diabólico del juego y vuelve a enredarlo artificialmente. Así sucede ahora. Gracias a su rapidez, a su fuerza organizadora y pujante, se ha rechazado el ataque alevoso en el flanco. Con tremenda pérdida de hombres y material y con mayor pérdida aún de prestigio, los ingleses volvieron a meter su ejército en los bosques y se retiraron. Ahora Fouché se puede llamar tranquilamente a retirada y mandar a casa a las guardias nacionales levantadas, con gracias y legiones de honor. Pero el amor propio de Fouché ha olido la sangre. Resultó demasiado tentador y magnífico eso de hacer de Emperador, convocar a tres provincias a golpe de tambor, dar órdenes, redactar proclamas, pronunciar discursos y enseñar los dientes a sus apocados colegas. ¿Y han de terminar tan pronto esos momentos deliciosos? ¿Justo cuando voluptuosamente siente crecer su energía a cada momento, a cada día? No, Fouché no piensa en semejante cosa. Es preferible jugar a la guerra y a la defensa, aunque para eso haya que inventar al enemigo. Hay que seguir con los tambores, levantar el país, producir inquietud, movimiento tempestuoso. Así un supuesto desembarco proyectado por los ingleses junto a Marsella le sirve como pretexto para ordenar una nueva movilización. Se hace el llamamiento a filas de la guardia nacional de Piamonte, de la Provenza y hasta de París, aunque ni cerca, ni lejos, ni en el interior del país, ni en la costa, se vea un solo enemigo. Pero Fouché está poseído por el vértigo del placer de organizar y



movilizar, de que el hombre activo tanto tiempo refrenado y contenido que hay en él pueda manifestarse libremente gracias a la ausencia del soberano del mundo.

¿Pero contra quién se dirigen todas estas tropas?, se pregunta el país asombrado. Los ingleses no se dejan ver. Poco a poco hasta los más benévolo de sus colegas van desconfiando. ¿Qué quiere el hombre impenetrable con sus movilizaciones frenéticas? No comprenden que Fouché se embriaga sólo con el placer secreto de jugar con la propia energía. Y como no ven, ni cerca ni lejos, la punta de la bayoneta de un enemigo contra el que pudieran dirigirse estos formidables alardes bélicos diariamente reforzados, empiezan a atribuir a Fouché proyectos equívocos. Unos suponen que prepara una rebelión; otros, que si el Emperador sufre un segundo Aspern, se propone proclamar en seguida la antigua República. Y al cuartel general de Schoenbrunn llegan carta tras carta diciendo que Fouché se ha vuelto loco o conspira. A pesar de su benevolencia, Napoleón acaba por desconcertarse. Comprende que Fouché ha sacado los pies del plato y hay que llamarlo al orden. El tono de las cartas cambia bruscamente. Lo amonesta y lo llama "un Don Quijote que combate con molinos de viento" y escribe con su antiguo tono áspero: "Todas las noticias que recibo me hablan de guardias nacionales movilizados en Piamonte, en Languedoc, en la Provenza, en el Delfinado. ¿Qué diablos se pretende con todo esto, cuando no hay necesidad, y por qué se hace sin mis órdenes? Fouché, con el corazón amargado, tiene que renunciar a su peligroso juego, renunciar al Ministerio del Interior y, contra sus mejores deseos, volver al rincón, a su papel de Ministro de Policía del amo, que —demasiado pronto para él— regresa lleno de gloria.

Sin embargo, aunque Fouché se excedió, fue el único que hizo algo en medio del pavor de los demás ministros; en el momento de mayor peligro para la Patria hizo lo oportuno y lo justo. Por eso Napoleón no puede negarle por más tiempo el honor que ya le concedió a tantos. En el instante en que surge una nueva aristocracia en la tierra de Francia fertilizada con sangre; en el momento en que se conceden títulos de nobleza a los generales, a los ministros y a los peones de albañil, no se puede olvidar a Fouché, al viejo enemigo de los aristócratas. También para él llega la hora de convertirse en aristócrata. Ya se le había concedido el título de Conde sin la menor pompa. Pero el viejo jacobino va a subir más alto por la escala vacía de los nombres. El 15 de agosto de 1809, en el Palacio de Su Majestad



Apostólica el Emperador de Austria, en el aposento regio de Schoenbrunn, el antiguo tenientito de Córcega firma y sella para el antiguo comunista y ex profesor de Seminario, el pergamino — una paciente piel de asno— gracias al cual —¡respeto!— queda nombrado Duque de Otranto. Aunque nunca se batió en Otranto, aunque sus ojos jamás vieron ese paisaje del sur de Italia, precisamente viene bien un nombre noble de resonancia exótica y rotunda para enmascarar al antiguo archirepublicano, porque la pronunciación pomposa hace olvidar que detrás de ese Duque se oculta el verdugo de Lyon, el viejo Fouché del "pan único" y de las requisas. Y para que pueda alardear como un verdadero caballero, se le otorga además la insignia de su Ducado: un blasón flamante.

Pero, cosa curiosa; ¿intentó el mismo Napoleón la peligrosa y característica alusión, o el rey de armas se permitió una bromita psicológica? Sea como sea, el escudo del Duque de Otranto muestra en el centro una columna áurea apropiada para este enamorado del oro. Y alrededor de la columna se enrosca una serpiente, probable y tácita alusión a la flexibilidad diplomática del nuevo Duque. Verdaderamente Napoleón debió poner a su servicio sutiles heráldicos, porque no podía inventarse un blasón más apropiado para Joseph Fouché.



CAPÍTULO VI

LA LUCHA CONTRA EL EMPERADOR (1810)

Un gran ejemplo hunde o levanta siempre a toda una generación. El ingreso en la época de una figura como la de Napoleón Bonaparte obliga a las personas que están a su alrededor a elegir entre empequeñecerse ante él o desaparecer sin dejar rastro ante su grandeza, o seguir su ejemplo, poniendo en juego una enorme tensión de energía. Los hombres próximos a Napoleón sólo pueden ser dos cosas: sus esclavos o sus rivales. Una presencia de tal magnitud no tolera, a la larga, el término medio.

Fouché es uno de aquellos a quienes Napoleón arrancó la estabilidad de su equilibrio. Le envenenó el alma con el ejemplo peligroso de su ambición insaciable, con la presión demoníaca de superarse siempre: también él quiere como su amo, extender y expandir los límites de su poder de manera constante; también él es un hombre perdido para la pugna obstinada y tranquila, para el bienestar doméstico. Por eso ¡qué decepción la suya el día en que Napoleón vuelve triunfante desde Schoenbrunn para volver a tomar las riendas! ¡qué días grandes los de aquellos meses en que podía actuar de acuerdo con su propio parecer, levantar ejércitos, redactar proclamas, emitir disposiciones audaces ante el asombro de sus colegas miedosos, sentirse, por fin, una vez en la vida, dueño y señor de un país, jugador en el gran tapete verde de los destinos universales! Y ahora ya no va a ser Joseph Fouché sino Ministro de Policía para vigilar a los descontentos y controlar charlas de Redacción, armar diariamente, con los mensajes de sus espías su aburrido boletín, ocuparse de insignificancias como quién es la nueva amiga de Tayllerand o quién tuvo ayer la culpa de la baja de las Rentas en la Bolsa. No, desde que puso las manos en las cuestiones mundiales, en el timón de la alta política, todo lo demás para su espíritu inquieto y ávido de acontecimientos, son futilidades y papeleos despreciables. Quien una vez ha hecho juego de tanta altura no se contenta ya con pequeñeces. Es preferible demostrar otra vez que todavía queda espacio al lado de Napoleón para nuevas hazañas, Y de este pensamiento ya no logrará desprenderse.



Pero, ¿qué podría intentarse frente a quien lo alcanzó todo; frente al hombre que sometió a Rusia, a Alemania, a Austria, a España y a Italia; el hombre a quien el Emperador de la dinastía más antigua de Europa entrega por esposa a una archiduquesa; que se impuso al Papa y abatió el predominio milenario de Roma; el hombre que desde París puso los fundamentos de un imperio europeo universal? Nervioso, febril, suspicaz, el amor propio de Fouché acecha por todos lados en busca de una misión. Y efectivamente: en el edificio del predominio mundial no falta más que la última cúpula, la más alta: la paz con Inglaterra. Así, quedaría terminada la obra. Y esta última hazaña europea la quiere llevar a cabo solo: sin Napoleón y contra Napoleón.

Inglaterra es —en 1809 tanto como en 1725— el enemigo mortal, el contrincante peligroso de Francia. Ante las puertas de Akkon, ante los fuertes de Lisboa, en todos los extremos del mundo, la voluntad de Napoleón tropezó contra la fuerza fría, calculada y metódica de los anglosajones y mientras él conquistaba toda la tierra de Europa, ellos le arrebatában la otra mitad del mundo: el mar. No los puede atrapar ni ellos pueden atrapar a él; desde hace casi veinte años, con esfuerzo siempre renovado ambos trabajan para aniquilarse. Los dos se debilitan horriblemente en esta lucha insensata que, aunque no quieren confesarlo, los tiene un poco cansados. Los Bonaparte se declaran en quiebra en Francia, Amberes y Hamburgo porque los ingleses les imposibilitan las transacciones; en el Támesis, los barcos están abarrotados de mercaderías sin vender; cada día bajan las rentas, tanto la inglesa como la francesa. Y en los dos países los comerciantes, los banqueros, la gente razonable, aconsejan un acuerdo y muy cuidadosamente se inician las negociaciones. Pero a Napoleón le parece más importante que el inútil de su hermano José se quede con la corona real de España y su hermana Carolina con la de Nápoles. Y rompe las conferencias de paz iniciadas trabajosamente a través de Holanda, y golpea con su puño de acero a sus aliados, para que les cierren la entrada a los barcos ingleses y arrojen al mar sus mercancías. También se envían a Rusia cartas igualmente amenazadoras exigiendo la sumisión al sistema continental. Otra vez la pasión ahoga al razonamiento, y la guerra amenaza eternizarse si el partido de la paz no se anima en el último momento y poner manos a la obra.



En estas negociaciones con Inglaterra, rotas antes de tiempo, también Fouché tuvo su intervención. Fue el quien indicó al Emperador y al Rey de Holanda a un financiero francés como mediador; éste, a su vez, proporcionó la mediación de un financiero holandés, y éste, por su parte la de uno inglés. Sobre el bien acreditado puente de oro —así sucede en todas las guerras y en todos los tiempos— iban los secretos de inteligencia de Gobierno a Gobierno. Pero el Emperador bruscamente ordena interrumpir las negociaciones. Eso no le conviene a Fouché. ¿Por qué no seguir negociando? Negociar, regatear, prometer y engañar: su pasión preferida. Entonces, concibe un proyecto audaz. Toma la resolución de seguir negociando por su cuenta, aunque, desde luego, aparenta que lo hace por encargo del Emperador; es decir, les hace creer tanto a sus propios agentes como al Gabinete inglés, que es el Emperador quien procura a través de su mediación conseguir la paz, mientras que, en verdad, el único que maneja los hilos es el Duque de Otranto. Empresa temeraria, abuso descarado del nombre imperial y de su propio cargo de ministro, osadía histórica sin igual. Pero estos secretos, estas maniobras laberínticas y equívocas, y no una, sino tres o cuatro al mismo tiempo son, como se sabe, la verdadera pasión del intrigante nato que es Fouché. Como un chico de la escuela que hace muecas cuando el maestro vuelve la espalda, le gusta maniobrar en ausencia del Emperador; y se expone complacido, lo mismo que el chico atrevido, a que lo castiguen o reprendan por la simple alegría de la travesura y la burla. Cien veces hemos visto cómo se deleita en estas audaces maniobras políticas; pero jamás se permitió hazaña más peligrosa, más atrevida y arbitraria que ésta de negociar — aparentemente en nombre del Emperador, y en realidad, contra su voluntad— con el Ministerio inglés del Exterior sobre la paz entre Francia e Inglaterra.

La maquinación está genialmente preparada. Utiliza a uno de sus equívocos financieros, el banquero Ouvrard, que ya algunas veces dio con sus huesos en la cárcel. Napoleón detesta a este mal sujeto por sus pésimos antecedentes; pero eso le preocupa poco a Fouché, que opera con él en la Bolsa. Con este hombre se siente seguro, porque más de una vez lo ha sacado de situaciones difíciles, y por eso lo tiene completamente en sus manos. A Ouvrard lo envía a ver al banquero holandés de Labouchere, hombre de gran prestigio, que de buena fe se dirige a su suegro, el banquero Baring, en Londres, quien a su vez lo pone en contacto con el Gabinete inglés. Y así se desarrolla un fantástico juego de equívocos: Ouvrard desde



luego cree que Fouché actúa por encargo del Emperador y transmite su mensaje como oficial al Gobierno holandés; esta garantía a su vez basta a los ingleses para tomar completamente en serio las negociaciones. Inglaterra cree que negocia con Napoleón, y en realidad negocia solo con Fouché, quien naturalmente se cuida muy bien de que el Emperador no se entere de la continuación secreta de las negociaciones. Quiere que el asunto madure primero bien, que se eliminen las dificultades para presentarse de repente ante el Emperador y ante el pueblo francés como el *deus ex machina* y decir orgulloso: "Aquí está la paz con Inglaterra! Lo que quisieron y desearon todos, lo que no consiguió ninguno de vuestros diplomáticos, lo ha llevado a cabo sólo el Duque de Otranto."

¡Lástima! Un pequeño incidente estropea esta partida de ajedrez magnífica y emocionante. Napoleón ha ido con su joven esposa María Luisa a Holanda para visitar a su hermano Luis. El brillante recibimiento lo hace olvidar la política. Pero un día, el Rey Luis, su hermano, suponiendo naturalmente, como todos los demás, que las negociaciones secretas con Inglaterra se llevaban a cabo con el consentimiento del Emperador, se interesa, en una conversación casual, por la marcha del asunto. Napoleón se extraña. De repente recuerda haberse encontrado en Amberes precisamente con ese odiado Ouvrard. ¿Qué se trama allí? ¿Qué significa ese ir y venir entre Inglaterra y Holanda? Pero no deja evidenciar su sorpresa; con gran indiferencia le pide a su hermano que le entregue cuando pueda la correspondencia del banquero holandés. Se la entregan en seguida, y durante el regreso de Holanda a París, Napoleón tiene tiempo de leerla. Se trata, en efecto, de unas negociaciones de las que no tenía idea. Con inmensa ira presiente en seguida las huellas de cazador furtivo del Duque de Otranto, que se ha introducido nuevamente en el coto vedado. Pero Napoleón ha aprendido a ser astuto como el astuto Fouché: por lo pronto esconde su sospecha bajo una capa de falsa amabilidad para no ponerlo sobre aviso y darle ocasión de escurrirse y escapar. Únicamente se confía al comandante de su gendarmería, Savary, Duque de Rovigo, y le ordena detener en el acto y sin llamar la atención al banquero Ouvrard y apoderarse de todos sus papeles.

Tres horas después de esa orden, el 2 de junio, llama a su ministro a SaintCloud, y le pregunta bruscamente y sin rodeos al Duque de Otranto hasta dónde tiene conocimiento de ciertos viajes del banquero Ouvrard, o si acaso lo ha invitado él mismo a Amberes. Fouché,



sorprendido, pero sin sospechar la trampa en que ha caído, actúa como de costumbre cuanto se lo tiene agarrado de las solapas, lo mismo que bajo la revolución con Chaumette y bajo el Directorio con Baboeuf: trata de librarse descargándose en su cómplice. ¡Ah, sí! Ouvrard, un entrometido que le gusta mezclarse en todo; además, toda la cuestión es tan insignificante que, en el fondo, sólo se trata de una niñería, de una bagatela. Pero Napoleón tiene la mano dura y no suelta tan fácilmente la presa. "Estas maquinaciones no son cosa insignificante —ruge Napoleón— Es una deslealtad incalificable atreverse a negociar a espaldas de su soberano con el enemigo, sobre condiciones que él ignora y que seguramente jamás autorizará. Es una deslealtad que no toleraría ni el gobierno más débil. Ouvrard debe ser detenido inmediatamente." Fouché empieza a intranquilizarse. ¡Era lo único que faltaba: detener a Ouvrard, que iba a cantar todo! Y trata de disuadir al Emperador. Pero el Emperador, que sabe que en esos momentos el banquero ya está detenido por su propia policía, escucha irónicamente a su ministro desenmascarado; ya conoce al verdadero autor de la maniobra y los papeles confiscados en casa de Ouvrard descubren muy pronto el juego de Fouché.

Y descarga el rayo de la desconfianza acumulada como una tormenta. Al día siguiente, domingo, después de misa Napoleón (como yerno de Su Majestad Apostólica, es otra vez buen cristiano, aunque un par de años antes metiera en la cárcel al Papa) invita a todos sus ministros y dignatarios de la Corte para la recepción matutina. Uno solo falta: el Duque de Otranto. Aunque es ministro, no ha sido invitado. El Emperador hace tomar asiento a su Consejo alrededor de la mesa y lanza inmediatamente la pregunta: ¿Qué piensan ustedes de un ministro que, abusando de su posición y sin que lo sepa su soberano, tiene tratos con una potencia extranjera? ¿De un ministro que lleva estas negociaciones sobre bases establecidas por él mismo y que de esa manera pone en grave riesgo la vida política de todo el país?

¿Qué castigo señalan nuestros códigos para semejante deslealtad? Después de estas preguntas severas el Emperador mira a su alrededor esperando, sin duda, que sus consejeros se apresurarían a proponer el destierro o cualquier otra medida deshonrosa. Pero los ministros, aunque en el acto se han dado cuenta contra quién se dirige la flecha, se envuelven en un silencio azorado. En el fondo todos le dan la razón a Fouché por haberse ocupado enérgicamente de la cuestión de la paz, y como verdaderos y legítimos criados, se



alegran de la trastada que le hizo al amo autócrata. Talleyrand (que aunque ya no es ministro ha sido llamado como dignatario ante la importancia del asunto) se ríe para sus adentros; recuerda su propia humillación de hace dos años y lo divierten la perplejidad de Napoleón y la situación comprometida de Fouché; no quiere a ninguno de los dos. Por fin rompe el silencio el gran canciller Cambaceres y dice conciliador: "Sin duda alguna es un desliz que merece castigo severo, aunque el culpable se haya dejado llevar por un exceso de celo", "Exceso de celo", grita Napoleón furioso. La contestación no le gusta porque no quiere excusas sino un castigo severo, castigo ejemplar para quien actuó por cuenta propia. Con gran excitación narra todo lo sucedido e invita a los presentes a proponerle un sucesor. Pero ninguno de los ministros se apura para emitir su opinión en una cuestión tan comprometida; el miedo a Fouché sigue al miedo a Napoleón. Por fin Talleyrand como siempre en ocasiones difíciles, recurre a una hábil ironía. Se dirige a un vecino y le dice en voz baja: "Sin duda ha cometido el señor Fouché una falta, pero si yo tuviera que encontrarle un sucesor —y se lo daría— no sería otro que el señor Fouché". Descontento de sus ministros, a los que él mismo había convertido en autómatas y títeres sin valor, Napoleón levanta la sesión y llama al canciller a su gabinete. "Verdaderamente, no vale la pena preguntar a estos señores. Vea usted qué proposiciones tan útiles pueden esperarse de ellos. Pero no supondrá que yo pensé en preguntarles antes de estar de acuerdo conmigo mismo. He decidido ya: el Duque de Rovigo será Ministro de Policía." Y antes de que pudiera declarar si tiene vocación para una sucesión tan desagradable, aquella misma noche el Emperador lo saluda con la orden brusca: "Es usted Ministro de Policía. Preste juramento y vaya a su trabajo".

El despido de Fouché es el tema del día; de golpe, todo el mundo se pone de su parte. Nada le había ganado más simpatías a este ministro, a este hombre lleno de doblez, como su resistencia contra el zarismo desenfrenado, insoportable ya para los franceses acostumbrados a la libertad, de un hombre elevado por la Revolución. Y además, nadie quiere oír que sea un delito que merezca un castigo haber buscado, aun contra la voluntad del belicoso caudillo, la paz con Inglaterra., Todos los partidos: realistas, republicanos y jacobinos, igual que los embajadores extranjeros, ven con sentimiento unánime en la caída del último ministro de Napoleón con personalidad propia, la derrota visible de la idea de la



paz, y hasta en el mismo palacio, en el propio lecho nupcial, Napoleón, igual que en su primera esposa Josefina, encuentra en la segunda, María Luisa, un abogado defensor de Joseph Fouché. El único hombre a su alrededor que su padre, el Emperador de Austria, le había indicado que era digno de confianza ha sido despedido, declara perpleja. Nada expresa mejor la verdadera opinión de la Francia de entonces que el hecho de que el disfavor del Emperador aumente el prestigio oficial de un hombre. El nuevo Ministro de Policía, Savary, condensa la opinión desastrosa producida por la salida de Fouché con estas palabras características: "Creo que la noticia de una epidemia de peste no hubiera podido infundir más terror que la de mi nombramiento como Ministro de Policía". Verdaderamente Joseph Fouché se ha fortalecido en estos diez años al lado de Emperador.

No se sabe por qué camino llegó hasta Napoleón la reacción de este efecto. Porque apenas le da a Fouché el empujón, enguanta rápidamente otra vez la mano dura. Igual que en 1802. Y disfraza el despido con un cambio de empleo. Para compensarlo por la pérdida del ministerio de Policía le otorga al Duque de Otranto el título honorífico de consejero de Estado y lo nombra embajador del Imperio en Roma. Y nada caracteriza mejor el estado de ánimo vacilante, entre el temor y la ira, entre el reproche y la gratitud, entre la irritación y la actitud conciliadora del Emperador, que la carta de despedida que privadamente le envía: "Señor Duque de Otranto: se qué servicios me ha prestado y confío en su lealtad a mi persona y creo en el celo que ha puesto en servirme. Sin embargo, me es imposible conservarlo en el cargo de ministro: me expondría demasiado. El cargo de Ministro de Policía requiere confianza plena e ilimitada, y esta confianza no puede persistir desde el momento que en una cuestión importante expuso mi tranquilidad y la del Estado, lo que a mis ojos no se puede excusar ni con motivos loables. Su opinión extraña de los deberes de un Ministro de Policía no está de acuerdo con el bien del Estado. Sin dudar de su lealtad y fidelidad, tendría que someterlo, a pesar de eso, a una vigilancia constante y molesta que no se me puede exigir. Sería necesario vigilarlo por las muchas cosas que usted hace por su propia cuenta, sin saber si corresponden a mi voluntad e intención... no puedo esperar que vaya a cambiar usted de actitud, ya que desde hace años mis observaciones ostensibles de descontento no consiguieron en usted ningún cambio. Basado en la pureza de sus propósitos, no ha querido comprender cuánto mal se puede originar con la intención de



hacer el bien. Mi confianza en su talento y en su fidelidad es inquebrantable. Espero tener pronto ocasión para demostrar lo primero y utilizar lo segundo en mi servicio." Esta carta nos descubre como una clave secreta lo más íntimo de las relaciones entre Napoleón y Fouché; tómese la molestia de releer esta pequeña obra maestra para sentir cómo se cruzan en cada frase deseo y rechazo, simpatía y antipatía, temor y estimación secreta. El autócrata quiere un esclavo y se irrita al chocar con el hombre independiente. Quiere desembarazarse de él y, sin embargo, teme perderlo como enemigo. Siente perderlo y, al mismo tiempo, está contento de haberse quitado de encima al hombre peligroso.

Pero mientras en Napoleón aumenta la conciencia de sí mismo, aumenta también de manera gigantesca la de su ministro. Y la simpatía general ayuda a enderezar más todavía la espalda de Joseph Fouché. No se puede despedir al Duque de Otranto tan fácilmente. Napoleón debe ver qué aspecto ofrece su ministerio de Policía cuando se le cierran las puertas a Joseph Fouché; y su sucesor debe creer que se sienta en un nido de avispas y no en un sillón ministerial, si se tiene la osadía de querer reemplazarlo. No ha estado afinando durante diez años este instrumento maravilloso para que un soldadote tosco, un novato de la diplomacia, un chapucero, venga a manejarlo torpemente y muestre como obra propia lo que inventó su antecesor en días y noches trabajosos. No, su despido no va a ser tan fácil como piensan. Tanto Napoleón como Savary tienen que darse cuenta de que un Joseph Fouché no sólo muestra la espalda doblada como los demás, sino que sabe enseñar también los dientes. Fouché está decidido a no marcharse con la cabeza baja. No quiere una paz ambigua, una capitulación displicente. No es tan torpe como para decidirse a presentar franca resistencia; eso no va de acuerdo con su carácter. Sólo quiere permitirse una bromita, una bromita pequeña, ingeniosa, divertida, con la que va a deleitarse París y a aprender Savary que existen trampas famosas en los dominios del Duque de Otranto. Siempre hay que volver a recordar ese rango diabólico y extraño en el carácter de Joseph Fouché que hace que precisamente la indignación más extremada estimule en él un deseo maligno de bromear; que su valor, cuando crece, no se haga varonil, sino que se convierta en temeridad grotesca y peligrosa. Cuando, lo atropellan, nunca pega con el puño, sino con la vara del bufón, cruelmente, burlando al contrario. Todo lo que se esconde en este hombre hermético y frío, de instintos apasionados, aparece en estas ocasiones, sale al exterior; y esos



momentos de alegría aparente en la ira son, al mismo tiempo, los que descubren mejor su naturaleza subterránea y fogosa, mágica y diabólica.

¡Una bromita aguda, entonces para su sucesor! No será difícil de inventar, sobre todo tratándose de un imbécil confiado. El Duque de Otranto se pone uniforme de gala y elige un semblante extraordinariamente amable para recibir a su sucesor en la visita oficial. Y en efecto, apenas aparece Savary, Duque de Rovigo, lo confunde, lo colma de amabilidades. No solo lo felicita por el elección tan honrosa del Emperador, sino que casi le da las gracias por haberlo librado del puesto que tanto lo fatigaba, que penaba desde hacía demasiado tiempo sobre sus hombros. ¡Ah, qué feliz y qué contento se sentía de poder descansar un poco de este trabajo inmenso! Porque es un trabajo extraordinario, más aún: un trabajo ingrato el que exige este Ministerio desordenado, porque la despedida lo había sorprendido un poco. Claro, para eso se necesitaban unos días; pero si el Duque de Rovigo está conforme, con mucho gusto se encargaría él, Fouché, de este pequeño trabajo; y mientras tanto su mujer, la Duquesa de Otranto, podría también hacer la mudanza con toda comodidad. El buen Savary, Duque de Rovigo, no advierte la pimienta en la miel. Se siente agradablemente sorprendido por tanta amabilidad en un hombre a quien todos describen como malévolo y astuto; incluso le da las gracias más afectuosas por tan extraordinaria complacencia. Naturalmente, puede quedarse todo el tiempo que le parezca bien; se inclina y estrecha conmovido la mano al buen Fouché, tan calumniado... ¡Lástima no haber visto y dibujado la cara de Joseph Fouché en el momento en que se cerraba la puerta detrás de su incauto sucesor! ¡Imbécil! ¿Pero de verdad crees que voy a poner orden y a presentarte los más incógnitos secretos que he ido juntando en diez años de penoso trabajo, en carpetas ordenadas, para que te apropiés de ellos con tus manos torpes? ¿Que además voy a engrasarte y limpiarte la máquina tan maravillosa que yo inventé, que funciona tan silenciosamente con sus ruedas y engranajes, y que aspira y elabora invisiblemente las noticias de todo el Imperio? ¡Idiota, ya vas a abrir los ojos!

En el acto comienza una actividad febril. Un amigo íntimo está avisado para ayudarlo. Con cuidado se cierra el cerrojo de la puerta del gabinete y rápidamente se sacan todos los papeles secretos de las carpetas. Los que le puede servir algún día como armas, los acusadores y comprometedores, se los lleva Joseph Fouché para su uso particular; los



demás se queman sin miramientos. ¿Para qué necesita saber el señor Savary quién presta servicio de espía en el barrio elegante del Faubourg Saint Germain, en el Ejército o en la corte? Podría hacerle el trabajo demasiado fácil. ¡Al fuego con las listas! Únicamente los nombres de los moscardones y soplones, de los porteros y de las prostitutas, de los que de todas maneras nunca se obtiene nada importante; con esos puede quedarse. Con rapidez vertiginosa se vacían los cajones. Los registros valiosos con los nombres de los realistas extranjeros, de los corresponsales secretos, desaparecen; artificialmente ponen desorden en todas partes, destruyen el índice y se proveen de actas con números falsos; se cambian las claves. Y al mismo tiempo toma para su propio servicio secreto, como espías, a los empleados más importantes del futuro ministro para que sigan comunicándose en forma clandestina con el antiguo y verdadero señor. Tornillo por tornillo, va aflojando Fouché la maquinaria gigantesca para que ya no ajusten los engranajes y su rotación se detenga completamente en las manos del sucesor. Como los rusos quemaron ante Napoleón la ciudad sagrada, Moscú, para que no encontrase refugio, así destruyó Fouché la obra tan amada de su vida. Durante cuatro días y cuatro noches sale humo de la chimenea: cuatro días y cuatro noches dura esta tarea diabólica. Y sin que se dé cuenta nadie a su alrededor, los secretos del Impero, como materia incorpórea salen por la chimenea, o van a parar a los archivos particulares de Fouché en Ferrières.

Luego, otra inclinación, extraordinariamente amable y cortés, ante el sucesor incauto: "¡Tenga la bondad de tomar asiento!". Un apretón de mano y un "¡gracias!", recibido con aire socarrón. Ahora el Duque de Otranto debería dirigirse con urgencia a su embajada de Roma; pero por ahora prefiere marchar a Ferrières, a su palacio. Y allí, temblando interiormente de impaciencia y de placer, espera el primer grito de ira de su sucesor engañado, en cuanto advierta la bromita que le ha gastado Joseph Fouché.

¿No es cierto que está bien pensado el número que acaba de representar con audacia Fouché? Pero desgraciadamente Joseph Fouché ha incurrido en una pequeña falta al idear esta divertida farsa, porque cree gastarle la bromita al Duque recién nombrado e inexperto, a ese ministro venido del limbo. Pero olvida que este aristócrata ha sido nombrado ministro por un señor que no tolera que se burlen de él. De todos modos, Napoleón ya venía observando con mirada desconfiada la actitud de Fouché. No le gustó nada ese largo titubeo



para entregar el puesto, ese aplazamiento interminable del viaje a Roma. Además, la instrucción contra Ouvrard, el cómplice de Fouché, ha dado un resultado inesperado: averiguar que Fouché ya había entregado antes a otro intermediario notas oficiales para el Gabinete inglés. Burlarse de Napoleón no le había hecho bien a nadie hasta entonces. De repente, el 17 de junio, como un latigazo, sale un billete brusco camino de Ferrières: "Señor Duque de Otranto: lo invito a enviarme aquel comunicado que entregó usted, para sondear a lord Wellesley, a un señor Fagan, quien le trajo una contestación del lord que jamás me ha sido presentada." Este duro trompetazo podría despertar a un muerto. Pero Fouché, completamente embriagado por su hazaña reciente, no se apura a contestar. Mientras tanto, ha caído pólvora en el fuego de las Tullerías. Savary ha descubierto el saqueo del Ministerio de Policía y se lo ha comunicado, estupefacto, al Emperador. En seguida recibe Fouché un segundo billete, y un tercero, con la orden de entregar de inmediato "toda la cartera ministerial". El secretario de Gabinete transmite la orden personalmente, con el encargo de exigir al Duque de Otranto los papeles escamoteados. La broma ha terminado, comienza la lucha.

La broma ha terminado de verdad. Fouché debería darse cuenta. Pero parece que el demonio le aconseja medirse seriamente con Napoleón, el hombre más poderoso del mundo, porque le dice al secretario rotundamente, contra la verdad, que lo siente infinito, pero que no tiene ninguna carta, que las ha quemado todas. Eso naturalmente no se lo cree nadie a Fouché y menos Napoleón. Por segunda vez lo amonesta con mayor urgencia, más duramente; es conocida su impaciencia. Pero la irreflexión se convierte en terquedad; la terquedad en osadía; la osadía, en provocación, porque Fouché sigue repitiendo que no tiene ni una hoja, y explica esta supuesta destrucción de los documentos particulares del Emperador de manera casi comprometedora. "Su Majestad —dice con cinismo— me honró con tal confianza que, cuando uno de sus hermanos causaba su enojo, me encargaba de hacerle recordar su deber. Y como cada uno de los hermanos le comunicaba, por su parte, sus quejas, había creído su deber no guardas esas cartas. Tampoco las hermanas de Su Majestad se habían podido librar siempre de calumnias, y el Emperador mismo se ha dignado comunicarle aquellos rumores y le había encargado averiguar qué imprudencia les había dado motivo."



Esto es claro y más claro: Fouché da a entender al Emperador lo mucho que sabe y que no se deja tratar como lacayo. El mensajero comprende y advierte el chantaje en esta amenaza, y piensa en el trabajo que le costará transmitir una contestación tan atrevida a su señor en forma correcta, mesurada. Al Emperador lo asfixia la ira, se apodera de él un furor tal que tiene que tranquilizarlo el Duque de Massa, y para arreglar el enojoso asunto, se ofrece para pedir personalmente al obstinado ex ministro los papeles escamoteados. Una segunda amonestación le llega del nuevo Ministro de Policía, el Duque de Rovigo. Pero a todo contesta Fouché con la misma cortesía y decisión: lo lamento, pero por un exceso de discreción quemó los papeles. Por primera vez en Francia un hombre le hace franca oposición al Emperador.

Esto es demasiado. Así como Napoleón no apreció debidamente durante diez años la categoría de Fouché, ahora Fouché desconoce a Napoleón si cree poder intimidarlo con un par de inscripciones. ¡Desafiar ante todos los ministros al hombre a quien han ofrecidos sus hijas el Zar Alejandro, el Emperador de Austria, el Rey de Sajonia; al hombre ante quien tiemblan, como chicos de la escuela, todos los reyes de Europa! ¿Al hombre a quien no pudieron resistir todos los ejércitos de Europa quiere negarle obediencia esta momia escuálida, este intrigante espectral con su capa de Duque recién estrenada? No, nadie se burla de un Napoleón. Inmediatamente llama al jefe de Policía particular, Dubois, y se desahoga ante él con expresiones furibundas contra el "miserable, el infame Fouché". Con pasos furiosos va de arriba abajo y grita de pronto: "Pero que no espere poder hacer conmigo lo que hizo con su Dios, con la Convención y con el Directorio, a los que miserablemente traicionó y vendió. Tengo mejor vista que Barras; conmigo el juego no será tan fácil; pero le aconsejo que tenga cuidado. Sé que tiene notas e instrucciones más y exijo que me las devuelva. Si se niega, lo entrega usted en seguida a diez gendarmes y lo hace conducir a la cárcel. ¡Por Dios, que voy a enseñarle qué rápido se puede terminar un proceso!" Ahora la cosa empieza a ponerse seria. Fouché se intranquiliza. Cuando aparece Dubois tiene que permitir que su propio antiguo subalterno selle a él, al Duque de Otranto, anterior Ministro de Policía toda su correspondencia, cosa que podría haber sido peligrosa si no hubiera quitado de en medio cautamente, desde hace tiempo, la verdaderamente importante. Pero, de todas maneras, va reconociendo que ha ido demasiado lejos.



Rápidamente escribe carta tras carta: una al Emperador; otra, a los ministros, para quejarse de la desconfianza que se tiene hacia él., el más fiel, el más franco, el más firme, el más entero de los ministros; y en una de esas cartas resulta deliciosamente divertido encontrar esta frase encantadora: "Il n'est pas dans mon caractère de changer" (así como suena, de puño y letra del camaleón Fouché). Y lo mismo que hace quince años con Robespierre, espera salir del peligro que lo amenaza con una reconciliación súbita. Toma un coche y va a París para dar explicaciones al Emperador, o excusas, si fuera necesario.

Pero es tarde. Ha jugado y bromeado demasiado; ahora ya no hay ni reconciliación ni arreglo; quien provocó públicamente a Napoleón, ha de ser humillado públicamente. Se le dirige una carta tan dura y cortante, como nunca antes le había escrito Napoleón a un ministro. Es muy corta esta carta, este puntapié: "Señor Duque de Otranto: sus servicios no me pueden ser ya deseables. Debe usted partir para su senaduría en el término de veinticuatro horas." Ni una palabra del nombramiento de Embajador en Roma: despido desnudo y brutal, y además, destierro. Al mismo tiempo el Ministro de Policía recibe la orden de velar sobre el inmediato cumplimiento del edicto.

La tensión ha sido demasiado grande, el juego demasiado atrevido, y ahora sucede lo inesperado: Fouché se desploma como un sonámbulo que, gateando inconscientemente por los tejados, es despertado bruscamente por una voz dura y, asustado por lo expuesto de su situación, cae a la calle. El mismo hombre que permaneció frío e imperturbable a dos pasos de la guillotina, se desploma miserablemente bajo el latigazo de Napoleón.

Este 3 de julio de 1810 es el Waterloo de Joseph Fouché. Los nervios se le desbocan, corre al ministro por un pasaporte para el extranjero, vuela, cambiando los caballos en cada estación, sin descansar hasta Italia. Allí, como una rata furiosa sobre un fogón caliente, corre en zigzag, de lugar en lugar. De pronto está en Parma, como en Florencia, en Pisa, o en Livorno, en lugar de acudir a su senaduría, como le está ordenado. Pero el pánico lo sacude con fuerza. ¡Hay que ponerse fuera del alcance de Napoleón, fuera de esa mano tremenda! Ni siquiera Italia le parece bastante segura; es Europa, y toda Europa está sometida a este hombre terrible. Por eso fleta en Livorno un barco para ir a América, país de seguridad, país de libertad; pero la tempestad, el mareo y el miedo a los cruceros ingleses lo obligan a regresar al puerto y vuelve a correr como un loco, en coche, de un



puerto a otro, de ciudad en ciudad. Implora la ayuda de las hermanas de Napoleón, de los príncipes. Desaparece, vuelve a aparecer, para obsesión de los policías que buscan su rastro y lo vuelven a perder siempre... En fin, se porta como un loco, completamente enajenado por el miedo; y por primera vez él, el hombre sin nervios, ofrece un ejemplo de evidencia clínica, de una verdadera ruina nerviosa. Nunca con un solo gesto, con un solo golpe, aniquiló Napoleón a un adversario más radicalmente que a éste, el de mayor audacia y sangre fría de sus servidores.

Se esconde y reaparece, va y viene febrilmente durante días y semanas, sin que se haya podido averiguar lo que quería e intentaba (ni su magistral biógrafo Madelin lo sabe, ni seguramente lo sabía él mismo). Parece que únicamente en el coche en marcha se siente seguro ante la venganza imaginaria de Napoleón que, sin duda, ya no piensa en castigar severamente a su servidor. Napoleón no quiso más que hacer prevalecer su voluntad, rescatar sus papeles, y eso lo consigue. Porque mientras él, loco, histérico, reviente por toda Italia los caballos de posta, su esposa en París actúa con bastante más prudencia. Capitula por él. No puede haber duda de que, para salvar a su marido, la Duquesa de Otranto le entregó directamente a Napoleón los papeles retenidos con malicia, porque jamás se vio ninguna de aquellas hojas íntimas a las que Fouché había aludido amenazante. Lo mismo sucedió con Barras, a quien el Emperador compró los papeles, y con los demás confidentes molestos por su ascenso, desaparecieron los escritos de Fouché, en cuanto se referían a Napoleón. O los hizo desaparecer el mismo Napoleón, o Napoleón III destruyó todos los documentos que no convenían a la idea napoleónica.

Por fin Fouché recibe la gracia de poder retirarse a su senaduría en Aix. La gran tormenta se ha disipado; el rayo no hizo más que sacudirle los nervios, pero no lo hirió. El 25 de setiembre el hombre acosado llega a su finca, "pálido y cansado, delatando, por la incoherencia de sus pensamientos y de sus palabras, una completa perturbación". Pero tendrá tiempo suficiente para reponer sus nervios, porque quien se ha rebelado una vez contra Napoleón puede considerarse alejado por mucho tiempo de todos los cargos oficiales. El ambicioso tiene que pagar su broma. Otra vez la ola lo arrastra al fondo. Tres años permanece Joseph Fouché sin honores y sin cargo: comienza su tercer destierro.



CAPÍTULO VII

"INTERMEZZO" INVOLUNTARIO (18101815)

Ha comenzado el tercer destierro de Joseph Fouché. En su magnífico palacio de Aix reside como un príncipe soberano el ministro de Estado destituido: el Duque de Otranto. Tiene cincuenta y dos años; ha experimentado la tensión enorme que producen todos los juegos, todos los éxitos y todas las contrariedades de la vida política, el cambio eterno de flujo y reflujo en las ondas del destino, hasta el fondo mismo. Ha conocido el favor de los poderosos y la desesperación de la soledad; ha sido pobre hasta sentir la angustia de la falta del pan cotidiano, y ahora es inmensamente rico; ha sido estimado y odiado, celebrado y despreciado... Ya puede descansar en su buen retiro como Duque, Senador, Excelencia, Ministro del Estado, Consejero de Estado, multimillonario, dependiendo únicamente de su propia voluntad. Pasea cómodamente en su carroza de librea, visita las casas aristocráticas, recibe homenajes de su provincia y percibe el eco susurrado de las simpatía secretas de París. Está libre de la molestia enojosa de trajinar diariamente con empleados estúpidos bajo el dominio de un déspota. A juzgar por su comportamiento y su aire satisfecho, el Duque de Otranto se siente a las mil maravillas, "procul Negotiis". Pero ese pasaje (sin duda auténtico) de sus Memorias (por lo demás muy poco dignas de crédito) delata hasta qué punto es engañosa su satisfac

ción:2 "Me perseguía la costumbre arraigada de saberlo todo, más imperiosa en el aburrimiento de un destierro; desde luego muy agradable, pero monóto

2 Nota del autor: En este ensayo no me he referido casi nunca a las Memorias del Duque de Otranto, publicadas en París en 1824, pues están compuestas, sin duda, por mano extraña, aunque con material en parte auténtico. Hasta qué punto este hombre, todo doblez, puso sus manos en su preparatorio, es cosa que ocupa en vano a la ciencia histórica hoy mismo; hasta este momento conserva su validez la graciosa expresión de Enrique Heine al referirse a Fouché, el "hombre bien co

no". Y la "charme de sa retraite" no la constituye, según propia confesión, el paisaje suave de la Provenza, sino una red de espionajes y comunicados con la capital. "Con ayuda de



amigos seguros y mensajeros fieles organicé una correspondencia secreta, a la que se añadían varios mensajes que recibía con regularidad de París, que la completaban. En una palabra: tenía en Aix mi policía particular." Lo que se le prohíbe como cargo, este hombre inquieto lo ejerce como deporte, y si no se le permite ya penetrar en los Ministerios, procura mirar, al menos, con ojos extraños por las cerraduras; tomar parte en los Consejos con oídos ajenos y sobre todo espiar, si no se presenta al fin una ocasión de ofrecerse de nuevo para volver a sentarse a la mesa de juego de la Historia.

Pero el Duque de Otranto deberá esperar mucho todavía en la segregación; Napoleón ya no lo necesita. Está en la cumbre de su poder; ha dominado a Europa; es yerno del Emperador de Austria; es — ¡cumplido deseo de sus deseos!— padre del Rey de Roma. Humildes se inclinan ante el todos los príncipes alemanes e italianos, agradecidos de que se dignara concederles la gracia de conservarles su corona. Y ya vacila y se tambalea el último y único enemigo: Inglaterra. Este hombre se ha hecho tan fuerte que puede renunciar, sonriente, a ayudantes tan hábiles y tan poco leales como Joseph Fouché. Ahora que le sobra tiempo para meditar tranquila y reposadamente, reconocerá el señor Duque qué loco fue el engreimiento que lo empujó a medirse con el más poderoso de los hombres. Ni siquiera el honor de su odio le concede el Emperador; desde la inmensa altura donde lo ha colocado el destino no advierte ya el zumbido del pequeño insecto maligno que voló una vez a su alrededor y que sacudió con un solo ademán enérgico. No se da cuenta de su ausencia: Fouché está liquidado para él. Y nada demuestra tan claramente al caído lo poco que lo estima y le teme Napoleón, como el hecho de que, por fin, se le permita regresar a su palacio de Ferrières, a dos horas de París. Pero no deja que se acerque más: París y las Tullerías permanecen cerradas para el hombre que se atrevió a hacerle resistencia.

Una sola vez Joseph Fouché es llamado a Palacio durante esos dos años de vacío. Napoleón prepara la guerra contra Rusia y desea conocer la opinión de Fouché, ya que los demás se manifiestan en su contra. Fouché se declara apasionadamente contra esta guerra, e incluso entrega (si no lo falsificó post festum) el memorándum que se encuentra en sus Memorias; pero Napoleón sólo quiere escuchar su propia voluntad confirmada; no desea otra cosa más que ciego asentimiento a sus palabras. Quien lo aconseja en contra de la guerra, parece dudar de su grandeza. De modo que Fouché es enviado fríamente de nuevo a su castillo, a



su destierro, inactivo, mientras el Emperador parte con seiscientos mil hombres para la más loca y audaz de sus empresas camino a Moscú.

Un extraño ritmo da la pauta a la vida rara y cambiante de Joseph Fouché. Si asciende, lo consigue todo; si cae, el Destino se vuelve contra él. Ahora, que tiene que aguardar amargado, apenado, en la sombra, caído en desgracia en su alejado palacio, fuera de la escena de los acontecimientos; precisamente ahora, cuando su desengaño está necesitado de ayuda espiritual, de leal consejo, de consuelo cariñoso; precisamente ahora, pierde a la única persona que lo acompañó durante veinte años con amor, constancia y fuerza de ánimo por todos los caminos peligrosos: su mujer. En aquella buhardilla del primer destierro se le murieron los dos primeros hijos, a los que amaba sobre todo; en el tercer destierro lo deja su compañera. Esta pérdida hiere al hombre aparentemente insensible en lo más profundo de su alma. Desleal y veleidoso en cuanto se refiere a partidos e ideas, este hombre impenetrable era para su esposa fea el marido más cariñoso, más leal y atento; para sus hijos, el padre más ejemplar; igual que detrás de la máscara del burócrata seco se esconde el jugador espiritual nervioso e intrigante, así se esconde, tímido e invisible, detrás del hombre peligroso y desleal, el marido burgués, enamorado y fiel, el hombre solitario, que sólo se siente seguro y bien en el círculo íntimo del hogar. Lo que había de bondad y sinceridad ocultas en este diplomático astuto, se le brindó en un cariño silencioso a su compañera, que solo vivía para él; que jamás se presentaba en las fiestas de la Corte, en banquetes o recepciones; que nunca se mezcló en sus juegos peligrosos. En el fondo inaccesible de su vida privada gravitaba algo que sobrepasaba lo relajado, caprichoso y veleidoso de su existencia política; y ese apoyo se derrumba precisamente cuando más lo necesita. Por primera vez se siente en este hombre marmóreo una conmoción verdadera; por primera vez trasciende de sus cartas un tono cálido, sincero, humano. Cuando los amigos lo instigan para que trate de obtener nuevamente el Ministerio de Policía, después de la enorme estupidez de su sucesor, el Duque de Rovigo (que ante la risa de todo París se dejó apresar sin resistencia en el complot ridículo de un medio loco) rehusa volver al mundo político: "Mi corazón se ha cerrado a todas esas tonterías humanas. El poder ya no tiene atracción para mí, el reposo no es solamente un estado adecuado a mi situación actual, sino el único necesario. Los negocios oficiales me presentan el cuadro de un tumulto de



perturbaciones y de peligros." Por primera vez parece haberse vuelto verdaderamente prudente el hombre prudente en el aprendizaje del dolor. Un deseo profundo de tranquilidad, de sosiego interno después de la época de eternas, insensatas ambiciones, se apodera del hombre envejecido desde que vio morir a su lado a la compañera de veinte años de tremendas pruebas. Todo el placer de la intriga parece apagado en él para siempre, laxa por fin la ambición de poder en este espíritu inquieto e insaciable.

¡Ironía trágica! La primera y única vez que Fouché, el espíritu siempre inquieto, quiere verdaderamente reposo y no desea ningún cargo, su adversario Napoleón se lo impone a la fuerza.

No por amor, ni por simpatía, ni por confianza toma Napoleón otra vez a Fouché a su servicio, sino por desconfianza, por un sentimiento repentino de inseguridad. Por primera vez el Emperador ha regresado como vencido. No atraviesa a caballo el Arco de Triunfo de París a la cabeza de un ejército, rodeado de banderas; regresa con el cuello de piel levantado para no ser reconocido, fugitivo en la noche. El ejército más espléndido que creó jamás yace helado en la nieve rusa; y junto con su aureola de invencibilidad huyeron todos los amigos. Todos los emperadores y reyes que ayer todavía se doblegaban ante él se acuerdan, de pronto, ante el Emperador vencido, de su propia dignidad. Un mundo armado se levanta contra el duro amo. Desde Rusia avanzan los cosacos; desde Suecia presiona el viejo rival Bernadotte como enemigo; su propio suegro, el Emperador Francisco, moviliza las tropas en Bohemia; la Prusia saqueada y sometida, se levanta con el ardor de la venganza; la simiente terrible de innumerables guerras brota de la tierra quemada, surcada, atormentada de Europa, y madurará en el otoño en los campos de Leipzig. En todas partes vacila y cruje el edificio gigantesco que erigió en diez años esta voluntad grandiosa y única. Arrojadados de España, de Westfalia, de Holanda y de Italia huyen los hermanos Bonaparte. Ahora Napoleón debe desplegar la energía más extrema. Con mirada mágica y clarividente, con vigor duplicado, lo prepara todo para la última lucha decisiva. Todo el que pueda llevar una mochila, el que es capaz de sostenerse a caballo, es sacado de Francia; de todas partes, de España, de Italia, son retiradas las tropas veteranas para sustituir a las que trituró el invierno ruso con sus mandíbulas heladas. Día y noche miles de hombres trabajan en las fábricas de sables y cañones, se acuña oro de tesoros ocultos, se sacan los ahorros de las



cámaras secretas de las Tullerías, los fuertes son repasados, y mientras desde el Este y el Oeste avanzan las tropas con paso lento hacia Leipzig, se echan las redes diplomáticas en todas las direcciones. En ninguna parte debe quedar un puesto débil o inseguro, por ninguna parte un hueco en esta alambrada que tiene que encerrar a Francia; toda posibilidad debe prevenirse, y lo mismo que el frente debe quedar asegurada la retaguardia. Porque ningún loco, ningún maligno debe enredar por segunda vez, como durante la campaña rusa, la confianza del pueblo hacia Napoleón. Ningún sospechoso puede quedar atrás, ningún peligro sin vigilancia.

El Emperador piensa en cada factor de poder, en cada eventualidad, en cada peligro posible frente a esta última lucha decisiva. También piensa en alguien que podría ser peligroso: en Joseph Fouché, a quien no ha olvidado. Lo despreció mientras él mismo se sentía fuerte; pero ahora, que empieza a sentirse inseguro, tiene que afianzarse nuevamente. No puede dejar en París, a su espalda, a ningún enemigo eventual. Y como no cuenta a Fouché entre sus amigos, decide que se ausente de París.

Claro que para mandarlo preso a un castillo, impotente para tramar ninguna intriga, no hay motivo evidente. Pero tampoco debe quedar en libertad. Por eso, se decide a atarle las manos inquietas a un cargo y, de ser posible, bien lejos de París. Inútilmente se busca, en medio del tumulto de los negocios y de los preparativos bélicos en el cuartel general de Dresde, un cargo que parezca honroso y ofrezca al mismo tiempo, seguridad; no se encuentra tan rápidamente. Napoleón anhela ver fuera de París al sombrío personaje. Y como no se ha hallado todavía un cargo para él, se inventa uno que es una utopía: la administración de los territorios ocupados de Prusia. Un cargo magnífico, honroso, un cargo de primera clase, que sólo tiene un pequeño defecto, que todavía existe: que esta administración no puede comenzar hasta que Napoleón no haya conquistado Prusia, y de esto dan pocas esperanzas los acontecimientos bélicos, ya que Bluecher ataca seriamente al Emperador en su flanco sajón. De modo que, en realidad, sólo se trata de un reparto de opereta, con su puesto imaginario, cuando el Emperador escribe, el 10 de mayo, al Duque de Otranto: "He mandado que le comuniquen que es mi intención llamarlo a mi lado tan pronto como yo entre en el territorio del Rey de Prusia, para ponerlo al frente del Gobierno de dicho país. Nada de esto debe saberse en París. Se supondrá que se dirige usted a su



finca, aunque en realidad estará usted ya aquí mientras todo el mundo lo creará en su casa. Únicamente la Emperatriz tiene conocimiento de su partida. Me será grato ofrecerle ocasión próxima de brindarme nuevos servicios y nuevas pruebas de su lealtad". Así escribe el Emperador a Joseph Fouché, precisamente porque no se fía en absoluto de su "lealtad". Y de mala gana, desconfiado, dándose cuenta en seguida de las verdaderas intenciones de su amo, Fouché se pone en camino para Dresde. "En seguida me di cuenta —dice en sus Memorias— que el Emperador me llamaba a su lado en calidad de rehén por miedo de dejarme en París". Por eso el futuro regente de Prusia no se apura demasiado para llegar al Consejo de Estado de Dresde, demasiado sabe que lo que en realidad se quiere no es su consejo en el Estado, sino atarle las manos. No llega hasta el 29 de mayo, y el Emperador lo recibe con estas palabras: "Llega usted tarde, Duque".

Del pretexto de farsa de darle la Regencia de Prusia naturalmente no se habla en Dresde ni una palabra: el momento es demasiado serio para tales bromas. Sin embargo, se lo tiene sujeto y por suerte se encuentra en otro puesto magnífico para alejarlo del teatro de los acontecimientos, no ya, como antes, en un puesto utópico, en la luna, sino en uno auténtico: en la Gobernación de Iliria, a varios cientos de kilómetros de París. El viejo camarada de Napoleón, que gobernaba esta provincia, general Junot, se ha vuelto loco de repente, y ha dejado libre su puesto: una celda para espíritus inquietos. Así entrega el Emperador, con ironía mal disimulada, esta Regencia de tan corta vida a Joseph Fouché, que como siempre, no contradice, se inclina obediente y declara estar dispuesto a partir de inmediato.

Iliria... el nombre suena a opereta, y efectivamente: ¡qué estado multicolor se ha compuesto en la última paz forzosa con pedazos de Friul, Carintia, Dalmacia, Istria y Trieste! Un Estado sin idea común, sin sentido, sin motivo; y como residencia, una capital diminuta de provincia pueblerina: Laibach. Una monstruosidad sin fuerza vital, creada por la obcecación de un soberano y por una diplomacia ciega. Fouché se encuentra las cajas del Tesoro medio vacías, un par de docenas de empleados aburridos, muy pocos soldados y unos habitantes desconfiados que no esperan otra cosa que la retirada de los franceses. Por todas partes crujen ya los soportes de este Estado artificial, construido tan rápido. Con unos cuantos cañonazos se derrumbará el edificio vacilante. Estos cañonazos los dispara bien pronto el propio suegro de Napoleón, el Emperador Francisco. Fouché no puede pensar en



una resistencia seria, considerando los pocos regimientos con los que cuenta, compuestos en su mayor parte, por croatas dispuestos a pasarse, al primer tiro, a sus antiguos camaradas. Así que desde el primer día, solo prepara la retirada; y para disfrazarla hábilmente, mantiene un gesto magnífico de Soberano descuidado: da bailes y reuniones, hace desfilar orgullosamente, en pleno día, a las tropas, mientras por la noche ordena que secretamente sean llevadas de Trieste las cajas y los documentos del Gobierno. Todas sus proezas, como señor y soberano, tienen que limitarse a evacuar cautelosamente, paso a paso, el país, reduciendo las pérdidas a un mínimo. Y en esta retirada estratégica se prueba otra vez la sangre fría de Fouché, su energía decidida, su maestría insuperable de siempre. Paso a paso se retira, sin pérdidas, de Laibach a Goricia, de Goricia a Trieste, de Trieste a Venecia, llevando consigo casi todos los empleados, la caja y mucho material de valor de su Iliria... Pero ¡qué importa la pérdida de esa provincia ridícula! En esos mismos días Napoleón pierde la más importante y la última de sus grandes batallas en esta guerra: la batalla de Leipzig, y con ella, el dominio del mundo.

Fouché se ha desembarazado de su misión, y por cierto de una manera intachable y honrosa. Ahora que ya no hay que administrar ninguna Iliria, se siente libre y quiere regresar, naturalmente, a París. Pero no es ése, ni mucho menos, el propósito de Napoleón. "Fouché es un hombre que de ninguna manera debe estar ahora en París". Estas palabras, pronunciadas por el Emperador en Dresde, tienen, después de la batalla de Leipzig, doble valor. Hay que alejarlo y bien lejos, cueste lo que cueste. En medio de la tarea formidable de defenderse de un enemigo que lo supera cinco veces en número, Napoleón piensa principalmente en otra misión para el hombre peligroso que le ate también las manos durante el tiempo de la campaña. ¡Que no ponga sus manos en alguna maniobra diplomática, que pueda intrigar; pero que no alargue la mano inquieta hacia París! Que marche inmediatamente, por lo pronto, a Nápoles (Nápoles está lejos) para recordarle su deber a Murat, Rey de Nápoles, cuñado de Napoleón, que teme más por su propio Reino que por el Imperio, para convencerlo de que debe ir en ayuda del Emperador con un ejército. Cómo cumplió Fouché con este encargo —si quiso persuadir verdaderamente al viejo general de caballería de Napoleón para que se mantuviera fiel, o si lo apoya en la desertión— es cosa que no ha podido aclarar la historia. Desde luego, el fin principal del



Emperador se ha conseguido: retener a Fouché durante cuatro meses más allá de los Alpes, a mil leguas, en negociaciones incesantes. Mientras marchan sobre París los austríacos, los prusianos y los ingleses, él debe ir y venir de Roma a Florencia y Nápoles, de Luca a Génova, derrochar otra vez su tiempo y su energía en una misión insoluble. Lo mismo que Iliria se pierde Italia, el segundo país que se le ha designado, y por fin, a principios de marzo, no tiene Napoleón país donde enviarlo, porque ni en la propia Francia puede ya prohibir ni mandar. Así, el 11 de marzo, regresa Joseph Fouché a su patria a través de los Alpes, después de estar cuatro meses alejado de Francia, por la genial perspicacia del Emperador que lo mantuvo, así, al margen de toda maquinación política. Y cuando por fin rompe las cadenas, ve que llega con cuatro días de retraso.

En Lyon se entera de que marchan sobre París las tropas de los tres Emperadores. En pocos días, entonces, habrá caído Napoleón y se habrá formado un nuevo gobierno. Naturalmente su amor propio se consume de impaciencia, d'avoir la main dans la pâte, de tener las manos en la masa, para poder sacar el mejor partido. Pero el camino directo a París ya está cortado por las tropas y tiene que dar un largo rodeo por Tolosa y Limoges. Por fin, el 8 de abril, atraviesa en su coche de posta las puertas de París,. A primera vista reconoce que ha llegado demasiado tarde. Y el que llega tarde, pierde la ocasión. Todos sus juegos secretos y sus trastadas se las ha pagado Napoleón de nuevo con la magistral maniobra de tenerlo alejado mientras había oportunidad de pescar a río revuelto. Ahora se encuentra con que París ha capitulado. Napoleón ha sido destronado. Luis XVIII erigido Rey y el Gobierno ha sido formado, íntegro, por Talleyrand. Este maldito cojo estuvo a tiempo en su puesto y produjo el cambio de frente más pronto de lo que le fue posible a él, a Fouché, el hombre previsor. El Zar de Rusia vive en casa de Talleyrand, el nuevo Rey lo mimaba con pruebas de confianza, ha repartido a su arbitrio todos los cargos de ministro, y ladinamente no ha reservado ninguno para el Duque de Otranto, que administraba sin sentido y sin provecho Iliria y andaba metido en maniobras políticas por Italia. Nadie lo ha esperado, nadie se ocupa de él, nadie desea de él consejo o ayuda. Otra vez es Joseph Fouché, como tantas otras veces en su vida, un hombre liquidado. Tarda mucho tiempo en convencerse de que no le hacen caso: a él, el gran adversario de Napoleón. Entonces se ofrece abiertamente: se lo ve en todas partes, en la antecámara de Talleyrand, con el hermano del Rey, con el



Embajador inglés, en las salas del Senado... Y, sin embargo, nadie lo escucha. Escribe cartas, una a Napoleón, al que le da el consejo de emigrar a América, mandando al mismo tiempo una copia de ella al Rey Luis XVIII, para ganar así su simpatía; pero no recibe contestación. Les pide a los ministros un cargo digno, y éstos lo reciben fríos y corteses, pero no lo protegen. Se hace recomendar por mujeres y por antiguos protegidos, pero es inútil. Ha cometido la falta más imperdonable en política: ha llegado tarde. Todas las plazas están ocupadas y ningún dignatario piensa levantarse voluntariamente para dejarle su puesto al Duque de Otranto. Al ambicioso no le queda otro remedio que volver a hacer las valijas y retirarse a su castillo de Ferrières. Muerta su mujer, sólo tiene un compañero: el Tiempo. Hasta ahora siempre lo ha ayudado. Y esta vez también lo ayudará.

En efecto: Fouché advierte pronto que el aire vuelve a oler a pólvora. Si se tienen oídos finos, también se oye desde Ferrières como cruje y rechina un trono. El nuevo amo, Luis XVIII, comete una falta tras otra. Le complace ignorar la Revolución y olvidar que después de veinte años de ciudadanía, Francia no quiere humillarse otra vez ante veinte generaciones de nobles. Desprecia además el peligro de la camarilla pretoriana de los oficiales y generales que, reducidos a media paga, protestan descontentos sobre esta avaricia infame del "Reypepino". ¡Ah, si Napoleón volviera habría en seguida una guerra magnífica! Entonces volvería a marchar sobre los países, saqueándolos, se harían carreras y se tendrían nuevamente las riendas en la mano. Ya se cruzan mensajes sospechosos de una zona a otra, y poco a poco, en el ejército se prepara una conspiración. Fouché, que nunca cortó por completo el cordón umbilical entre él y su criatura, la Policía, escucha muchas cosas que le dan que pensar. Silenciosamente sonrío para sus adentros: el buen Rey se habría enterado de todo si hubiera tomado como Ministro de Policía al Duque de Otranto. Pero, ¿para qué prevenir a esos cortesanos estúpidos? Hasta hora Fouché siempre ha aprovechado todas las subversiones para elevarse, todos los cambios de viento. Por eso, está quieto, se esconde, no se mueve y contiene el aliento como un luchador antes del combate.

El 5 de marzo de 1815 se precipita en las Tullerías un mensajero con la impresionante noticia de que Napoleón se evadió de la isla de Elba y el 1º de marzo desembarcó en Fréjus con seiscientos hombres. Sonrientes y despectivos, los cortesanos reales acogen la noticia.



Naturalmente, ellos siempre habían dicho que este Napoleón Bonaparte, en cuyo nombre se hacen tantos aspavientos, no debe estar en sus cabales. ¡Con seiscientos hombres, parbleu, vale la pena reírse! ¿Así quiere luchar este loco contra el Rey, detrás de quien está todo el ejército y toda Europa? Porque no hay motivo para intranquilizarse: con un puñado de gendarmes este aventurero miserable va a quedar domado. El mariscal Ney, el antiguo compañero de armas de Napoleón, recibe la orden de apoderarse de él. Vanidosamente promete al Rey no sólo capturar al perturbador, sino "pasearlo por el país metido en una jaula de hierro". Luis XVIII y sus secuaces exhiben su despreocupación por París, al menos durante los primeros ocho días; el Moniteur da cuenta del asunto en tono de chanza. Pero pronto aumentan las noticias desagradables. Napoleón no ha encontrado resistencia en ninguna parte, cada regimiento que sale a luchar contra él engrosa su diminuto ejército en lugar de cerrarle el paso, y el mismo mariscal Ney, que lo iba a capturar y a pasearlo en una jaula de hierro, se pasa con las banderas desplegadas al lado de su antiguo señor. Ya ha entrado Napoleón en Grenoble y en Lyon. Una semana más y queda cumplida su profecía: el águila imperial se posa sobre las torres de Notre-Dame.

El pánico se apodera de la corte. ¿Qué hacer? ¿Qué diques oponer a este alud? Demasiado tarde el Rey y sus aristocráticos y principescos consejeros reconocen la enorme falta que habían cometido divorciándose del pueblo, pretendiendo olvidar falsamente que entre 1792 y 1810 hubo en Francia algo así como una Revolución. ¡Hay que tratar, entonces, de atraerse rápidamente las simpatías! ¡Hay que mostrar de alguna manera al pueblo imbécil que se lo ama de verdad, que se respetan sus deseos y derechos, hay que apurarse a gobernar de manera republicana, de manera democrática! Cuando ya es tarde, los emperadores y los reyes suelen descubrir siempre que late en sus pechos un corazón democrático. Pero ¿cómo ganarse a los republicanos? Muy sencillo: concediéndole a cada uno de ellos, a uno de los más radicales, un ministerio; ¡a uno que sea capaz de poner en la bandera de la flor de lis una alegoría roja! Pero, ¿dónde encontrarlo? Haciendo memoria, de pronto se acuerdan de un tal Joseph Fouché, que un par de semanas antes presentaba sus respetos en todas las antecámaras y agobiaba las mesas del Rey y de sus ministros con proposiciones. Si, éste es el único, el que siempre se puede utilizar para todo; ¡hay que sacarlo entonces cuanto antes del ostracismo! Siempre que un Gobierno se encuentra en



situación difícil, ya sea el Directorio, el Consulado, el Imperio o el Reino, siempre que se necesita un mediador, un hombre bueno que restablezca el orden, hay que recurrir al hombre de la bandera roja, al carácter más desleal y al más leal de los diplomáticos, a Joseph Fouché.

De esta manera el Duque de Otranto tiene la satisfacción de que los mismos condes y duques que lo despachaban con frialdad algunas semanas antes, y le daban la espalda, se dirijan a él con urgencia respetuosa y le ofrezcan una cartera de ministro; incluso quieren hacer que la acepte a la fuerza. Pero el antiguo Ministro de Policía conoce demasiado bien la verdadera situación política como para comprometerse a última hora con los Borbones. Comprende que el período agónico debe haber empezado ya cuando lo convocan con tanta urgencia como médico. Y rehusa cortésmente, bajo varios pretextos, dejando entrever que bien se podían haber acordado de él un poco antes. Cuanto más se acercan las tropas de Napoleón, más se derrite la reserva en la Corte. Cada vez con más insistencia se amonesta y se ruega a Fouché para que se haga cargo del Gobierno; hasta el propio hermano de Luis XVIII lo invita a una conferencia secreta. Pero esta vez Fouché permanece firme, no por convicción de carácter, sino porque lo entusiasman poco los desperdicios que le ofrecen y porque se siente muy a sus anchas en el columpio oscilante entre Luis XVIII y Napoleón. Ya es tarde —de momento— le dice tranquilizador al hermano del Rey, y le aconseja que se ponga a salvo, porque la aventura napoleónica no va a ser demasiado larga; y él, por su parte, entretanto hará todo lo posible por ofrecerse al Emperador. ¡Que tenga confianza en él! Así se gana simpatías y si quedan los Borbones victoriosos, puede llamarse su fiel servidor. Y si en cambio vence Napoleón, puede demostrar con orgullo que rechazó la proposición de los Borbones. Ya ha probado tantas veces el viejo sistema de cubrir la retirada, ¿por qué no va a probarlo nuevamente y a pasar por fiel servidor de dos amos al mismo tiempo: del Emperador y del Rey?

Pero esta vez va a hacerlo con más gracia. Siempre se convierte, precisamente en el momento del cambio decisivo, la escena trágica en cómica en la vida de Joseph Fouché. Mientras tanto algo han aprendido los Borbones de Napoleón: que no se debe dejar atrás a un hombre como Fouché en tiempos peligrosos. Tres días antes de la partida del Rey, mientras Napoleón ya está muy cerca de París, la policía recibe la orden de detener en



seguida a Fouché (como sospechoso porque se negó a ser ministro del Rey) y conducirlo lejos de la ciudad.

El Ministro de Policía a quien le corresponde llevar a cabo esta detención desagradable se llama —la historia se complace verdaderamente en las sorpresas originales— Bourrienne. Es el amigo de la infancia de Napoleón, su más íntimo camarada de la escuela de guerra, su compañero de Egipto, su secretario durante muchos años; conoció, por lo tanto, a todos sus confidentes; conoce, por lo tanto, muy a fondo a Fouché. Por eso se asusta un poco cuando el Rey le da la orden de detener al Duque de Otranto. Se permite observar "si se considera la detención verdaderamente conveniente". Y cuando el Rey repite la orden con energía, mueve otra vez la cabeza: no va a ser cosa fácil. Sabe muy bien que este viejo zorro tiene demasiada experiencia en evitar trampas, como para caer en el lazo en pleno día.

Para llevar a cabo semejante caza del hombre se necesita más tiempo y medidas llenas de habilidad; pero, de todas maneras, transmite la orden. Y, efectivamente, el 16 de marzo de 1815, a las once de la mañana, los policías, en pleno Boulevard, cercan el coche del Duque de Otranto y lo declaran detenido por orden de Bourrienne. Fouché, que nunca pierde su sangre fría, sonrío despectivo: "No se detiene a un antiguo senador en plena calle". Y antes de que los agentes que tanto tiempo fueron sus subalternos se puedan rehacer, grita al cochero que fustigue a los caballos y la carroza vuela a su palacio. Estupefactos, los policías se quedan con la boca abierta y tragan el polvo que levanta la carroza en su huida. Bourrienne tenía razón: no es empresa fácil atrapar al hombre que se le había escapado indemne a Robespierre, a una orden de la Convención y a Napoleón mismo.

Cuando los policías engañados le comunican a su ministro que se les escapó Fouché, éste toma medidas más enérgicas: ahora se trata de su autoridad; no puede consentir que se burlen de él, de esta manera. De inmediato manda cercar la casa de la rue Cerutti y vigilar el portal, mientras policías bien armados suben por la escalera para aprisionar al fugitivo. Pero Fouché les tiene preparada una segunda broma, una de esas trastadas magníficas y únicas, magistrales, que sólo es capaz de llevar a cabo en las situaciones más difíciles y angustiosas. Precisamente en los momentos de peligro, como hemos visto, es cuando lo acucia un deseo insensato de bromear y de burlar a la gente. El astuto mistificador recibe con mucha cortesía a los agentes que vienen a detenerlo y examina la orden de detención.



"Sí, es válida... Y naturalmente —dice— no pienso hacer resistencia contra una orden de Su Majestad el Rey. Que tomen asiento los señores aquí en el salón: debo ordenar aún algunas pequeñeces y en seguida los sigo." Así lo asegura Fouché con cortesía y entra en la habitación vecina. Los agentes esperan respetuosamente a que haya terminado su toilette: al fin y al cabo no se puede tratar a un senador, a un antiguo ministro y dignatario de la Corte, como a un cualquiera y apresarlo como a un ratero. Esperan con respeto... esperan durante cierto tiempo; hasta que la tardanza les parece sospechosa. Como demora en volver, entran a la otra habitación y descubren — verdadera escena cómica en medio del tumulto político— que Fouché se les ha escapado. A los cincuenta y seis años este hombre se anticipa a interpretar una verdadera escena cinematográfica: tiende una escala al jardín que luego apoya en la pared, y mientras los policías lo esperan en el salón, gatea con agilidad sorprendente para sus años y desciende al vecino parque de la reina Hortensia, donde se pone a salvo. Por la noche todo París se ríe del chasco tan bien planteado. Claro que no puede durar mucho tiempo una broma semejante: el Duque de Otranto es demasiado conocido en la capital como para poderse ocultar mucho tiempo. Pero Fouché había demostrado nuevamente que sabía calcular bien, y que su situación no iba a durar más de una hora. Efectivamente, el Rey y sus secuaces deben preocuparse muy pronto de que la caballería de Napoleón no los aprisione a ellos mismos. Con premura, se hacen las valijas en las Tullerías. Con su grave orden de detención Luis XVIII sólo ha logrado dar a Fouché testimonio público de una lealtad al Emperador que nunca existió: lealtad en la que, por otra parte, Napoleón no creerá. Pero cuando se entera de la jugarreta llevada a cabo con tanta gracia por este artista de la política, no tiene más remedio que reírse y dice con una especie de admiración brusca: "Il est décidément plus malin qu'eux tous" "Decididamente es más astuto que todos ellos juntos!"



CAPÍTULO VIII

LA LUCHA FINAL CONTRA NAPOLEÓN (1815, Los cien días)

El 19 de marzo de 1815 a media noche —la plaza gigantesca está a oscuras y solitaria— entran doce coches en el patio del Palacio de las Tullerías. Se abre una puerta disimulada, de donde sale, antorcha en mano, un lacayo, y detrás de él, arrastrándose penosamente, apoyado por dos nobles adictos, un hombre obeso, jadeante de asma: Luis XVIII. Viendo al Rey achacoso que, apenas repatriado después de su destierro de quince años, tiene que volver a huir protegido por la noche, un profundo sentimiento de compasión se apodera de todos los presentes. La mayoría dobla la rodilla, mientras suben a la carroza a ese hombre a quien los achaques quitan dignidad y cuyo destino trágico lo envuelve en una aureola de piedad. Los caballos se ponen en marcha, los demás coches lo siguen; durante algunos minutos suena sobre las duras piedras la cabalgata de la escolta. Luego la plaza gigantesca vuelve a quedar en silencio hasta el amanecer, hasta la mañana del 20 de marzo: el primero de los cien días del Emperador que escapó de la Isla de Elba.

Con curiosidad se desliza la gente, se acerca voluntariamente, olfatea ante el palacio para averiguar si huyó ya, espantado, el Rey; pululan los comerciantes, los holgazanes, los ociosos. Temerosos o contentos, según el carácter y la manera de pensar, se comunican las noticias en voz baja. A las diez ya acude el pueblo en masa. Y como siempre, el hombre recibe coraje por el contacto con la muchedumbre; se aventuran los primeros gritos: "¡Vive l'Empereur!" "¡A bas le Roi!" Pronto se acerca la caballería con los oficiales que estaban a media paga bajo el régimen realista; con el retorno del Emperador guerrero vuelven a oler la guerra, ocupación, paga entera, legiones de honor y ascensos; y con júbilo renovado al mando de Exelmann ocupan las Tullerías (Como el traspaso de mano a mano tiene lugar con tanta tranquilidad, tan sin sangre, sube la renta de la Bolsa en algunos puntos). Al medio día se iza de nuevo la bandera tricolor en el viejo Palacio Real, sin que hubiera sonado un tiro.



Y ya se presentan cien cortesanos, los "fieles" de la Corte Imperial, damas de Palacio, criados, trinchantes, mariscales de cocina, viejos consejeros de Estado, maestros de ceremonia, todos los que no pudieron ganar y servir bajo la flor de lis, toda la nobleza nueva que Napoleón llevó a la vida cortesana desde las ruinas de la Revolución. Todos de gala: los generales, los oficiales, las damas... se ven otra vez brillar con el lujo de los diamantes, los espadones y las condecoraciones. Se abren las habitaciones y se prepara el recibimiento del nuevo señor. Rápidamente se hacen desaparecer los emblemas reales y pronto brilla de nuevo en la seda de los sillones en lugar de la lis real, la abeja napoleónica. Todos se apuran para estar a tiempo en su sitio, para que se los vea y se los cuente desde un principio entre los "fieles". Mientras tanto, se va haciendo de noche. Como en los bailes y las grandes recepciones, los lacayos engalonados encienden todos los candelabros y las velas; hasta el mismo Arco de Triunfo; lucen las ventanas del Palacio, otra vez Imperial, y atraen inmensas muchedumbres de curiosos a los jardines de las Tullerías.

Por fin, a las nueve de la noche entra a galope un coche flanqueado y protegido a derecha e izquierda, precedido y seguido por jinetes de todos los grados y rangos, que agitan entusiasmados sus sables (¡pronto podrán utilizarlos contra los ejércitos de Europa!). Como una explosión estalla la aclamación de júbilo: "¡Vive l'Empereur!" en la masa compacta, resonando en el cuadro vasto de las ventanas sacudidas. Como una ola única y frenética el mar encrespado de la muchedumbre se abalanza sobre el coche, y los sables de los soldados tienen que defender al Emperador de esta alud de entusiasmo peligroso. Luego ellos mismos lo levantan y lo suben como una presa sagrada, como un dios de la guerra, respetuosamente, por las escaleras del viejo Palacio, entre el huracán de los vítores. Sobre los hombros de sus soldados, los ojos cerrados en un exceso de delicia, con una sonrisa extraña, casi espectral en los labios: así vuelve a escalar el trono Imperial de Francia el hombre que veinte días antes abandonó fugitivo la isla de Elba. Es el último triunfo de Napoleón Bonaparte. Por última vez siente el placer de una ascensión inverosímil: el salto fantástico desde las tinieblas hasta las más altas cumbres del Poder. Por última vez llega a sus oídos, como el zumbido de una tempestad, el clamor de los vítores. Durante unos minutos aspira, con los ojos cerrados y el corazón anhelante, el elixir embriagador del Poder. Después manda cerrar las puertas de Palacio, ordena a los oficiales que se retiren y



hace llamar a los ministros; comienza el trabajo. El hombre de carne debe defender lo que el Destino puso en sus manos.

Los salones atestados aguardan al recién llegado. Pero la primera impresión ya le ofrece desengaños: los que han permanecido fieles no son los mejores, los más inteligentes, los más importantes. Ve a muchos cortesanos y a muchos hombres corteses, a muchos curiosos y ávidos de empleo... muchos uniformes y pocas cabezas. Casi todos los grandes mariscales faltan, sin excusa; los verdaderos camaradas de su ascensión se han quedado en sus castillos o se han pasado al partido realista; en el mejor caso, permanecen neutrales; la mayoría son ya sus enemigos. De los ministros está ausente el más inteligente, el más experto: Talleyrand; están ausentes sus propios hermanos —reyes nuevos— sus propias hermanas y, sobre todo, su propia mujer y su propio hijo. Ve en la multitud muchos ambiciosos y pocos hombres dignos. Todavía vibran en sus oídos los gritos de miles de bocas y siente en la sangre su clamor cuando ya el genio clarividente empieza a sentir el primer escalofrío de peligro en el triunfo. De repente en las antecámaras se oye un runrún de sorpresa y alegría en crescendo... Y entre los uniformes y levitas bordadas se abre respetuosamente un paso. Aunque ha tardado, un coche se ha detenido ante el Palacio —no está esperando; llega, se ofrece, pero no con insistencia de pequeño cortesano— y de él sale la figura pálida, delgada y bien conocida del Duque de Otranto. Lento, indiferente, con sus ojos enigmáticos, impenetrables, avanza sin dar las gracias por el paso que se le abre; y precisamente esa tranquilidad suya, tan conocida y natural, despierta entusiasmo. "¡Paso a Fouché! ¡Es el hombre que necesita el Emperador!" Ya se lo considera elegido, designado, exigido por la opinión pública antes de la decisión del Emperador. No viene como solicitante: llega poderoso, grave, majestuoso; y en efecto, Napoleón no lo hace esperar; llama inmediatamente al más antiguo de sus ministros, al más fiel de sus enemigos. De su entrevista se sabe tan poco como aquella primera en que Fouché prestó su ayuda al general desertado de Egipto, ayudando a su elevación al Consulado y aliándose a él en infiel fidelidad. Cuando, al cabo de una hora, Fouché sale del gabinete, es otra vez ministro: Ministro de Policía, por tercera vez.

Todavía están húmedas las prensas del Moniteur, que publica el nombramiento de ministro de Napoleón del Duque de Otranto, cuando tanto el Emperador como su ministro ya se



arrepierten secretamente de haberse vuelto a aliar. Fouché está desengañado; había esperado más. Hace tiempo que su amor propio exaltado ya no se contenta con el cargo inferior de Ministro de Policía. Lo que en 1796 suponía salvación y honor para el muerto de hambre, para el proscrito y despreciado ex jacobino Joseph Fouché, al multimillonario, al bien amado Duque de Otranto, en 1815, le parece una prebenda miserable. Con el éxito ha ido creciendo su propia estimación: sólo le atraen los grandes papeles de la escena mundial, el emocionante azar de la diplomacia europea, el continente como mesa de juego y el destino de países enteros como puesta. Durante diez años se atravesó en su camino Talleyrand, el único que se le puede equiparar; ahora, cuando este competidor peligroso abandona a Napoleón, reuniendo en Viena las bayonetas de toda Europa contra el Emperador, Fouché se cree el único capacitado para desempeñar el Ministerio del Exterior. Pero Napoleón, desconfiado y con razón, se niega a poner cartera tan importante en sus manos hábiles, demasiado hábiles y desleales. Únicamente le endosa de mala gana el Ministerio de Policía, sabe que a su ambición peligrosa hay que echarle por lo menos una miga de poder para que no muerda; pero aún en este reducto estrecho le pone un espía, nombrando al más enconado adversario de Fouché, el Duque de Rovigo, jefe de la gendarmería. Así desde el primer día de su renovada alianza, se reanuda el viejo juego. Napoleón dispone de una policía propia para vigilar a su Ministro de Policía. Y Fouché, por su parte, hace política al margen y a espaldas de la política imperial. Los dos se engañan, los dos se miran las caras... De nuevo habrá de decidirse quién va a mantener, al final, la primacía; si el más fuerte o el más hábil, el hombre de sangre cálida o el hombre de sangre fría.

De mala gana, Fouché acepta el Ministerio, pero lo acepta. Este magnífico y apasionado jugador espiritual tiene un defecto trágico: no puede estar inactivo, no puede permanecer, ni siquiera una hora, como espectador del gran juego histórico mundial. Sabe tener siempre los naipes en la mano, jugar, barajar, engañar, embaucar, hacer trampas y jugar triunfos. Por fuerza tiene que estar sentado siempre a una mesa... es indiferente a cuál, si la mesa del Rey, o la Imperial, o la de la República; pero tiene que estar presente, avoir la main dans la pâte, tiene que poner las manos en la masa caliente, no importa en cuál; lo importante es ser



ministro; de las derechas, de las izquierdas, del Emperador, del Rey: le es indiferente con tal de roer el hueso del mando. Nunca tendrá la fuerza moral y ética, ni siquiera la finura de nervios o el orgullo de rechazar un mendrugo de Poder. Siempre estará dispuesto a ofrecer sus servicios. El hombre o la causa no significan nada: el juego es todo para él.

Con la misma repugnancia vuelve Napoleón a tomar a su servicio a Fouché. Hace diez años que conoce a este carácter de reptil y sabe que no sirve a nadie en el fondo y que sólo se deja arrastrar por su pasión del juego político. Sabe que este hombre lo verá caer con la más glacial indiferencia y lo abandonará en el momento más peligroso, exactamente de la misma manera como abandonó a los girondinos, a los terroristas, a Robespierre y a los termidoristas; exactamente de la misma manera como abandonó y traicionó a Barras —su salvador—, al Directorio, a la República y al Consulado. Pero lo necesita, o cree necesitarlo. Así como Napoleón fascina a Fouché con su genio, de igual forma, reiteradamente, Fouché fascina a Napoleón con su actitud. Rechazarlo sería peligroso; en un momento tan crítico Napoleón no se atreve tener a Fouché como enemigo. Por lo tanto se decide por el menor de los males, ocupándolo, distrayéndolo con puestos y empleos, dejándose servir infielmente. "Sólo los traidores me hicieron saber la verdad", dice más tarde recordando a Fouché en Santa Elena. Hasta en sus momentos de ira más extremada se transparenta respeto hacia las dotes extraordinarias de este hombre mefistofélico, porque nada soporta el genio con mayor impaciencia que la mediocridad; engañado a sabiendas, al menos Napoleón se siente comprendido por Fouché. Como un sediento que bebe el agua que sabe que está envenenada, prefiere tomar a su servicio a este hombre inteligente y desleal, antes que a los fieles e incapaces. Diez años de enemistad enconada a veces une a los hombres con mayor intensidad que una amistad mediocre.

Durante más de diez años Fouché ha servido a Napoleón, en la actitud del ministro ante su señor, como un espíritu al servicio del genio; y siempre durante esos diez años como subalterno, como inferior. En 1815, en la lucha final, es Napoleón, en verdad, desde un principio el más débil. Una vez más —la última— ha saboreado la embriaguez de la gloria; como en alas de águila inesperadamente lo ha traído el Destino desde la isla lejana al trono imperial. Regimientos enviados contra él con superioridad numérica centuplicada, rinden las armas en cuando ven su casaca. En veinte días el desterrado que llegó con seiscientos



hombres consigue entrar a la cabeza de un ejército en París. Y acariciando sus oídos el trueno de júbilo de millares de voces, duerme nuevamente en el lecho de los reyes de Francia. Pero ¡qué despertar el de los días siguientes! ¡Qué pronto palidece el sueño fantástico en la desnudez de la realidad! Es otra vez Emperador, pero sólo de nombre; el mundo, que veía esclavizado a sus pies, ya no reconoce a su señor. Escribe cartas y proclamas, hace promesas apasionadas de paz que son recibidas con una sonrisa de indiferencia pero que ni siquiera reciben el honor de una respuesta. Los mensajeros enviados por el emperador a los reyes y príncipes son detenidos en las fronteras como contrabandistas y quitados de en medio sin miramientos. Una sola carta llega, dando rodeos, a Viena; Metternich la arroja, sin abrir, sobre la mesa de conferencias. A su alrededor empieza a notar el vacío; los antiguos amigos y compañeros están dispersos por todas partes: Berthier, Bourrienne, Murat, Eugène Beauharnais, Bernadotte, Augerau, Talleyrand, permanecen en sus fincas o se unen a sus enemigos. Inéditamente quiere engañarse a sí mismo y a los demás; manda decorar fastuosamente los aposentos de la Emperatriz y del Rey de Roma, como si fueran a volver a su lado mañana mismo; pero en realidad María Luisa flirtea con su conde de Neipperg, y su hijo juega en Schoenbrunn con soldados austríacos de plomo, bajo la mirada vigilante del Emperador Francisco. Ni el propio país reconoce la bandera tricolor. Sublevaciones en el Sur y en el Oeste: los campesinos están hartos de los eternos reclutamientos y disparan sobre los gendarmes que quieren llevarse sus caballos para los cañones. En las calles se leen carteles satíricos que decretan, por ejemplo, en nombre de Napoleón: "Art. 1º Anualmente me han de ser entregadas trescientas mil víctimas. Art. 2º Bajo ciertas circunstancias aumentaré el número a tres millones. Art 3º Todas estas víctimas serán enviadas por correo a la gran matanza." No cabe duda, el mundo quiere paz y todos los espíritus razonables están dispuestos a mandar al diablo al indeseado si no garantiza la paz. Y así ¡trágico destino!, cuando el Emperador soldado por primera vez quiere tranquilidad, tranquilidad para él y para el mundo, con tal de que se le deje en el poder, el mundo ya no le cree. Los buenos burgueses, llenos de miedo por sus rentas, no comparten el entusiasmo de los oficiales a media paga y de los profesionales de la guerra a quienes la paz les viene a estropear el negocio. Y apenas Napoleón —obligado por las circunstancias— les da el derecho electoral, le juegan la mala



partida de elegir precisamente a quienes persiguió durante quince años, a los que obligó a permanecer en la oscuridad, a los revolucionarios de 1792, Lafayette y Lanjuinais. Ningún aliado, pocos verdaderos partidarios en la misma Francia: apenas una persona con quien puede cambiar impresiones en la intimidad. Descorazonado y confuso el Emperador vaga por el Palacio vacío. Una extrema laxitud se apodera de sus nervios y de su energía; tan pronto vocifera, perdido el dominio de sí mismo, como cae insensible en un verdadero letargo. Muchas veces se acuesta en pleno día para dormir: un cansancio interior, no del cuerpo, sino del alma, lo derriba horas enteras como golpeado por una maza de plomo. Una vez Carnot lo encuentra en sus aposentos con lágrimas en los ojos, contemplando fijamente un retrato del Rey de Roma, su hijo; sus confidentes lo oyen lamentarse de que su buena estrella lo ha abandonado. El imán interior siente que se ha traspasado el cenit del éxito, por eso tiembla y oscila, inestable, la aguja de su voluntad de polo a polo. De mala gana, sin verdadera esperanza, dispuesto a cualquier concesión, al fin parte a la guerra el mimado de la victoria. Pero Niké nunca vuela sobre una cabeza humillada.

Napoleón en 1815; señor y Emperador en apariencia, fantasma a merced del destino, revestido con una sombra de Poder. Pero el hombre que tiene a su lado, Fouché, se encuentra en aquellos años en la plenitud de su fuerza. El razonamiento acerado y pujante, oculto en la vaina de la astucia, no se gasta tanto como la pasión en rotación constante. Jamás se ha sentido Fouché espiritualmente más hábil, más intrigante, más flexible, más audaz que durante los cien días transcurridos entre la restauración y el derrumbamiento del Imperio. Esperando la salvación, las miradas no se dirigen hacia Napoleón, sino hacia él. Todos los partidos —fenómeno fantástico— tienen más confianza en el ministro del Emperador que en el Emperador mismo. Luis XVIII, los republicanos, los realistas, Londres, Viena, todos ven en Fouché al único hombre con quien se puede negociar; su prudencia fría y calculadora da más esperanzas a un mundo extenuado y necesitado de paz que el genio de Napoleón, oscilante, inquieto en el mar de la confusión. Y los que niegan el título de Emperador al "General Bonaparte", respetan el crédito personal de Fouché. Las mismas fronteras, donde los agentes de Estado de la Francia Imperial son apresados sin miramientos, se abren como tocadas por la llave mágica, a los mensajeros secretos del Duque de Otranto. Wellington, Metternich, Tayllerand, Orleáns, el Zar y los reyes, todos



reciben con gusto y con la mayor cortesía a sus emisarios; de pronto, el que siempre había engañado a todos, resulta el único jugador leal en este juego cosmopolita. No tiene más que mover un dedo y se cumple su voluntad. La Vendée se subleva, una lucha sangrienta amenaza al país; basta que Fouché mande un mensajero para que se evite, con una sola entrevista, la guerra civil. "¿Para qué —dice, calculando con sinceridad— derramar aún sangre francesa? En un par de meses el Emperador o habrá vencido o estará perdido irremisiblemente. ¿Para qué, pues, luchar por algo que con toda probabilidad tendréis más tarde sin lucha? ¡Guardad las armas y esperad!" Y en el acto los generales realistas —convencidos por estas explicaciones frías y lógicas— cierran el pacto aconsejado. Todo el Extranjero, todo el país se dirige en primer lugar a Fouché; no se toma ninguna resolución en el Parlamento sin él. Impotente Napoleón tiene que ver cómo su criado le paraliza el brazo cuando él quiere atacar; cómo dirige las elecciones del país contra él y pone trabas en el camino de su voluntad despótica con un Parlamento de ideas republicanas. En vano quisiera librarse ahora de él: la época autocrática pasó, pasaron los tiempos en que se mandaba al Duque de Otranto como a un criado molesto al retiro con un par de millones; hoy puede arrojar con más facilidad del trono el ministro al Emperador, que el Emperador de su cargo ministerial al Duque de Otranto.

Estas semanas de política obstinada, pero razonable; multiforme, pero clara, puede situarse entre lo más perfecto de la historia mundial de la diplomacia. Ni siquiera un adversario personal, como el idealista Lamartine, puede negar su tributo de admiración al genio maquiavélico de Fouché. "Hay que reconocer —escribe— que demostró una audacia extraordinaria y un valor enérgico en el desempeño de su misión. Se jugaba diariamente la cabeza, que podía caer a la primera reacción de vergüenza o de ira que estallara en el pecho de Napoleón. De todos los sobrevivientes de la época de la Convención, era el único que no se mostraba desgastado ni disminuido en su audacia.

"La audacia de sus maniobras lo había colocado en una situación angustiosamente comprometida, atrapado por una parte, entre la tiranía que resurgía, y la Libertad, que intentaba revivir; entre Napoleón, que sacrificaba la patria a sus intereses, y Francia, que no quería dejarse desangrar por un solo hombre. Y Fouché contenía al Emperador, adulaba a los republicanos, tranquilizaba a Francia, insinuaba corteses ademanes a Europa, sonreía a



Luis XVIII, negociaba con las Cortes extranjeras, se entendía por medio de gestos tácitos con el señor de Talleyrand y con su actitud lograba mantener el equilibrio en todo. El suyo era un papel multiforme, difícil, bajo y sublime al mismo tiempo, pero enorme siempre, y al que la historia no ha prestado hasta hoy la debida atención. Un papel sin nobleza de alma, pero no carente de amor a la patria ni de valentía, y que ponía al súbdito a la altura de su Soberano, al ministro sobre su Emperador, haciéndolo árbitro entre el Imperio, la Restauración y la Libertad, aunque árbitro por su doble personalidad. La historia mientras condena a Fouché, no podrá negarle audacia en su actitud durante el período de los cien días, altura política en su táctica con los partidos y grandeza en la intriga. Todo esto lo colocaría al lado de los grandes estadistas del siglo si existieran verdaderos hombres de Estado sin virtud y sin dignidad de carácter".

Con esa clarividencia juzga Lamartine, el poeta, el hombre de Estado, al contemporáneo en la resonancia del ámbito inmediato. La leyenda napoleónica, que comienza cincuenta años más tarde, cuando ya se han podrido los diez millones de muertos, cuando ya están enterrados todos los inválidos y aliviada Europa de las devastaciones, juzga, naturalmente, con más severidad e injusticia a Fouché. Las leyendas históricas son siempre una especie de "Hinterland" espiritual de la historia y exigen, como todo "Hinterland", gratuitamente las virtudes que ellas mismas no tienen que compartir: sacrificios ilimitados de vidas humanas, consagración absoluta a la locura heroica, a la muerte heroica por causa extraña a la que ha de tributar una absurda fidelidad.

La leyenda napoleónica, con su sistema de contraste violento, sólo conoce "Leales" y "Traidores" a su héroe; no distingue entre el primer Napoleón, el Cónsul que devolvió a su país la paz y el orden, a través de su inteligencia y de su energía, y el Napoleón de la locura cesárea, el monomaniaco de la guerra, que empujaba al mundo constantemente, sin miramientos, a aventuras asesinas sólo por su voluntad, por el deleite del Poder, y que le dijo a Metternich aquellas palabras dignas de Tamerlán: "A un hombre como yo lo tiene sin cuidado la vida de un millón de seres". A todo francés prudente que quiso oponerse con ideas moderadas a esta ambición frenética del genio diabólico corriendo detrás de su propia perdición, a todo el que no quiso encadenarse a vida o muerte como un perro o un esclavo a su carro de triunfo, a Talleyrand, a Bourrienne, a Murat, a todos la Leyenda los arroja a su



infierno con furor dantesco. Y sobre todo, Fouché es para ellos el traidor de los traidores, el architraidor, el advocatus diaboli. Según su punto de vista, Fouché entró en 1815 en el ministerio únicamente para estar cerca del Emperador y poder asestarle la puñalada en el momento oportuno, vendido de antemano a Luis XVIII y a Europa. Se pretende que ya el 20 de marzo les mandó decir a los monárquicos: "Salven ustedes al Rey, yo me comprometo a salvar la Monarquía". Igualmente se pretende que el día que recibió la cartera le dijo confidencialmente a su Sancho Panza: "Mi primera obligación es obstruir todos los proyectos del Emperador; dentro de tres meses seré más fuerte que él y si, hasta entonces, no me ha mandado fusilar, tendrá que arrodillarse ante mí." Esta profecía es demasiado exacta en los datos como para no haber sido inventada a posteriori.

Pero pretender que Fouché entrara en el ministerio de Napoleón pagado de antemano como espía de Luis XVIII es despreciarlo miserablemente, y sobre todo, supone un absoluto desconocimiento de su magnífica complicación psicológica, de lo misterioso y demoníaco de su carácter. No es que Fouché, amoral y maquiavélico perfecto, hubiera sido incapaz, en un momento dado, de esta traición (como de cualquier otra); pero semejante bajeza era demasiado simple, demasiado poco atractiva para su genio de jugador audaz. Engañar burdamente a un hombre, aunque sea un Napoleón, no va bien con su estilo. Su único placer es engañar a todo el mundo, no dar seguridad a nadie y atraerlos a todos, jugar con todos y contra todos a la vez, no actuar nunca de acuerdo con premeditados proyectos, sino siguiendo el impulso de sus nervios, ser un Proteo, Dios de la metamorfosis, no un Franz Moor, un Ricardo III, un intrigante consecuente; sólo el papel brillante lleno de sorpresas entusiasma a su naturaleza apasionada de diplomático. Ama las dificultades por las dificultades mismas, y las aumenta artificialmente a un grado doble, cuádruple; no es el simple traidor: es múltiple, universal, es el traidor nato. Por eso, quien más a fondo lo conocía, Napoleón, pudo decir de él en Santa Elena, con palabra profunda: "¡Sólo he conocido un traidor verdadero, perfecto: Fouché!" Traidor acabado, no ocasional; un verdadero genio de la traición, eso era él, porque la traición está menos en su intención, en su táctica, que en su naturaleza íntima. Quizá se comprenderá mejor su carácter por analogía con los dobles espías, tan conocidos en la guerra, que llevan secretos a potencias extranjeras para poder atisbar, de paso, otros secretos más valiosos, y que con tanto traer y



llevar, al cabo, en realidad ya no saben a qué potencia sirven. Pagados por unos y por otros, sin ser fieles a nadie, están entregados en verdad a un solo juego, al doble juego de traer y llevar, de introducirse en los secretos: un placer, por otra parte, casi inmaterial, una voluptuosidad mortal y diabólica. Sólo cuando la balanza se inclina definitivamente de un lado entra otra vez en acción el razonamiento, dejando la pasión del juego para cobrar la ganancia: cuando la victoria se ha decidido, entonces Fouché se decide... Así lo hizo en la Convención, bajo el Directorio, bajo el Consulado y bajo el Imperio. Mientras dura la lucha no está con nadie, para estar siempre al final con el vencedor. Si Grouchy hubiera llegado a tiempo, Fouché hubiera sido (al menos por una temporada) ministro convencido de Napoleón. Como éste pierde la batalla, lo abandona. Sin pretender defenderse, ha dicho él mismo, con su cinismo acostumbrado, las palabras que definen su actitud durante los cien días: "No he sido yo quien ha traicionado a Napoleón, ha sido Waterloo."

Pero sin embargo, es muy comprensible que Napoleón se enfurezca con este doble juego de su ministro. Porque ahora le va la cabeza en el juego. Todas las mañanas como desde hace un decenio, este hombre enjuto, delgado, pálido y sin sangre en la cara, entra en su aposento con su levita bordada y le da cuenta de la situación con palabras pulcras, claras e irreprochables. Nadie abarca mejor los acontecimientos, nadie sabe presentar más claramente la situación de los países; todo lo penetra y todo lo ve. Así lo comprende Napoleón con la superioridad del genio y sin embargo nota, al mismo tiempo, que Fouché no le dice todo o que sabe. Tiene conocimiento de que el Duque de Otranto recibe mensajeros de las potencias extranjeras; sabe que por la mañana, por la tarde, por la noche, su propio ministro de Gabinete recibe agentes realistas sospechosos; que a puerta cerrada tiene conferencias con ellos; que tiene relaciones sobre las que no le da ni una sola referencia a él, su Emperador. Pero ¿sucede esto verdaderamente, como Fouché lo quiere hacer creer, sólo para obtener informaciones, o se urden allí intrigas secretas? Horrible incertidumbre para un acosado cercado por cien enemigos! Es en vano que le pregunte con amabilidad, que lo amoneste, que lo agobie con sospechas graves: los labios delgados permanecen cerrados, inalterables; los ojos, insensibles como el cristal. No se puede penetrar a Fouché, no se le puede arrancar un secreto. Napoleón piensa cómo atraparlo.



¿Cómo saber, al fin de cuentas, si el hombre a quien deja mirar todas sus cartas lo traiciona o traiciona a sus enemigos? ¿Cómo asir al inasible, cómo penetrar al impenetrable?

Finalmente, la casualidad parece brindar una solución, por lo menos una huella, un vestigio, casi una prueba. En abril la policía secreta —esa policía que el Emperador sostiene expresamente para vigilar a su Ministro de Policía— descubre la llegada a París de un supuesto empleado de una casa de banca de Viena que de inmediato se dirige al encuentro del Duque de Otranto. Siguen al mensajero, lo detienen y —naturalmente sin que lo sepa el Ministro de Policía Fouché— lo trasladan a un pabellón del Elíseo, ante la presencia de Napoleón. Así lo amenazan con fusilarlo de inmediato, y tanto lo asustan que, por fin, confiesa haber entregado a Fouché una carta de Metternich escrita con tinta simpática; carta que anuncia y prepara una conferencia de enviados confidenciales en Basilea. Napoleón relampaguea de ira: cartas así, con maquinaciones que el ministro de sus enemigos dirige a su propio ministro, son un delito de alta traición. Y es natural que su primer pensamiento sea detener en seguida al servidor infiel y confiscar sus papeles. Pero sus confidentes le aconsejan no hacerlo; le dicen que aún no se tiene una prueba decisiva y que, sin duda, —dada la cautela característica del Duque de Otranto— no es encontraría en sus papeles ningún indicio de sus maquinaciones. Por lo pronto, el Emperador decide poner a prueba la lealtad de Fouché. Lo manda llamar y le habla con un disimulo no acostumbrado en él —en realidad aprendido de su propio ministro. sondeando la situación. "¿No sería posible —insinúa— entrar en relaciones con Austria?" Fouché, sin sospechar que el mensajero había contado toda la historia, no dice ni una palabra de la carta de Metternich. Indiferente, aparentemente indiferente, el Emperador lo despide plenamente ahora convencido de la canallada de su ministro. Pero para tener una prueba completa —en momentos en que su estado de ánimo rebosa amargura— pone en escena una farsa refinada con todo el quid pro quo de una comedia de Molière. Por el agente se conoce la contraseña para la entrevista con el confidente de Metternich. Y el Emperador envía un emisario que debe presentarse como confidente de Fouché: sin duda, el agente austríaco le hará todas las revelaciones y al fin sabrá el Emperador, además de esto, no solamente si Fouché lo traicionó, sino hasta qué punto. Esa misma noche parte el mensajero de Napoleón: dos días después Fouché estará desenmascarado, habrá caído en su propia trampa.



Pero a un águila o a una serpiente, a un animal de sangre fría, no se lo puede atrapar con la mano por mucho que se apriete. La comedia que pone en escena el Emperador tiene también, como toda comedia perfecta, una acción refleja, casi un doble fondo. Si Napoleón tiene a espaldas de Fouché a su policía secreta, también Fouché tiene a espaldas de Napoleón, a sus escribientes sobornados, a sus confidentes secretos, y sus espías no trabajan con menos rapidez que los del Emperador. El mismo día en que parte el agente de Napoleón para la mascarada del hotel de los "Tres Reyes", de Basilea, Fouché descubre el pastel: uno de los "confidentes" de Napoleón le ha contado el "argumento" de la comedia. Y el que debía ser sorprendido, sorprende a su propio señor, a la mañana siguiente, en el informe diario. En medio de la conversación, se pasa la mano por la frente, con el aire distraído de quien acaba de acordarse de alguna bagatela sin importancia: "¡Ah, sire! Había olvidado decir que he recibido una carta de Metternich; como uno está ocupado con asuntos más importantes... Además, su mensajero no me entregó los polvos para hacer inteligible la escritura y sospeché una mistificación. Por eso no he podido referirme a eso hasta hoy."

El Emperador no puede dominarse. "Es usted un traidor, Fouché —grita— debería mandarlo al patíbulo."

"No soy de esa opinión, Majestad" —contesta impávido el ministro, con la mayor sangre fría.

Napoleón tiembla de ira. Otra vez se le ha escurrido el Fra Diavolo con esta confesión indeseada, hecha antes de tiempo. Y el agente, que dos días después le trae el relato de la entrevista de Basilea, tiene poco decisivo que comunicar y mucho desagradable. Poco decisivo, porque de la actitud del agente austríaco se deduce que Fouché fue demasiado astuto como para ponerse en evidencia, limitándose a poner en práctica, a espaldas de su señor, su maniobra favorita de tener todas las posibilidades en una mano. Pero también el mensajero trae muchas noticias desagradables: las potencias están conformes con todas las formas de Gobierno en Francia, con todas excepto el Imperio, con Napoleón Bonaparte. Furioso el Emperador se muerde los labios. Su potencial ha quedado paralizado. Quiso sorprender por la espalda a ese hombre tenebroso y en este duelo recibió una herida mortal desde la sombra.



La maniobra de Fouché ha hecho fallar el momento preciso del ataque. Pero Napoleón se da cuenta exacta: "Es evidente que me traiciona —les dice a sus confidentes— Y siento no haberlo echado antes de que me comunicara sus relaciones con Metternich. Ahora ha pasado el momento y falta un pretexto. Divulgaría por todas partes que soy un tirano que todo lo sacrifica a su suspicacia." Con absoluta clarividencia reconoce el Emperador la superioridad de Fouché; pero sigue luchando hasta el último momento, intentando la posibilidad de atraerse este espíritu todo doblez o sorprenderlo, por lo menos, y eliminarlo. Utiliza todos los medios, hace la prueba con confianza, con amabilidad, con benevolencia, con prudencia. Pero su voluntad rebota impotente contra esta piedra labrada en todas sus facetas, en todas igualmente fría y reluciente; a los diamantes se los puede machacar o tirar, pero no penetrarlos. Por fin pierde la calma, atormentado por la desconfianza. Carnot cuenta la escena en que se descubre dramáticamente la impotencia del Emperador: "Me traiciona usted, Duque de Otranto, tengo pruebas de ello", grita Napoleón una vez en pleno Consejo de Ministros al hombre impávido; y añade, tomando un cuchillo de marfil que está sobre la mesa: "Tome este cuchillo y clávemelo en el pecho; eso sería más leal que lo que usted hace. Estaría en mis manos mandarlo fusilar y todo el mundo aprobaría este acto. Pero si usted me pregunta por qué no lo hago, le diré que porque lo desprecio, porque no pesa usted una onza en mi balanza." Puede advertirse que su desconfianza se ha convertido en ira; su sufrimiento, en odio. Nunca le perdonará a este hombre haberlo provocado de esa manera; y eso lo sabe muy bien Fouché. Pero calcula con claridad mental las escasas posibilidades de poder que le restan al Emperador. "Dentro de cuatro semanas todo habrá terminado con este loco", dice profético y despreciativo a un amigo. Por eso no piensa pactar, ni mucho menos. Uno de los dos debe abandonar el campo después de la batalla decisiva: Napoleón o él. Sabe que Napoleón ha anunciado que el primer mensajero del campo de batalla victorioso llevará a París la orden de su destitución, quizá la orden de detención.

El reloj del tiempo retrocede veinte años de un golpe: 1793. El hombre más poderoso de su época, Robespierre, anuncia con igual decisión que quince días después iba a caer una cabeza: la de Fouché o la suya. Pero el Duque de Otranto ahora tiene la conciencia de su propio valor. Y con aire de superioridad le recuerda a uno de sus amigos (que le aconseja



que se guarde de la ira de Napoleón) aquella antigua amenaza del puritano revolucionario. Y agrega sonriendo: "Pero cayó la suya".

El 18 de junio de repente comienzan a rugir los cañones frente al templo de los Inválidos. Los habitantes de París se estremecen con entusiasmo. Hace quince años que conocen esta voz de bronce. Se ha logrado una victoria; se ha logrado una batalla. El Moniteur anuncia la derrota completa de Bluecher y de Wellington. El pueblo acude entusiasmado a los bulevares con animación dominical. La tendencia general de opinión, que pocos días antes vacilaba, se convierte de pronto en simpatía y entusiasmo por el Emperador. Únicamente el más fino barómetro, la Bolsa, baja cuatro puntos, porque cada victoria de Napoleón significa la prolongación de la guerra. Un solo hombre tal vez tiembla internamente cuando oye las detonaciones del bronce: Fouché. La victoria del déspota puede costarle la cabeza.

Pero trágica ironía: a la misma hora en que disparan sus salvas los cañones franceses en París, los cañones ingleses destruyen en Waterloo las columnas de infantería y de la guardia; y mientras la capital mal informada se ilumina, huyen los últimos restos del ejército disperso ante las nubes de polvo que levanta el galope de la caballería prusiana.

Todavía le queda un segundo día de confianza a París despreocupado. El día 20 comienzan a conocerse las noticias funestas. Pálida, con los labios temblorosos, susurra la gente los rumores inquietantes. En las casas, en las calles, en la Bolsa, en los cuarteles, en todas partes se cuchichea y se habla de una catástrofe, a pesar de que los periódicos callan, como paralizados. Todos hablan, titubean, gruñen, se quejan y esperan en la capital, súbitamente asustada.

Uno solo actúa: Fouché. Apenas recibe (por supuesto antes que nadie) la noticia de Waterloo, ya considera a Napoleón como un cadáver gravoso que hay que hacer desaparecer rápidamente. Y en el acto pone su mano en la pala para cavar la fosa. En seguida le escribe al Duque de Wellington para estar de antemano en contacto con el vencedor; al mismo tiempo advierte a los diputados, con una clarividencia psicológica sin igual, que Napoleón intentará, ante todo, mandarlos a sus casas: "Volverá más furioso que nunca y pedirá en el acto la dictadura."

¡Hay que anticiparse, atravesarse en su camino! Esa misma noche ya está preparado el Parlamento, ya está ganado el Consejo de Ministros en contra del Emperador; se le ha



quitado a Napoleón la última posibilidad de tomar nuevamente las riendas del mando. Y todo antes de que haya puesto su pie en París. El señor, el hombre del momento no es ya Napoleón Bonaparte, sino al fin —¡al fin!— Joseph Fouché.

Poco antes del amanecer, envuelto en la capa negro de la noche como en un paño mortuorio, una carroza vieja (la suya, con el tesoro del Trono, la espada y los papeles se la llevó Bluecher como botín) atraviesa las puertas de París, camino del Elíseo. El que seis días antes escribió en su orden del día, patéticamente: "Para cada francés que tenga valor, ha llegado el momento de vencer o morir", ni ha vencido ni ha muerto; pero en Waterloo y en Ligny sesenta mil hombres han muerto por él. Ahora vuelve rápidamente como desde Egipto, como desde Rusia, para salvar el Poder. Deliberadamente ha mandado retardar la marcha del coche para llegar en secreto, cubierto por la oscuridad., Y en lugar de ir directamente a las Tullerías, para entrar con los representantes del pueblo francés en su Palacio Imperial, esconde su abatimiento en el Elíseo, más pequeño y apartado.

Un hombre cansado, maltrecho, se apea del coche, balbuceando palabras incoherentes, perturbadas, buscando, demasiado tarde, explicaciones y excusas para lo inevitable. Un baño caliente lo repone; después reúne a su Consejo. Inquietos, vacilando entre la ira y la compasión, respetuosos sin el sentimiento íntimo del respeto, escuchan las frases perturbadas y febriles del vencido, que fantasea de nuevo sobre cien mil hombres que quiere levantar, acerca de la requisa de los caballos de lujo; y les explica (a ellos, que saben perfectamente que no se pueden sacar ni cien hombres más del país agotado) cómo en quince días puede volver a atacar otra vez a los aliados con doscientos mil hombres. Los ministros, entre ellos Fouché, permanecen con la frente humillada. Saben que estas alucinaciones de fiebre sólo son las últimas convulsiones de la gigantesca voluntad de poder que no quiere morir en este titán. Exige precisamente lo que Fouché previó: la dictadura, la unión de todo el poder militar y político en una sola mano, en la suya. Tal vez pide esto sólo para que los ministros se lo nieguen; para endosarles más tarde, ante la historia, la culpa de haberle arrebatado la última posibilidad de victoria.

Pero los ministros se manifiestan con mucha cautela, con el pudor de herir con una palabra a este hombre atormentado, delirante. Sólo Fouché no necesita hablar. Calla, porque es el único que se ha anticipado a actuar tomando todas las medidas para impedir este último



ataque de Napoleón al poder. Con la curiosidad objetiva del médico que observa fríamente las últimas convulsiones agitadas de un moribundo y calcula de antemano cuándo se detendrá el pulso, cuándo se quebrará la resistencia, escucha sin compasión las frases vanas, frenéticas; ni una palabra sale de sus labios delgados, sin sangre. Moribundus: un extraviado, un desposeído ¡Para qué, además, sus palabras desesperadas! Sabe que mientras el Emperador se alucina para embriagar a los demás con fantasías forzadas, a mil pasos de allí, en las Tullerías, los diputados deciden con lógica despiadada y de acuerdo con las órdenes y los deseos —finalmente libres— de Joseph Fouché.

Igual que el 9 de Termidor, él no se presenta el 21 de junio en la Asamblea de diputados. Ha emplazado —eso le basta— sus baterías en la sombra, ha planeado la batalla, ha elegido el momento y ha elegido el hombre propicio para el ataque: la contrafigura trágica, casi grotesca de Napoleón: Lafayette. Repatriado hace un cuarto de siglo como héroe de la guerra de la Independencia norteamericana, siendo un aristócrata casi adolescente y coronado, sin embargo, con la gloria de dos mundos, portaestandarte de la Revolución, paladín de la nueva idea, ídolo de su pueblo, Lafayette ha conocido temprano, demasiado temprano, todos los éxtasis del poder. Y de pronto surge de la nada, del dormitorio de Barras, un pequeño corso, un teniente de casaca raída y tacones torcidos, y se apropia, en dos años, de todo lo que él construyó y empezó robándole el lugar y la gloria. ¡Eso no se olvida! Despechado, el noble ofendido permanece en su finca mientras el otro, envuelto en la capa imperial bordada, recibe a los príncipes de Europa, que vienen a sus pies, y sustituye con el nuevo y duro despotismo del genio el antiguo despotismo de la nobleza. Ni un trazo de benevolencia llega de este sol naciente a la finca lejana; y cuando el marqués de Lafayette va una vez a París con su traje sencillo, el parvenu no le hace caso; las levitas bordadas en oro de los generales, los uniformes de los mariscales que surgieron de los campos de sangre, ensombrecen su gloria ya ajada. Lafayette ha sido olvidado; nadie pronuncia su nombre en veinte años. Le blanquea el cabello; la figura audaz enflaquece y se seca, y nadie lo llama ni al Ejército ni al Senado. Ignorado, lo dejan plantar rosas y papas en "La Grange". No, eso no lo olvida un hombre de su ambición. Y cuando el pueblo, en 1815, acordándose de la Revolución, elige como representante a su antiguo ídolo, y Napoleón se ve obligado a dirigirle la palabra, Lafayette contesta con frialdad hostil... Es



demasiado orgulloso, demasiado honrado, demasiado sincero como para ocultar su enemistad.

Pero ahora se adelanta al primer plano, empujado por Fouché; y el odio acumulado en él, produce casi un efecto de prudencia y de fuerza. Por primera vez se vuelve a oír la voz del antiguo paladín en la tribuna: "Al volver a levantar, al cabo de tantos años, por primera vez mi voz, que reconocerán los antiguos amigos de la Libertad, me siento impulsado a hablaros de los peligros que amenazan a la Patria, cuya salvación sólo depende ahora de vuestra fuerza". Por primera vez ha vuelto a pronunciarse la palabra Libertad, y eso quiere decir, en este momento, liberación de Napoleón. La proposición de Lafayette obstruye de antemano cualquier intento de disolver la Cámara, de repetir un golpe de Estado. Con entusiasmo se decide declarar en sesión permanente la representación del pueblo y que se califique como traidor a la Patria a todo el que se haga culpable del intento de disolverla.

No hay duda de a quién se dirige el duro mensaje; apenas lo recibe, Napoleón siente el puñetazo en medio de la cara. "Debí echar a esa gente antes de mi partida; ahora ya es tarde", dice iracundo. En realidad, no es demasiado tarde. Con el plumazo de la abdicación oportuna aún podría salvar la corona imperial para su hijo; salvar para sí mismo la libertad; y por otra parte aún podría dar personalmente los mil pasos que separan el Elíseo de la Asamblea e imponerse con su sola presencia y su voluntad a aquel rebaño de ovejas titubeantes; pero siempre, reiteradas veces, la historia nos muestra el mismo fenómeno increíble que observamos precisamente en las figuras más enérgicas y en el momento más crítico: una extraña indecisión, como una parálisis del alma. Wallenstein, antes de la defección; Robespierre, la noche del 9 de Termidor, todos muestran una fatal indecisión en el momento en que la misma precipitación hubiera sido un mal menor, una equivocación venial. Napoleón parlamenta, discute ante los ministros que lo escuchan con indiferencia, justo en el momento en que debe decidir su porvenir, habla infructuosamente sobre las faltas del pasado, acusa, fantasea, hace alarde de un énfasis verdadero

o teatral, pero carece de valor. Habla, pero no actúa. Y como si fuera posible que la historia se repitiera dentro del círculo de una misma vida, como si la analogía no fuera la falta ideológica más peligrosa en política, igual que el 18 de Brumario, envía a su hermano Luciano como tribuno en su lugar para ganar a los diputados. Pero para su desgracia, en



aquel momento Luciano tenía como abogado más elocuente la victoria de su hermano, y tenía por cómplices granaderos de manos duras y generales decididos. Y además Napoleón olvidó esto: entre esos quince años yacen diez millones de muertos. Y cuando Luciano sube a la tribuna y acusa al pueblo francés de abandono e ingratitud hacia la causa de su hermano, se desborda de repente en Lafayette la ira acumulada de la nación contra su verdugo, en palabras inolvidables que como chispas en la pólvora, deshacen de un golpe la última esperanza de Napoleón: "¿Cómo —trueno contra Luciano— se atreve a reprocharnos no haber hecho bastante por su hermano? ¿Ha olvidado que los huesos de nuestros hijos, de nuestros hermanos, dan testimonio en todas partes de nuestra fidelidad? ¡En los desiertos de África, en las riberas del Guadalquivir y del Tajo, en las orillas del Vístula, en los campos de hielo de Moscú han perecido en diez años más de tres millones de franceses por un solo hombre! Por un hombre que aun hoy quiere luchar contra Europa con nuestra sangre. ¡Es suficiente, más que suficiente por un hombre! Por un hombre que aún hoy quisiera luchar contra Europa con nuestra sangre. ¡Es suficiente, más que suficiente por un hombre! Ahora nuestro deber es salvar a la Patria". El aplauso torrencial de todos podría hacer comprender a Napoleón que había llegado el momento de abdicar voluntariamente. Pero nada parece más difícil en la tierra que renunciar al poder. Napoleón vacila. Y esta vacilación le cuesta el Imperio a su hijo y a él mismo, la libertad.

Pero a Fouché se le acaba la paciencia. Si Napoleón cuya presencia lo ha vuelto incómodo no quiere marcharse por su propia voluntad, habrá que echarlo... En todo caso hay que apoyar la palanca bien y pronto, porque logrado esto se derrumba la aureola más colosal. Por la noche trabaja a los diputados adictos a él para que, a la mañana siguiente, la Cámara exija, puntual e imperiosamente, la abdicación. Pero ni esto siquiera parece lo bastante claro para quien siente que la ola del poder fluye en su sangre. Todavía Napoleón sigue parlamentando de un lado para otro. Al final, inducido por un gesto de Fouché, Lafayette pronuncia las palabras decisivas: "Si vacila en abdicar, propondré el destronamiento".

Al dueño del mundo le dan una hora de tiempo para una abdicación honrosa; una hora, al hombre nacido para ejercer el poder, en la que debe renunciar a él definitivamente; pero lo mismo que en 1814, sólo la utiliza ante sus generales en Fontainebleau con un fin teatral, en lugar de utilizarla con un fin político. "¡Cómo!, —exclama indignado— ¿Por la fuerza? Si



es así no abdicaré. La Cámara no es más que un pelotón de jacobinos y ambiciosos que debí denunciar a la nación y dispersar. Pero el tiempo que perdí puede recuperarse". En realidad, lo que quiere es que le rueguen con más insistencia para hacer el sacrificio mayor; y en efecto, de la misma manera que en 1814 lo hicieron sus generales, ahora lo animan respetuosamente sus ministros. Sólo Fouché calla. Llegan noticias tras noticias; la aguja del reloj sigue corriendo sin piedad sobre la esfera. Por fin el Emperador pone su mirada en Fouché: una mirada, según cuentan los testigos presenciales, llena de ironía y al mismo tiempo de un odio profundo. "Escriba a los señores —le ordena despectivo— que se mantengan tranquilos, que yo les contestaré". En el acto Fouché escribe con lápiz un par de líneas en un papel dirigido a sus amigos de la Cámara, diciendo que ya no era necesaria la fuerza. Napoleón se dirige a un gabinete apartado para dictar a su hermano Luciano la abdicación.

Al cabo de algunos minutos vuelve al gabinete principal. ¿A quién va a entregar la hoja decisiva? Terrible ironía, precisamente a quien lo obligó a escribirla, que espera, inmóvil, como Hermes, el mensajero inexorable. Sin una palabra, el Emperador se la entrega. Sin una palabra, Fouché recibe el documento tan difícilmente conseguido. Se inclina.

Es su última reverencia ante Napoleón.

En la sesión de la Cámara Fouché, el Duque de Otranto, ha faltado; pero ahora, decidida la victoria, entra despacio y sube los escalones, llevando en la mano el papel histórico. Tal vez le tiembla de orgullo la mano dura y fina de intrigante en estos momentos; por segunda vez ha vencido al hombre más fuerte de Francia. Este 22 de junio repite en su recuerdo el 9 de Termidor. Ante un silencio conmovido pronuncia, frío y sin emoción, un par de palabras de despedida para su antiguo señor: flores de papel sobre una tumba recién cavada. ¡Pero se acabaron los sentimentalismos! No se le ha arrancado el poder a este titán para dejarlo rodar por el suelo, para que sea la presa de la primera mano hábil que se arroje sobre él; no hay que soltar el botín: hay que aprovechar el momento tantos años anhelado. Por eso propone la elección inmediata de un Gobierno provisional, de un Directorio de cinco hombres, seguro de ser elegido. Pero una vez más amenaza escapársele de las manos la independencia tanto tiempo deseada; por cierto, consigue eliminar a su peligroso competidor Lafayette y echar la zancadilla de manera traicionera al hombre que le sirvió de



instrumento y le prestó, con su rectitud y su convicción republicana, tan preciosos servicios; pero en la primera elección tiene Carnot 324 votos y Fouché, sólo

293. No hay duda entonces de que la Presidencia del nuevo Gobierno provisional le corresponde a Carnot.

Pero en este instante decisivo, a una pulgada de la meta, Fouché hace la más hábil jugada de tatur, la más deliciosa e infame de sus piruetas. Según el número de votos, la Presidencia, naturalmente le pertenece a Carnot. De esa manera Fouché sería en este Gobierno, como en otros anteriores, la segunda figura, justo cuando espera, por fin, ser la primera: el amo omnipotente. Se vale entonces de un ardid perverso: apenas se reúne el Consejo de los Cinco, y cuando Carnot se dispone a tomar asiento en el sillón presidencial, según le corresponde, Fouché, como la cosa más natural del mundo, les dice a sus colegas que "ha llegado el momento de constituirse". "¿Qué entiende usted por constituirse", pregunta Carnot asombrado. "Elegir a nuestro secretario y a nuestro presidente", contesta Fouché con la mayor ingenuidad. Y añade con falsa modestia: "Yo le doy, desde luego, mi voto para la Presidencia". Carnot muerde el anzuelo y replica muy fino: "Y yo a usted el mío". Y como dos de los miembros están en secreto ganados por Fouché, logra tres votos contra dos, y antes de que Carnot pueda darse cuenta de cómo le han birlado el puesto, se sienta Fouché en el asiento presidencial. Después de burlar a Napoleón y a Lafayette, burla también con toda felicidad a Carnot. El más popular de los dos, substituido por el más astuto, por Joseph Fouché, para regir los destinos de Francia. En el espacio de cinco días —del 13 al 18 de junio— el poder cae de las manos del Emperador; en el espacio de cinco días —del 17 al 22 de junio— se apodera de él —¡por fin!— Joseph Fouché. Ya no será criado, sino señor; será por primera vez dueño absoluto de Francia; será libre, divinamente libre, para el juego amado y perturbador de la política y de la historia.

Su primera medida promueve el alejamiento del Emperador. Aunque sólo sea la sombra de Napoleón, Fouché se siente agobiado. Así como Napoleón no se sentía tranquilo como soberano mientras permaneciera en París el hombre inasible, tampoco Fouché respira con comodidad mientras no lo separen dos mil leguas del paletó gris del Emperador. Evita hablar personalmente con él, porque a nada conducen los sentimentalismos. Sólo le envía mensajes envueltos todavía en el papel rosa de la benevolencia. Pero también esa pálida y



cortés envoltura, desgarró pronto Fouché para mostrarle sin compasión al vencido su impotencia. Arroja al cesto de los papeles con la mayor naturalidad una proclama patética de despedida que dirige Napoleón al ejército. A la mañana siguiente, estupefacto, busca inútilmente sus palabras imperiales en el Moniteur. Fouché ha prohibido su aparición. ¡Fouché prohibiendo al Emperador! Se resiste a creer en la inaudita osadía con que lo trata su antiguo servidor. Pero obstinadamente, de hora en hora, siente la presión de esta dura mano con tanta fuerza que, por fin, se traslada a Malmaison. Pero allí se planta y no cede. No quiere alejarse más, aunque ya se acercan los dragones del ejército de Bluecher y Fouché le advierte, cada vez con mayor insistencia, para que entienda razones y ponga tierra por medio. Pero cuanto más se siente caer, más convulsivamente se aferra Napoleón al poder. En el último instante, cuando ya espera en el jardín al coche, tiene todavía un gran gesto: ofrece ponerse a la cabeza de las tropas como simple general para vencer una vez más o morir. Pero el sobrio Fouché no toma en serio esos ofrecimientos románticos: "¿Se burla de nosotros ese hombre? — exclama irritado— Su presencia a la cabeza del ejército sería una nueva provocación a Europa; y el carácter de Napoleón no nos permite esperar que permanezca indiferente al poder".

Ahora Fouché ya es libre: ha llegado a la meta. Después de haber eliminado a Napoleón, a los cincuenta y seis años, se encuentra solo, sin que nadie ponga vallas a su voluntad, en la cumbre del poder. Infinito rodeo por el laberinto de un cuarto de siglo: de pequeño y pálido hijo de comerciante a triste y tonsurado profesor de seminario. Luego, en pugna hacia arriba: tribuno del pueblo y procónsul. Duque de Otranto al servicio de un Emperador y, al fin, árbitro y señor de Francia. La intriga ha triunfado sobre la idea, la habilidad sobre el genio. Una generación de inmortales se derrumbó en torno suyo: Mirabeau, muerto; Marat, asesinado; Robespierre, Desmoulins, Danton, guillotizados; su compañero del consulado, Collot, desterrado a los penales infectos de Guayana; Lafayette, eliminado; todos, todos sus camaradas de la Revolución, desaparecieron. Mientras ahora en Francia decide él, elegido libremente por la confianza de la Cámara, Napoleón, el señor del mundo, con un pobre disfraz, con un pasaporte falso, haciéndose pasar por secretario de un pequeño general huye hacia la costa; Murat y Ney sólo esperan el momento de ser fusilados, y los reyezuelos familiares por gracia de Napoleón vagan sin reino, con los bolsillos vacíos, escondiéndose.



Toda la gloriosa generación de este momento único de la historia se hunde implacablemente mientras Fouché, solo, asciende con su paciencia tenaz, con su actividad en la sombra. El Ministerio, el Senado y la Asamblea se amoldan ahora como cera a su mano maestra; los generales, otras veces tan altaneros, tiemblan por sus pensiones, y humildes como corderos, se subordinan al nuevo Presidente; la burguesía y el pueblo de todo un país esperan sus decisiones. Le envía mensajeros Luis XVIII; Talleyrand, saludos; Wellington, el vencedor de Waterloo, comunicados confidenciales. Por primera vez los hilos del destino histórico pasan libre y deliciosamente por su mano.

Lo espera una inmensa misión: defender a un país devastado, vencido, contra los enemigos que se acercan, evitar una resistencia patética e inútil, conseguir condiciones ventajosas, buscar la mejor forma de Estado y el jefe más adecuado, hacer surgir del caos una nueva forma y un orden estable. Esto requiere maestría, extrema flexibilidad de espíritu. Y en efecto, en el momento en que todos parecen perturbarse y pierden la cabeza, la disposición de Fouché evidencia la mayor energía; sus planes múltiples, una seguridad asombrosa. Es amigo de todos, para engañarlos a todos y hacer sólo lo que le parece útil y conveniente. Simula apoyar ante el Parlamento al hijo de Napoleón; ante Carnot, defender la República; ante los aliados, al Duque de Orleáns; pero en realidad ofrece secretamente el timón al antiguo Rey Luis XVIII. Imperceptiblemente, con virajes silenciosos y hábiles, sin que se enteren del verdadero rumbo ni sus camaradas más próximos, navega por un pantano de sobornos hacia los realistas y negocia con los Borbones el traspaso del Gobierno confiado a él, mientras hace de bonapartista y de republicano en el Consejo de Ministros y en la Cámara. Desde el punto de vista psicológico, su solución es la única acertada. Sólo una rápida capitulación frente al Rey podía asegurarle al país, desangrado y destruido, inundado de tropas extranjeras, la tranquilidad necesaria y un tránsito sin asperezas. Sólo Fouché con su sentido de la realidad, comprende esta necesidad evidente, y la cumple ante la resistencia del Consejo, del pueblo, del ejército, de la Cámara y del Senado: por propia voluntad y por propia fuerza.

En estos días, a Fouché le sobran inteligencia y habilidad para todo... menos para una cosa (¡ésta es su tragedia!), para la suprema, para la más alta, para la más pura: para olvidarse de sí mismo y de su propia ventaja y entregarse a la causa. Carece en última instancia de esa



voluntad de renunciamiento necesaria, después de la hazaña magistral, que a los cincuenta y seis años de edad lo hubiera llevado a la cumbre del éxito. multimillonario, estimado y respetado por sus contemporáneos y por la historia. Pero quien se consumió veinte años para llegar al poder, quien vivió veinte años a su costa, sin poderse saciar nunca, ya es incapaz de renunciar. Igual que Napoleón, Fouché no acierta a renunciar ni un minuto antes de recibir el empujón. Y como no tiene ya un amo a quien traicionar, no le queda otro recurso que traicionarse a sí mismo, a su propio pasado. Devolver a su antiguo Soberano la Francia vencida hubiera sido, en ese momento, una verdadera hazaña política, acertada y audaz. Pero hacerse pagar esta acción con la propina de un puesto de ministro del Rey fue una vileza y fue algo peor que un crimen: fue una estupidez. Y esta estupidez la comete arrastrado por la vanidad rabiosa que lo impulsó a avoir la main dans la pâte, "a tener las manos en la masa" durante apenas un par de horas históricas más. Esta fue su primera estupidez, la mayor, la irreparable, la que lo rebaja para siempre ante la historia. Sube mil peldaños con habilidad, paciente y flexible, y un solo desliz innecesario y torpe lo hace caer estúpidamente en el abismo.

Sabemos cómo se verifica la venta del Gobierno a Luis XVIII por el precio de un puesto de ministro porque poseemos, por fortuna, un documento característico, uno de los pocos que reproduce, palabra por palabra, una entrevista diplomática de Fouché. otras veces tan cauto. Durante los cien días, un partidario decidido del Rey, el barón de Vitrolles, reunió un ejército en Tolosa y atacó a Napoleón a su regreso. Hecho prisionero y llevado a París, el Emperador quería hacerlo fusilar en el acto; pero Fouché intercedió aconsejando clemencia, como hacía siempre, particularmente con enemigos que podían ser útiles en ciertos casos. Se conformaron con encerrar en prisión militar al barón de Vitrolles hasta que el Consejo de Guerra pronunciara el fallo. Pero el 23 de junio, apenas se entera la mujer del amenazado de que Fouché es dueño de Francia, se apresura a visitarlo para pedir la libertad de Vitrolles, cosa que Fouché concede en seguida, porque tiene el mayor interés en granjearse la simpatía de los Borbones. Y al día siguiente, el Barón de Vitrolles, el jefe realista liberado, se presenta ante el Duque de Otranto para darle las gracias.

Entonces es cuando tiene lugar el siguiente diálogo político amistoso entre el caudillo elegido por los republicanos y el archirealista juramentado. Fouché le dice:



"—Bueno, y ahora ¿qué piensa usted hacer?

—Tengo la intención de trasladarme a Gante; la silla de posta espera en la puerta.

—Es lo más acertado que puede hacer, porque aquí no está usted seguro.

—¿No tiene usted nada para el Rey?

—¡Ah! por Dios, nada. Absolutamente nada. Dígale únicamente a Su Majestad que cuente con mi devoción y que, desgraciadamente, no depende de mí que pueda volver pronto a las Tullerías.

—Pues yo creo que sí, que depende exclusivamente de usted que esto suceda pronto.

—Menos de lo que usted supone. Las dificultades son grandes. Aunque la Cámara ha simplificado la situación, usted ya sabe (y aquí sonrío Fouché) que ha proclamado a Napoleón II.

—¡Cómo! ¿Napoleón II?

—Naturalmente, así había que empezar.

—Pero supongo que esto no hay que tomarlo en serio.

—Dice usted bien. Mientras más lo pienso más me convengo de que este nombramiento es completamente absurdo. Pero no puede imaginarse cuántos partidarios tiene todavía este hombre. Algunos de mis colegas, sobre todo Carnot, están convencidos de que todo se salvaría con Napoleón

II. —¿Y cuánto tiempo va a durar esta broma? —Probablemente el tiempo que tardemos en librarnos de Napoleón I.

—Y luego, ¿qué sucederá luego?

—¿Cómo saberlo? En momentos como éstos es difícil prever los acontecimientos con un día de anticipación.

—Pero si el señor Carnot, su colega, profesa tanta lealtad a Napoleón, tal vez sea difícil para usted evitar esa combinación.

—¡Bah, usted no conoce a Carnot! Para quitarle esa idea de la cabeza basta proclamar el Gobierno del "pueblo francés". "¡Pueblo francés!"; cuando él oye esto, figúrese...

Y los dos ríen: el Duque de Otranto, elegido por los republicanos, burlándose de su colega, y el agente realista, empiezan a entenderse.



—Así está bien, así se arreglará —dice el barón de Vitrolles, reanudando el diálogo— pero espero que después de Napoleón II y del "pueblo francés" usted pensará, por fin, en los Borbones.

—Naturalmente —contesta Fouché— entonces habrá llegado el momento del Duque de Orleáns.

—¡Cómo!, ¿el Duque de Orleáns? —exclama el barón de Vitrolles sorprendido— ¿el Duque de Orleáns? ¿Pero cree usted que el Rey aceptará jamás una corona tan traída y llevada?

Fouché calla y sonríe. Pero el barón de Vitrolles ha comprendido. Con este diálogo astuto, irónico, displicente en apariencia, Fouché le ha descubierto sus intenciones. Le ha dejado ver claramente que si él quiere existen dificultades... Que en lugar del Rey Luis XVIII se podría proclamar a Napoleón II, o al Gobierno del pueblo francés, o al Duque de Orleáns. Pero que él, Fouché, no tiene personalmente especial interés en ninguna de estas soluciones y que está dispuesto a excluir las tres en favor de Luis XVIII, si... Este "si" condicional Fouché no lo ha pronunciado; pero el barón de Vitrolles lo ha adivinado quizás en una sonrisa, en una mirada, en un gesto tal vez, y de repente decide suspender su viaje y quedarse en París cerca de Fouché. Claro que bajo la condición de poder mantener correspondencia libremente con el Rey. Pone sus condiciones: por de pronto, veinticinco pasaportes para que sus agentes puedan ir al Cuartel General del Rey a Gante. "Cincuenta, cien, todos los que usted quiera", contesta de buen humor el Ministro de Policía republicano al representante de los enemigos de la República. "Es además mi deseo poder mantener una conferencia con usted una vez al día". El Duque contesta alegremente: "¡Una vez es poco! Dos veces: una vez por la mañana y otra por la noche". El barón de Vitrolles ya puede quedarse tranquilo en París, mantener negociaciones con el Rey protegido por el Duque de Otranto, y hacerle saber que las puertas de París están abiertas para él si... si Luis XVIII está dispuesto a nombrar ministro del nuevo gobierno al Duque de Otranto.

Cuando le proponen a Luis XVIII dejar que Fouché le abra cómodamente las puertas de París a cambio de la propina de un puesto de ministro, el Borbón, por lo general tan flemático se enfurece: "¡Jamás!" grita a los primeros que le proponen incluir en la lista este nombre odiado. Y ¿no es, en efecto, una pretensión absurda introducir en la propia casa a



un regicida, a uno de los que firmaron la sentencia de muerte de su hermano, a un sacerdote tráfuga, un feroz ateo, un servidor de Napoleón? "¡Jamás!", grita indignado. Pero ya sabemos por la Historia que ese "jamás" de los reyes, de los políticos y de los generales casi siempre suele ser el prelude de una capitulación. ¿París no vale una misa?

¿Acaso desde Enrique IV, sus antepasados, los reyes, no han hecho parecidos sacrificios dell'intetto, semejantes sacrificios del espíritu y de la conciencia por la Soberanía? Asediado por todas partes, por los cortesanos, por los generales, por Wellington y por el mismo Talleyrand, Luis XVIII empieza a ceder poco a poco. Todos le aseguran que sólo un hombre le puede abrir las puertas de París sin resistencia: Fouché. Sólo él, que es el hombre de todos los partidos y de todas las ideas, servidor insuperable y eterno, el hombre que sujeta el estribo de todos los pretendientes de la corona, evitaría el derramamiento de sangre. Y además: el viejo jacobino hacía tiempo que se había convertido en un buen conservador, estaba arrepentido y había traicionado perfectamente a Napoleón. El Rey, por fin, se confiesa par descargar su conciencia. "¡Pobre hermano, si pudieras verme!, dicen que exclamó. Y declaró estar dispuesto a recibir secretamente a Fouché en Neully. Secretamente, porque en París nadie debe sospechar que un caudillo elegido por el pueblo vende por un puesto de ministro a su país, y que un pretendiente a la corona vende su honor por un aro de oro... En la oscuridad, secretamente, se lleva a cabo (el ex obispo como único testigo) este negocio, el más desvergonzado de la historia del siglo pasado, entre el antiguo jacobino y el futuro Rey.

Allí, en Neully, tiene lugar aquella escena lúgubre y fantástica, al mismo tiempo digna de Shakespeare y de Aretino: el Rey Luis XVIII, el descendiente de San Luis, recibe al cómplice del asesinato de su hermano, al siete veces perjuro Fouché, al ministro de la Convención, del Emperador y de la República, para tomarle juramento, el octavo juramento de fidelidad. Y Tayllerand, que fue obispo, luego republicano, luego servidor del Emperador, introduce a su compañero frente al Rey. El rengo apoya su brazo sobre el hombro de Fouché, para andar mejor — "el vicio apoyado en la traición", según observa con ironía Chateaubriand— y así se acercan fraternalmente al heredero de San Luis los dos ateos y oportunistas. ¡Primero, una profunda inclinación! Luego, Talleyrand cumple con el espinoso deber de proponerle al Rey como ministro al asesino de su hermano. El hombre



enjuto está más pálido que de costumbre: cuando dobla la rodilla frente al "tirano", frente al "déspota" para prestar juramento, y cuando besa la mano, por la que corre la misma sangre que ayudó a derramar, y cuando juran en nombre del mismo Dios cuyas iglesias saqueó y profanó con sus hordas en Lyon. Sin duda, un acto un poco fuerte hasta para un Fouché.

Por eso está aún muy pálido el Duque de Otranto cuando sale del gabinete del Rey. Ahora es más bien el cojo Talleyrand el que tiene que sostenerlo a él. No habla ni una palabra. Ni siquiera las observaciones irónicas del depravado obispo cínico, que en sus tiempos decía misa como si jugara a las cartas, lo pueden sacar de su mutismo y de su turbación. Esa noche regresa a París con el decreto ministerial firmado en el bolsillo, para reunirse en las Tullerías con sus colegas, que no sospechan nada, a los que echará mañana y procribirá pasado mañana. Hay que suponer que no se encontraría muy cómodo entre ellos. Por una vez, finalmente, había logrado ser el más desleal de los servidores. Pero —¡maravillosa réplica del destino!— las almas subalternas nunca pueden soportar la libertad. Instintivamente huyen de ella para refugiarse siempre en una nueva esclavitud. Y así vuelve a humillarse Fouché, ayer todavía fuerte y dominante, ante un nuevo señor, encadenando otra vez sus manos libres en las galeras del poder. Pero pronto llegará también la señal de las galeras, el estigma.

Al día siguiente entran las tropas de los aliados. Según el acuerdo secreto, ocupan las Tullerías y sencillamente les cierran las puertas a los diputados. Esto le da a Fouché, en apariencia sorprendido, un motivo propicio para proponer a sus colegas dimitir como protesta contra las bayonetas. Éstos, engañados, caen en la trampa del gesto patético. De este modo, tal como se había acordado, queda inusitadamente disponible el sillón del trono, porque durante un día no hay Gobierno en París. Y Luis XVIII sólo tendrá que acercarse a las puertas de la capital ante las manifestaciones de júbilo preparadas con dinero por su nuevo Ministro de Policía y será recibido con entusiasmo como un salvador: ¡Francia es otra vez un reino!

Sólo entonces se dan cuenta los colegas de Fouché del estilo tan refinado con que han sido burlados. Se enteran también por el Moniteur a qué precio los ha vendido Fouché.



Entonces, a Carnot, al hombre decente, leal, intachable aunque tal vez un poco torpe, la ira se le sube a la cabeza. "¿Adónde voy a ir ahora, traidor?", le grita entonces a la cara, con desprecio al nuevo ministro realista de Policía.

Pero con el mismo desprecio, le contesta Fouché: "A donde quieras, imbécil".

Y con este diálogo característico y lacónico de los dos antiguos jacobinos, los últimos del 9 de Termidor, termina el drama más asombroso de la época moderna: la Revolución y la fantasmagoría rutilante del paso de Napoleón por la historia. Se ha extinguido la época de la aventura heroica, comienza la época de la burguesía.



CAPÍTULO IX

CAÍDA Y MUERTE (18151820)

El 28 de julio de 1815 —han pasado los cien días del intermezzo napoleónico— Luis XVIII vuelve a entrar en París, en una carroza magnífica tirada por caballos blancos. El recibimiento es grandioso: Fouché ha trabajado bien. Masas jubilosas rodean el coche, en las casas ondean banderas blancas, y donde no había banderas, se han amarrado en palos, como si fueran astas, toallas y manteles que ahora flamean en las ventanas. Esa noche, toda la ciudad brilla alumbrada por miles de luces, y en el éxtasis de la alegría se baila con los oficiales de las tropas inglesas y prusianas. No se oye un solo grito hostil. La gendarmería, colocada por precaución en todas partes, resulta innecesaria. El nuevo Ministro de Policía del Cristianísimo Rey, Joseph Fouché, lo ha arreglado todo a las mil maravillas para su nuevo Soberano. En las Tullerías, en el mismo Palacio donde un mes atrás se mostraba ante su emperador Napoleón como el vasallo más fiel, el Duque de Otranto espera al Rey Luis XVIII, hermano del tirano a quien veintidós años antes condenó a muerte aquí, en esta misma casa. Ahora se inclina profundamente, con gran respeto, ante el vástago de San Luis y en sus cartas firma "con reverencia de Vuestra Majestad, el más fiel y humilde vasallo" (lo que puede leerse, textualmente, bajo una docena de comunicados, escritos de su puño y letra). De todos los saltos insensatos de este personaje funambulesco sobre la cuerda floja de la política éste ha sido el más temerario, pero también será el último. Claro que por el momento todo parece marchar magníficamente. Mientras el Rey se siente inseguro en el trono, no desdeña aferrarse al señor Fouché. Y además, todavía necesita a este Fígaro, que también sabe hacer de malabarista para las elecciones, porque la Corte desea una mayoría segura en el Parlamento, y para esto es único el republicano "probado", el hombre del pueblo, como organizador insuperable. Y además todavía hay que arreglar algunos asuntos desagradables y sangrientos y ¿por qué no utilizar este guante usado? Después se lo puede tirar, para que no manche las manos reales.



Un asunto tan sucio hay que resolverlo cuanto antes, en los primeros días. El Rey prometió solemnemente conceder una amnistía y no perseguir a los que hubieran servido durante los cien días al usurpador. Pero post festum, cambia el viento. Rara vez los reyes se creen obligados a cumplir lo que prometieron como pretendientes de una Corona. Los realistas, rencorosos con la soberbia de su propia fidelidad, ahora que el Rey está seguro en el trono, exigen que sean castigados todos los que abandonaron la flor de lis durante los cien días. Asediado, entonces, duramente por los realistas —que siempre son más realistas que el Rey— Luis XVIII cede por fin. Y le toca al ministro de policía llevar a cabo la desagradable tarea de componer la lista de proscripción.

Al Duque de Otranto no le gusta este encargo. ¿Será necesario, verdaderamente, imponer castigos por semejante bagatela, por haber hecho lo más razonable, por pasarse al más fuerte, al vencedor? Además el Ministro de Policía del Cristianísimo Rey no olvida que, como primer nombre en la lista de proscripción, debería figurar con derecho y en justicia el Duque de Otranto, Ministro de Policía bajo Napoleón: su propio nombre. ¡Situación violenta la suya! Como primera medida Fouché trata de librarse con un ardid del odioso encargo. En lugar de una lista que, según se deseaba, tuviera los nombres de treinta o cuarenta de los principales culpables, ante el asombro de todos, presenta varios folios con trescientos o cuatrocientos —algunos aseguran que mil— nombres, y pide que se castigue a todos o a ninguno. Espera que el Rey no tenga tanto valor, así se termina la enojosa cuestión; pero, desgraciadamente, preside el Ministerio un zorro de su mismo calibre: Talleyrand. Y Talleyrand se da cuenta en seguida de que para su amigo Fouché éste es un trago amargo; razón suficiente para exigir que se lo trague. Sin compasión, manda borrar nombres de la lista hasta que no quedan más que cuatro docenas, y endosa a Fouché el encargo de firmar con su nombre estas sentencias de muerte y de destierro. En ese momento, lo más prudente para Fouché hubiera sido tomar el sombrero y cerrar la puerta del Palacio desde afuera. Pero ya hemos aludido varias veces a su flaqueza; su vanidad conoce todas las habilidades, menos la de renunciar a tiempo. Fouché prefiere sobrellevar la envidia, el odio y la ira, antes de abandonar voluntariamente un sillón ministerial. Entonces, ante la indignación general, aparece una lista de proscripción que contiene los nombres más famosos e ilustre de Francia, refrendada con la firma del antiguo jacobino.



Figuran en ella Carnot, l'organisateur de la victoire, el creador de la República; el mariscal Ney, vencedor de innumerables batallas; el salvador de los restos del ejército de Rusia, todos sus compañeros del Gobierno provisional, los últimos de sus camaradas en la Convención, sus camaradas de la Revolución. Todos sus nombres se encuentran en esta lista terrible que amenaza con la muerte o el destierro, todos los nombres que dieron gloria a Francia con sus hazañas de los últimos decenios. Un solo nombre falta en ella: el de Joseph Fouché, Duque de Otranto.

O mejor dicho: no falta. También el nombre del Duque de Otranto figura en esta lista. Pero no en el texto, como uno de los acusados y proscritos ministros napoleónicos, sino como el de ministro del Rey que envía a todos sus compañeros a la muerte o al destierro: como el del verdugo.

Por haberse rebajado tanto ante su conciencia, ante sí mismo, el Rey no puede negarle cierta gratitud al antiguo Jacobino. A Joseph Fouché, Duque de Otranto, se le otorga un honor, el último y más alto. Viudo desde hace cinco años, ha decidido volver a casarse, y el hombre que en otra época perseguía con tanto encono la "sangre de los aristócratas", piensa unirse en matrimonio con una persona de sangre azul; piensa casarse con una condesa de Castellane, una rancia aristócrata; es decir, miembro de "aquella bandada criminal que ha de caer bajo la espada de la Justicia" según la expresión de uno de sus señores revolucionarios de Nevers. Pero desde entonces ha pasado por muchas pruebas; el antiguo jacobino, el sanguinario Joseph Fouché ha cambiado a fondo sus ideas. Si ahora, el día 1º de agosto de 1815, entra en la iglesia, no lo hace como en 1793, para destrozar con el martillo "los emblemas vergonzosos del fanatismo", los crucifijos y los altares, sino para recibir devotamente, junto con su novia aristócrata, las bendiciones de un hombre tocado con aquella mitra que alguna vez encasquetó sobre las orejas de un burro. Según antigua costumbre noble —un Duque de Otranto sabe lo que le corresponde, cuando se casa con una condesa de Castellane— firman también el contrato de matrimonio las primeras familias de la Corte y de la nobleza. Y como primer testigo Luis XVIII firma "manu propria" este documento, seguramente único en la historia, como testigo más digno y más indigno del asesino de su hermano.



Esto ya es mucho, es algo inaudito. Es demasiado, porque precisamente esta osadía inconcebible del regicida de invitar como testigo al hermano del Rey guillotinado, provoca en los círculos de la aristocracia verdadera indignación. Ese miserable tráfuga, ese realista de antes de ayer —murmuran— se conduce como si verdaderamente perteneciera a la Corte y a la nobleza. ¿Para qué se necesita ya a este hombre, le plus dégoûtant reste de la Révolution, último detritus de la Revolución que mancha con su presencia repugnante el Ministerio? Claro que ha ayudado al regreso de Rey a París y ha prestado su mano sobornable para firmar la proscripción de los mejores hombres de Francia. Pero ahora ¡basta! Los mismos aristócratas que mientras el Rey esperaba impaciente en las puertas de París lo asediaban para que nombrara ministro al Duque de Otranto, así pudiera entrar en la capital sin verter sangre, estos mismos señores no saben, de pronto, nada de ese tal Duque de Otranto; se acuerdan sólo tenazmente de un cierto Joseph Fouché que hizo matar en Lyon a cañonazos a cientos de nobles y sacerdotes y que pidió la muerte de Luis XVI. Un día cuando atraviesa la antecámara del Rey el Duque de Otranto advierte que muchos nobles ya no le saludan, o que le muestran la espalda con desprecio provocativo. De repente, aparecen libelos contra el mitrailleur de Lyon que pasan de mano en mano; y una nueva Sociedad patriótica, los Francs régénérés (abuelos de los camelots du roi) organizan reuniones y piden con toda claridad que se limpie de una vez a la flor de lis de esta mancha deshonorosa.

Pero Fouché no se rinde tan fácilmente cuando se trata del poder; se agarra a él con todas sus fuerzas. En la información secreta de un espía que tenía encargado vigilarlo en aquellos días, puede verse cómo trata de aferrarse por todos lados. Al fin y al cabo aún están en el país los soberanos enemigos; ellos lo pueden defender contra el celo excesivo de los realistas servidores del Rey. Visita al Emperador de Rusia; todos los días se entrevista durante horas enteras con Wellington y con el embajador inglés; hace explotar todas las minas diplomáticas intentando, por un lado, ganar al pueblo con quejas contra las tropas extranjeras, y al mismo tiempo atemorizar al Rey con relatos exagerados. Hace que el vencedor de Waterloo se presente como intercesor ante el Rey Luis XVIII; moviliza a los financieros; busca la mediación de mujeres y recurre a sus últimos amigos. No, no quiere ceder, demasiado caro pagó su conciencia el rango logrado como para no defenderlo como



un desesperado. Y efectivamente, durante algunas semanas logra sostenerse a flote en las aguas políticas, luchando como un nadador hábil, de costado o de espaldas. Durante todo este tiempo, según relata el espía mencionado, muestra una seguridad grande que sin duda tendría, porque durante veinticinco años se lo vio siempre recobrase fácilmente de todos los golpes. Y si venció a Napoleón y a Robespierre, ¿por qué va a preocuparse por un par de simples aristócratas? Acostumbrado a despreciar a los hombres, está curado de espanto y ya no lo asustan ¿Cómo, a él, que desplazó y sobrevivió a los más grandes de la historia...? Pero una cosa no ha aprendido este viejo condottiere, este refinado psicólogo; una cosa que nadie podrá aprender: a luchar con espectros. Ha olvidado que por la Corte vaga un fantasma del pasado, como una Erinnia vengadora: la Duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI y María Antonieta, la única de la familia que pudo escapar a la gran matanza. El Rey Luis XVIII quizá puede gobernar a Fouché; al fin y al cabo, tiene que agradecerle su trono a este jacobino; y una herencia así suaviza a veces, aún en las más altas esferas (la historia da testimonio), el dolor fraternal. Para él también es más fácil perdonar, porque no ha presenciado en persona aquella época de horror. La Duquesa de Angulema, en cambio, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, tiene en la sangre las visiones espantosas de su niñez. Tiene reminiscencias inolvidables, sentimientos de odio que no se dejan apaciguar por nada. Ha sufrido demasiado en su propia carne, en su propia alma, como para poder perdonar a uno de aquellos jacobinos, aquellos hombres del terror. Presenció de niña, en el palacio de SaintCloud, la noche horrible en que masas de sansculottes asesinaron a los ujieres y se presentaron, con los zapatos chorreando sangre, ante su madre y su padre. Luego, la noche en que, prensados los cuatro en el coche, padre, madre y hermanos — "panadero, panadera y panaderitos"— en medio de la multitud que gritaba y se burlaba, esperaba la muerte a cada instante, mientras eran arrastrados de vuelta a París, a las Tullerías. El 10 de agosto ha presenciado el asalto del pueblo, derribando a hachazos la puerta de las habitaciones de su madre; poniéndole a su padre, entre burlas, el gorro rojo enpadre, entre burlas, el gorro rojo en la cabeza y una pica en el pecho. Ha sufrido días espeluznantes en la prisión del Temple, momentos espantosos como cuando subieron a la ventana, sobre la punta de una pica, la cabeza ensangrentada de su amiga maternal la Duquesa de Lamballe, con el pelo suelto empapado en sangre. ¿Cómo podrá olvidar la



noche en que se despidió de su padre arrastrado a la guillotina; la despedida de su pequeño hermano, al que dejaron sucumbir lleno de miseria en un estrecho desván? ¿Cómo no acordarse de los compañeros de Fouché, tocados por el gorro rojo, que la hicieron declarar y la atormentaron durante días enteros para que confesara el supuesto incesto de su madre, María Antonieta con su pequeño hijo, en el proceso contra la Reina? ¿Y cómo borrar de su sangre y de su memoria el momento de arrancarse de los brazos de su madre y de oír rodar allá abajo, sobre las piedras, el carro que la arrastraba a la guillotina? No, ella, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, la prisionera del Temple, no ha leído estos horrores en los periódicos, como Luis XVIII, ni se los ha hecho contar por un tercero: los lleva como un estigma inextinguible en su alma infantil espantada, atormentada, martirizada. Y en su odio contra los asesinos de su padre, contra los verdugos de su madre, contra las visiones de horror de su infancia, contra todos los jacobinos y revolucionarios, aún no se ha aplacado, aún no se ha vengado.

Esos recuerdos no se olvidan. Por eso ha jurado no darle jamás la mano al ministro de su tío, al asesino de su padre, a Fouché; y no respirar el mismo aire permaneciendo cerca de él. Franca y provocativamente le testimonia ante toda la Corte su desprecio y su odio. No va a ninguna de las fiestas, a ninguna de las reuniones a las que asiste este regicida, este traidor de sus propias ideas. Y su desprecio contra el tráfuga, ostentado con franqueza, con desdén y fanatismo, excita poco a poco el sentimiento de los demás. Por fin, todos los miembros de la familia real de Luis XVIII exigen por unanimidad que, ya que su poder está asegurado, expulse con oprobio de las Tullerías al asesino de su hermano.

Como se recordará, de mala gana, y sólo porque lo necesitaba imprescindiblemente, había accedido Luis XVIII a admitir como ministro a Fouché. Con gusto, con alegría casi, lo despide cuando no lo necesita. "La pobre Duquesa no debe estar expuesta a encontrarse con esta cara repugnante", dice sonriente, refiriéndose al hombre que sigue firmando, sin sospechar nada, su "más fiel servidor". Y Talleyrand, el otro tráfuga, recibe el real encargo de explicar a su compañero en la Convención y en la época napoleónica, que su presencia en las Tullerías ya no es deseable.

Talleyrand acepta encantado este encargo. De todas maneras, ya le va siendo difícil hinchar sus velas con el fuerte viento realista. Por eso espera sostener mejor su nave sobre el agua



tirando lastre. Y el lastre más pesado en su Ministerio es este regicida, su antiguo compinche: Fouché. Y echar por la borda en un encargo en apariencia embarazoso que él lleva a cabo con su habilidad encantadora de hombre de mundo. No le anuncia su despido ni con brusquedad ni solemnemente; como viejo maestro de las formas, como verdadero hombre mundano, busca un modo delicioso de hacerle comprender que "para el señor Fouché ha sonado la hora". Ya se sabe que este último aristócrata del dixhuitième elige siempre un salón para poner en escena sus comedias e intrigas. Esta vez también acierta a disfrazar el despido brutal con las formas más delicada. El 14 de diciembre se encuentran Talleyrand y Fouché en una soirée. Se come, se habla, se charla... Particularmente Talleyrand parece estar de muy buen humor. A su alrededor se reúnen mujeres bellas, dignatarios y gente joven. Todos se acercan con curiosidad para escuchar a este maestro de la palabra. Y efectivamente, hoy cuenta con especial encanto. Cuenta de los días lejanos, en que tuvo que huir a América ante la orden de detención de la Convención, y alaba, entusiasmado, a este país grandioso. "¡Ah, qué bien se está allí: bosques impenetrables, habitados por la raza primitiva de los pieles rojas, ríos enormes sin explorar, el Potomac, potente, y el gigantesco lago Erie, y en medio de ese mundo heroico y romántico, una raza nueva, fuerte, trabajadora y férrea, probada en la lucha, entrega a la idea de libertad, ejemplar en sus leyes, ilimitada en sus posibilidades! Allí sí que se puede aprender, allí se presiente un porvenir nuevo y mejor, mil veces más intenso que en nuestra Europa gastada. Allí se debía vivir, allí debía tener uno su campo de acción, exclama entusiasmado, y ningún cargo le parecía más lleno de atractivo que el de embajador en los Estados Unidos..."

Y de repente se interrumpe en su entusiasmo, aparentemente casual, y se dirige a Fouché: "¿No le agradaría, Duque de Otranto, un cargo así?"

Fouché se pone pálido. Ha comprendido. Interiormente tiembla de ira por la habilidad y la astucia con que el viejo zorro lo ha puesto en evidencia ante todo el mundo, ante toda la Corte, invitándolo claramente a abandonar el sillón ministerial. No contesta. Pero al poco tiempo se despide. Va a casa y escribe la dimisión. Talleyrand sigue muy animado con sus amigos, y ya de regreso, por el camino, les confía con sonrisa maligna: "Esta vez le torcí el cuello definitivamente".



Para velar ante el público esta despedida brusca de Fouché, se ofrece al antiguo ministro "pro forma" un pequeño puesto. Así no dice el Moniteur que el regicida Fouché ha sido privado de su puesto de Ministro de Policía, sino que Su Majestad el Rey Luis XVIII se ha dignado nombrar a su Excelencia el Duque de Otranto embajador en la Corte de Dresde. Naturalmente, se espera que rehuse este cargo insignificante, que no corresponde ni a su rango ni a su posición ya histórica. Pero nada de eso. Con un mínimo de sentido común, Fouché debería comprender que para él, como regicida, no hay salvación posible al servicio de un gobierno reaccionario; y que a los pocos meses le quitarían también ese miserable hueso de entre los dientes. Pero su hambre insaciable de poder ha convertido a este lobo audaz en un perro cobarde. Así como Napoleón se aferró hasta el último momento, no sólo a su posición, sino al mero nombre de su dignidad imperial, así, pero con menos decoro, se cuelga Fouché del título insignificante de un Ministerio aparente. Tenaz como una sanguijuela se pega al poder; y obedece — ¡criado eterno lleno de amargura!— también esta vez a su señor. "Sire, acepto con gratitud la Embajada que Vuestra Majestad se ha dignado ofrecerme", le escribe humildemente este hombre de cincuenta y siete años que posee veinte millones al hombre que hace seis meses volvió a ser Rey por la gracia de su ministro. Hace sus maletas y se traslada, con toda su familia, a la pequeña Corte de Dresde. Se instala espléndidamente, como si quisiera permanecer allí como embajador del Rey hasta el fin de su vida.

Pero pronto va a cumplirse lo que hace mucho tiempo temía. Casi durante veinticinco años Fouché ha luchado como un desesperado contra la vuelta de los Borbones. Certeramente, su instinto le decía que al fin le pedirían cuentas por aquellas dos palabras: "La mort", con las que empujó a Luis XVI a la guillotina. Pero con cierto grado de insensatez había esperado poder engañarlos deslizándose entre sus filas, disfrazado de bravo servidor realista. Esta vez no engañó a nadie: se engañó a sí mismo. Apenas ha mandado empapelar de nuevo su habitación de Dresde, apenas ha instalado cama y mesa, cuando se desata la tormenta en el Parlamento francés. Nadie pronuncia ya el nombre del Duque de Otranto, todos han olvidado que un dignatario de este nombre llevó en triunfo a su Rey Luis XVIII a París. Sólo se habla de un tal señor Fouché, "del regicida Joseph Fouché", de Nantes, que en 1792 condenó al Rey. Sólo se habla ya del "mitrailleur de Lyon". Y con la inmensa mayoría de



334 votos contra 32, se excluye de toda amnistía al hombre "que levantó la mano contra el ungido del Señor" y se decreta, de por vida, su destierro de Francia. Naturalmente, el destierro supone también la destitución ignominiosa de su Embajada. Sin compasión, con desprecio, con escarnio, ponen en la calle de una patada "al señor Fouché", que ya no es ni Excelencia, ni caballero de la Legión de Honor, ni senador, ni ministro, ni dignatario; y al mismo tiempo se indica oficialmente al Rey de Sajonia que ya no es deseable la estancia en Dresde del individuo Fouché. El que envió a miles al destierro sigue ahora, veinte años después, a los compañeros de la Convención. Como ahora es impotente y está desterrado, se arroja sobre el caído el odio de todos los partidos con la misma unanimidad con que en otra época sus simpatías lisonjeaban al poderoso. Ya no le valen ardides, ni protestas, ni juramentos; un poderoso sin poder, un político liquidado, un intrigante gastado es siempre lo más miserable del mundo. Tarde, pero con usura, Fouché paga su deuda, su pecado de no haber servido nunca a una idea, a un sentimiento moral de la humanidad; su culpa de haber sido siempre esclavo del provecho mezquino del momento y del favor de los hombres.

¿Adónde dirigirse? El Duque de Otranto, desterrado de Francia al principio no se preocupa. ¿No es el protegido del Zar, el confidente de Wellington, del vencedor de Waterloo, el amigo del omnipotente ministro austríaco Metternich? ¿No le deben gratitud los Bernadottes, a quienes él ayudó en su ascensión al trono de Suecia, y los príncipes bávaros? ¿No conoce desde hace largos años instintivamente a todos los diplomáticos? ¿No solicitaron todos los príncipes y Reyes de Europa apasionadamente su favor? No necesita más —eso cree el caído— que hacer una suave alusión y todos los países se disputarán el honor de poder albergar al Arístides expulsado. ¡Pero la historia no actúa de la misma manera con el caído que con el poderoso! A pesar de varias indicaciones, de la Corte zarista no llega ninguna invitación; tampoco de Wellington; Bélgica rehusa, allí le sobran jacobinos; Baviera se inhibe con cautela, y hasta su antiguo amigo el príncipe de Metternich demuestra una extraña frialdad: "Que en caso de quererlo y desearlo con insistencia —le dice— el Duque de Otranto podría trasladarse a territorio austríaco, que estaba dispuesto a no oponerse a sus deseos. Pero de ninguna manera podía ir a Viena; no, allí no se lo podía tolerar, y tampoco podía entrar en Italia, bajo ninguna condición. Sólo en una pequeña capital de provincia bien alejada de Viena podría (contando con un buen



comportamiento) fijar su estancia". En realidad el antiguo buen amigo Metternich no insiste mucho y aunque el multimillonario Duque de Otranto ofrece emplear toda su fortuna en tierras o valores del Estado austríaco y promete hacer servir en el ejército imperial a su hijo, el ministro austríaco no abandona su reserva. Cuando el Duque de Otranto anuncia una visita a Viena, rehusa con amabilidad; no, que se traslade en silencio, como un particular cualquiera, a Praga.

Así Joseph Fouché se escabulle de Dresde sin ninguna invitación, sin honores, sólo tolerado, no deseado, y va a Praga para fijar allí su residencia. Su cuarto destierro, el último y el más cruel ha comenzado.

Tampoco en Praga están demasiado encantados con un huésped de tanta alcurnia, aunque ya bastante disminuido de su antigua altura. Sobre todo, la rancia aristocracia vuelve la espalda al intruso indeseado, porque los nobles bohemios siguen leyendo periódicos franceses, y llegan repletos de los ataques más vengativos y rabiosos contra el "señor" Fouché. Describen muy detenidamente cómo este jacobino saqueó en 1739 las iglesias de Lyon y cómo vació las cajas de Nevers. Todos los pequeños escribientes que alguna vez temblaron ante el puño duro del Ministro de Policía y que se veían obligados a contener su ira, la escupen ahora con saña sobre el indefenso. Con velocidad vertiginosa cambian los papeles. El que una vez vigiló a medio mundo, ahora es vigilado por los demás. Todos los métodos policíacos que creó su genio de inventor los emplean ahora sus discípulos y sus antiguos subalternos contra el propio maestro. Todas las cartas que recibe o envía el Duque de Otranto pasan por el gabinete negro y son abiertas y copiadas. Agentes de Policía atisban e informan sobre sus conversaciones, espían sus relaciones, vigilan cada uno de sus pasos. En todas partes se siente cercado, controlado, espiado. Su propia sabiduría, su propio arte se prueba con la habilidad más cruel en el más hábil de los hábiles. En vano busca un remedio contra estas humillaciones. Le escribe al Rey Luis XVIII pero éste no contesta al destituido, como hizo Fouché con Napoleón al día siguiente de su destronamiento. Le escribe al príncipe Metternich que, en el mejor de los casos, le manda contestar por un subalterno con un "no" o un "si" bruscos. Que se aguante con la paliza que todo el mundo le desea; que termine de una vez de inquietar y de intrigar. El, a quien todos estimaron únicamente por



miedo, es despreciado por todos desde que no lo temen. El más grande de los jugadores políticos ya lo ha jugado todo y ha perdido.

Durante veinticinco años este espíritu escurridizo jugó con el Destino, escapándose mil veces de su garra amenazante; ahora que está definitivamente caído, es el Destino el que juega con él, golpeándolo con crueldad. En Praga tiene que sufrir su Canosa más lamentable como hombre particular, después de haberla sufrido como político. Ningún novelista podría inventar un símbolo más ingenioso para su humillación moral que el pequeño episodio que se desarrolló allí en 1817 porque a lo trágico se suma ahora la caricatura más terrible de cualquier desgracia: la ridiculez. No sólo se humilla al hombre político, sino también al esposo. Se puede suponer, sin miedo a equivocarse, que no fue el amor lo que ligó a la aristócrata bellísima, de veintiséis años, con este viudo de cincuenta y seis, de cara pálida y flaca como la de un muerto. Pero este pretendiente poco atractivo en 1815 era el segundo capitalista de Francia, multimillonario, Excelencia, Duque y Ministro respetado de su Cristianísima Majestad, y todo esto ofrecía a la condesa de la provincia venida a menos la esperanza de poder brillar como una de las mujeres más distinguidas de Francia en todas las fiestas de la Corte y en el Faubourg Saint Germain. Efectivamente, los primeros indicios parecían cumplir sus deseos: Su Majestad se dignó firmar en persona su acta de casamiento; la Corte y la nobleza se apresuraron a felicitarla; un palacio magnífico en París, dos fincas y un castillo en la Provenza se disputaban el honor de albergar como dueña a la Duquesa de Otranto. Por tales lujos y honores y por veinte millones una mujer ambiciosa es capaz de soportar a un marido frío, calvo, amarillo como un pergamino, de cincuenta y seis años. Pero la condesa vendió con demasiado rapidez su alegre juventud al oro del diablo, porque apenas pasada la luna de miel, descubre que no es la esposa de un respetable ministro del Estado, sino la mujer del hombre más despreciado y odiado de Francia, del expulsado, del desterrado, de un tal Fouché desdeñado por todo el mundo. El Duque con todas sus riquezas se ha eclipsado y queda un anciano gastado, amargo y bilioso. Por eso, no sorprende en Praga que entre esta mujer de veintiséis años y el joven Thibaudeau, hijo de un republicano igualmente desterrado, se inicie una amitié amoureuse de la que no se sabe con certeza hasta qué punto fue amitié y hasta qué punto amoureuse. Pero con este motivo se desarrollan escenas muy tormentosas. Fouché prohíbe al joven



Thibaudeau la entrada en su casa, y desgraciadamente esta discordia matrimonial no queda en secreto. Los periódicos realistas, que acechan toda ocasión de hostigar al hombre ante quien temblaron durante tantos años, publican noticias mordaces sobre sus desengaños familiares y propagan, para regocijo de los lectores, la mentira burda de que la joven Duquesa de Otranto ha abandonado al viejo cornudo huyendo de Praga con su amante. Pronto el Duque de Otranto, cuando va a alguna reunión en Praga, advierte que las señoras reprimen a duras penas una leve sonrisa y que con miradas irónicas comparan la prestancia y la esbelta juventud de su mujer con su propia figura, tan poco seductora. Ahora el viejo murmurador, el eterno cazador de rumores y escándalos siente en carne propia qué poco agradable es ser víctima de una calumnia maligna, y ve que sólo es posible luchar contra esas injurias escapándose. En la desgracia ve toda la profundidad de su caída y su destierro en Praga se convierte en un infierno. De nuevo se dirige al príncipe Metternich para que se le conceda el permiso de dejar la ciudad insostenible y poder elegir otra dentro de Austria. Se lo hace esperar. Por fin Metternich, magnánimo, le permite trasladarse a Linz, adonde se retira, entre el odio y la burla de las gentes que en otra época tenía a sus pies, desilusionado, cansado, humillado.

Linz... En Austria siempre se sonrío al pronunciar este nombre, porque se piensa instintivamente en su consonancia con Provinz (provincia). Provincianos de la pequeña burguesía y de origen campesino, banqueros, artesanos, casi siempre gente pobre, y sólo unas cuantas casas de rancia nobleza austríaca. No encuentra allí una tradición grande y gloriosa como en Praga. No hay Ópera, ni biblioteca, ni teatro, ni brillantes bailes aristocráticos, ni fiestas. Una verdadera y auténtica ciudad provinciana, somnoliente: un asilo de veteranos. Allí se instala el anciano con las dos mujeres jóvenes, de casi la misma edad, una su esposa y la otra su hija. Alquila una casa magnífica, la manda decorar con elegancia, para alegría de los comerciantes de Linz, que no estaban acostumbrados a clientes millonarios. Algunas familias se apresuran a relacionarse con el extranjero interesante y distinguido gracias a su dinero; pero la nobleza manifiesta ostensiblemente su preferencia por la nacida condesa Castellane, desdeñando al hijo del comerciante burgués, a ese "señor" Fouché a quien Napoleón (también un aventurero a sus ojos) puso la capa de Duque sobre los hombros flacos. Los funcionarios tienen orden secreta de Viena de tratarse



lo menos posible con él. Así vive quien antes era tan apasionadamente activo: en completo aislamiento, casi rechazado por los demás. Un contemporáneo cuenta en sus Memorias con mucha plasticidad su situación en un baile: "Llamaba la atención cómo festejaban a la Duquesa y desatendían a Fouché. Era él de estatura mediana, fuerte sin ser grueso y de rostro feo. En los bailes se presentaba siempre de frac azul con botones de oro, pantalón blanco y medias blancas. Llevaba la gran Cruz austríaca de Leopoldo. Generalmente permanecía solo cerca de la chimenea, contemplando el baile. Observando a quien fue ministro omnipotente del Imperio francés, viendo lo triste y solo que estaba allí, advirtiendo cómo se alegraba si cualquier empleado iniciaba una conversación con él o le proponía una partida de ajedrez, uno tenía que pensar, instintivamente, en la veleidad de todo poder y de toda grandeza terrenales".

Un solo sentimiento sostiene, hasta el último instante, a este hombre de espíritu apasionado: la esperanza de recobrase y de ascender una última vez en la carrera política. Cansado, gastado, un poco torpe y hasta algo obeso, no se puede separar de la idea de que por fuerza tendrían que volver a llamarlo para un cargo en el que hizo tantos méritos; que otra vez el destino iba a sacarlo de la oscuridad y a volver a mezclarlo en el divino juego universal de la historia y la política. Sin cesar se escribe secretamente con sus amigos en Francia: la vieja araña sigue tejiendo sus redes ocultas; pero allí quedan, inútiles e ignoradas, en el rincón de Linz. Publica con nombre falso las Observaciones de un contemporáneo sobre el Duque de Otranto, un himno anónimo, que pinta en colores vivos, casi líricos, sus talentos y su carácter. Al mismo tiempo divulga en sus cartas particulares, para amedrentar a sus enemigos, que el Duque de Otranto trabaja en sus Memorias, y hasta que aparecerían pronto en la casa Brockhaus, dedicadas al Rey Luis XVIII. Con esto quiere hacer recordar a los demasiado audaces que el antiguo Ministro de Policía, Fouché, conserva aún unas cuantas flechas en el carcaj, flechas envenenadas, mortíferas. Pero, cosa extraña, nadie le teme ya, nada lo libra de Linz, nadie piensa en llamarlo, nadie quiere su consejo, su ayuda. Y cuando se discute en la Cámara francesa, por otro motivo, la cuestión de la repatriación de los desterrados, lo recuerdan sin odio y sin interés. Los tres años que han transcurrido desde que abandonó la escena mundial han bastado para olvidar al gran actor que brillaba en todos los papeles. El silencio se aboveda sobre él como un catafalco de cristal. Ya no



existe para el mundo un Duque de Otranto, sólo existe un anciano que se pasea por las calles aburridas de Linz, cansado, irritado y solitario. De vez en cuando se quita el sombrero ante él, achacoso y doblegado, algún comerciante. Por lo demás, ya no lo conoce nadie en el mundo y nadie piensa en él. La historia, ese abogado de la Eternidad, ha tomado la venganza más cruel en el hombre que sólo pensó siempre en el momento presente y fugitivo: lo ha enterrado en vida.

El Duque de Otranto está tan olvidado, que nadie se da cuenta, excepto algunos policías austríacos, de que por fin Metternich, en 1819, le permite trasladarse a Trieste, y esto únicamente porque sabe de fuente segura que esta pequeña merced se la está concediendo a un moribundo. La inactividad ha cansado y perjudicado más a este hombre inquieto, a este trabajador fanático, que treinta años de actividad febril. Sus pulmones empiezan a funcionar mal, no puede soportar la rudeza del clima; y Metternich le concede un sitio más soleado para morir: Trieste. Allí se ve, a veces, a un hombre rendido ir a misa con pasos inseguros y arrodillarse ante los bancos con las manos juntas. Este resto de hombre es Joseph Fouché. El que un cuarto de siglo antes destrozaba con sus propias manos los crucifijos en los altares, se arrodilla ahora, con la cabeza blanca humillada, ante los "emblemas ridículos de la superstición"... Quizá se apoderó de él en esos momentos la nostalgia de los claustros silenciosos en los antiguos conventos.

Algo se ha transformado por completo en él: el viejo ambicioso y luchador quiere paz con todos sus enemigos. Las hermanas y los hermanos de Napoleón, su gran adversario —ellos también humillados y olvidados por el mundo— vienen a visitarlo, charlan con él, en confianza, sobre el tiempo pasado y se admiran de cómo el cansancio lo ha vuelto tan apacible. Nada en esta pobre sombra recuerda ya al hombre temido y peligroso que perturbó al mundo durante dos décadas y que obligó a doblegarse ante él a los hombres más poderosos de su época; sólo quiere paz y bien morir. Y efectivamente: en sus últimas horas hace las paces con su Dios y con los hombres. Paz con Dios: el viejo ateo, el rebelde, el perseguidor del cristianismo, el destructor de altares, el iconoclasta, en los últimos días de diciembre hace llamar a uno de esos "embusteros infames" (como él los llamaba en el mayo florido de su jacobinismo), aun sacerdote y con las manos devotamente cruzadas recibe los



Santos Sacramentos. Y paz con los hombres: pocos días antes de morir ordena a su hijo abrir su escritorio y sacar los papeles.

Se enciende una gran hoguera; cientos, miles de cartas se arrojan al fuego; probablemente también las Memorias temidas, ante las que tantas personas temblaron ¿Fue una debilidad del moribundo o una última bondad; fue temor ante la posteridad o burda indiferencia? En todo caso, destruyó en su lecho de muerte todo lo que podía haber comprometido a otros, cuanto podía ser arma de venganza contra sus enemigos. Y eso fue en un arranque de benevolencia nueva y casi religiosa cansado de los hombres y de la vida, buscando por primera vez, en lugar de gloria y poder, otra dicha: el olvido.

El 26 de diciembre de 1820 termina esta vida extraña y multiforme en la meridional ribera triestina, esta vida que comenzó en un puerto de mar septentrional de Francia. Y el 28 de diciembre llevan al último reposo los restos mortales del eterno inquieto, del proscrito. La noticia de la muerte del famoso Duque de Otranto no despierta, de momento, gran curiosidad en el mundo. Sólo un humo delgado y pálido de recuerdo se levanta fugazmente de su nombre extinguido y se deshace, casi sin dejar rastro, en el cielo apacible del tiempo.

Pero cuatro años más tarde surge una nueva inquietud. Se divulga el rumor de que están a punto de aparecer las Memorias del hombre temido; y a más de uno de los poderosos, de los ambiciosos que golpearon con excesiva temeridad al caído, los ataca un extraño temblor: ¿volverá a hablar verdaderamente desde la tumba esta boca peligrosa? ¿Saldrán, por fin, a la luz del día los documentos escamoteados de los cajones de la Policía, las cartas demasiado íntimas y las pruebas comprometedoras para asentar un golpe asesino a ciertos prestigios? Pero Fouché permanece fiel a sí mismo más allá de la muerte.

Las Memorias, que un librero hábil publica en París en 1824, son tan dudosas como él mismo. Ni desde la tumba delata el tenaz silencioso toda la verdad. A la tierra fría se lleva celosamente todos sus secretos, para subsistir él mismo como un secreto hecho de crepúsculo y oscuridad, figura siempre hermética, impenetrable. Pero precisamente por eso seduce e incita al juego inquisitivo, que él mismo ejercía, para intentar descubrir, en la huella fugaz, todo el rumbo laberíntico de su vida y adivinar en su destino lleno de vicisitudes la estirpe espiritual de quien fue el más excepcional de los hombres políticos.

